EVA G.ª SÁENZ DE URTURI



LA SAGA DE LOS LONGEVOS

3

EL CAMINO DEL PADRE



Planeta

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PRIMERA PARTE

1. GUNNARR
2. GUNNARR
3. GUNNARR
4. ADRIANA
5. ADRIANA
6. ADRIANA
7. NAGORNO
8. NAGORNO
9. NAGORNO
10. NAGORNO
11. ADRIANA
12. ADRIANA
13. IAGO
14. IAGO
15. ADRIANA

16. ADRIANA
17. ADRIANA
18. ADRIANA
19. ADRIANA
20. NAGORNO
21. ADRIANA
22. ADRIANA
23. IAGO
24. IAGO

SEGUNDA PARTE

25. IAGO
26. NAGORNO
27. NAGORNO
28. ADRIANA
29. ADRIANA
30. IAGO
31. NAGORNO
32. NAGORNO
33. ADRIANA
34. ADRIANA
35. ADRIANA
36. IAGO
37. IAGO
38. ADRIANA
39. ADRIANA
40. ADRIANA
41. ADRIANA
42. IAGO

43. IAGO
44. ADRIANA
45. ADRIANA
46. ADRIANA
47. ADRIANA
48. ADRIANA
49. IAGO
50. LÜR
51. LÜR
52. ADRIANA
53. ADRIANA
54. ADRIANA
55. IAGO
56. ADRIANA
57. ADRIANA
58. NAGORNO
59. NAGORNO
60. ADRIANA
61. ADRIANA
62. ADRIANA
63. IAGO
64. IAGO

TERCERA PARTE

65. ADRIANA
66. ADRIANA
67. IAGO
68. IAGO
69. IAGO

70. NAGORNO
71. ADRIANA
72. ADRIANA
73. ADRIANA
74. IAGO
75. IAGO
76. IAGO
77. IAGO
78. IAGO
79. ADRIANA
80. ADRIANA
81. ADRIANA
82. IAGO
83. ADRIANA
84. ADRIANA
85. IAGO
86. ADRIANA
87. ADRIANA
88. ADRIANA
89. NAGORNO
90. ADRIANA
91. ADRIANA
92. ADRIANA
93. IAGO
94. NAGORNO
95. IAGO
96. IAGO
97. IAGO

98. IAGO
99. IAGO

EPÍLOGO. ADRIANA

NOTA DE ADRIANA ALAMEDA ALMENADA

NOTA DE LA AUTORA

BIBLIOGRAFÍA

LA VIEJA FAMILIA

Créditos

LA SAGA DE LOS LONGEVOS
3
EL CAMINO DEL PADRE

EVA GARCÍA SÁENZ DE URTURI

Planeta

Para D&A, mi hogar está en vuestro latido.

Haría falta un Dios para contar una guerra.

Traducción apócrifa de *La Ilíada*,
de HOMERO

PRIMERA PARTE

1

GUNNARR

Diciembre, Nueva York

«¿Merece la pena la longevidad extrema si hay que recorrerla siempre huyendo o escondido? Esto es una lejana definición de vida, pero no es vida», se dijo Gunnarr mientras miraba, cada vez más impaciente y preocupado, el cuerpo inerte de Adriana.

La esposa de su padre yacía sobre una fría mesa de acero inoxidable. La temperatura de su piel había bajado varios grados a lo largo de las últimas horas. Un alarmante tono verdoso había comenzado a invadir las yemas de sus dedos, anunciando una hipoxia que no podía seguir avanzando. No debía seguir avanzando.

Le palpó la mandíbula, aún blanda y dócil.

«Todavía no hay *rigor mortis*», se convenció, en un inútil intento por controlar su angustia. Porque no podía, no aceptaba la aterradora idea de que pudiese ser él quien había matado a Adriana Alameda Almenada.

—¡Vamos, *stedmor*! No me hagas esto, deberías estar ya despierta. Este no es lugar para ti —le susurró al oído, acariciando aquella melena lisa con la voz con la que se les habla a los niños pequeños.

Gunnarr echó un vistazo inquieto a su alrededor. No había más cadáveres sobre las mesas metálicas, pero quería llevarse cuanto

antes a Adriana de aquella fría sala blindada de baldosas blancas.

Se sacó del bolsillo el reloj de faltriquera que le talló su tío Nagorno, levantó la tapa de oro —finamente repujada con el relieve de un fiero oso— y lo miró una vez más, desazonado, calculando las horas que habían pasado desde la última vez que le administró los polvos de Skoll. Gunnarr se había encargado de llevar el cuerpo de Adriana a la morgue de la lujosa clínica privada elegida por Nagorno para llevar a cabo el trasplante del corazón de Madre, mientras el equipo de cardiólogos operaba a su tío bajo la supervisión de su padre.

Cuando supo que finalmente todo había salido bien y que Nagorno, una vez más, sobreviviría, le hizo un discreto gesto a Marion Adamson y la puso al día en el jardín de diseño de la clínica, un pequeño y discreto edificio en forma de cruz a las afueras de Nueva York. Entre setos y cuidados bonsáis decidieron no volver a contactar entre ellos; ambos eran conscientes del peligro que entrañaba una simple llamada y de que, muy probablemente, ya los estaban vigilando.

Al cielo de aquel día de invierno le faltaba luz. Gunnarr vio desaparecer entre el laberíntico jardín zen a aquella Hija de Adán y después alzó la mirada a la nube blanca que lo cubría todo. Respiró pesado, dejó entrar el aire frío en sus pulmones.

«Hoy nevará —vaticinó el hombre del norte que llevaba dentro—. Podría ser un buen día para morir. Pero no todavía. No todavía».

Sintió un leve estremecimiento cuando los primeros copos le mojaron el pelo. En pocos minutos, el césped del jardín recibió un ligero manto blanco y el verde desapareció bajo la nieve. A Gunnarr le pareció un aviso de las Nornas, un presagio del peligro blanco que venía a por todos ellos.

«El silencio blanco», pensó cuando se dio cuenta de que no se oía nada a su alrededor. ¿Cuántas veces lo había oído antes? Un momento suspendido en el tiempo antes de una batalla como la de Hastings, una masacre como la de Tiananmén o un magnicidio como el de Allende segundos antes de que entrasen los militares.

El silencio blanco siempre precedía a las grandes desgracias. Su padre, Urko, le había enseñado a detectarlo hacía ya demasiados siglos como para saber que no había equivocación posible.

Así que se internó una vez más en las entrañas del edificio y bajó a toda prisa por la escalera de incendios con un único pensamiento en mente: despertar a Adriana, llevársela a su padre para que comprendiera que estaba viva y preparar un plan de huida para toda la Vieja Familia.

Más tarde llegarían las negociaciones con los Hijos de Adán, si es que accedían a escuchar. Primero tenían que escapar y ponerse a salvo. Todos ellos. Al matar a Madre, su padre los había convertido en malditos dentro de una estirpe ya maldita.

Había pagado cien dólares a un joven enfermero encargado de la morgue para que esperase fuera y fingiese no haber visto nada. Pese a ello, Gunnarr miró por encima de su hombro, desconfiado, antes de acercar la oreja al torso de la chica cuyo cuerpo continuaba sin dar señales de vida, pero no escuchó ningún latido.

«Tal vez erré en las cantidades. Tal vez calculé mal su peso. A Sunna también le ocurrió, casi creí que la perdía, y en cambio... Vamos, Gunnarr. Tal vez haya llegado por fin el momento de destapar la verdad».

Antes de marcharse, dio instrucciones al muchacho de la puerta para que no dejase pasar a nadie al depósito de cadáveres. El chico asintió mientras acababa con una barrita de cereales con chocolate.

«Tienes que reanimarla, Gunnarr. Tienes que reanimarla o has perdido a padre para siempre».

Subió de nuevo corriendo la escalera de incendios, desesperado, y se dirigió al ala sur, a la habitación donde su padre descansaba después de la operación.

Su abuelo Lür había pedido que le administrasen un tranquilizante. Una vez acabado el trasplante, su padre había sufrido un ataque de ansiedad y lo habían ingresado también. Pero Gunnarr confiaba en que se hubiera repuesto ya, y si alguien podía despertarla, ese era él; más que cualquier otro médico, más que cualquier experto. Le diría la composición de los polvos que le administró, la dosis exacta, las horas transcurridas desde la última toma.

Recorrió los pasillos, disimulando sus prisas cuando se cruzó con varios doctores y algún enfermero empujando a un paciente nonagenario con un batín de seda, que dormitaba en su silla de ruedas de última generación. Todo en aquella clínica parecía diseñado para crear una atmósfera relajada entre sus adinerados y exclusivos enfermos: las luces azules de los corredores, que emergían tenues desde el suelo hacia el techo; la música ambiental de Ludovico Einaudi, que relajaba el aséptico espacio con un piano en estado de gracia y le daba a aquel hospital de ricos el barniz entre épico y melancólico de las películas de los años cincuenta.

Pero cuando entró en la habitación no encontró a su padre, sino a una mujer de la limpieza, tan silenciosa como ausente, retirando mecánicamente las sábanas usadas.

—¿Dónde está el paciente de esta habitación? —le gritó Gunnarr, sin poder reprimirse.

Una enfermera de espalda muy recta le contestó desde la puerta con voz preocupada:

—¿Es usted familiar del enfermo?

—¿Dónde está? —insistió Gunnarr, sin contestar.

—Necesitamos que lo localice para que nos firme el alta voluntaria. Un celador lo ha visto saliendo del edificio con la mujer morena que lo acompañaba en la habitación. Allí les hemos perdido la pista; nos consta que no han traspasado la entrada del recinto de la clínica, ya que está siempre vigilada por nuestros guardias de seguridad. Deben de estar en el jardín o en nuestras zonas de esparcimiento, pero no logramos localizarlos. ¿Podría llamar a su pariente y pedirle que vuelva para formalizar sus papeles y pagar la hospitalización? En caso contrario, nos veremos obligados a...

Pero la enfermera no pudo terminar de hablar.

De repente, las paredes temblaron durante una décima de segundo. Las luces se apagaron un instante y el estruendo de una tremenda explosión estalló en sus oídos.

2

GUNNARR

Diciembre, Nueva York

La voz de la enfermera, que se protegió el cuerpo con los brazos en un acto reflejo, se quebró en algo parecido a un grito de horror. La luz azulada de la habitación parpadeó durante unos segundos más hasta que volvió a iluminar el rostro espantado de Gunnarr.

La explosión había sonado a unos pocos cientos de metros de allí.

—¿Está bien? —se aseguró Gunnarr, mientras sujetaba a la mujer y la sentaba en el butacón junto a la cama.

—S-sí —contestó ella, todavía desorientada por la violencia de la detonación.

Después salió corriendo a un pasillo que era puro caos, buscando el origen de la explosión.

Dos enfermeros cubiertos de ceniza blanca se cruzaron con él sin apenas verlo, tal vez huyendo, tal vez en *shock*. Otros cuatro corrieron hacia el ala norte, donde al parecer había estallado el mismo infierno. Donde hacía un momento sonaba una música capaz de entibiar el alma, ahora había desconcierto, luces de emergencia en los pasillos oscuros, un inquietante olor a hoguera y un molesto polvo en suspensión que obligó a Gunnarr a avanzar a ciegas hacia al cuarto adonde habían subido a su tío Nagorno después del trasplante.

Gunnarr tuvo que detenerse durante un segundo, apoyar la espalda en una pared y restregarse los párpados para apartar el polvo de sus ojos irritados. Tosió con rabia, tomó aire, pese a que odiaba el olor a fuego, y continuó caminando hacia el infierno del ala norte, aunque todo el mundo corría en dirección opuesta y, cuando se cruzaban con él, le golpeaban el hombro en su desesperación por salir más rápido.

No lo dejaron pasar; miembros del equipo de seguridad habían acordonado ya la entrada al ala con sus cintas de plástico amarillas. Se escucharon sirenas que anunciaban la llegada de varios camiones cisterna. Los bomberos no tardarían en hacerse con el escenario donde minutos antes había estallado la bomba.

—¡Soy familiar de uno de los enfermos!, ¡denme alguna información! —reclamó a gritos en el mostrador más cercano, donde la confusión de los propios pacientes mantenía ocupados a los miembros del personal de la clínica.

Nadie le respondió, nadie le prestó atención. Era demasiado pronto como para dar un primer parte.

Finalmente, todos fueron obligados a abandonar el ala norte. Algunos enfermos fueron evacuados en camillas, los familiares ayudaron con los traslados. Gunnarr buscó entre los rostros a su abuelo Lür. Descartados su padre y Marion Adamson, que ya habían abandonado el edificio antes de la explosión, y su tío Nagorno, que no podía haberse salvado pues todavía yacía convaleciente en su *suite* de lujo, solo quedaba por saber si Lür había escapado con vida de aquella masacre.

Pero no lo vio, y decidió cambiar de estrategia y seguir a una pareja de bomberos que regresaban del pasillo en llamas donde minutos antes, en la habitación más exclusiva de todas, descansaba su tío Nagorno. Caminó tras ellos hasta que doblaron una esquina y

se sentaron junto a unos sofás de la sala de espera a descansar. Gunnarr se quedó de pie, oculto tras la esquina, escuchando la voz ronca de uno de ellos.

—Cinco cuerpos calcinados en la última habitación. No hay más víctimas mortales. Tres pacientes en urgencias por inhalación de humo. Pudo ser una bombona de oxígeno, habrá que llamar a la policía científica para que investigue. Extinguimos lo que queda y sellamos toda la zona.

—¿Hay riesgo de derrumbe? —preguntó su compañero.

—No lo creo. Vamos, demos parte y entremos otra vez.

Gunnarr marchó en silencio antes de que los bomberos pudieran sospechar siquiera que un vikingo de mil doscientos años había estado espiándolos.

«Cinco cuerpos calcinados en la habitación de tío Nagorno. ¿Cinco cuerpos? El abuelo Lür, tío Nagorno... ¿Quiénes eran los demás? ¿Personal sanitario, doctores, enfermeras...? ¿Por qué cinco?».

Y entonces cayó en la cuenta: ¿era Adriana uno de los cuerpos carbonizados por la explosión?

3

GUNNARR

Diciembre, Nueva York

«No pueden haber muerto. Mi tío Nagorno y mi abuelo Lür no pueden haber muerto —intentó convencerse a sí mismo—. Y no, no puede haberles dado tiempo a trasladar a la *suite* el cuerpo de Adriana después de que lo dejase en la morgue».

Pero Gunnarr se conocía demasiado bien. Tras doce siglos de convivencia consigo mismo, sabía detectar sus propias mentiras antes de permitir que le crecieran por dentro y anidasen las esperanzas.

«Aunque..., para qué engañarme, por supuesto que los Hijos de Adán son capaces de eso y de más».

Tragó saliva y volvió al centro neurálgico de aquella planta que ya estaba maldita. A esas alturas, casi todo el personal había abandonado el ala norte; solo quedaba humo por los pasillos, algunas luces parpadeantes y la desolación que permanece prendida en el aire después de las tragedias.

Pero entonces vio algo que creyó reconocer sobre la encimera del mostrador desatendido. Se acercó, incrédulo.

Cinco conchas de cauri blanco.

Se le escapó un rugido de oso y las metió con un gesto furioso en el bolsillo del pantalón.

«Los Hijos de Adán ni siquiera han esperado a una lucha justa, con el tío Nagorno todavía convaleciente. Aunque, ¿cuándo lo han hecho?».

Corrió hacia el depósito de cadáveres, quería confirmar sus peores presagios.

Cuando llegó al sótano, lanzó un exabrupto en danés al advertir que el enfermero al que había sobornado había desaparecido y nadie custodiaba la puerta de la morgue.

Pero le tembló la barbilla y se tuvo que apoyar, aliviado, sobre la camilla metálica al comprobar que Adriana continuaba tendida tal y como la había dejado.

Eso significaba que los Hijos de Adán la habían dado por muerta durante el enfrentamiento con Madre, una ventaja en la guerra que se avecinaba, que no pensaba desaprovechar.

Se acercó al cuerpo frío de la muchacha, apoyó dos dedos en el lateral de su cuello, sobre la carótida, para comprobar una vez más que allí no había pulso, que no había movimiento ni vida en la esposa de su padre.

Era inútil. Demasiadas horas: tenía que rendirse ante la evidencia.

«Al menos he de darle una sepultura digna. No merecía este final. No lo merecía. Pero tampoco aquel principio que me rompió en dos, ni la vida solitaria que ha soportado, en parte por mi culpa».

Cargó con el peso muerto —mucho más liviano que el peso de su conciencia—, y escapó de la clínica dejando atrás, una vez más en su vida, el recuerdo de un fuego que se lo había llevado todo.

4

ADRIANA

Enero, Maine

Al principio me costó fijar la vista sobre un objeto concreto; los párpados no se me abrían del todo, como si ya no estuviesen acostumbrados a aquel simple movimiento.

Reposaba tumbada sobre una cama de colchón mullido. Una almohada alta mantenía la mitad de mi cuerpo reclinado. Poco a poco, el leve mareo cesó y pude ver con claridad. Frente a mí, sentado sobre una butaca desgastada de piel blanca y negra de potro, reconocí una melena muy rubia, perdida entre las tapas duras de cuero de una vieja novela.

Lo observé en silencio durante un buen rato; no quería darle ninguna pista de que yo estaba consciente. Gunnarr se rascó un poco la rodilla por encima de sus viejos vaqueros, ajeno totalmente a mí. Después abandonó por un momento su ensimismada lectura y me echó una ojeada rápida, levantando la cabeza, para volver a sumergirse de nuevo entre las páginas del libro, sin registrar todavía que yo estaba ya despierta.

Pasaron unos larguísimos segundos hasta que alzó otra vez la cabeza, incrédulo.

—*Stedmor*... —susurró, tragando saliva. El libro cayó sobre el suelo de madera, pero ambos nos despreocupamos de él.

Traté de incorporarme apoyándome en los codos, pero una aguja de gran tamaño en la vena tiró de mí y aullé de dolor.

—¡Quieta! —me ordenó Gunnarr, abalanzándose hacia mí desde su butacón—. Quieta... —repitió en un susurro cuando llegó a la cama.

Me recolocó la vía, solícito como un esclavo en Palmira, y al ver su rostro tan cerca, me pareció que la barbilla puntiaguda le temblaba ligeramente.

—Estás despierta —murmuró con un alivio en la voz que a mí misma me sorprendió.

Después volvió a tragar saliva y se llevó el puño cerrado a la boca, mordiéndose un nudillo.

—Estás despierta... Dame..., dame un momento —me rogó, y se giró hacia el gran ventanal de la habitación, quedando de espaldas.

Puso sus manazas en jarra y levantó la cabeza hacia el techo, tomó un par de inspiraciones y se calmó.

Yo había despertado dolorida. Era un dolor diferente a cuantos había padecido antes; sería sencillo describirlo como un dolor en el músculo del corazón, pero no era solo eso.

Un cansancio de décadas pesaba sobre cada uno de mis gestos. Gunnarr me advirtió de los efectos que me provocaría el hongo, que me administró en el aseo del avión que nos había llevado a la madriguera de Madre.

Miré alrededor, intentando ubicarme. Estaba vestida tan solo con un camisón blanco. Observé los tablones de madera del suelo, parecían cálidos y resistentes. Unas babuchas nuevas de andar por casa me esperaban a los pies de mi lecho. Un gotero de algo similar a un suero se empeñaba en molestarme con su gruesa aguja.

Miré a través de los ventanales, en la misma dirección en que Gunnarr miraba, y vi un bosque oscuro de pinos a lo lejos. Diría que

estaba en el segundo piso de una cabaña de madera, en una habitación adaptada para aquella cama, para aquella enferma que era yo.

¿Dónde estaban Iago, Lür y los demás miembros de la Vieja Familia?

No había nadie más a mi lado, y yo, sinceramente, habría esperado que Iago hubiera estado allí, velándome. Así que me quedé aguardando a que Gunnarr se recompusiera de la impresión que, por lo visto, le había causado mi despertar. ¿De verdad creía que iba a morir o que no iba a abrir los ojos nunca más?

¿Tal mal había estado?

Me quedé un buen rato aprendiéndome de memoria las paredes, mirando fijamente la puerta que tenía ante mí y la rendija de la calefacción sobre ella. Junto a la puerta, frente a mi cama, estaba la inmensa butaca vacía de Gunnarr. Esperé con paciencia a que este se girase de una vez y me contase.

Por lo visto, había tanto que contar...

Cuando por fin lo hizo, cuando se calmó y se acercó de nuevo a mi cama, supe por su rostro que algo había ido mal, terriblemente mal.

No quedaba ni rastro en sus facciones de esa antigua ironía que siempre acompañaba a sus gestos. Solo pude ver consternación. Gunnarr intentó una sonrisa que quedó en nada.

—¿Dónde está Iago? —le pregunté a quemarropa, con una voz que incluso a mí me sonó extraña.

Y eran tres palabras solamente las que había pronunciado. La respuesta debería haber sido también sencilla y concreta. No lo fue.

—No lo sabemos. Nadie lo sabe. Desapareció de la habitación de la clínica donde operamos a mi tío Nagorno.

—¿Desapareció?

Podía haber escogido más preguntas, había demasiadas para elegir: «¿De qué clínica me estás hablando?», «¿Operaron a Nagorno?», «¿Qué te hace pensar que me importa lo que ocurrió con Nagorno?».

Pero me quedé con la única que Gunnarr no podía contestar: «¿Desapareció?».

Después vinieron más palabras.

Palabras que me hirieron, palabras de abandono que me pusieron de nuevo la coraza. Una coraza que me había quitado casi dos años atrás, la mañana en que una leona en Cabárceno me regaló una cicatriz que me cruzaba la espalda desde entonces y que ya casi no percibía. Lo cierto era que apenas sentía nada, como si una anestesia me mantuviera en aquel limbo, ajena a cualquier dolor.

Me había colocado la armadura de nuevo, a pesar del cansancio y de lo mucho que pesaba.

Algunas palabras más salieron de la boca de Gunnarr; me centré en mirarla y en descifrar lo que suponían.

—¿Iago ha huido con la mujer con la que lo encontramos en la madriguera de Madre? —repetí incrédula, al escuchar una deshilvanada explicación.

—Al menos eso espero; los dos han desaparecido.

—¿Eso esperas? Le dijiste a Iago que yo no estaba muerta, ¿verdad, Gunnarr?

Apartó la mirada, se frotó las manos, apretó los puños.

—Gunnarr, dime que se lo dijiste. Que no has permitido que creyera que estoy muerta —repetí, cada vez más desesperada.

«¿Así es como Iago y yo nos separamos? ¿Así es como acaba lo nuestro?», me pregunté, incrédula.

—No me dejó, *stedmor*.

—¿Cómo que no te dejó? —grité, intentando incorporarme. La aguja en mi vena me lo impidió—. Era sencillo. Dos palabras: «Está viva». Pero, por algún retorcido motivo, te las arreglaste para no decírselo, ¿verdad?

Gunnarr me dio la espalda de nuevo, miró al techo de madera, tan robusto como él.

—Hay muchas cosas que debo contarte, pero la desaparición de mi padre no es el mayor de tus problemas ahora mismo. Deberías seguir fingiendo que estás muerta; es más seguro que ellos lo crean así.

—¿Ellos?

—Los Hijos de Adán. Ahora no habrá quien los frene.

5

ADRIANA

Enero, Maine

—¿Por qué dices «ahora», Gunnarr? —No comprendía nada, demasiados datos para mi cabeza aletargada.

—Mi padre ha matado a Madre. Todos deberíamos centrarnos en protegerlo ahora, pero me temo que él ha tomado la iniciativa y no cuenta con nosotros. Eso... en el mejor de los casos; en el peor de los escenarios, mi padre es un cuerpo carbonizado junto al resto de mi familia.

—¿Cómo...? —fui capaz de preguntar. Hubo un trallazo por dentro. No, Iago no era ningún cuerpo carbonizado. Y punto—. Tienes que empezar por el principio. Vas a tener que explicármelo todo porque ayer estaba volando hacia Estados Unidos para rescatar a Iago, y ahora no me cuentas más que barbaridades sin sentido. Y no acudas a mentiras piadosas; podré con esto.

Entonces se produjo un silencio de funeral entre nosotros. Durante mucho tiempo. Minutos, tal vez. Gunnarr no era alguien con la necesidad de llenar los silencios. No le molestaban.

A mí sí.

Y mucho.

Nunca antes lo había visto buscar de esa forma las palabras.

—¿Estás segura?

No lo estaba, ¿cómo podría?

—Adelante, Gunnarr. ¿Qué ha ocurrido?

Se sentó en una esquina de la cama, hundiendo el colchón, que se elevó bajo mi cuerpo. Tenía el ceño fruncido y el gesto cabizbajo. Yo siempre he odiado los momentos previos a los pésames.

—No tengo ni una sola buena noticia que darte —arrancó por fin —. Y todas las que te voy a dar son tan malas que van a marcar tu vida de aquí en adelante.

—Empieza de una vez, por favor. Esto ya es suficientemente duro como para que lo alargues —le rogué. Por algún motivo, aquella conversación estaba siendo tan difícil para él como para mí.

—Has estado varias semanas en coma, querida *stedmor*. Algo funcionó mal, tu organismo no asimiló bien el preparado que te administré, tu corazón latió durante varias horas a un ritmo apenas detectable. Incluso yo pensé que estabas muerta de verdad. Por suerte, esperé un poco más antes de enterrarte. Justo cuando iba a cerrar el... el ataúd, sentí tu latido, pero no llegaste a despertar. Te he estado cuidando y ocultando desde entonces. —Giró la cabeza y miró la butaca tras él como si me presentase a una vieja amiga—. Hemos pasado muchas horas velándote, esta butaca y yo. La vía que llevas te ha alimentado durante todo este tiempo. He utilizado nutrición parenteral. Imagino que te sentirás débil, pese a todo.

Varias semanas. Varias semanas de mi vida en blanco. O tal vez en negro, porque no las recordaba.

Lo último que recordaba era el rostro horrorizado de Iago cuando Gunnarr me levantó en volandas y me apretó tanto el cuello que me llevé las manos inconscientemente a la tráquea. Pero no, ya no sentía nada. Mi cuello estaba de una pieza.

Miré a mi hijastro, el tipo que me había robado varias semanas de mi efímera vida, y pensé que para él aquel periodo no suponía nada.

Quizá ni siquiera se sentía culpable de tal saqueo.

—¿Y mi familia? —pensé en voz alta—. Estarán buscándome... Alguien habrá tenido que preguntar por mí durante este tiempo. Han pasado las Navidades, ¿no llamó nadie para desearme un feliz año nuevo?

—Los he mantenido a raya gracias a tu móvil. Me lo quedé cuando te secuestré y después...

—Lo recuerdo —corté.

«Lo recuerdo».

—Tu primo Marcos y tu padre han sido los más insistentes. También te han enviado mensajes alguna vez un tal Salva, del MAC, y una amiga llamada Clara, del Museo Arqueológico de Madrid. He tenido que fingir que te mantenías muy ocupada con un nuevo proyecto arqueológico en el extranjero. No sufras, *stedmor*. No se han inquietado en ningún momento, no han llegado a sospechar que algo inusual estaba ocurriendo en tu vida. Parecían acostumbrados a tus ausencias.

Tragué saliva, horrorizada y tal vez avergonzada.

¿Qué vida estaba viviendo si mi propio padre, mis amigos más cercanos y mi primo, lo más parecido a un hermano mayor, ni siquiera se percataban de que me habían secuestrado, dado por muerta y mantenido en coma durante las últimas semanas? ¿Nadie me echó de menos en la cena de Nochebuena? ¿Nadie insistió en felicitarme las Navidades por teléfono o en persona?

«¿Qué vida, Dana? ¿Qué vida te estás construyendo?».

La pregunta me ensimismó durante un buen rato, mientras Gunnarr continuaba, ajeno a mis pensamientos, desgranando sus malas noticias longevas.

—La mujer con la que espero que mi padre haya huido es también longeva. Es una Hija de Adán.

—¿Es longeva?

—Así es.

Miré hacia lo lejos, a la ventana, a aquel bosque tupido de pinos verdes, oscuros, casi protectores.

—Así que Iago creyó que yo había muerto y, después de un microduelo de unas pocas horas, escapó con la mujer con la que lo vi tendido en una cama poco antes de morir.

—Estoy seguro de que mi padre podrá darte una explicación a todo eso, pero hoy por hoy, está ilocalizable.

«¿Qué vida, Dana? ¿Qué vida te estás construyendo?».

Mi cabeza continuó machacándome con el mismo pensamiento repetitivo, una y otra vez, incapaz de centrarme en las palabras del hijo del que era... ¿mi marido longevo? ¿Todavía?

—¿Por qué hablas de cuerpos calcinados? —me obligué a continuar.

—Hubo una explosión en la clínica, justo después de que consiguieran trasplantar el corazón de Adana al de mi tío Nagorno. Eran compatibles. En principio, la operación fue un éxito. Mi padre aguantó lo justo para asegurarse de que su hermano vivía. Después, entró en *shock* porque te creía muerta. El abuelo Lür consiguió reducirlo y le administraron calmantes. Marion Adamson, la Hija de Adán que estaba con él, se quedó cuidándolo. Ella también está en peligro; Madre la exilió justo antes de morir, lo que supone ser perseguida, como lo ha sido el abuelo Lür y todos sus familiares, parejas y descendientes.

—Los cuerpos calcinados, Gunnarr... —le imploré.

—La explosión dejó cinco cuerpos calcinados. Le he dado muchas vueltas durante estas semanas a ese enigma. Las noticias solo hablaban de una fuga de gas y no especificaba ni número de muertos ni sus identidades. Muy propio de los Hijos de Adán.

—¿Cómo sabes que fueron ellos y no un accidente?

Se giró y tomó un libro de la biblioteca. Estaba hueco por dentro y me tendió su contenido: cinco conchas de cauri blancas.

—Es su firma. Una por cada exiliado ejecutado. Cinco, ¿por qué, *stedmor*?

—Dímelo tú, me llevas varias semanas de ventaja —atajé.

—Pongamos que han matado a tío Nagorno y al abuelo Lür. Son las víctimas más probables. Estaban en la *suite,* y tío Nagorno estaba en la cama, convaleciente, y el abuelo no se apartó de él excepto para dejar a mi padre al cuidado de Marion.

—Continúa.

—Marion y padre pueden ser otros dos cadáveres, en el supuesto de que mi padre hubiera ido a hablar con el abuelo Lür después de recuperarse del tranquilizante. Pero el personal de la clínica me dijo que no lo localizaban para darle el alta y que creyeron verlo salir del recinto con una mujer morena. Sé que te parece una mala opción, pero me aferro a ella para decirme a mí mismo que está vivo y que huyó a tiempo, antes de la explosión.

—Así que, como mínimo, Nagorno y Lür están muertos y, en el peor de los casos, también Iago y la Hija de Adán exiliada. ¿Y el quinto cuerpo?

—Esa es mi esperanza —suspiró—. El otro cadáver puede ser personal de la clínica, probablemente lo sea. Pero los Hijos de Adán colocaron cinco conchas de cauri. Cinco. Así que nos dan por muertos a los cinco: Lür, Nagorno, padre, Marion y yo. Por un momento pensé que el quinto cadáver eras tú, que te habían sacado de la morgue de la clínica y te habían colocado en la *suite* antes de la explosión, pero tengo claro que si no lo hicieron fue porque pensaron que estabas muerta desde que te asfixié delante de Adana, y eso es una gran ventaja, creo.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eso significa que, en principio, creen que estás muerta. Pero no puedes volver a tu vida en Santander, te localizarían. Durante un tiempo, que para ellos serán unas décadas y para ti toda tu vida, volverán a los sitios que has frecuentado para comprobar que no estás viva.

—¿Y por qué veo alivio en tus ojos, Gunnarr?

—Porque los Hijos de Adán son implacables, no dan puntada sin hilo. Siempre comprueban, vuelven al lugar de sus masacres. Cinco muertos por cinco exiliados que no lo están, al menos yo. —Y entonces sonrió—: Hay una incongruencia, una pequeña posibilidad de que no hayan sido ellos y todo esto sea una puesta en escena, por quien sea... Y eso es lo que voy a averiguar.

6

ADRIANA

Enero, Maine

—¿Dónde estamos exactamente, Gunnarr? —quise saber. Prefería cambiar de tercio, convertirme en un ente práctico, porque si seguía pensando en Iago y en su traición, o en su abandono, me iba a desangrar por dentro en minutos.

—En el estado de Maine. No he querido salir de Estados Unidos mientras tú estabas en coma. Cruzar la frontera en tus condiciones resultaba ser una empresa muy arriesgada. Pero ahora sí que tenemos que trazar un plan de huida. Permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar nos pone en evidencia y nos deja demasiado expuestos. Debemos cambiar de identidad, convertirnos en blancos móviles hasta que las aguas se calmen, y mientras averiguamos si los demás están vivos... Tú no puedes volver a Santander —susurró con gesto serio.

Miré a lo lejos de nuevo, al exterior, a un invierno que me reclamaba, prendido en las copas de los pinos. Todo menos continuar allí encerrada. Si mal no recordaba, había pasado mis últimos tiempos enclaustrada en la celda de una fortificación escocesa en la isla de Eigg. Era hora de salir de nuevo y enfrentarme a una vida sin cuatro paredes, por muy débil y destrozada que me sintiera en aquellos momentos.

—Lo entiendo. Y tienes razón, es lo más sensato —claudiqué por fin, ¿para qué discutir con un vikingo gigante? Todavía no había perdido ni el sentido común ni la conciencia situacional—. Dame un instante, tengo que hacerme a la idea. Hay mucho, demasiado que digerir.

Vi alivio en su rostro tenso; asintió con la cabeza, conforme.

Por primera vez en un buen rato, me esforcé y le sonreí.

—¿Puedes traerme algo de ropa del siglo XXI? No soy de camisones, Gunnarr. Te has quedado en el XIX.

Él se rascó la nuca, algo avergonzado, se levantó de la cama y sonrió.

—Conoces mis carencias en asuntos femeninos, pero sí: te había comprado ropa por si..., quiero decir... —se corrigió—, para cuando despertases. Voy a por ella.

Esperé a que cerrase la puerta y me arranqué la maldita aguja que me había estado torturando durante semanas, aprovechándose de mi ausencia. Me levanté con cuidado de la cama, pero, aun así, al ponerme en pie, perdí un poco el equilibrio y no pude mantenerme en vertical. Me apoyé en el colchón durante unos segundos, tratando de equilibrarme. Me palpé los muslos bajo el camisón. Había perdido masa muscular, ni siquiera tenía un espejo para ver qué había sido de mi cara. Asumí que me mostraría un rostro demacrado, pero aquel era el menor de mis males. Gunnarr no tardaría en regresar.

Me apoyé en la pared de troncos de pinos centenarios y alcancé la ventana. La abrí y lancé una de las zapatillas al exterior.

Gunnarr volvió al cabo de pocos minutos con varias prendas en su regazo.

—*Stedmor*, aquí tienes ropa nueva. Te he traído algunos documentos falsificados para que podamos salir del país y huir. Billetes en efectivo... —Miró alrededor y dejó caer las prendas

cuando descubrió que yo ya no estaba en la habitación—. Adriana, ¡Adriana!

Gunnarr gritó mi nombre una vez más y se asomó por la ventana abierta. Debió de ver la zapatilla varios metros más abajo, porque soltó un improperio en algún extinto dialecto nórdico y saltó al exterior sin pensárselo dos veces. Ventajas de medir dos metros.

Escuché su vozarrón llamándome al internarse en el bosque de pinos. Solo entonces, cuando se hizo un silencio que me supo a gloria —nada de noticias catastróficas, nada de esposos huidos, nada de venganzas milenarias—, solo entonces me arriesgué a salir del hueco de la rejilla de la calefacción al que me había encaramado trepando desde la vieja butaca de piel de potro.

Me puse unos vaqueros que no eran de mi talla, un jersey de leñadora y unas botas de cuero con borreguillo en su interior. Recogí del suelo lo más preciado, las llaves de mi libertad: documentación y dinero. Después tiré del colchón que había sido mi tumba durante las últimas semanas y lo arrojé por el ventanal. No lo pensé demasiado cuando salté por la ventana; por suerte caí sobre él y me levanté sin ninguna lesión aparente.

Y salí corriendo en dirección opuesta a la que Gunnarr había tomado. Pese al cansancio, pese a que ahora notaba mi cuerpo más frágil que nunca, pese a que estaba totalmente desorientada, y no solo por encontrarme sola en un inmenso bosque en el estado de Maine, con un guerrero de mil y pico años empeñado en encontrarme y reclutarme para su causa, cualquiera que fuese su maldita causa.

Hui.

Hui, hui de Gunnarr y hui de ellos, de todo lo que tenía que ver con los longevos.

Dejé atrás aquella vida irreal a la que había dedicado mis últimos dos años y volví a mi vida de arqueóloga efímera, de donde nunca debí haber salido.

7

NAGORNO

Febrero, Java

Un hombre de melena blanca ensortijada entra en el espacioso y solitario *spa* de Amanjiwo. Tiene una barba igualmente canosa, camina renqueante, como si el tiempo le pesase sobre el hombro derecho. Trae las botas sucias de barro y una mochila descolorida. Toda su ropa está empapada por la persistente lluvia que nos envuelve en esta, la época húmeda indonesia. Parece un viajero que se ha perdido en los arrozales que protegen mi hotel.

Se dirige a mí sin prisas, no viene recto, más bien a doce grados. A través de las columnas doradas, el murmullo suave del anticipo al monzón, que en unos días traerá el viento de noroeste, envuelve el ambiente y lo refresca. Presto oído a mi alrededor, pero no hay más susurros de pisadas de otros merodeadores más que las suyas. Si han venido a prenderme, solo está él. Por algún motivo, se considera suficiente para acabar conmigo, tal vez por verme en una situación tan desprotegida, desnudo en esta piscina de pétalos de flores níveas.

Iluso.

Alargo la mano bajo las toallas plegadas al borde de la piscina. Allí me espera una akinakes de treinta y seis centímetros, mango corto y filo curvo. La daga requiere que sea lanzada compensando el peso

de la empuñadura, pero el intruso ha cometido el error de acercarse a seis metros de mí, y a esa distancia no podría errar ni saturado de borgoña.

—Deja el cuchillo, esa no es forma de recibir a tu padre —me dice en mi lengua materna.

8

NAGORNO

Febrero, Java

Me relajo, falsa alarma. Apunto en mi lista mental: «Contratar protección». Mañana mismo me encargo, sin demora.

Escruto al canoso visitante. Qué pericia, qué dominio tiene padre con los disfraces. Y cómo agradezco que todavía hable conmigo en la lengua de los escitas. Solo tres personas quedan que la dominen, pero únicamente dos que la practiquen.

Urko se negaba a utilizarla, aunque siempre fingió no entendernos, pero yo sé que conoce los recovecos de su significado. A veces todavía lo llamo *spu*, ojos extraños. Sé que eso lo altera, y lo hago por el goce íntimo que me supone importunar su soberbia inteligencia.

Dejo el puñal para mejor ocasión, que sin duda llegará. Lo freno con un gesto de la mano: «Párate ahí, en breve acabo». Él lo entiende y comprende la situación al momento. Son muchos siglos de convivencia, conoce mis rutinas. Hoy es viernes, día de Venus. Hay que honrar a la diosa.

Tomo aire, extiendo el brazo que me queda operativo sobre el mármol de Carrara —el *marmorlunensis*, ya que estamos homenajeando a la antigua Roma— de la piscina donde ahora tengo medio cuerpo sumergido en agua templada y aceite. El manto

flotante de flores blancas de Kadupul, que hice traer de Sri Lanka, impide que padre vea lo que está ocurriendo ahora mismo en el interior del aljibe. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. El calor asciende por las mejillas y coloniza los lóbulos de mis orejas; sé que están encarnados ahora mismo, tantas veces he visto esta escena repetida frente a mil espejos de mil salas depravadas, lujuriosas, exquisitas.

Dejo que el orgasmo me lleve adonde quiera, pero estoy pendiente del ritmo de mi latido. Segundos antes de llegarme el gozo, el corazón se para; una arritmia que me inquieta y que no desaparece.

Padre está pendiente de mi rostro, no porque sea morboso, sino porque conoce y comparte mi más íntima preocupación.

Detecta el terror en mis ojos y rápidamente da un paso hacia mí, presto a socorrerme, a reanimarme si hiciera falta, a llamar a quien sea desde este lugar escondido en la selva con tal de que su hijo más conflictivo no muera en sus brazos.

9

NAGORNO

Febrero, Java

Pero el momento, ese eterno momento en el que no sé si habrá otro latido, pasa, y comprendo que el corazón de Adana juega a torturarme y disfruta con su retorcido tormento.

Luego me abandono y todo vuelve a la placentera zozobra del después.

—Podéis salir —digo a las damas, y dos ninfas javanesas emergen cianóticas de entre mis piernas.

Conocí a sus bisabuelas; distintas facciones, igual pericia y dulzura, la de las mujeres asiáticas. Nada que ver con la brusquedad de las europeas, pero ya se sabe, son nietas de las celtas bárbaras que adoraban árboles.

—Señoras... —susurra padre en su dulce javanés. Se sienta al borde de la piscina y las vemos retirarse desnudas con cientos de pétalos prendidos en la piel aceitosa.

—Aún no puedo estar con tres a la vez —me sincero, frustrado, en mi lengua. Estoy probando los límites de este corazón. Su ritmo no es el mío, me va a costar sincronizarme con otro mecanismo tan ajeno y exigente—. Esta vieja víscera late más lenta.

—Efectivamente, tu equipo de cardiólogos me advirtió después del trasplante que el corazón de Adana tiene bradicardia. Palpita más

lento, como tú dices, y no sé bien qué interpretación darle. Ojalá estuviese aquí Urko para encontrarle una explicación. —Mi padre ha vuelto al castellano; el escita que recordamos no sabe de palabras modernas como «bradicardia». Debería adaptarlas yo mismo, asumo, para que la progenie que tendré algún día hable la lengua de su padre.

Lo haré, sin duda lo haré.

—Hablando del rey de Roma —suspiro; siempre Urko, omnipresente Urko—. Por tu gesto derrotado, asumo que no has logrado encontrarlo.

—Ni rastro de él. —Se encoge de hombros. Matices: desolación, turbación, consternación—. Urko no responde, ni vía móvil, ni a ninguna de sus direcciones de correo electrónico, ni a los viejos sistemas de los apartados de correos. Solo queda acudir al solsticio en Monte Castillo.

—Aún quedan unos meses, ¿deberíamos arriesgarnos?

—Si no lo encontramos antes, habrá que hacerlo —ataja él.

—¿De verdad crees que Iago sobrevivió a la explosión, que está vivo y que se ha fugado con esa mujer?, ¿o tal vez lo hicieron cada uno por separado?

Padre detectó a varios soldados blancos merodeando junto a la valla de la clínica privada. Su paranoia nos salvó la vida a ambos: me sacó por la salida de empleados justo antes de la explosión.

—Creo que está vivo. Tiene que estar vivo, no contemplo la otra opción. Y pienso que escaparon juntos, pero Urko siempre va un paso más allá; tal vez ha comprendido que vamos a tener que contar con ella como aliada. Aunque si fuera así, sigo sin entender por qué habría huido con Marion Adamson y por qué todavía no ha contactado con nosotros.

—Sé que no quieres ver la posibilidad de que esa mujer lo haya vendido y Urko esté ya muerto —observo. Detecto un rictus de tensión en su mandíbula. Matices: incredulidad, obstinación, recelo —. Y con Gunnarr ocurre otro tanto. Tal vez esté en manos de los Hijos de Adán o lo hayan matado también. No he conseguido localizarlo.

—Quizá Gunnarr piensa que estás con Urko y que permitirá que lo mate por lo que le hizo a Adriana —reflexiona padre.

—Puede ser —concedo, aunque conozco a Gunnarr y sé que con él hay algo más. Siempre hay algo más. Es mi pupilo: debe de haber algo más.

—No voy a dejar de buscar a mi hijo —insiste padre—. Tenemos que saber qué le ha pasado y si lo han matado.

—¡No! —exclamo, perdiendo la paciencia. Las paredes doradas de mármol acogen mi grito—. Pierdes el tiempo.

Salgo de la piscina, la pared de lluvia que rodea el edificio se abre y deja entrar una ráfaga de viento que, obediente, me seca la piel. Padre se acerca a mí. Con su peluca canosa parece un patriarca bíblico, como Noé, o como el Creador que Michelangelo pintó en la Capilla Sixtina. Durante un segundo, se fija en mi nueva cicatriz, la que me dejaron los cirujanos al trasplantarme el corazón de Madre. Treinta centímetros de línea roja que divide en vertical mi pecho. Veo horror en sus iris de avellana, una constatación de que Adana sigue latiendo dentro. Sé que no se explica mi rápida recuperación de la operación. Sé que nadie se lo explica, pero a mí me cansa que mi propio padre no sea aún consciente de mi unicidad.

—¿Y tú no lo pierdes, refugiándote en tu paraíso de mujeres y exquisiteces? —Padre vuelve al tema que le preocupa. Su pregunta parece una acusación, aunque no ofende—. ¿Esto te va a salvar?

—Estaba probando mi nuevo corazón. Va a ser vital que recupere mis habilidades —contesto calmo.

—¿Vital para qué? —No comprende aún. Tiene veintiocho mil años y no comprende aún.

—Para la guerra que vamos a librar.

—La guerra que vamos a librar... —repite padre, incrédulo. Con un gesto experto se arranca la peluca blanca y tira de la barba de anciano—. ¿Y cómo te estás preparando, amén de recibir felaciones subacuáticas?

—Amén de recibir felaciones subacuáticas, estoy liquidando negocios y reuniendo *cash* para comprar un ejército.

—¿Eso piensas, inocente? ¿Que esta guerra la ganaremos con un ejército?

—Ellos tienen a sus soldados blancos —le recuerdo.

—Zombis de cerebro lavado, sin autonomía, educados desde el vientre para obedecer a los líderes de las ramas. Son hijos menores, intercambiables, efímeros. Eliminarás a diez y repondrán cincuenta, como la hidra.

—Entonces debemos cortar las cabezas de sus líderes.

—No, hijo. Todavía no lo has comprendido... —sentencia, sin opción a réplica—. Con los Hijos de Adán, la única guerra que se puede ganar es la que nunca comienza.

10

NAGORNO

Febrero, Java

Tomo el batín de seda cobriza, obsequio del anciano conde de Montesquiou.

—¿La que nunca comienza? —exclamo—. ¡Esta es precisamente la guerra más antigua de toda la historia! Dime, ¿cuántos fueron? ¿A cuántos de mis hermanos masacraron a lo largo de doscientos siglos, ah?

—Te preocupas por tus hermanos, a los que no conociste, y el destino del hermano con el que has convivido durante tus dos mil setecientos años te es totalmente indiferente.

—No he olvidado el nimio detalle de que Urko dejó mi corazón inservible.

—Y ha arriesgado su vida y perdió a su mujer por revertir esa situación.

—Siempre vas a defenderlo, ¿verdad?

—Es curioso, él siempre decía la misma frase refiriéndose a ti. ¿Sabes lo que significa eso? Que estoy siendo un padre equidistante con ambos, aunque os falta objetividad para valorarlo. Pero volviendo a nosotros y a nuestra precaria situación... Sinceramente, hijo: no creo que los Hijos de Adán hayan dejado de perseguirnos porque hayamos huido a tiempo de la explosión de la clínica. Si

siguen bien organizados y saben lo que hacen... No, no habrá sido suficiente. Internet habla de varios muertos, sin especificar. Ellos siempre se aseguraban, los contaban y dejaban una concha de cauri por cada exiliado o familiar ejecutado. No sabemos si Urko, Marion y Gunnarr han perecido en la explosión, no sabemos si murió más o menos gente, no sabemos cuántas conchas dejaron. No sabemos nada —dice con frustración.

Padre detectó a los soldados blancos acechando frente a la clínica. Milenios de persecuciones lo mantenían alerta, supongo. Tomó un uniforme de enfermero y me transportó en una silla de ruedas, todavía convaleciente, hasta el *parking* subterráneo de la clínica, donde hizo un puente a un coche de lunas tintadas que nos sirvió para alejarnos de allí. He tenido que soportar el peso de su culpa desde entonces porque no le dio tiempo a rescatar también a Urko: el estruendo sobre nuestras cabezas y los cascotes del techado que abollaron el techo del coche le confirmaron que los Hijos de Adán habían comenzado la cacería.

—No vamos a discutirlo una vez más; nos falta contexto para sacar conclusiones. ¿Qué paso darás ahora? —le pregunto, centrando de nuevo el tema.

Padre se atusa el cabello, veo un gesto de desesperación en él. Está perdido, pero no va a reconocerlo.

—Insistir, insistir. No voy a abandonar la búsqueda de mi hijo. ¿Qué paso crees tú que deberíamos dar?

—El objetivo a abatir ahora son los líderes de los Hijos de Adán.

—No sabes lo que dices.

—Sí que sé lo que digo. Y desde luego, sé lo que significa una guerra. He comandado demasiadas. Créeme, padre, soy uno de los pocos hombres que la entiende. Pero te necesito para identificarlos. Durante este tiempo de reposo he pensado largamente acerca de

nuestra precaria situación. Solo tú puedes estar a mi lado para liderar la primera jugada de esta partida. Pero cómo, me pregunto. No te mezclas con ellos desde la prehistoria.

Padre me da la espalda, signo de que no quiere que le lea el rostro mientras toma una decisión. A veces me enervan sus pausas, otras veces me calman. He aprendido a apreciarlo con los siglos, a considerarlo un progenitor digno..., y sé que amó a mi madre y que ella le correspondió. Eso lo convierte en un hombre más que notable.

Padre avanza entre la humedad de la sala, se sienta, algo turbado, en un sofá Imperio de madera trabajada con pan de oro que traje de un anticuario de la Rue du Bac en París.

—Entonces tendré que empezar por explicarte cómo estaban organizados los Hijos de Adán. Verás, hijo: en los tiempos en que conviví con ellos, los oficios determinaban la pertenencia a una rama. Como puedes imaginarte, las ramas de aquellos tiempos eran de oficios antiguos como los Pescadores, Talladores de piedras, Parteras... Adana ponía al frente siempre a un líder, generalmente basándose en si era primera generación, segunda, décima, etcétera... Lo que quiero decir es que los Hijos de Adán eran una estructura fuertemente jerarquizada por derecho de nacimiento, otorgado con base en la cercanía de su vínculo de sangre con Adana.

—Una suerte de gerontocracia —atajo.

—Podría decirse que así es. O así era, al menos. Ahora no lo sé. Por lo que he podido suponer, la mayoría de los Hijos de Adán son efímeros y unos pocos en la actualidad son longevos, como nosotros, aunque ella no usaba esa denominación entonces; hablaba más bien de dioses, de los Primeros Padres... Nietos, biznietas, tataranietos y choznos, o tras tataranietos, todos convivían en el

mismo clan. Durante los milenios que pasé a su lado, jamás tuvimos un hijo longevo, ni siquiera un solo hijo que llegara a la edad de procrear. A todos los perdimos durante la infancia. Ahora veo que finalmente consiguió su propósito: entre la miríada de descendientes que ha traído al mundo, algunos de ellos, como Marion Adamson, han resultado ser longevos, así que asumo que ellos serán los líderes de las ramas actuales. Pero la cuestión es: ¿cuáles son las ramas actuales? ¿Qué oficios han perdurado? Tú y yo hemos visto nacer y morir muchas profesiones, la mayoría son casi tan efímeras como los propios efímeros. ¿Recuerdas los sustancieros, que tras la Guerra Civil paseaban por el Madrid castizo alquilando los huesos de jamón por horas para dar sustancia al cocido?

—A peseta el cuarto de hora con un cronómetro al cuello, gritando: «¡Sustancia!» —sonrío sin nostalgia—. El patetismo de la posguerra.

—Que yo recuerde, había serenos, afiladores, pregoneros, resineros...

—Barquilleros en las Tullerías de París... —añado.

—¿Y los alambiqueros que extraían esencias en Cazorla? ¿Qué habrá sido de ellos?

«Planchadores ambulantes en la Vieja Delhi, limpiaorejas, pesadores de hombres con sus básculas», pienso, pero callo.

Padre está en pleno ejercicio de nostalgia, no hay quien lo pare. Renuncio a intentarlo.

—Tengo sospechas —reconoce al fin, suspirando—; las he ido acumulando a lo largo de los milenios. Si hemos de acercarnos a ellos, el que me interesa es el probable líder de los Diplomáticos. En los tiempos en que conviví con Adana, los Intérpretes éramos los encargados de abrir las negociaciones con otros clanes. Íbamos inmediatamente después de los Rastreadores y antes de los

Cazadores. Su líder, Negu, era el compañero de Adana cuando los conocí. Para mí fue un hermano, y su descendencia se crio considerándome un segundo padre, o un tío, en términos actuales. Durante el tiempo que estuve con ellos ninguno fue longevo, pero tal vez debamos empezar por ahí: tal vez alguno lo haya sido. En todas las culturas, los intérpretes evolucionaron hacia el oficio de diplomáticos. Si los Hijos de Adán mantienen cierto poder en la sombra, es probable que esa rama haya sobrevivido.

—¿Los Diplomáticos?, ¿y para qué quieres a los Diplomáticos en esta guerra? —Este hombre no se ha enterado de nada.

—Para pactar antes de que nos persigan o nos ataquen de nuevo.

«Iluso. Así murieron todos tus hijos. Porque fuiste un iluso que siempre esperaba lo mejor, incluso de los peores».

—Aún no te has dado cuenta del paisaje que tenemos por delante, ¿verdad? —replico, irritado—. Actualmente hay una vacante en el liderazgo de los Hijos de Adán. Tienen que estar reuniéndose, pactando, tomando posiciones... Tal vez por eso, y solo por eso, tú y yo estamos vivos todavía, después de su primera masacre en la clínica. Estás regalándoles ese tiempo con tu pasividad. Era nuestra ventaja, hay que empezar a actuar ya.

«Hay que empezar a cortar las cabezas ahora».

—Bien —acepta por fin—. Entonces voy a necesitarte. Tienes acceso a los archivos de todas las pinacotecas del mundo. Vamos a pasar las próximas semanas estudiando rostros.

Asiento, complacido.

—Por fin escucho algo resolutivo. —Le doy una palmada en la espalda. Él trata de sonreír, circunspecto—. Y ahora, alimentémonos. Mis cocineras han preparado *salak*, esa fruta que tanto aprecias. Después degustaremos el mejor *rendang* de Indonesia y terminaremos con té de jengibre picante.

—Echo de menos un buen quesuco de Liébana —suspira.

—Solo tenías que pedirlo, padre. Pasado mañana cenarás queso y pan de tu tierra. —Me gusta complacerlo. Sus ritos de hombre humilde me provocan ternura.

Salimos del *spa* y rodeamos toda la campana caliza del hotel. A lo lejos, más allá de la vegetación exuberante, los tres volcanes amenazan con sus nubes apaisadas.

—Adelántate, padre. Yo voy a adecentarme para la cena. Espérame en el comedor de la zona oeste.

Él asiente y yo cruzo el laberíntico camino hasta mi *suite*. Dejo que el agua de la ducha haga su recorrido diario y se lleve el aceite de la piscina. Le sonrío al espejo mientras aliso mi pelo mojado bajo un peine de plata labrada con la cabeza de una cobra.

«Hoy empieza la guerra», me digo, complacido y aliviado. Por fin llegó el final de tanta espera.

Entro en el vestidor de madera oscura. Las tenues luces azules parten del suelo y se proyectan sobre trescientos cuarenta y siete trajes, cuatrocientas cincuenta y cuatro camisas, doscientas cinco pajaritas. Escojo la verde moteada. Camisa a rayas de Turnbull & Asser, blanca y marrón. Traje de terciopelo marrón; setenta años y sin roces, un clásico que no sabe de obsolescencia programada. Zapatos a medida de Lobb. Reviso mi apariencia.

Todo correcto.

Todo impecable.

No, hay una mota blanca en la solapa de la americana.

La fulmino con la yema del dedo. Ahora todo está perfecto. Puedo estirar mis hombros. Con mi viejo corazón me costaba esfuerzo.

Retiro la puerta corredera del vestidor. Inserto la clave; hace tres días que no la cambio. Apunto en mi lista mental: «Cambiar la contraseña esta noche».

Entro en el cubículo. Tomo el mando oculto en una falsa baldosa de madera y cierro detrás de mí. La luz azul me ilumina el rostro cuando abro la cámara frigorífica que tengo delante. Es alargada, el líquido que lo preserva en frío guarda un tesoro: mi corazón.

Di instrucciones específicas a mi equipo de cardiólogos, a espaldas de Urko y de padre, para que lo mantuviesen en las mejores condiciones.

Algún día..., algún día, y viviré para contarlo, mi corazón escita volverá a su dueño. El corazón de Madre es exigente, lo noto, ella lo sabe.

Y no estoy seguro de que quiera o pueda cumplir con lo que lleva pidiéndome desde el día en que fue trasplantado en mi pecho.

11

ADRIANA

Mayo, Libia

Contemplé en silencio el panel con las manos pintadas que teníamos delante. Manos en negativo, como las del panel de Monte Castillo.

Alargué la mía hasta acercarla a la roca —Madre Roca, habría pensado si la ocasión fuese otra— y me detuve a un centímetro de superponerla sobre la original.

—¿Qué haces? Se supone que nos han contratado para preservar este patrimonio histórico, no para contaminarlo con tu ADN —me reprendió Clara, risueña, dándome un codazo.

Mi amiga Clara era la única presencia de mi pasado que permanecía estable en mi nueva etapa. Nos habíamos conocido años atrás, cuando trabajábamos en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, y había sido mi contacto para conseguir mi puesto de jefa de la Unidad de Excavaciones de Tadrart Acacus, en el sur de Libia, rozando la frontera con Argelia y Níger. El equipo del Museo Nacional Luigi Pigorini de Roma, que yo comandaba, se había desplazado a la zona para digitalizar sus pinturas rupestres.

Me censuré una vez más, apreté el puño e hice desaparecer mi mano dentro del amplio bolsillo de mi pantalón de camuflaje.

Guiñé el ojo a mi amiga, restándole importancia a mi falta y me giré hacia Luca, uno de mis becarios, que nos aguardaba varios

metros más abajo con la minigrúa de digitalizar.

—¡Luca, acércate un poco más! —le grité en italiano—. ¡Ya casi tenemos esta sección!

Estábamos en una zona inestable, y miré preocupada el saliente que se cernía sobre nuestras cabezas cargado de un par de toneladas de piedras y arena. Pero calculé que llevaba allí desde el principio de los tiempos, sin mover ni un milímetro de su poderosa estructura.

—Deberíamos bajar un poco el ritmo —dijo Clara—. Desde que llegué, ni siquiera he tenido tiempo de visitar Tasilli. Siempre quise venir a esta zona, desde que vi *El paciente inglés* y la escena de la cueva de los Nadadores, pero si seguimos así, me iré sin conocerla. ¿Y qué hay de ti?, ¿te irás también en tres meses, cuando esta campaña termine? —preguntó, mirándome de reojo.

—Me acaban de nombrar directora hace apenas unos meses y aquí hay muchísimo por digitalizar aún. Quiero acabar el proyecto. Esto es todo lo que quiero —repetí como si fuese un mantra.

—¿No quieres volver al hogar? —insistió.

«No tengo hogar».

Me giré hacia el becario, que sujetaba pacientemente el largo cuello de la grúa.

—¡Acabemos con esto, el sol está ya casi en lo alto! ¿Lo tienes, Luca?

—Sí, doctora Alameda —respondió con un grito.

—Por hoy es suficiente —finiquité—. Volvamos a los barracones.

Fue entonces cuando mi pie se tropezó con la pieza.

—¿Qué demonios...? —susurré, agachándome.

Bajo mi bota, semienterrada en la arena asomaba una punta de lanza.

—¡Luca, ve al cuatro por cuatro y tráeme unos guantes de látex! —le ordené, tragando saliva.

—¿Es auténtica? —preguntó Clara, acercándose con una interrogación en el rostro.

—Ya lo creo —susurré.

«Mínimo diez milenios», pensé.

Pero callé, ¿cómo explicarles que yo sabía tanto —demasiado— de los detalles que a ellos les estaban pasando inadvertidos? ¿Que Iago me había enseñado a diferenciar los talleres de artesanos talladores según la zona geográfica de la que venían?

Demasiados detalles como para ser creíbles entre mis colegas contemporáneos.

—¿Qué hace aquí, entonces? —insistió Clara, aunque hablaba para ella. Ambas estábamos desconcertadas.

Me calcé los guantes azules que Luca me tendió.

—De entrada, se me ocurren dos teorías: o el viento la ha desenterrado y realmente lleva aquí milenios, o se le cayó a un expoliador cuando los yacimientos estaban activos. Acotemos ahora mismo un área de diez metros cuadrados. Vamos a los barracones a buscar a todo el equipo, que vengan inmediatamente, y en cuanto la extraigamos, la enviaremos a datar —resolví sin dejar de mirar el disco solar que ya se alzaba en mitad del cielo.

Ambos asintieron, conformes.

—Volvamos al coche, Clara, yo conduzco. Luca, no te muevas de aquí, enseguida volvemos con todos los demás.

Me gustaba conducir por el desierto, me gustaba el aplastante calor del día y el sólido frío de la noche, me gustaba estar rodeada de arena y roca cuyos matices rojos iban cambiando con las luces de la jornada.

Ni una gota de lluvia, ni un solo nubarrón sobre mi cabeza desde que llegué. En mi nueva etapa vital no había forma de encontrar el verde de los montes cántabros por ningún lado.

Ni la humedad de una celda medieval escocesa, ni cuatro paredes de un metro de grosor para encerrarme. Estaba en la gloria.

La vida era perfecta.

Casi perfecta.

Bastante perfecta.

Por el camino, apenas medio kilómetro, tuvimos que esquivar a varias niñas tuareg con sus cabras. Cerca de nuestros barracones solía acampar un pequeño linaje de tuaregs, los kel tradart. Una vida nómada y de pastoreo. Puro Neolítico.

Llegamos a los barracones donde se alojaba todo nuestro equipo: trece becarios del Museo Nacional Luigi Pigorini, además de Clara y yo, como arqueóloga *freelance* y directora del proyecto.

Unos contenedores nos servían de dormitorios, aseos y cocina. Yo tenía el privilegio de un despacho de seis metros cuadrados, donde descargaba a diario los datos.

Clara me acompañó hasta que cerró la puerta del despacho y se quedó frente a mí.

—Dana, ¿estás bien? —dijo por fin, con cara de circunstancias.

«Otra vez».

Clara me lo preguntaba casi a diario.

—Estoy muy bien. Perfectamente.

—Es que... entiendo que estés feliz, pero... no has tenido ni un mal gesto desde que llegaste —continuó, en tono preocupado—. Siempre sonríes de esa forma tan... inquietante.

—Ahora es malo sonreír —dije.

—No, para nada. Los becarios están encantados contigo, y más cuando les has organizado por sorpresa el Día de la Familia la

próxima semana. Te preocupas por ellos y por que haya buen ambiente. Pero yo te conocía de antes y ahora estás demasiado... sobreactuada.

«Lo estoy intentando, maldita sea, Clara. Lo estoy intentando. Dame tiempo hasta que me salga solo».

Pero callé y sonreí.

Esta vez me esforcé. Entre el uno y el diez, sonreí un siete.

Tal vez era lo que faltaba para que fuese real y todo el mundo se lo creyera, incluso yo: modular mi ímpetu, mi desesperada necesidad de estar bien. Sí, era eso lo que faltaba. Tomé nota mental: «Modular el buen rollo. Con un siete basta».

—Llevas razón —fingí conceder—, tenía miedo de no adaptarme a este entorno y lo estaba intentando con demasiadas ganas. Pero es cierto, no lo necesito. Este sitio me pone las pilas.

—¿Seguro que solo es eso? ¿No tienes nada que contarme?

«Podría empezar por decirte que no sé si Iago está vivo o muerto. ¿Cómo se empieza un duelo si no tengo un lugar en el que llorarlo ni una fecha para grabar en una lápida? ¿Cómo, Clara?».

—Mi vida en Santander era más aburrida de lo que piensas —respondí en cambio—. Lineal, sin sobresaltos. Necesitaba un poco de aventura y sí, estoy exultante porque la he encontrado.

Clara me miró, no muy convencida.

—Pon al día tú a todos los becarios —atajé, mirando el móvil—. Yo había quedado hoy para hablar con mi padre, y no quiero preocuparlo si se me pasa la hora y no lo llamo. Cargad el instrumental en el todoterreno e id adelantando a pie. Iré en cuanto termine.

Acompañé a Clara a la puerta y la vi marchar en busca de los becarios.

En esos momentos nadie me echaría de menos y yo ya no podía más. Necesitaba también mi «momento Gunnarr».

12

ADRIANA

Mayo, Libia

A veces los mentores aparecen en situaciones tan discordantes que cuesta reconocerlos y, a pesar de mi empeño por odiarlo, no habría sido inteligente por mi parte rechazar todo lo que Gunnarr trató de transmitirme.

Él había sido mi captor, él me separó de mi antigua vida en Santander con Iago, y no se lo iba a perdonar nunca, pero tenía que reconocerle su preocupación por no mantenerme aislada en la celda y cuidar de mi bienestar mental, como si, pese al daño que quería hacerle a su padre a través de mí, se hubiese encomendado la tarea de que permaneciera a salvo y no devolverme demasiado averiada.

En mi cabeza había bautizado como «momento Gunnarr» mi nuevo empeño en fabricarme cada día un instante de felicidad, de calma, de estar bien.

Esa era mi prioridad para reconstruirme de nuevo.

Y aquel «momento Gunnarr» era irrenunciable para mí.

Aquel día tenía muy claro que mi «momento Gunnarr» tendría formato de llamada.

—Hola, papá —dije, sentándome en los escalones de la entrada de mi despacho—. ¿Has cerrado ya la venta con ese óptico tan duro?

—Hum..., sí, hija —contestó con voz de haberse despertado de una plácida siesta—. Al final me pidió casi medio catálogo de monturas. Adriana, ¿cómo es que tienes la voz tan alegre?, ¿ha ocurrido algo en el campamento?

—Yacimiento, papá. Se dice yacimiento —reí—. Sí, hemos encontrado una pieza excepcional, pero no te llamo por eso. Quiero proponerte algo que sé que vas a rechazar, pero, aun así, deja que la bala perdida de tu hija lo intente.

Casi pude escuchar cómo se revolvía nervioso desde su salón. A mi padre todo lo que lo sacase de sus rutinas le costaba un esfuerzo inmenso, y tal vez por eso en mis últimos meses me había acostumbrado a llamarlo casi a diario. Mi padre se había convertido en una presencia estable. Una voz al teléfono que siempre respondía, un poco distraído a veces, sin apenas comprender los giros vitales de su única hija, pero había aprendido a apreciar a cada uno de los miembros de la escasa familia que me quedaba.

—He organizado el Día de la Familia en el yacimiento. Muchos de los familiares de mi equipo vendrán a visitarnos desde Italia, pero el marido de Clara, el abogado del que te hablé, volará desde Madrid, así que podrías hacer el viaje con él. Sé que estás preocupado porque piensas que esta zona de Libia es inestable, pero si vienes, podrás comprobar por ti mismo que todo está muy tranquilo. No quiero que te preocupes por el dinero, había pensado que este fuese mi regalo de jubilación.

—¿Ir a Libia, di... dices? —tartamudeó—. ¿Y para cuándo sería el viaje?

—Dentro de una semana.

—Bueno, quiero dejar todos los cabos atados con la empresa antes de que me jubile; después de tantos años no quiero quedar

mal. No creo que ahora pueda pedirme unos días para viajar. Adriana, lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo, papá. Y habría sido un milagro que me hubieras dicho que sí, pero no quería dejar de proponértelo.

—De acuerdo, hija. Yo..., Adriana..., me gustaría que supieras que...

—¿Qué, papá? —lo animé.

—Que me gusta mucho que me llames tan a menudo —soltó de un tirón.

Qué dulce y qué torpe era.

—Yo también lo disfruto, papá. Un beso.

—Un beso, hija.

Me metí mi nuevo móvil en el bolsillo trasero —Gunnarr no me había devuelto el mío desde el secuestro, así que recuperé el número y compré un nuevo terminal antes de viajar a Libia— y entré en mi despacho.

Miré el reloj; en aquella zona del Sahara vivíamos una hora por delante de España. El cielo se estaba ya poniendo de color violeta más allá de la ventana de mi despacho.

Calculé que todo el equipo estaría ya en el yacimiento con la pieza nueva. Aquellos escasos ratos de soledad me venían muy bien. Abrí el buzón de voz del móvil, ignorando todas las advertencias de Gunnarr, y escuché los once mensajes que Iago me dejó grabados el día de mi secuestro.

Imaginé a mi madre, desde el más allá, torciendo el gesto y cruzando los brazos sobre el pecho, mostrándome su desaprobación. Me dio igual. El hallazgo de la punta de flecha había resultado un desencadenante demasiado potente para mí:

> Querida Dana, este es el undécimo mensaje que colapsa tu buzón de voz. Hace ya varias horas que tu silencio me preocupa. Entiendo tu enfado, y espero que esta noche podamos hablar con calma, o sin ella, de todo lo que ha

quedado pendiente. Hablaremos del Neolítico, de la batalla de Kinsale y de la caída de Roma, si es preciso. Lo que quiero decir, Dana, después de este torpe intento de reconciliación con soborno informativo de por medio, es que siento que la conversación de esta mañana haya ido por estos derroteros. Mira, no sé si esta es nuestra enésima gran crisis, pero podemos superarlo juntos, ¿de acuerdo? Lo que te pido, por favor, es que me hagas una señal de que estás viva, respiras o caminas en el mundo de los que aún moramos en este planeta. Prometo paciencia.

Oír de nuevo la voz de Iago resultó demasiado para mi autocontrol. Marqué su número, saltó su buzón de voz.

Hola, Iago. Sé qué no puedo darte detalles de dónde estoy, pero necesito contarte que hoy he estado frente a una pared con manos en negativo; era una zona muy poco visitada, pero yo he insistido en acercarme —ventajas de estar al mando—. Recuerdo la promesa que nos hicimos, la que Lür recitó para nosotros: «Ahora Madre Roca sabe de vuestro vínculo. Sed dignos de ella». ¿Estamos siendo dignos, Iago? Hace casi dos años juré unas palabras junto a ti, y las creí, creía en ellas mientras las pronunciaba. Ahora la roca y las siluetas que dejaron nuestras manos permanecen en Monte Castillo, pero tú y yo, Iago ¿dónde estamos? ¿Qué ha sido de lo que nos unía? ¿Ha permanecido?

No tengo ni idea... Ni idea de si estás vivo o muerto. Lo sé, mi madre diría que estoy en negación. Que moriste en aquella explosión en la clínica, pensando que yo estaba también muerta. Que le estoy dejando un mensaje a un cadáver calcinado porque prefiero la otra opción, la de que huiste, la de que te salvaste, la de que has sobrevivido una vez más, porque es lo que se te da bien, es lo que hacéis los longevos. Me da igual con quién, me da igual tu nueva identidad, tu nueva vida, tu nueva dirección, tu nueva profesión. Te prefiero vivo, pese a que suponga que lo nuestro ha acabado, a tu versión fallecida, por muy fuerte que fuera nuestro vínculo.

Hablando de todo un poco: he organizado un encuentro con familiares para los becarios. Será dentro de una semana. Tendrías que haber visto sus caras cuando se lo he dicho. Ha valido la pena todo el tiempo que he dedicado a las gestiones. Sé que dos meses es demasiado sin ver una cara conocida y que estaban empezando a perder la motivación.

Sé que estoy siendo demasiado sutil, pero por si acaso no lo has captado al vuelo, te lo pediré de manera clara y meridiana: ven, Iago. Ven a visitarme, sorpréndeme y sal de la piedra bajo la que te has escondido. Contéstame y te daré las coordenadas de donde estoy.

Tu esposa muerta

13

IAGO

Mayo, Massachusetts

De los primeros días no recuerdo nada. Apenas varios momentos de nublada lucidez. Sé que convalecía en un lecho, que mis gritos de terror me despertaban cuando se acercaban las pesadillas. Miraba a mi alrededor y, si era de noche, podía llegar a reconocer las vigas de madera del techo, el oleaje de una playa mansa a lo lejos...

El oleaje.

Todo resultaba peor si despertaba de mis tormentos durante el día. El mundo que me rodeaba era irreconocible. La extraña decoración del dormitorio donde reposaba, blanca y gris, me hacía pensar que seguía soñando delirios y mundos fantásticos.

Una mujer siempre vestida de blanco me sujetaba pacientemente cuando, con gesto horrorizado y sudando a mares, intentaba huir de allí con apenas una tela cubriendo mis vergüenzas. Una mujer cuyo rostro a veces reconocía, a veces no. Si la miraba durante demasiado tiempo, intentando concentrarme en sus rasgos conocidos, las olas alcanzaban mi cerebro y me dejaban la arena en su interior. Me sentía incapaz de discurrir con tal cantidad de pequeñas piedras dentro del caparazón de mi sesera.

Entonces me tumbaba de nuevo, me rendía, prefería seguir durmiendo.

Una mañana desperté en un lugar distinto. Una mecedora de madera clara, un porche apacible, un día luminoso de sol frío. El oleaje frente a mí...

Abrí la boca y descubrí que era capaz de armar una frase. Me presté a expulsarla, me había carcomido vivo durante todo mi calvario:

—¿Estoy muerto, es eso? ¿Es esta la sala del purgatorio? Es tan extraña... —le dije, señalando con la barbilla el interior de la habitación donde descansaba mi lecho.

Ella escribía en una pequeña libreta a mi lado, acunándose en una mecedora gemela a la mía. Se sorprendió cuando escuchó mi voz, incluso a mí me sonó cascada, como una nuez que se parte por el peso de un puño que aprieta.

—He intentado mantener la estructura, tal y como la construimos. ¿No la recuerdas? —me contestó, con calma, con mucha calma, como si le hablase a un ser muy débil o a un enfermo en sus últimos suspiros.

—¿Por qué habláis ese dialecto tan poco distinguido? Os he observado, sois refinada en los gestos, exquisita en vuestra cultura.

—Ely...

—¿No sois vos mi esposa, Manon Adams? ¿Por qué os encuentro tan cambiada? ¿Dónde están vuestros vestidos de buena puritana, la toca que ocultaba vuestra melena, los encajes de vuestro cuello que recuerdo veros bordar con humildad y maestría a la luz de las velas cada noche? ¿Ya no es labor de vuestro agrado? Decidme, mi buena esposa, ¿qué le ha ocurrido al mundo durante mi convalecencia?

Ella se tapó la mano con la boca, como disgustada o tal vez triste. Me miraba con tanta pena..., como si verme en aquel estado la destrozase. Qué extraña estampa.

—No sé muy bien cuánto puedo contarte sin que tu cerebro se retraiga como un caracol. —Esa fue su respuesta. Esa.

No entendí nada. Preferí olvidarme de momento de quien no sabía o no podía darme respuestas. Estiré mis miembros y por fin me alcé, miré la playa, el azul profundo de aquel mar, y algo muy antiguo en mi interior me recordó que estaba bien, que mientras hubiese un océano al que mirar, parte de mí se sentiría en algo parecido a un hogar.

Encaminé mis pasos, tal vez demasiado inseguros para un hombre de mi talla, hacia la orilla. El viento que silbaba a mi alrededor me desagradó. Recordé que, en general, el viento era un elemento que no soportaba. Intenté no soltar el hilo de aquella sensación para averiguar hasta dónde me llevaba, pero una montaña de arena lo catapultó y volví a sentir que mi cabeza era incapaz de discurrir nada más.

Escuché unos pasos presurosos a mi espalda.

—¡Ely, no te alejes! Te acompaño.

Miré a Manon un poco receloso. Llevaba una especie de calzas largas de hombre pegadas al cuerpo como si fueran medias. No diría que eran horribles o poco dignas, pero eran tan extrañas... Y el hecho de que siempre vistiera de blanco me escamaba bastante.

—Habéis de contarme lo que me ha ocurrido, y presto. No quiero que llegue la noche y sus pesadillas me arranquen de nuevo de la realidad. Aunque no estoy seguro de que esto que veo sea la realidad. ¿Sois el ángel de la muerte? ¿Venís a indicarme el camino o a recitarme mis pecados?

Ella suspiró, mordiéndose el labio inferior.

—No, querido. No estás muerto, pero tu estado mental es deplorable, y no puedo, no debería, llevarte a ningún especialista. Nadie, absolutamente nadie, sabe que estás aquí conmigo.

—Pues decidme de una santa vez: ¿dónde estoy y por qué no reconozco nada?

—No se trata de dónde estás, Ely. Conoces perfectamente este lugar porque tú mismo construiste esta granja con tus propias manos. No se trata del lugar. Se trata de qué día es hoy.

—¿Qué día es hoy? Supongo que estaremos ya en primavera del año 1630 de Nuestro Señor.

—No, no es así, desde luego. Estamos en mayo, efectivamente, pero han pasado cuatro siglos desde el mundo que tú recuerdas.

La miré, consternado, sintiéndome culpable. No solo yo estaba enfermo, mi pobre esposa, esclava de unos cuidados tan prolongados, había perdido el juicio.

14

IAGO

Mayo, Massachusetts

Allí estaba, la vida temblando a mi lado...; otra noche desperdiciada buceando en mis pesadillas. Mi esposa dormía en la habitación contigua, probablemente la espantaba compartir el lecho conmigo y mis horrendos huéspedes nocturnos.

Me vestí en la oscuridad con prendas absurdas, prendas que encontré en un armario frente a mi cama. Ni rastro de mi sombrero de castor, mis calzas, mis medias... Extraño castigo aquel.

Sigiloso, abrí la puerta que me llevaba a la playa, la noche era tan gélida como la recordaba. Tenía que pedir ayuda en la plantación, reponer mis fuerzas y asegurarme de que la anciana señora Bradford cuidase de Manon durante mis ausencias. Debía seguir cazando y trayendo pieles. No había otro modo de sobrevivir a aquellas inclemencias; lo había intentado, pero el suelo era demasiado estéril en la costa helada. Los terruños estaban permanentemente duros, las raíces de las plantas morían siempre estranguladas.

Me guie por la luz de una luna menguante... y entonces recordé.

Recordé que un día la llamé Madre Luna, un día lejano, en otra vida anterior a esta, en la que no me hacía llamar Ely. ¿Quién era yo entonces? La miré durante un rato, pidiéndole respuestas. ¿Por qué

yo mismo le mentía a mi propia esposa? ¿Por qué le dije que me llamaba Ely?

La playa acabó en una barrera de madera y unos pinchos metálicos que sorteé. Después vi luces por un camino, similares a antorchas. Y las seguí... Caminé durante largo rato sin más compañía que los ruidos de la noche: pájaros nocturnos en busca de presas, el roce lejano de las alimañas contra los troncos, ninguna presencia humana durante millas. Muchas millas.

El cielo clareó, arribó el alba y continué caminando por aquella senda ancha. Descubrí que estaba pintada y dividida por una línea blanca. La seguí; si la miraba fijamente me resultaba hipnótica, como si me invitara a continuar.

Por fin avisté los primeros tejados, pero ciertamente estaban cambiados. Se veían más vigorosas las maderas y las tejas, y todos estaban pintados de blanco o de gris, posiblemente cal. Tal vez era una nueva medida contra una epidemia que había sobrevenido durante mi convalecencia.

Entonces un ruido, similar al de varios rifles detonando a la vez, se disparó a mis espaldas. Me giré de un salto y encontré un artefacto de metal. Cuando me recompuse de la impresión, y tras un rápido examen, deduje que se trataba de una especie de carromato sin caballos. Era extraño: no había visto nada así en mi vida y, al mismo tiempo, me resultaba dolorosamente familiar. En cualquier caso, esos nuevos vehículos de tracción implicaban que el tráfico entre Plimoth e Inglaterra se había restablecido. Era una buena nueva. Significaba víveres, medicinas para los enfermos, mantas para los inviernos, más metal para negociar con los nativos del norte.

Del carromato se asomó un anciano sonriente.

—¿Se ha perdido, buen hombre?

—Voy hacia la plantación —repuse.

—¿Hacia la plantación?, ¿la plantación de Plimoth?

—Así es.

—Mi hija trabaja allí, puedo llevarlo y así la visito.

—Dios se lo agradezca —contesté.

Él abrió la portezuela y entré en su curioso carro. Ciertamente corría más que los caballos. Yo guardé silencio y dejé que el hombre me hablase del tiempo de aquella fría primavera.

Un rato después, me despedí de aquel buen cristiano y quedé frente al muro de tablones de madera. El cartel que leí me dejó un poco turbado:

WELCOME TO PLIMOTH PATUXET PLANTATION.
EVEN WHEN TIME TRAVELING, YOU STILL MIGHT NEED
YOUR CAR KEYS.

Lo traduje en un desconcertante: «Bienvenido a la plantación de Plimoth Patuxet. Incluso si viajas en el tiempo, puede que necesites las llaves del coche».

Me mezclé con discreción con un grupo numeroso de paisanos que entraba y traspasé el umbral. En el interior, una calle principal, bastante parecida a como yo la recordaba, distribuía los hogares de mis vecinos. Vi a algunos de ellos charlando frente a sus puertas, cargando con barriles y bromeando con varias feligresas. Suspiré aliviado cuando comprobé que vestían como buenos puritanos: ellas con sus delantales y cofias blancas, ellos con sombreros y casacas.

Me acerqué a charlar con ellos; quería hablar con el reverendo Bradford cuanto antes, contarle de mi enfermedad, alertarle del estado de mi pobre esposa. Me constaba que nos tenía gran aprecio.

—¿Alguno de los presentes ha visto al gobernador Bradford? —les pregunté. Pero no reconocí a ninguno de ellos.

Debían de ser puritanos nuevos, recién llegados en algún barco, el mismo que trajo el carromato de metal y probablemente más novedades. Había una despreocupación en sus rostros que me reconfortó, y ninguno de ellos estaba desnutrido, iban más aseados y sus ropas estaban casi sin desgastar. Aunque esas ropas..., si bien estaban cosidas con los mismos patrones que conocía, parecían falsos ropajes, disfraces de titiriteros, peores paños; dudé que soportasen los rigores del frío.

—¿El gobernador Bradford? —repitió una de las mujeres—. ¿Eres el nuevo actor?, ¿el que sustituye a Myles Standish?

—¿Qué ha ocurrido con Standish? —pregunté, alarmado—. ¿Ha sido sustituido?

—Solo es una baja temporal. Tiene gripe.

—¿Gripe? ¡Por Dios bendito!, ¿otra epidemia nos amenaza? ¿Ha habido muertos?

Los tres se miraron entre ellos con cara de extrañeza.

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Soy Ely, habréis oído hablar de mí, asumo. Suelo partir al norte a cazar pieles de castores...

—Ya, ya, ya... Todos nos sabemos la historia —interrumpió el más joven—. Me refiero a tu nombre verdadero.

¿Mi Nombre Verdadero? Y entonces recordé, al igual que tuve la certeza de que la luna tenía otro nombre más antiguo para mí, que mi Nombre Verdadero también era mucho más antiguo que aquellos hombres y mujeres. Y entendí que yo era un disfraz de algo, un impostor, y supe que incluso a mi esposa le mentía en lo más fundamental: quién era yo.

Pero también intuí que me estaba metiendo en problemas, que no podría dar a aquellos falsos puritanos una respuesta satisfactoria.

—No deseo robaros más tiempo, ya lo buscaré por mi cuenta. —Y dicho esto, me despedí.

Recorrí una plantación que no era la que yo recordaba. Todo estaba cambiado y era un torpe intento de engaño: las vigas de madera no estaban ensartadas con el cuidado necesario para evitar las corrientes de aire que se filtraban de madrugada, las puertas no cerraban correctamente, como bien pude comprobar en cuanto giré varios pomos... Miré a mi espalda e ingresé subrepticiamente en uno de los habitáculos. En la cocina, varios troncos y papeles esperaban en el hueco de una chimenea que, para mi horror, jamás había sido utilizada.

Todo parecía ordenado, pero era como si sus habitantes lo hubiesen abandonado de improviso antes de una desgracia. La mesa puesta, los platos colocados..., pero el maíz que colgaba del techo estaba más seco que un cadáver. Tomé unas gachas..., estaban incomibles. Allí no había comida, no olía a humo, ni al sudor que lo impregnaba todo cuando volvíamos de las labores del día. Era como un cementerio. Una casa muerta.

En mi vida me había visto en una semejante.

Me senté en la mesa, tremendamente disgustado. Frente a mí tenía un plato de tosca factura, de cerámica. Me lo quedé mirando durante un buen rato, sin saber muy bien qué hacer a continuación... ¿Volver donde mi esposa, que había perdido el juicio e insistía en que era yo el enfermo, y lo peor, que me mantenía encerrado y no quería que hablase con nadie? ¿A quién recurrir, si me veía solo y todos me encontraban extraño? Lo veía en sus miradas: yo no encajaba en aquel sitio, y no conseguía comprender por qué.

Distraído, alcé el plato blanco de cerámica, un plato virgen, sin usar. Le di la vuelta y hallé una rara inscripción: MADE IN CHINA, 2011.

¿2011? Manon me había dicho que estábamos en el siglo XXI, pero creí que era un producto más de sus desvaríos. Era una casualidad aterradora, pero reconozco que las venas se me helaron y me levanté de la silla de juguete dando un respingo. Miré a mi alrededor, analizando lo que estaba fuera de lugar.

Prácticamente todo, tuve que reconocer. Pero entonces me fijé con más detalle en los papeles amarillentos atrapados bajo los leños del fuego sin usar. Los liberé de la madera que los aplastaba e intenté leer:

> *Plymouth Tribune.* 24 de noviembre
> Los actos del *Thanksgiving Day* comenzarán el próximo jueves, coincidiendo con el 395 aniversario de la llegada de los Padres Peregrinos en el Mayflower a las costas del Cabo Cod.

Lo leí tres veces, enfocando a distintas distancias, pero las letras no cambiaban. Decían lo que decían. Pensé entonces que era, de nuevo, un sueño, tal vez más vívido que los anteriores, pero de argumento igualmente retorcido.

Me senté sobre una banqueta de infante y esperé la marea de arena que llegase a sepultar de nuevo mi cerebro, pero no llegó. No llegó. He aquí un hombre desolado, sin saber muy bien qué rumbo tomar.

No hizo falta, en todo caso. Los falsos puritanos abrieron la puerta de repente, sacándome de mi sopor, acompañados de varios hombres robustos, uniformados de azul, con gorras de plato y pequeños escudos heráldicos en el pecho.

—¡Lo hemos encontrado! —chilló la mujer rubicunda.

—Debe de haberse escapado de la planta psiquiátrica del Hospital de Plymouth —dijo uno de los uniformados al entrar y cerrar la puerta tras de sí.

Suspiré profundo, como siempre que me preparaba antes de una pelea. Me alcé despacio para no alarmarlos, cogí el taburete y lo golpeé contra la mesa, liberé dos patas, las sujeté con ambas manos y cargué contra los uniformados.

15

ADRIANA

Mayo, Libia

Me quedé durante un minuto mirando el móvil, como si hubiera alguna posibilidad real de que Iago me devolviera la llamada, pero no ocurrió.

La realidad se imponía, tozuda, así que fui a por el todoterreno y conduje hacia el yacimiento.

Estaba apenas a cien metros cuando ocurrieron varias cosas a la vez. Al principio no las registré todas, y desde luego, no comprendí ninguna. No en su verdadera dimensión.

Primero me golpeó el volante en la cara, debido al frenazo involuntario de mi vehículo, que se paró en seco sin motivo aparente. Después vino el estruendo, las toneladas de arena y guijarros que debieron de derrumbarse sobre ellos.

Yo no lo vi, solo me llegó el polvo.

Toda una nube espesa se levantó y cubrió el todoterreno, conmigo dentro. Me protegí los ojos, la boca y la nariz con la camiseta y esperé unos minutos hasta poder respirar sin la tela.

Después las partículas en suspensión fueron cayendo por el peso de la gravedad, pero lo hicieron muy lentamente.

Me atreví a abrir los ojos, y me quedé mirando fijamente el pequeño bifaz que siempre llevaba colgado del espejo retrovisor. Lo

había tallado yo, pero era idéntico al que Iago me talló una vez y que aún estaría colgado en mi coche aparcado en el MAC.

Usé el bifaz como ancla, pensé en las cosas y en las personas que permanecían pese al paso del tiempo, de las erupciones de volcanes, de glaciaciones Würm... Pensé en que yo también quería permanecer, aguantar.

Sobrevivir.

El polvo por fin se depositó en el suelo y una fina capa de arena cubrió el interior del todoterreno.

Para entonces ya había comprendido, horrorizada, que un derrumbe en el yacimiento los había sepultado a todos.

Salí del coche y corrí hacia el yacimiento tapándome el rostro y recorriendo los últimos metros casi a ciegas.

—¡Clara!, ¡Luca!, ¡Neria! ¡Que alguien me diga algo! ¡Sacad los brazos si podéis, tengo que saber dónde estáis! —grité en italiano.

Ascendí varios metros por la montaña recién surgida y comencé a excavar con mis manos, pero nadie me respondió ni encontré ningún cuerpo.

—¡Clara!, ¡Pamela! —grité una vez más.

Tuve que parar y tomar aire cargado de arena, doblada por el esfuerzo.

Me aparté los lagrimones de la cara con la manga; se estaban convirtiendo en barro que me impedía ver con claridad.

Cuando por fin entendí que mi empeño en llegar a los cuerpos de mis becarios era inútil, descendí por los guijarros y me obligué a ser resolutiva. Si tenían alguna esperanza de sobrevivir, necesitábamos más mano de obra, un equipo de rescate, vehículos y gente entrenada.

Corrí de nuevo hacia el todoterreno y, cuando me fui acercando, pude entender el motivo por el que se había detenido en seco: la

gasolina que había perdido formaba un estrecho reguero que marcaba el camino hasta el lugar donde me esperaba el vehículo, cubierto de una fina capa de arena, inútil ya.

Apreté el paso hasta recorrer el escaso medio kilómetro que me separaba de los barracones. Llegué exhausta y sin fuerzas.

Me dirigí hacia el almacén junto a mi despacho, allí guardaba un pequeño bidón de gasolina. Sería suficiente para volver al cuatro por cuatro y pedir ayuda en Ghad, la ciudad más cercana, a cuarenta kilómetros de aquel desastre.

Cogí el bidón y, cuando pasé por delante de mi despacho, vi algo que me dejó clavada y temblando a un metro frente a la puerta: por los escalones discurría un pequeño reguero de sangre.

De lo que sucedió después tengo un recuerdo vago, como si hubiera caminado a un metro de la arena, sin peso, y con un pestañeo me hubiera trasladado al interior de mi despacho.

Recuerdo solo algunos fragmentos de información que mi cerebro registró: la camiseta de Clara empapada en sangre oscura; su cuerpo extendido en el suelo, con la punta de lanza ensartada en el corazón; los ojos espantados de mi amiga, que cerré porque me hacían preguntas y acaso me acusaban de ser la causante de su muerte.

Después escuché pasos apresurados a mi espalda. No fui yo, sino mi autómata, quien extrajo en una décima de segundo la punta de lanza del corazón de Clara y se giró, amenazando al intruso que bloqueaba la puerta de mi despacho.

Quise rasgarle el cuello con el filo cortante de la lanza, pero me lo impidió con un movimiento de espantar una mariposa.

Me encontré con unos ojos claros que no eran, para nada, los que habría esperado ver aquel día.

Oculto bajo un caftán azul de dos metros y un turbante, Gunnarr me miraba consternado.

16

ADRIANA

Mayo, Libia

Gunnarr se quedó escrutando el cadáver de Clara con gesto preocupado.

—¡Por los dioses!, en el corazón... —susurró para sí—. Están muy, muy enfadados. Esto es malo, esto es muy malo.

Después se apartó el turbante del rostro y pude ver la urgencia en sus facciones:

—¿Los has visto? —me apremió—. Creo que ya vienen, *stedmor.*

—¿Qui-quiénes? Yo no he visto nada —fui capaz de decir, pero mi voz temblaba, imagino que por el *shock* de lo que tenía delante de mí, del olor metálico de la sangre, del calor asfixiante en aquel cubículo de aluminio en mitad del desierto...

—Tres todoterrenos blancos.

—No los he visto, Gunnarr. No he visto nada anormal hasta... hasta que ha ocurrido el derrumbe.

—¿Qué ha pasado aquí? Explícamelo —me urgió, haciendo un barrido de toda la estancia.

—Hoy he encontrado esta punta de lanza frente a una de las paredes pintadas de Tadrart Acacus. Hice que mi equipo comenzase a trabajar sobre la zona, pero era inestable y se ha derrumbado sobre ellos.

—Ha sido una trampa en toda regla, el modo de actuar de un cazador —murmuró en voz baja, mientras se acercaba con gesto de preocupación a la mesa de mi despacho.

—¿Cómo dices? —seguía sin comprender nada, y mucho menos el porqué de su presencia allí.

Tenía miedo, miedo de él, miedo de morir, miedo de todo.

—Nada —respondió, sin prestarme demasiada atención mientras se agachaba bajo la mesa.

Recogió algo del suelo y después se alzó, con la cara más pálida que de costumbre. Me mostró sus manazas con expresión aterrada: un puñado de conchas blancas de cauri.

—¿Cuántos eran?, ¿cuántos han quedado sepultados? —me urgió.

—Trece..., sumando a todos los becarios.

Contó las conchas.

—Son quince —dijo.

—Clara —dije con voz ronca, señalando a mi amiga a mis pies— es el cadáver número catorce.

—Entonces no han querido matarte aún. Es una advertencia. O una cacería.

—Gunnarr —lo apremié, desesperada—, vamos a Ghad a avisar a las autoridades; tienen que enviar un equipo de rescate, está todo mi equipo bajo los escombros. Vamos, ¡hay que salvarlos!

Me miró como si tuviera que explicarle la lección a una niña pequeña.

—*Stedmor*, esas personas están ya muertas; sus cuerpos están aplastados. Es imposible que hayan sobrevivido. He visto lo que ha quedado del derrumbe cuando venía a por ti. Pensaba... —Se frenó, Gunnarr se frenó e hizo un gesto de dolor que no comprendí bien—, pensaba que tú estabas debajo de todas esas toneladas de roca. He

llegado hasta los barracones por si quedaba todavía alguien con vida.

—Pero ¡tenemos que intentarlo!, ¡no puedo dejarlos allí! —insistí. ¿Es que no lo comprendía?

Aunque Gunnarr parecía centrar toda su atención en aquellas pequeñas conchas brillantes que tenía entre sus manos.

—¿Me vas a ayudar o no? —grité, perdiendo la paciencia.

—Claro que te voy a ayudar, pero no a que desperdicies tu vida. Aún estás en peligro, ¿es que no te das cuenta de que los Hijos de Adán pueden regresar en cualquier momento? Nos tenemos que ir ahora mismo. ¡Vamos, dame ese maldito bidón de gasolina! —me ordenó, guardando todas las conchas de cauri en un bolsillo de su caftán.

Se lo intenté impedir, ocultándolo tras mi espalda, pero él alargó el brazo y me lo arrebató con un gesto impaciente.

Después comenzó a rociar todo mi despacho con la gasolina.

—¿Qué piensas hacer, Gunnarr? —le pregunté nerviosa, mirando de reojo el cuerpo de Clara. No iba a permitírselo. Clara no merecía aquello.

—Intentar borrar este dato disonante —dijo, mientras empezaba a derramar la gasolina sobre mi mesa, sobre el suelo, sobre Clara.

—¿De qué dato disonante estás hablando? No te sigo, Gunnarr. Tú siempre vas un paso por delante. Ayúdame a comprenderlo —le rogué.

—Cuando vengan las autoridades a investigar, más nos vale que crean que ha sido un atentado de los grupos de la zona o un derrumbe. Pero si encuentran a una extranjera europea ensartada con una punta de flecha prehistórica, este yacimiento se convertirá en *trendingtopic* en unas horas, y tu poco discreto nombre estará en

todos los medios del mundo. Eres la directora del proyecto, ¿qué entiendes por ocultarte?

—¿Puedes imaginar un lugar más remoto que este? Me he venido al yacimiento más lejano que he encontrado, ¿y a ti no te parece suficiente sacrificio, Gunnarr? ¡He dejado atrás mi vida, mi familia, mis amigos, mi tierruca y mi antiguo trabajo! ¿Y no es suficiente? —le grité, roja de rabia.

—¿A esto le llamas tú esconderte?, ¿con tu nombre, sin cambiar de identidad?

—Quiero seguir siendo Adriana Alameda Almenada. Eso no me lo vais a quitar.

—¿Vais? —repitió sin saber cómo interpretarlo—. ¿Quiénes?

—Los malditos longevos.

—Ah..., es eso. Ahora nos odias. Me juego la integridad salvándote y ahora nos odias. En bloque. A todos. Sin distinciones.

Asentí con toda la convicción que pude, pero acabé apartando la mirada de él. Maldita sea, no se me daba muy bien mentirle. Tendría que esforzarme más.

—No es eso, ahora está claro —dijo al fin—. No has cambiado de nombre por si mi padre está vivo y te busca.

Enrojecí hasta las orejas, incómoda.

—No me ha encontrado, así que no me ha buscado —me obligué a pronunciar las palabras que me perseguían desde el día que aterricé en Tadrart Acacus.

Gunnarr se pasó la mano por el pelo rubio, frustrado.

—No te tomas en serio tu vida, ¿es eso? Crees que esto es un juego, ¿eh? *Stedmor*, pueden hacerte la vida imposible, de hecho, ya han empezado a hacerlo. No te conviertas en un cadáver viviente.

Pero era complicado tomar decisiones en aquel momento. Demasiado que procesar para alguien no acostumbrado a los

derrumbes ni a los cadáveres.

—Sal de aquí, *stedmor*. No necesitas ver lo que viene a continuación. Nos vamos ya, pero antes, coge tu chaqueta sahariana y tu documentación —me ordenó, señalándome el perchero—. Esta noche los vas a necesitar.

17

ADRIANA

Mayo, Libia

Obedecí, tal vez agradecida por dejarme llevar y no tener que tomar decisiones, y salí del despacho y del horror que quedaba allí dentro.

Me senté sobre el suelo tibio del desierto, imagino que con los ojos idos, intentando procesar lo sucedido sin conseguirlo.

Sé que Gunnarr salió del barracón, se sacó un mechero, prendió el reguero de gasolina, y unas llamas negras convirtieron el aire en una humareda irrespirable en pocos minutos. Yo estaba hipnotizada, incapaz de apartar la vista de la vida que había vivido los últimos meses.

Gunnarr tuvo que tirar de mí y levantarme. Supongo que se dio cuenta de que iba a ser una colaboradora pasiva, de que había tirado la toalla para refugiarme de tanto dolor que se me venía encima y me iba a aplastar y dejar sin aire.

Me llevó en volandas hasta su moto del desierto, la misma con la que se había presentado en el MAC varios meses atrás con la intención de secuestrarme.

Monté tras él y tuvo que cogerme los brazos y hacer que le rodeara su cintura; yo no atendía a órdenes prácticas en aquel momento. Sus palabras preocupadas eran un murmullo indescifrable.

Sí que recuerdo que pasamos junto al macizo, y que alcé la cabeza hacia el cielo cuando lo traspasamos, negándome a mirar el derrumbe y despidiéndome de mi frustrado intento de llevar una vida pacífica alejada de problemas más grandes que yo.

El cálido aire saharaui me golpeó el rostro durante kilómetros, pero me ayudó a despejarme. Aunque pronto comencé a tener más calor del que podía soportar.

Qué extraña estampa cruzó el desierto aquel día, camino de Al Aweinat, un pueblo bien comunicado a ciento cincuenta kilómetros al norte de Tadrart Acacus: una moto de guerra del siglo pasado, un gigante nórdico oculto bajo un caftán, una occidental en *shock* a su espalda.

Tardamos más de una hora, y Gunnarr no paró en ningún momento ni dejó de mirar de reojo el espejo retrovisor.

Después, tal vez más calmada, comencé a entender el significado de lo que me decía a gritos mientras conducía como un suicida.

—Avísame de cualquier cambio en la línea del horizonte que dejamos atrás, ¿de acuerdo?

—¿Un cambio? —pregunté, confusa—. ¿Qué tipo de cambio?

—Como tres todoterrenos blancos, tres motos blancas, tres avionetas blancas disparándonos ráfagas de tiros... Ese tipo de cambios en el horizonte.

Me concentré en el círculo espejado del retrovisor, era una magnífica excusa para mantener la atención ocupada.

Después de un tiempo interminable, empezamos a ver signos de vida frente a nosotros. La noche se había ido haciendo dueña del Sahara, la hora violeta había dado paso a una oscuridad solo mitigada por las escasas luces de unas pocas farolas distantes.

Vimos algunas casas de adobe, niños pastoreando cabras que volvían ya para encerrarlas en los corrales, hombres caminando en

pareja con las cabezas gachas. Habíamos llegado a Al Aweinat, un pueblo con el tamaño suficiente como para que pasásemos desapercibidos y un enlace hacia el aeropuerto que me sacaría de una vez del desierto.

Gunnarr disminuyó la velocidad y condujo por las calles sin asfaltar, sorteando con maestría guijarros y baches. Finalmente aparcó en un callejón estrecho, escondió la moto tras varios tablones de chapa que encontró apoyados en una tapia, y me guio hasta una casa de comidas paupérrima, donde un hombre aceitunado de mediana edad y cuerpo encorvado nos sirvió un guiso de carne que desapareció en nuestras bocas ante su mirada complacida.

Bebí agua con avidez mientras Gunnarr me observaba con gesto preocupado. Nos habíamos sentado en una pequeña mesa de madera tras una columna en el local casi vacío, ocultándonos de las miradas curiosas de los lugareños; dos occidentales, uno de ellos vestido con atuendos tuareg, llamaban demasiado la atención.

La comida y el agua me reconfortaron por dentro y, en parte, me hicieron tomar conciencia de las decisiones que tenía por delante. De hecho, justo frente a mí.

—Debería avisar a las autoridades y al museo que me ha contratado. Debería darles una explicación de lo que ha sucedido. Me siento culpable por haber iniciado las excavaciones en un lugar tan peligroso. Y también tengo que llamar ahora mismo a mi familia, antes de que salte la noticia y crean que estoy muerta.

—Las autoridades ya se habrán dado cuenta a estas horas, *stedmor*; es muy difícil disimular una hoguera en el desierto. Y lo más seguro para ti es que te den por muerta también, junto con todo tu equipo —susurró, con voz ronca.

—No, no voy a hacer pasar por eso a mi familia, eso lo tengo claro —negué con la cabeza—. Y tengo que avisar a la familia de Clara,

¿cómo... cómo demonios les voy a explicar lo ocurrido? Tendré que mentirles, y no sé si sabré mentirles. Me voy a venir abajo, me voy a...

—Te sientes culpable, pero no lo eres —me atajó Gunnarr, inclinándose sobre la mesa—. Se le llama el complejo del superviviente. Te culpas a ti misma por haber sobrevivido. Da igual lo incoherentes que sean tus razonamientos, tu cerebro los va a aceptar como verdaderos. Tú no has matado a tu equipo ni a tu amiga, *stedmor*. Han sido los Hijos de Adán. Estás ignorando muchos detalles de lo que acaba de ocurrir, pero ellos han dejado su huella: sus quince conchas de cauri blanco. Y no te han matado... Entiendo que esa era su intención. Pero todavía estoy buscando una explicación a las cinco conchas de cauri de la clínica. No logro descifrar sus intenciones, y eso me frustra, porque del mensaje que nos están enviando depende nuestra supervivencia.

Y vi que sus ojos me contaban mucho más de lo que querían decirme sus palabras. Entonces lo entendí.

—Tú también has pasado por esa culpa, ¿verdad? Por estar vivo después de doce siglos, mientras todos los que has conocido han muerto. ¿Es eso, Gunnarr?

Desvió la mirada de mí y chasqueó la lengua.

—No hay tiempo para esto ahora —suspiró—. Te han detectado, la cacería ha comenzado para ellos. Tu vida a partir de ahora va a ser un infierno.

No quería pensar en eso, simplemente no quería pensar que lo habían convertido en algo personal y habían ido a por mí. Me sentía muy vulnerable y pequeña, si mi situación actual era que una banda de longevos prehistóricos, que masacró a todas las familias de Lür durante milenios, ahora venía a por mí... ¿Qué posibilidades reales tenía yo de sobrevivir? Ninguna. Lo sabía. Ninguna.

Así que era mucho mejor no pensar en eso y enfadarme con el gigante rubio que tenía frente a mí.

—Gunnarr, seamos claros, ¿para qué has venido? —le corté.

—¿No te he dado suficientes pistas? Para salvar tu vida.

—A eso me refiero. Me secuestras, pero me proteges de Nagorno durante mi cautiverio. Después me mantienes oculta durante mi coma y me cuidas hasta que despierto. Ahora apareces de la nada después del derrumbe...

¿Cómo ignorar aquel dato? ¿Cómo ignorar lo sospechoso que parecía su comportamiento? Gunnarr era muy capaz de haber fingido todo aquel ataque y...

Y esa posibilidad era la más inquietante de todas.

18

ADRIANA

Mayo, Libia

—Somos familia. Me siento responsable —contestó, con un gesto de impotencia—, y ahora no te hablo de la culpa del superviviente. Yo inicié toda esta cadena de acontecimientos al regresar a Santander y secuestrarte.

No lo creí, mentía.

—No es eso, ¡maldita sea! —le grité, y los pocos nativos del local nos miraron de reojo—. Atrévete a decirlo, gánate mi respeto. Mírame con esos ojos que tu padre te ha regalado y atrévete a decirme por qué quieres mantenerme con vida.

Él claudicó, sabía cuándo dar un embuste por perdido.

—Conoces la respuesta, entonces —admitió con gesto serio.

—Y la quiero escuchar de tu boca.

Frunció el entrecejo de esa manera tan Gunnarr y confesó al fin:

—Necesito mantenerte viva hasta que encontremos a mi padre. Solo así me perdonará.

Allí estaba, por fin. La verdad desnuda, sin nada que la cubriera.

—¿Ves? No ha sido tan difícil reconocer que lo has hecho por interés, y prefiero la verdad a tus medias mentiras.

—¿No estás enfadada? —me tanteó.

—No, Gunnarr. Prefiero saber. Siempre prefiero saber —contesté cansada—. Y si es la verdad, muchísimo mejor.

Tomó un largo trago de té rojo en un pequeño vaso decorado en oro falso que desapareció entre sus manazas.

A mí me reconfortó comprobar que él también esperaba que Iago estuviera vivo. Me llevaba un milenio de ventaja en asuntos de supervivencia longeva y, al igual que yo, se aferraba a la esperanza de que su padre, una vez más, hubiera burlado a la muerte.

—De acuerdo, esta vez no te voy a obligar a venir conmigo. Todos estamos ahora condenados, y yo, al menos, voy a hacer lo que he hecho siempre: intentar sobrevivir. Te ofrezco la posibilidad de protegerte, y no voy a esperar por ti; los Hijos de Adán pueden haber seguido nuestras huellas. ¡Por todos los dioses! —exclamó—, pueden estar ahora mismo entrando en este pueblo y ensartarnos dentro de un minuto. No voy a esperarte. Si no quieres venir conmigo, te quedas aquí. No soy tu niñera y tú solo eres la última esposa de mi padre, quien, por cierto, si está vivo te ha dado por muerta. Tal vez importe poco que dentro de un momento realmente lo estés. Tal vez mi padre no me perdone de todos modos, por muchos milenios que pasen.

—¿Y dónde quieres llevarme esta vez? ¿A tu castillo escocés?

—No, si han dado con tu paradero una vez, volverán a hacerlo en cualquier sitio donde decidas establecerte. ¿No escuchaste lo que nos contó mi abuelo Lür? Los Hijos de Adán acababan localizándolo a él y a su familia siempre.

—No escuchaste con atención: tardaban milenios —le recordé—. Yo estaré muerta en unas pocas décadas, puede que me dejen en paz mientras tanto.

—¿Que no escuché con atención? —repitió, incrédulo—. Estamos hablando de la Vieja Familia, de *mi* familia, ¿y crees que no escuché

con atención el relato de mi abuelo?

—¿Y qué tenías pensado para mí entonces? —quise saber.

—Hemos de convertirnos en un blanco móvil, cambiar de ubicación constantemente, mantenernos siempre en ruta. Es la única esperanza que tienes si quieres sobrevivir. También deberás cambiar de identidad; en eso te ayudaré yo. Te proveeré de documentos falsos con los que podamos cruzar fronteras. Tendrás que cambiar tu apariencia, cortar todos los vínculos conocidos, usar solo dinero en efectivo, no volver a utilizar tu móvil...

—Estar muerta para el mundo —resumí, con la mirada perdida en las paredes desconchadas de cal de la posada.

—No, seguirás viviendo. Pero tendrás que vivir una vida al modo longevo. Haremos el Camino del Padre.

—¿Qué es el Camino del Padre? —pregunté.

—Disculpa, siempre lo he llamado así, desde que lo recorrí por primera vez con mi padre. Dime, ¿qué nombre eligió tu esposo para su última identidad?

—Iago del Castillo, ¿por qué lo dices?

—Santiago, en realidad. Sant Iago. No es la primera vez que lo usa.

—¿Sant Iago? —Nunca me había parado a pensarlo.

—El Camino del Padre es el Camino de Santiago, la Ruta Jacobea.

—¿Quieres que tú y yo nos convirtamos en peregrinos y recorramos el Camino de Santiago? —repetí incrédula.

Estaba demasiado cerca de Santander, en la vida se me habría ocurrido intentar ocultarme en España. Aunque estar tan cerca era una tentación. Si Iago volvía alguna vez al MAC, a Santander, a nuestra casa... Suspiré y negué con la cabeza. No, tenía que dejarme de ilusiones y centrarme de verdad en sobrevivir. Y aquella

conversación ya había durado demasiado. Había llegado el momento de decir adiós.

—Gunnarr, no voy a ir contigo. Voy a buscar un lugar donde dormir esta noche, y mañana saldré de Libia como pueda —dije, levantándome y colocándome la sahariana sobre los hombros.

No, no pensaba ser de nuevo un peón para los longevos. Que mi vida fuese de aquí para allá, sin tener la posibilidad real de elegir.

Ya era suficiente.

Si los Hijos de Adán me encontraban, si querían acabar conmigo, ¿por qué no lo habían hecho ya en Tadrart Acacus?

Me habían dejado con vida. No acertaba a comprender el motivo. Ellos fueron responsables del derrumbe, y después abandonaron el cuerpo de Clara ensartado en mi despacho. Tal vez fue un error, tal vez me confundieron con ella y creyeron que me habían matado a mí.

Quince conchas de cauri. Quince cadáveres.

Daba igual, era un títere de los acontecimientos, y necesitaba romper con esa sensación. Tomar mis propias decisiones, me llevasen o no a la muerte.

Así que le di una palmada a Gunnarr en el hombro cuando pasé a su lado, sin despedirme, y salí del local a la oscuridad de la callejuela. Él no me dijo nada, no se despidió, se limitó a quedarse allí sentado, sirviéndose un poco más de un té rojo que ya se enfriaba.

Doblé la esquina y me apoyé en una tapia desvencijada, bajo la luz de una farola. El frío de la noche saharaui se había impuesto en pocas horas y estaba haciendo mella en mis huesos, me subí las solapas de mi cazadora y me metí las manos en los bolsillos.

Entonces lo descubrí.

Descubrí un papel que no recordaba haber dejado ahí. Lo saqué, extrañada, y lo desplegué bajo la difusa luz de la farola.

Leí las palabras varias veces. Tragué saliva y después, siguiendo las instrucciones, rompí el papel en porciones milimétricas y sepulté sus restos en la tierra arenosa con ayuda de mis botas.

19

ADRIANA

Mayo, Libia

Al principio no acerté a entender lo que aquella nota me obligaba a hacer, pero supe que la amenaza era cierta, que quien estuviese detrás era el responsable de la muerte de quince personas, posiblemente de veinte, y que no se detendría.

«No pueden hacerme elegir», fue lo primero que pensé, a punto de vomitar. Noté calor en las mejillas y me doblé en dos, dolorida, reprimiendo la náusea.

«De acuerdo», pensé cuando fui capaz de calmarme, después de bastante tiempo.

«De acuerdo».

Saqué el móvil de mi bolsillo y tecleé el número de mi padre.

—¿Adriana? ¿Cómo es que me llamas a estas horas? —contestó, extrañado.

—Escúchame, esta llamada va a ser rápida y no tenemos tiempo. Tan solo confírmame que lo has comprendido. Ha habido un accidente, tal vez un atentado, en el yacimiento de Tadrart Acacus. No sé si saldrá en las noticias, ni si me darán por muerta. Yo he sobrevivido, te estoy llamando después del derrumbe y del incendio. Yo he sobrevivido —repetí—, pero se ha decidido que necesito protección hasta que las autoridades de la zona determinen la

autoría. Durante un tiempo voy a permanecer oculta, con otra identidad, no podré contactar contigo ni con nadie. Llama ahora mismo al primo Marcos y le cuentas, palabra por palabra, lo que acabo de decirte. No me intentéis llamar ni localizar; nada de embajadas, de investigaciones policiales ni de medios de comunicación. No os preocupéis por mí, aunque pasen varios meses y no contacte con vosotros. Esto es peligroso —iba a llamarlo «papá», y en el último segundo me reprimí—, pero entiendo que saldré viva de esta.

Mi padre se tomó solo unos segundos para procesarlo, aunque comprendió la gravedad de la situación.

—Entendido. Simplemente vuelve. Cuando sea, cuando puedas, cuando te dejen. Pero vuelve.

Colgué rápido, ya nada era seguro.

Volví tambaleándome a la posada, rogando para que Gunnarr estuviese todavía sentado tras la columna donde lo dejé. Me cuadré frente a la puerta, antes de entrar, aspiré aire y fingí normalidad.

Gunnarr me miró con el rostro pintado de extrañeza cuando aparecí de nuevo en el local y me senté en mi silla, todavía caliente.

—Tienes razón, Gunnarr. En todas y cada una de tus palabras. Sin ti no voy a poder sobrevivir a esto. Hagamos el Camino de Santiago juntos. Partimos esta misma noche.

20

NAGORNO

Mayo, Java

Busco a padre entre las sombras de la selva. No le molesta la lluvia, ni el barro, lleva la indumentaria adecuada, pero no quiero que se aleje solo y sin protección. Él vuelve siempre a las antiguas piedras, sé que ronda estos días el templo de Borobudur, que el siglo IX y sus ruinas lo calman, siempre busca rodearse de realidades que permanecen.

La temporada seca ha ahuyentado a los turistas occidentales, que eligen destinos de playa donde tostarse. Estos días solo visitan el templo algunos peregrinos budistas. Si supieran que, hace apenas dos siglos, sus bisabuelos evitaban acercarse al templo porque consideraban que traía mala suerte... Veneración, repulsión, veneración. Nada escapa a los ciclos del samsara. Ni siquiera sus templos.

Llego por fin a la planicie que circunda la pirámide. A los ojos de un dios que habite en las nubes, el templo imita la forma de una flor de loto.

Padre, como buen arqueólogo, estará intentando arrancarle significados ocultos a unas piedras que solo son eso: piedras. Subo unas escaleras pensadas para pies diminutos, Gunnarr se rompería la crisma en esta orgía de campanas de piedra y relieves.

Pese a que me cuesta cierto esfuerzo este discreto ejercicio cardiovascular, lo realizo exigiéndome un poco más de lo que al viejo corazón de Adana parece agradarle. Oigo el pulso de mis venas en mis oídos y es como una banda de tambores de guerra. Pero me he autoimpuesto recuperar mis habilidades físicas y marciales, ahora que se acerca el jaque mate definitivo a mi familia.

Padre ha cambiado hoy de disfraz. Viste al modo budista, con sandalias y túnica azafranada. El pelo, casi rapado. Puede pasar por un converso devoto, uno de tantos occidentales buscando un porqué lejos de casa.

Escucha el rumor de mis pisadas en la roca húmeda. No se gira, me ha reconocido y no se altera.

—Espero que estés buscando los rostros de algún Hijo de Adán en estas piedras —digo a modo de saludo.

—Estaba leyendo la *Karmavibhangga* —se limita a decir, con la mirada fija en el musgo de las rocas.

«La ley del Karma», traduzco.

—En este panel se advierte que todas las actividades inadecuadas tienen su castigo correspondiente —continúa, y realmente parece el monje al que hoy presta su piel.

—Solo son dos jóvenes que murmuran —le hago ver.

—Así es, pero en este asesinan —responde, señalando con el dedo otro panel.

Tiene miedo, tiene miedo de las consecuencias que traerán mis actos.

—Mira a tu izquierda —le indico—, el Karma también habla de retribuciones si los actos son loables.

—Lo veo: caridad y peregrinación a santuarios. ¿Están en tus planes, hijo?

—En mis planes de hoy está el traerte de nuevo a la seguridad de mi complejo hotelero y presentarte mis nuevas adquisiciones. Vamos, no me gusta que deambules solo y desarmado por la selva. —Por instinto, compruebo que la akinakes que llevo escondida en el interior del chaleco continúa ahí, afilada y presta para ser utilizada.

Padre me sigue, la lluvia amaina y un sol nos calienta la espalda mientras volvemos.

Llegamos por fin a la entrada del hotel Amanjiwo, que irónicamente significa 'alma en paz'. Las cabezas de los sirvientes se inclinan a mi paso. Tengo una vista cenital de sus turbantes negros. Me complace observarlos así.

Guío a padre hasta la piscina exterior. El tiempo se ha templado. Les he dado órdenes de que me esperen allí, lo más relajados posible. No quiero amedrentar más de la cuenta a mi padre.

Los encontramos tumbados en las hamacas, sorbiendo cócteles multicolores y con bañadores de palmeras. Sonrío complacido. Así intimidan menos. Juntos pesan media tonelada y miden seis metros y medio. Dos metros y diez centímetros de media. Lo mejor del mercado internacional. Voy a cubrir de oro a mi proveedor.

—Te presento a mis oficiales. —No llamo a mi padre por ningún nombre. Aún no hemos decidido los detalles de nuestra próxima identidad.

Padre da un pequeño respingo, mis hombres solo ven a un budista occidental. Capto la ironía de la escena. Guerra y paz. O acción frente a inmovilismo.

Padre tal vez ve algún recuerdo. Quién puede saber por qué le han dado tanto miedo.

Por discreción, nos pasamos al sánscrito. Ninguno de ellos conoce más lengua que la materna y el lenguaje de la violencia, pero,

extrañamente, se entienden y se comunican de modo efectivo entre ellos.

—Jazz, criado en las calles de Hell's Kitchen, hasta que su descomunal tamaño le hizo cometer un par de errores. No calculó sus fuerzas. Dos condenas por asesinato en primer grado. Dos cráneos abiertos contra la acera —recito, señalándolo.

Jazz es afroamericano, no tiene un solo pelo en todo el cuerpo; en su torso se podría montar un circo romano.

—Kato Soseki —señalo a mi segunda adquisición, que ha perdido interés por una conversación que no puede descifrar—, descendiente, asegura, de los viejos líderes del sogunato. Iba para campeón de sumo por su volumen y tamaño. Solo comía miso, la papilla de cerveza japonesa para engordar. Ahora está más delgado, ciento treinta kilos y dos metros siete. Lo necesito con reflejos... Él es Hana. Se curtió en la guerra de Bosnia. La leyenda negra dice de él que lo ha visto todo, temas desagradables que es mejor no mencionar.

—El bosnio tiene nombre de mujer —me señala padre, sin comprender.

—Así es, algo me han contado de lo que los croatas le hicieron a su mujer durante el asedio a Mostar. Dicen que desde entonces se cambió el nombre por el de su fallecida esposa, así se recuerda a sí mismo por qué sigue en este negocio cada vez que escucha a alguien llamándolo. Suele caer en un frenesí parecido al de los *berserkir,* ¿los recuerdas, padre?

—Un hombre que se motiva para ser violento —comenta padre, preocupado. Ha ignorado deliberadamente mi referencia a los mercenarios del norte que se llevaron a nuestro Gunnarr cuando era un adolescente.

—Nos vendrá bien gritar su nombre si estamos en peligro —digo, mirándolo de reojo.

—Oído —contesta, sombrío.

—Sabe de armas casi más que yo a su edad. Me interesa porque está al día, entrenado y es un soldado; no piensa, solo obedece. A partir de ahora son mis oficiales. Ellos van a comandar nuestra guardia personal.

—Guardaespaldas, querrás decir —objeta padre—. No quiero un séquito que me acompañe hasta para ir al aseo.

—No hay nada malo en que te sigan al retrete. En los baños públicos se producen muchos secuestros. No me vengas con remilgos a tu edad.

—No es la edad, es un empeño en llevar una cierta normalidad.

—Una peluca blanca y una barba postiza el otro día. Una túnica y el pelo rapado al uno hoy. Cada día has de hablar en un acento extraño que tienes que fingir hasta que tú mismo te lo crees. Esta situación no tiene nada de normal. Incluso para nosotros.

—No son discretos —insiste mi padre, tozudo.

—No necesito que lo sean —le aclaro—. Si los Hijos de Adán nos han localizado, les servirá de aviso de que no vamos desprotegidos. El resto de la legión que pienso contratar sí que será un séquito fantasma. No te preocupes, no iremos dando el espectáculo por la calle.

—Eso lo dudo —murmura para sí.

—Todavía no has comprendido esta guerra. No ganará el que aporte más hombres. Esa manera de pensar es para generales primerizos. La estrategia correcta es otra, siempre lo ha sido, pero la estrategia correcta requiere de una ingente cantidad de dinero y de acudir a las personas adecuadas. —Y callo, porque estoy hablando demasiado—. Deja que yo me ocupe.

—Te equivocas, esa ha sido precisamente la estrategia de Madre durante milenios: poderío económico y soldados obedientes. No quiero que nos convirtamos en eso.

—¿En «eso»? —rujo airado—. Deja ya de despreciarla de ese modo. Madre fue la lideresa más antigua, mantuvo a su familia viva desde antes que tú; muestra un poco de respeto.

Veo un atisbo de pánico en sus pupilas, que se contraen durante un microsegundo y reflejan un terror muy antiguo. Matices: desconfianza, sospecha, cautela, disimulo.

Padre se aleja sin decir nada y se repliega en su *suite* hasta la hora de la cena, en la que me agradece con enternecedora sinceridad la partida que le he hecho traer de quesos cántabros, anchoas de Santoña y chorizo de Potes.

Por la noche, en la soledad de mi escritorio, accedo a las búsquedas que padre ha realizado durante la tarde desde su portátil. Se ha detenido durante largo rato husmeando en informes médicos de trasplantados de corazón que adquieren la personalidad del donante. Siguiendo la estela de Urko, rastrea solo los informes de corte científico y deja las pseudociencias para mejor ocasión.

Sé que teme que Adana siga latiendo aquí dentro, algo que es rigurosamente cierto, un hecho incuestionable, pero una vez más me subestima. Soy yo quien está al mando, no Adana, pese a la admiración que le profeso a una matriarca como ella.

Pero este aberrante periodo de recuperación y ocultamiento ha acabado. Vamos a salir de nuevo al ancho mundo y dar los primeros pasos en esta que será la batalla que me traiga lo que más ansío desde hace dos mil setecientos quince años.

21

ADRIANA

Mayo, Navarra

Una lluvia fina y persistente nos empapaba el pelo recién teñido de *henna*. Mi nueva identidad como profesora de Arte en la Universidad de Pavía incluía una melena negra y un acento italiano que no me costaba fingir, pese a que dolía cada vez que lo pronunciaba. Me recordaba demasiado a Luca y a todos mis becarios.

Pero resultaba creíble en mi nueva piel, y eso era lo importante en aquellos momentos. Mimetizarme, agachar la cabeza, esconderme en el paisaje verde y húmedo de Navarra, pasar por una peregrina extranjera más que iniciaba en Roncesvalles su primera etapa del Camino de Santiago; el Camino del Padre para Gunnarr, mi acompañante, mi supuesto protector, mi antiguo captor, mi última conexión con los desaparecidos longevos.

Gunnarr se había encargado de los vuelos que nos dejaron en Pamplona con nuevos nombres y apellidos, me hizo jurar que no usaría ningún cajero para sacar dinero en efectivo, y yo le hice jurar que él aceptaría que yo pagase mis gastos cuando todo hubiera acabado. No nos habíamos arriesgado a comenzar el Camino Francés en Saint Jean de Pied de Port, como rezaba la tradición, por no cruzar otra frontera más y exponernos a un peligro innecesario.

En otra época habría dicho que su nivel de paranoia era totalmente excesivo, que todas las precauciones que se tomaba eran desproporcionadas, pero quince personas queridas habían muerto delante de mis ojos hacía poco más de veinticuatro horas y mi manera de afrontar el duelo era dejarme llevar, permitir que alguien menos afectado que yo tomase las riendas.

Tal vez detrás de aquella decisión casi inconsciente se escondía la sabiduría del superviviente, del que se adapta gracias a una parte del cerebro que no controla. Esa era yo en Roncesvalles: una morena empapada, escoltada por un inmenso irlandés de pelo castaño y lentillas color miel.

Ya atardecía cuando arribamos al pequeño pueblo navarro. Un autobús de línea nos escupió en un aparcamiento junto al hotel del mismo nombre, un antiguo edificio del siglo XVIII donde Gunnarr había reservado dos habitaciones para pasar aquella primera noche antes de ponernos en marcha.

—Vamos, te estás empapando. Acompáñame a la iglesia de Santiago —me dijo Gunnarr en inglés.

Habíamos decidido que mientras hubiera gente alrededor nos hablaríamos en italiano o en inglés. Yo asentí en silencio, cargué con mi nueva mochila y lo seguí cuesta abajo. Las farolas se encendieron en ese instante y le dieron a las calles empedradas un aspecto onírico con sus luces anaranjadas. La lluvia espantó a los transeúntes y en pocos minutos estuvimos solos frente a los arcos apuntados de la pequeña iglesia.

Gunnarr comprobó que la puerta de madera estaba abierta y entró sin mí.

—Mejor espera un momento, he de recoger algo que me pertenece —dijo, y desapareció en la oscuridad del diminuto templo.

No me importaba quedarme sola, y Gunnarr no parecía temer que saliera corriendo en dirección opuesta. Sabía tan bien como yo que no tenía adónde ir.

El frío no me molestaba, tampoco la humedad del ambiente. El contraste con el paisaje del desierto en el que había vivido hasta el día anterior era demasiado grande como para intentar procesarlo, pero tuve que reconocer que me sentí de nuevo en casa, rodeada de montes, de verde y de bruma. Aquel paraje norteño calmó un poco mis ánimos, el *shock* del derrumbe y la desolación de haber visto desbaratada la nueva vida que me había construido en Tadrart Acacus.

Gunnarr salió después de unos pocos minutos con una sonrisa triunfante, un bulto de tela oscura y varios palos largos bajo el brazo.

—Se nos va a desteñir tu original puesta en escena —le dije en mi idioma, cuando comprobé que no había nadie que pudiese escucharnos—. Como continúe lloviendo de esta manera, en tres días vuelves a ser rubio. ¿Qué has robado en esa iglesia, bandido?

—No se considera hurto si eres el dueño. —Sonrió y me guiñó un ojo con sus nuevas lentillas doradas—. Las rocas solo me... custodian lo que es mío entre camino y camino. Vamos, tenemos que registrarnos en el hotel o perderemos la reserva.

Media hora después nos habíamos instalado ya en nuestras habitaciones. Agradecí a Gunnarr el gesto de haber reservado dos dormitorios y que dejase para mí la habitación de la torre abuhardillada, la mejor del establecimiento: una amplia estancia con techo de vigas de madera con la forma de un tejado a dos aguas.

Gunnarr llamó con los nudillos y cerró la puerta tras de sí en cuanto dejó la mochila en su habitación. Traía el misterioso bulto y

los palos recuperados de la iglesia de Santiago, y los depositó sobre la mullida colcha donde yo estaba sentada.

—Ya tienes capa de peregrina, *stedmor*. Este paño lo ha resistido todo: tormentas y barro, algún que otro asalto y muchas noches de orujo. Te mantendrá seca y caliente durante el camino; creo que se nos presenta lluvioso.

—No me molesta la lluvia, Gunnarr. Soy tan norteña como tú.

Sonrió, tal vez orgulloso, quién sabe.

—Estas capas llevan esclavina, pero también capucha. Las llevaremos puestas siempre que podamos. Intentaremos que nadie se fije en nuestras caras, no va a ser un viaje para hacer amigos. Reduciremos nuestra vida social a la mínima expresión, no sabemos si ahora mismo nos están buscando.

Observé, o más bien admiré, las preciosas capas marrones. Habría apostado a que tenían más de un siglo, pero el tejido se había conservado sorprendentemente bien. Un bordado rojo, en forma de vieira en un borde de la esclavina, las dotaba del inconfundible sello de peregrino.

—No iremos con las calabazas de antaño, sino con cantimploras modernas, pero quiero que lleves este bordón —dijo, señalando uno de los tres largos bastones de empuñadura metálica. Me lo tendió con cierta cautela, estudiando mi reacción.

—Me parece bien —asentí, conforme, pero al ver su rictus, demasiado tenso, me inquieté—. ¿Qué ocurre con el bordón?

—En realidad es un arma —dijo, separando la empuñadura del resto del bastón.

Miré sin comprender, hasta que vi la daga afilada que emergía de la parte hueca del bordón.

Retrocedí por puro instinto, sentada sobre la colcha.

—Yo no soy de armas, Gunnarr.

—Pues tendrás que serlo, si estás metida como estás en esta guerra de longevos.

—Acabaría con una de ellas clavada en cualquier órgano vital. No las he usado nunca, ¿qué sentido tendría? —objeté, mirando el objeto puntiagudo como si fuera tóxico. Tal vez lo era.

—Intento mantenerte con vida, y eso incluye la autodefensa. Simplemente dime que vas a aceptar llevar el bordón. Es todo lo que te pido por hoy, lo demás ya irá llegando. Además, me la regaló mi padre; encargó la daga, pero los adornos los talló él mismo.

Un par de siluetas de vieiras estilizadas. Pasé la mano por donde hacía siglos Iago había dejado aquellas simples figuras.

Me pareció bastante sensato para venir de Gunnarr, un *berserker* ambidextro que asestaba hachazos a pares, así que acepté no muy convencida por lo que suponía, pero aferrándome al objeto como si fuera la mano de Iago. Gunnarr respiró tranquilo; su pequeño chantaje emocional había surtido su efecto.

—¿Los otros dos son para ti? —quise saber.

—Obvio —se limitó a contestar.

—¿Por qué vas a usar dos bordones para caminar?, ¿es que necesitas ambos?

—Tengo dos manos —dijo, encogiéndose de hombros como si hubiera dado la respuesta mil veces antes—, la cuestión es: ¿por qué debería usar solo una?

—Supongo que no puedo rebatirte.

—Ya que estamos con los asuntos prácticos, quiero que lleves esto en tu dedo —dijo, y se sacó de debajo de su jersey de lana una larga cadena de metal.

De la cadena llevaba prendidos dos viejos anillos de plata de distinto tamaño. Abrió el cierre y liberó los anillos, que cayeron sobre la colcha.

—¿Qué es esto? —pregunté, tomando uno de los anillos para observarlo de cerca.

—Son dos anillos de Claddagh, ¿los conoces?

Me lo acerqué: dos pequeñas manos sujetaban un corazón que portaba una corona. El otro anillo era igual, aunque un poco mayor.

—Intuyo que es irlandés, ¿celta, quizás...? —tanteé.

—Efectivamente, es irlandés. Empezó a verse en los dedos de los isleños hará más de tres siglos. Las madres se lo regalaban a sus hijas, los prometidos a sus futuras esposas, los padres lo dejaban como legado familiar a sus descendientes. Las manos simbolizan la amistad, el corazón expresa el amor, y la corona, la lealtad y la fidelidad. Tiene asociado un lema: *Let love and loyalty reign*. Que reinen la lealtad y el amor.

—¿Esto te ha pertenecido? —murmuré, dándole vueltas al precioso anillo, maravillada por el hecho de que tuviera más de trescientos años. Deformación profesional; a mí todo lo antiguo me maravillaba, incluido su padre.

—Te lo dije una vez, solo ha habido tres mujeres para mí en mil doscientos años: dos para mal, una para bien. Este anillo pertenece a la tercera. Por motivos... que no vienen al caso, el anillo no descansa en su dedo, como debería —dijo, en tono sombrío—. Pero ahora nos va a servir de coartada —continuó, cambiando a un tono festivo, tan artificial como innecesario—. Llevarás ambos anillos en tu dedo anular. Serás la viuda de mi hermano.

—Ya me he perdido.

—Durante el camino seremos cuñados. Si fingimos ser pareja, tendríamos que dormir en la misma cama, y no es una situación que ninguno de los dos busquemos. En cambio, si somos cuñados y mi supuesto hermano ha muerto, se comprenderá que ocupemos habitaciones diferentes, pero seguimos siendo familia, un grupo

cerrado. Nuestra relación se entenderá sin embarazosas confusiones. Diremos que ambos le hicimos la promesa de hacer el Camino de Santiago por él en su lecho de muerte.

Reconozco que aquel gesto tan casto me tranquilizó. Gunnarr era mi hijastro, pero no dejaba de ser incómodo tener que dormir junto a un hombre que no fuese Iago. Yo seguía en modo monogamia, las demás presencias masculinas estaban de más en mi vida.

Me coloqué ambos anillos en el dedo, preguntándome quién sería la tercera mujer en la vida de Gunnarr, la que había merecido un anillo tan precioso, y después de mirar el reloj, nos apresuramos a bajar al restaurante del hotel, donde dimos buena cuenta de los platos de caza que nos ofrecieron. Él devoró una paloma y un par de truchas, yo acabé con todo el *foie* de Burguete, las *txistorras* de Zubiri y los hongos de Irati que me sirvieron.

Gunnarr me observaba divertido mientras yo peleaba por terminar un hojaldre con crema de almendras.

—Eres golosa —me dijo en inglés—, pero los mejores dulces del Camino están en los conventos de clausura. Por suerte, sus recetas no cambian nada con el paso de los siglos. En cada parada te conseguiré alguna caja de delicias de la zona; deja que te compense por las incomodidades.

Incluso en aquella situación tan comprometida para nuestra seguridad, él se preocupaba por mi «momento Gunnarr»; y envidié aquella forma de vivir, aquella determinación de no permitir que las apremiantes preocupaciones le impidieran aplicar un día más su filosofía hedonista de vida: fabrícate cada día un instante de disfrute, dale a cada día la dignidad de ser saboreado. Y ahora él velaba por los míos...

Aquella noche, ya a solas en mi inmensa y cálida habitación de montaña, me metí en la ducha, me senté sobre el brillante suelo

blanco del plato y dejé que el agua hirviente me golpease en la espalda. Solo allí me permití llorar por Clara, por Luca y por los efímeros compañeros de viaje que había dejado atrás.

Me metí en la cama, pero con la oscuridad llegó la imagen de Clara con el corazón ensartado. Los ojos vacíos, la sangre empapando su camiseta. No fui capaz de soportar aquella escena. Me vestí a toda prisa y salí sin hacer ruido de la habitación. Supuse a Gunnarr ya dormido en el dormitorio contiguo, así que caminé despacio sobre el suelo de madera, con la intención de bajar a la planta baja y despejarme por las calles solitarias del pueblo. Pero entonces lo vi hablando con la chica de recepción. Me escondí por instinto y escuché lo que decían:

—¿Estás segura? ¿Nadie que viva por aquí como un ermitaño?

—No, de verdad. Esta es una zona de mucho tránsito, un ermitaño no habría elegido estos montes para que lo dejasen en paz —dijo la chica, encogiéndose de hombros.

—Dices que tus padres regentaron este hotel, y antes de ellos, tus abuelos. ¿Y en el pasado?, ¿recuerdas alguna historia de alguien que viviera hace décadas guardando alguna ermita?

—No, me acordaría. Siento no poder ayudarte.

—Está bien, gracias de todas maneras. Mañana haremos el *check out* a primera hora. Te dejaré las llaves en el buzón —dijo, pero su voz sonaba frustrada.

Decidí bajar las escaleras y dejar que me viera.

—¿Qué haces despierta a estas horas, querida cuñada? —me preguntó él en italiano, forzando su acento nórdico.

—El duelo me mantiene insomne; es muy pronto para olvidarme de tu hermano —contesté frente a la chica de recepción, que aprovechó para despedirse y retirarse—. ¿Y tú? ¿También el duelo?

Gunnarr hizo un discreto gesto con la cabeza, indicándome que subiéramos de nuevo a nuestras habitaciones. Entró en la mía y cerró la puerta, pero continuó hablando bajo, como si temiera que nos escucharan las paredes.

—¿Estás bien, *stedmor*?

—No, no estoy bien. He intentado dormir, pero tengo la muerte de mi amiga y de todo mi equipo demasiado reciente. He entrado en pánico al quedarme por fin sola con mis pensamientos a oscuras. No había sucedido desde el derrumbe. Tú apareciste y no he estado a solas en ningún momento —mentí, ocultando el hallazgo del papel que me había cambiado la vida—. ¿Y tú?, ¿qué hacías a estas horas en la recepción?

—Quería darte una sorpresa y estaba preguntando a la muchacha del hotel por algún convento de monjas cercano para comprarte unos dulces —dijo.

Le sonreí.

—Me enternece que mi hijastro cuide así de mí. Ya me encuentro mejor y ahora sí que voy a caer rendida. Vamos a dormir, nos vemos de madrugada.

Él asintió, conforme, y abandonó en silencio la habitación con un guiño a modo de despedida.

«¿Por qué me mientes, Gunnarr? Y lo que es más inquietante, ¿a quién estás buscando a mis espaldas? ¿Por qué estamos haciendo en realidad el "Camino del Padre"?».

22

ADRIANA

Mayo, Navarra

Aún no había despertado el alba cuando Gunnarr y yo partimos hacia Zubiri, el destino de nuestra primera etapa. Tomamos la senda que nacía del arcén derecho de la salida de Roncesvalles y caminamos en silencio entre árboles centenarios con la hiedra agarrada a su corteza.

—Estamos cruzando Sorginaritzaga, el robledal de las brujas.

«Empezamos bien», pensé.

Estábamos en tierra de brujas, como si los demonios de mi interior y los que nos acechaban no fueran suficientes.

Teníamos treinta etapas por delante, así que seguí el consejo de «camina como un viejo, llega como un joven» y nos tomamos aquella primera etapa con calma. Tardamos casi seis horas en arribar a Zubiri, pese a que podíamos haberla recorrido en poco más de cuatro. No había prisa por llegar a Santiago, ¿y luego qué?

No dejaba de pensar: «Cuando nos tumbemos en la plaza del Obradoiro y abracemos al Santo, ¿qué haremos, Gunnarr? ¿La Ruta de las Especias, el Camino del Inca...? ¿Y luego qué?».

Y luego qué.

Cruzamos varios pueblos: Burguete, Espinal, Mezkiritz... Cuidadas casas blancas de tejados rojos y marcos de madera verde en las

ventanas. En ocasiones nos adelantaban otros peregrinos, nos deseábamos «Buen camino» y dejábamos que se perdieran entre las hayas por delante de nosotros. El cielo era tan gris como mi estado de ánimo y agradecí que, un día más, las nubes descargasen una fina lluvia que nos obligó a usar la capucha y ocultó mi rostro a Gunnarr.

Tuve que reconocer que era buen compañero de ruta. Siguiendo su consejo, no me había comprado botas nuevas en Pamplona, sino que estaba usando las que llevaba en Tadrart Acacus. Aquel era el mejor remedio contra las previsibles ampollas. Después de subir el Alto de Erro y pasar por delante de la Venta del Puerto, no había ni rastro de rozaduras en mis maltrechos pies.

Casi al mediodía llegamos a nuestra primera parada en Zubiri. Gunnarr me explicó que su nombre significaba en euskera «el pueblo del puente», y que bajo el susodicho se creía que estaban enterrados los restos de santa Quiteria, por lo que los lugareños y los peregrinos le habían dado desde la antigüedad un carácter mágico.

Me gustaba que se esforzase en hacerme el camino más ameno, pero yo simplemente estaba agotada después de una marcha de veinte kilómetros, y lo agradecía. Agradecía que el camino me mantuviera despejada, pero no podía dejar de pensar en que Iago, si es que estaba vivo y alguna vez iba a tener a bien encender su móvil y escuchar mis mensajes, no sabía nada de mi destino después de Tadrart Acacus. ¿Y si me habían dado por muerta otra vez? ¿Y si había aparecido la noticia en los medios y él la había visto?

Así que cuando llegamos, dejé que Gunnarr se dirigiera a un hostal llamado El Palo de Avellano, donde había reservado de nuevo dos habitaciones para dormir separados. Le dije que prefería

descansar junto al puente medieval en la entrada del pueblo. Me creyó y, tras un escueto: «Ahora vuelvo», desapareció en busca del establecimiento.

En cuanto vi desaparecer a mi hijastro bajo su capa de peregrino, me abalancé sobre mi mochila. En un pequeño bolsillo había escondido mi móvil, hice un rápido barrido de trescientos sesenta grados y, en cuanto me aseguré de que ningún peregrino o nativo acechaba, marqué un número de nueve cifras que no contestó. Impotente, como siempre, dejé un mensaje:

> Iago, no tengo ni idea de si quieres saberlo o soy una página atrasada de tu remoto pasado, pero he sobrevivido al derrumbe. Estoy en el pueblo del puente, haciendo el Camino del Padre con el Oso Blanco. Márcate un tanto y búscame, anda.
>
> Tu esposa, viva pese a todo

No pude decir más, un vikingo enfurecido me arrancó el móvil de un zarpazo, extrajo la tarjeta SIM, sacó un mechero, quemó la tarjeta y lanzó su resto calcinado y el móvil por el puente, corriente abajo.

—¡¿Quieres morir?!, ¿es eso? —De su boca salió un rugido que casi no pude entender.

—¿Qué has hecho, maldito bastardo? —grité yo, furiosa, al perder de vista bajo las aguas mi última esperanza de contactar con Iago.

Gunnarr se me acercó, con la capucha puesta, y estiró sus dos metros hasta que a mí me parecieron tres. Me quedé a la altura de sus codos. Parecía querer engullirme entre los pliegues de su vetusta capa de peregrino. Si quería intimidarme, lo había conseguido. Bastante.

—A mi madre ni la mentes, *stedmor*. Cuidado con mis límites —susurró, y aquel murmullo gélido me dio más miedo que sus rugidos.

—De acuerdo —murmuré, comprendiendo que me tenía que calmar—. Lo siento, Gunnarr. No volveré a ofenderte de ese modo,

pero... ¡maldito seas, me has quemado la SIM!

—Te dije que nada de cajeros, nada de móviles, nada de fotos, nada de llamadas, nada de credenciales ni de sellos de peregrinos. ¿Tienes idea del peligro en que nos has puesto si estuvieran rastreando tu móvil?, algo bastante probable dados los acontecimientos de Tadrart Acacus. Tú no quieres vivir, es eso... Me estoy dejando la vida intentando mantenerte de una pieza y tú te subes al cadalso esperando que te ajusticien.

Me miró de reojo, pero yo no dejaba de dar vueltas en círculo, intentando reprimir la furia que sentía pensando en el móvil perdido. Sabía que Gunnarr me iba a tener controlada cuando cruzásemos las capitales de provincia para evitar que me comprase otro terminal y recuperase mi número.

—Vamos, escúpelo —me dijo—. Estás rabiosa.

—No lo estoy.

—Claro que sí. De hecho, estás en el lugar adecuado. Estamos pisando el puente de la Rabia. Desde hace siglos, la gente hacía dar vueltas a sus animales alrededor de los estribos para que sanasen de rabia. Y tú ya lo estás haciendo, si te das cuenta. —Me señaló, con un gesto elocuente.

Suspiré profundo y crucé los brazos sobre el pecho.

—Gunnarr, Gunnarr... Olvídate de tradiciones medievales. Lo que urge es el ahora. Tanto tú como yo hemos elegido pensar que Iago está vivo. Obremos en consecuencia: comencemos ya a buscarlo.

—No digo que no desee encontrarlo y decirle que estás viva, devolverte a él. No digo que no vayamos a buscarlo, pero no ahora, inmediatamente después de la matanza del desierto... No es buena idea. Tenemos que ver si los Hijos de Adán nos han seguido la pista, si en el Camino estamos en peligro. Te prometo, *stedmor*, que mi último fin es devolverte con vida a mi padre. Pero hay tantas

variables en este juego que tú y yo no controlamos, y vamos a tener que empezar a hacerlo...

—¿A qué te refieres? No te comprendo.

—A toda la historia de los Hijos de Adán. Habéis ido a ciegas. El abuelo Lür os ocultó su existencia, creyendo que así os mantenía a salvo, y tal vez lo hizo, pero llegados a este punto, creo que todos nos debemos la verdad. Tengo que empezar a contarte cómo los conocí.

Durante un segundo, una señal de alarma parpadeó dentro de mi cerebro.

—¿Tú... los conociste?

—Sí.

—¿Sabías de la existencia de los Hijos de Adán antes de que Lür nos hablase de ellos?

—No solo los conocí, sino que su historia ha discurrido paralela a la mía, a veces cruzándonos, a veces repeliéndonos, desde hace casi setecientos años. Te la contaré, pero recojamos ahora mismo nuestras mochilas y pongámonos en marcha. Este lugar ya no es seguro.

«De acuerdo —pensé—. Empiezan a caer las máscaras».

Iago me advirtió de que Gunnarr siempre iba cincuenta pasos por delante, de que su visión de los acontecimientos era panorámica, y yo sabía que en esta guerra de longevos él manejaba más información que el resto de la Vieja Familia. Había un pánico en sus ojos que me sabía a terrores antiguos. Yo era consciente, y más desde la noche anterior, de que el Camino no era una huida ciega y desesperada, que había algo más.

Con Gunnarr siempre había algo más.

Así que le hice caso por una vez y abandonamos el solitario puente de la Rabia. Y en cuanto dejamos atrás aquel lugar que los

navarros consideraban sagrado, Gunnarr comenzó a descubrirme su oscura historia con los malditos Hijos de Adán.

23

IAGO

Mayo, Massachusetts

La celda tenía barrotes de hierro, un banco bastante incómodo y una ventana alta desde la que contar el paso del tiempo guiándome por la claridad que se filtraba. Transcurrió media mañana hasta que volvieron a por mí. Las esposas de metal brillante que atrapaban mis muñecas eran sofisticadas, ciertamente obra de un buen herrero, casi un orfebre, por la finura del trabajo.

Había decidido no hablar. Mi instinto me lo pedía a gritos: «Debes callar de una vez o todo irá a peor».

—¡John Doe! Mami ha venido a buscarte —gritó mi carcelero, un bigardo que mascaba algo sin cesar, tal vez hierbas, quién sabe.

Obedecí fingiendo mansedumbre y traspasé el umbral de la puerta que dejó abierta. Me dejé guiar por un pasillo hasta que me hicieron pasar a una sala mal iluminada.

Allí encontré a mi esposa, que me lanzó una severísima mirada. También había un hombre de edad ya respetable, con canas y perilla, y expresión desafiante.

—Así que este es su marido —dijo, a modo de saludo, indicándome con un tosco gesto que me sentase junto a ella. Yo obedecí, tampoco es que hubiera más opciones.

—Así es, inspector —respondió Manon.

—Pero él se ha negado a identificarse, no hemos encontrado documentación alguna cuando lo hemos registrado, y no ha dicho una palabra desde que llegó.

—Le repito que está bajo mi supervisión legal, es enfermo psiquiátrico y ha olvidado su medicación. No volverá a ocurrir.

—Tiene que entender que ha agredido a un agente de policía, por lo que se presentarán cargos contra él.

—Y yo lo que le pido es que me deje pagar la fianza y que vuelva a casa conmigo. Estar aquí no va a ayudar a su estado mental.

—De momento necesito que me aporte la documentación que demuestre la identidad de su marido.

—Aquí está, inspector —contestó ella, dejando sobre la mesa unos papeles con una imagen de mi rostro.

—Bien, iremos a comprobarlo ahora mismo, pero no vamos a soltarlo. Tiene un cargo por agresión; su marido se queda aquí.

Ella lo miró fijamente, sin inmutarse. Casi sonrió, tranquila.

—De acuerdo —susurró—. Necesito hacer una llamada. Si me disculpa...

Se levantó y abandonó la sala. Yo estaba interiorizando el dialecto con el que se hablaban, tan directo y poco respetuoso, pero parecía ser lo que encajaba en aquella situación.

El inspector aprovechó que Manon se marchó y tomó los papeles que mi esposa le había tendido. Se los acercó después de colocarse unos extraños anteojos y los revisó una y otra vez, buscando, imagino, la mentira que todos sabíamos que había detrás. Él era plenamente consciente de que tenía que desenmascararnos, no se había creído nada de sus firmes palabras, pero por algún motivo yo intuía que Manon era diestra en aquel juego y que él era un contrincante menor.

Poco después, un uniformado entraba y susurraba un recado al oído del inspector. Este frunció el ceño.

—Es imposible —le contestó en voz baja, tratando en vano de que yo no lo escuchase—. No pueden ordenarme que lo deje libre.

El uniformado murmuró algo de nuevo, frustrado, y yo supe que Manon había ganado aquella mano.

24

IAGO

Mayo, Massachusetts

Me liberaron de las esposas y me invitaron irrespetuosamente a abandonar el edificio.

Manon me esperaba fuera sin mediar palabra, acodada sobre un carromato metálico blanco de bella factura.

Me senté a su lado, mirándola de reojo, pero ya conocía sus humores y Manon no quería hablar en aquellos momentos. Lo cierto era que yo tampoco.

Había huido de ella tomándola por demente, pero se había comportado de modo inteligente ante las autoridades, y la tozuda realidad era que todos con quienes me topaba desde que desperté coincidían en que era yo quien no estaba en sus cabales.

Su vehículo nos transportó de vuelta a Duxbury. Yo miraba a través de los vidrios, fascinado con la velocidad y tratando de asimilar el mundo que me rodeaba, sin poder ponerle nombre a tantas novedades de aquel ruidoso presente. Pero tomaba nota de todas las señales y de los números que veía a lo largo del camino, pese a que no me dijeran nada: Route 3, Exit 11B, Washington Street, Shipyard Lane Beach...

Y Manon... era evidente que estaba enfadada, disgustada y furiosa.

—Sé que no debí escaparme —dije por fin.

Ella me miró con rabia, hizo un viraje peligroso que nos apartó de la carretera y nos detuvimos de manera abrupta en un pequeño desvío rodeado de árboles frondosos.

Y se me encaró, en aquel pequeño habitáculo, a pocos centímetros de mi rostro.

—¿Que no debiste escaparte? —me rugió, sin perder su porte—. ¿Eso es todo lo que se te ocurre? No tienes ni idea del peligro que corres, del peligro que corremos ambos. Ni idea. Llevo todo este tiempo ocultándote, ocultándonos, y lo has estropeado todo agrediendo a un policía. Ahora la identidad falsa que compré para ti no nos sirve, estás fichado y los Hijos de Adán pueden rastrearte; de hecho, puede que ya estén haciéndolo. Ni siquiera sé si es seguro volver a nuestra granja. ¿Quieres sobrevivir por tu cuenta aquí fuera? Te has perdido en el tiempo, querido Ely, y como no te recuperes enseguida y dejes de hacer estupideces como esta, estaremos muertos o peor que muertos antes de que aprendas a anudarte la corbata correctamente.

—Sé hacer nudos —me defendí. No de corbata, no comprendía el doble sentido de su acusación, pero yo sabía hacer nudos.

Me miró con infinita pena y negó con la cabeza.

—Ahora mismo eres como un chiquillo, y yo necesito que seas algo más que un hombre para salir de esta situación.

Después su vehículo volvió a remontar por la carretera hasta que un estrecho sendero, interrumpido por tres entradas sucesivas que ella abrió pulsando un pequeño artefacto, nos dejó de nuevo frente a nuestra granja remodelada.

Una vez allí, me miró en silencio y me dio la espalda, dispuesta a entrar por la puerta y dejarme en la playa.

—Esperad..., espera —le dije, sujetándola de la muñeca, en un intento por que no se fuera y me dejara solo con mi miserable soledad—. Necesito tu ayuda.

Había comprendido que tendría que adaptarme, que tendría que hablar y vestir como ella, que necesitaba controlar y conocer mejor todo lo que me rodeaba para sobrevivir.

—No sé cómo ayudarte —confesó frustrada.

—Hazme entender lo que está pasando. Demos un paseo por la playa.

Manon asintió. Seguía preocupada, su gesto concentrado me hablaba de los planes que estaba trazando en aquellos momentos en su cabeza.

—Has matado a la matriarca de una familia, de una familia poderosa. Me has convertido en Exiliada, y tú serás perseguido por lo que has hecho. Estoy tratando de que recuperes la memoria, pero tu cerebro es demasiado frágil ahora mismo. No sé bien qué hacer. Si continúo escatimándote información, tú vas a ir a buscarla con los pocos recursos que tienes y nos vas a condenar, como has hecho hoy. Cada uno de tus pasos en falso puede que nos cueste la vida, y eso, querido Ely, es una pena después de todo lo que hemos pasado ambos por llegar de una pieza hasta el día de hoy.

—No..., no me ocultes nada —la insté—. Necesito saber más. ¿Cómo es que ayer estábamos en el siglo XVII y hoy en el XXI? ¿Por qué tú y yo continuamos vivos a pesar del tiempo transcurrido? ¿Qué les ha sucedido a nuestros vecinos, a todos los que conocíamos?

—Están muertos, murieron hace cuatro siglos, por diversas enfermedades o acaso tal vez solo el tiempo se encargó de matarlos a todos, menos a nosotros y a unos pocos más que son como

nosotros. A ti te gustaba denominarnos «longevos». No vamos a envejecer nunca.

Fui a abrir la boca, pero ella se adelantó:

—No somos un engendro del diablo, ni un castigo de Dios, ni estamos malditos, al menos en teoría y racionalmente hablando. Somos lo que somos y con estas circunstancias tratamos de vivir lo mejor que podemos. Pero es complicado cuando toda una rama de mi familia estará clamando venganza por lo que hiciste.

—Entonces, ¿hoy en día somos esposos? —quise saber.

—Fuimos esposos. La vida nos ha separado, nos ha vuelto a juntar... Los ciclos vienen y van, lo mismo sucede con nosotros.

—Voy a necesitar saber todo lo que ha sucedido durante estos cuatrocientos años.

Ella sonrió por primera vez.

—Esa respuesta era muy propia de ti, el hombre estudioso. En eso puedo ayudarte, tengo una inmensa biblioteca de libros de historia. Puedes leer por las noches, mientras yo escribo.

—Tengo sed de saber, cuanto más mejor, sí —pensé en voz alta, esperanzado.

—En tu última identidad eras arqueólogo, un estudioso del pasado. Dirigías un museo. Tal vez una visita a nuestro museo te ayude a centrarte. Ven, vayamos ahora mismo, no tenemos otra cosa que hacer.

—Sí, sacadme de aquí. Sácame de aquí—me corregí—, me siento en una prisión.

Poco después arribábamos al Museo Pilgrim Hall, uno de los museos más antiguo del país, según me contó ella. Era un edificio de hechuras clásicas; Manon me guio hasta su interior. Estábamos solos en aquellas primeras horas de la tarde. Sonaba una melodía tras otra, pero no conseguía ver los instrumentos ni los músicos.

Algunas canciones me recordaban a las tabernas londinenses, con violines, tambores y laúdes. Unos muñecos de nuestro tamaño, vestidos de nuevo con disfraces de feligreses, nos miraban desde sus rostros sin ojos, nariz ni boca.

—No es paño de Wessex, lo sé —dijo ella, aproximándose a la estatua de la mujer puritana y rozando su manga, como comprobando su calidad—. Dejaron de importarlo en el siglo XVIII, cuando aquella crisis en la industria textil dejó en la miseria a media costa sur de Inglaterra.

—Esto sí que lo reconozco —susurré.

Me acerqué a la vidriera del final de una sala, donde un mortero, un cañón, una cuna y varios objetos que un día conocí descansaban absurdamente colocados los unos junto a los otros, como si el motivo para el que un día fueron construidos tuviese algo que ver.

En el interior de una pequeña vitrina de cristal encontré atrapado un sombrero de piel de castor, cuya piel yo mismo había vendido, creía que ayer. Pero aquel ayer había sucedido hacía casi medio milenio.

—Tu navaja toledana, ¿la recuerdas? —dijo Manon—. En la placa se la atribuyen al bueno de Standish.

—¡Pero si era mía! —exclamé. ¿Podía reclamarla? Aún me apetecía afeitarme con ella; sentir una rutina que me resultase, para variar, un poco familiar—. Myles no estuvo en su vida en el Reino de Castilla.

—Lo sé, los museos están llenos de pequeñas inexactitudes. Tengo la impresión de que tu empeño estos últimos años era corregirlas.

Me paseé entre las vitrinas, sintiéndome por fin como en casa. Era un hogar diseccionado, cierto, pero al menos reconocía aquel entorno: el lustre real de la vajilla abollada, el zapato de boda de

Penelope Pelham aún con sus manchas de barro en la suela. Tal y como de verdad ocurrió, tal y como yo empezaba a recordar. Tenía cuatro siglos por delante que recuperar, si la arena de mi cabeza no me catapultaba antes.

Y entonces oí la canción, y una voz que a diario, recientemente, sonaba pegada a mi cuerpo: *Fisherman's blues*, de The Waterboys. Unos violines me trajeron al presente junto con los primeros versos.

Recordé mi última identidad: era Iago del Castillo, tenía 10.312 años, había nacido en la playa de la Arnía. La canción que sonaba como música ambiental en el quinto museo más antiguo de los Estados Unidos había sido el tono de mi móvil hasta que Manon Adams, o más bien Marion Adamson, me ordenó que lo entregase en la entrada de la mansión de las islas Thousand, donde había matado a Madre con mis propias manos y visto morir a mi verdadera esposa: Adriana Alameda Almenada.

SEGUNDA PARTE

25

IAGO

Mayo, Massachusetts

—¿Estás bien, Ely? —preguntó Marion, a mi lado, siempre pendiente de cada uno de mis gestos. Era longeva, luego era desconfiada.

Me recompuse, disimulé mi incomodidad frente a ella. Y otra vez, la partida de póker entre jugadores expertos. Milenios de rodaje sincronizaron de nuevo el engranaje de mi cerebro, que en aquellos momentos asumía en cascada todos los acontecimientos que Marion Adamson me había escamoteado durante los últimos días.

—Demasiado... abrumado. Pero extrañamente en paz —mentí—. Por primera vez en mucho tiempo, siento que pertenezco a un lugar que reconozco. Voy a necesitar volver, Manon. Esto les hará bien a mis maltrechos recuerdos.

Había visto un *pub* irlandés, el Galway Pub, en la misma calle St. Court. Frente al *pub*, en el número 63, un negocio de *souvenirs* de madera, el Yankee Woodcarvers. En el 50, mi cerebro había registrado una lavandería. Era suficiente. Con ese punto de partida, comencé a trazar planes, uno tras otro, para liberarme del férreo control al que aquella Hija de Adán me sometía, aislado, sin móvil y sin manera de pedir ayuda sin que ella estuviera presente.

—Estoy contigo: no te había visto sonreír desde hace demasiado tiempo. Mañana te traeré de nuevo, por fin he visto un destello del

Ely que conocí —asintió conforme.

Un par de horas después volvíamos a la granja y cenábamos más distendidos en una mesa improvisada en la playa, mientras Marion me contaba anécdotas de sus viajes por África durante el pasado siglo XIX.

Yo digería la comida y también sus historias con fingida ansiedad, pero mi mente ya estaba a otros temas más acuciantes, al margen de sus palabras. Marion me había suministrado detalles de su pasado con la avaricia de un banquero; aquel había sido su poder sobre mi precaria situación, y nunca había pensado darme demasiada ventaja, lo intuí desde el principio. Después, cuando el momento no se podía alargar más, nos dirigimos al edificio de la granja.

Nos quedamos mirando la cama donde yo había dormido durante las últimas semanas.

—Manon... —carraspeé, fingiendo una torpeza que no era la mía —, aunque hayamos sido esposos, me incomodaría sobremanera que compartamos lecho ahora mismo. Entendería que esperases un comportamiento fogoso por mi parte, como hombre y mujer que somos. Y no estoy despreciando tus cualidades ni tu belleza, que son más que evidentes, pero...

—No sigas, lo comprendo —me cortó, con una sonrisa calma que parecía bastante auténtica—. Deberías acostarte y descansar. Yo tengo muchas tareas pendientes ahora mismo. Tal vez mañana localicen esta granja y nos ataquen, tal vez tarden más, o acaso no la encuentren nunca..., pero hemos de mover ficha y jugar nuestra partida, Ely. Los asuntos personales ahora mismo no son mi prioridad. Tenemos siglos para resolverlos y averiguar dónde ha quedado lo nuestro.

—Ah..., de acuerdo —contestó un inseguro Ely, aliviado.

¿Qué demonios se traía entre manos y por qué aún no lo compartía conmigo? Si nuestra supervivencia dependía de aquello, ¿por qué actuaba de manera independiente y a mis espaldas? No quise que captara que me sentía molesto, así que disimulé mi expresión con una sonrisa apacible.

—De todos modos, ahora que tu cerebro está más receptivo, no puedo seguir ocultándote un hecho que nos marcó tanto a ambos. Quiero enseñarte algo. Vayamos fuera.

Tomó una de las velas que usaba cuando escribía por las noches y me guio hacia la parte trasera de la granja, un lugar que ella nunca me había mostrado. Cruzamos el césped y nos adentramos en una zona de tierra rodeada de árboles y arbustos que impedían ser vistos desde lejos. Allí se acercó a una pequeña lápida.

—Peregrine... —susurré, al leer la inscripción. No ponía nada más. Ni apellidos ni fechas. Era suficiente.

—Fue nuestro hijo, lo alcanzó la epidemia después de que tú marcharas al norte a por pieles de castor.

Ella ignoraba que yo sabía más de lo que aparentaba: que regresé a por ellos, que encontré lo que creí ser la tumba de Manon Adams excavada por nuestro propio hijo, y a él, congelado sobre el lecho. En aquel entonces, desconocía su verdadera naturaleza longeva, por lo que no entendí que todo era una puesta en escena. Como yo, Manon había decidido fingir su muerte tras una década y adoptar una nueva identidad. Asimismo, ella ignoraba que yo volví y reduje la granja a cenizas con Peregrine dentro.

Y ahora estaba intentando usar el recuerdo de nuestro hijo para reconstruir un vínculo que ya estaba roto.

«No te merecías estos padres, Peregrine, ni lo que hicimos contigo cuando moriste», le dije a la tumba vacía de nuestro hijo.

Lo que Marion tampoco sabía era que, pese a mi pérdida de memoria, mi instinto desconfiado no me había abandonado en ningún instante durante aquellos días. Y que hacía dos noches, mientras yo fingía dormir, la seguí en la penumbra y observé cómo se dirigía a la parte trasera del edificio. Por precaución, no me acerqué, pero vi que las suelas de sus zapatos traían tierra, y no arena de la playa, y las mangas de su sempiterna cazadora blanca me mostraban restos de barro. Había tomado nota de ese y mil pequeños detalles más, a la espera de que en algún momento me fueran útiles.

Y ahora tenía una sospecha de lo que Marion me ocultaba.

Pero había otra prioridad: al día siguiente pretendía poner en marcha mi plan.

26

NAGORNO

Mayo, Java

Llevamos semanas buscando rostros repetidos entre miles de retratos en todas las versiones digitales de las pinacotecas del mundo, desde la Edad Antigua al Renacimiento, cuando padre por fin pronuncia las palabras mágicas: «Creo que tenemos a uno».

Adano Visconti, nacido en Milán en 1355, señor de Parma. Emparentado con grandes familias italianas, como los Sforza y los Borromeo. Supuestamente muerto con cuarenta y nueve años.

En la pantalla del ordenador vemos una imagen de él, con barba puntiaguda, vestido de blanco, con un halcón en la mano derecha. Lo sujeta como un avezado cetrero, le da de comer un trozo de carne.

—¿Qué tiene este hombre de especial? —le pregunto, interesado.

Estamos en la *suite* de padre, protegidos de una inusual lluvia que no amaina y trae una deliciosa humedad al ambiente.

—Tuvo cinco hijos legítimos —responde—, uno de ellos llamado también Adano, cuyo hijo se llamó también Adano, y así sucesivamente, como una tradición familiar. Saltemos ahora cuatro siglos. Volvemos a tener a un Adano Visconti, arquitecto de Napoleón III, nacido en Roma en 1791. De nuevo consta que murió con casi cincuenta años. Mira el retrato, hijo.

Vestido de frac negro y cuello blanco alzado de la época, sosteniendo un pliego de planos, aquel insolente nos mira, inmune al paso del tiempo, con los mismos rasgos que su antepasado medieval. Rasurada ya la barba, las mismas bolsas bajo los ojos, la mandíbula hosca y cuadrada, las mismas entradas en el cabello.

—¿Qué piensas, hijo? —me tantea padre.

Sabe que estoy molesto por algo, pero no imagina lo mucho que me irrita que sea cierto lo que plantea.

Un longevo dejándose retratar, una época tras otra, apareciendo sin reservas ni tapujos en los libros de historia, dejando que la gloria lo recuerde, emparentándose con las mejores familias.

Cuántas veces he tenido que renunciar a una fama merecida, al prestigio de ver recompensados mis actos, a que la historia me aclame, a unir mi sangre con la de reinas. Pero el tributo de la discreción siempre ha podido más.

Soy dueño de mis renuncias, no las lamento, gracias a ello he sobrevivido, pero si uno de los nuestros lleva siglos mostrándose con tal descaro..., ese hombre no merece ser longevo.

Nos acabará descubriendo a todos.

Lo que ha deducido padre puede ser investigado hoy día por cualquiera a golpe de clic. No me importa ya tanto que sea un Hijo de Adán, lo que me preocupa es que sea un longevo indiscreto. Dos epítetos que no voy a permitir que vuelvan a aparecer unidos en una misma frase.

—Ahora vienen las buenas noticias. —Padre interrumpe mis airados pensamientos. Se lo agradezco, me estoy enervando y no procede.

—Habla de una vez, padre.

—No es el último Adano Visconti que tenemos, y no solo está vivo, sino que ahora mismo está localizado.

Qué inconsciente, qué descarado.

—¿Dónde? —murmuro, tenso.

—Pues el tema se pone interesante, ¿conoces las islas Borromeas del lago Mayor, entre la Lombardía y Piamonte?

Alzo una ceja, entiendo que es una pregunta retórica.

—La prensa las conoce debido a la familia Borromeo, pero este Adano Visconti, emparentado con los Borromeo, vive casi todo el año en una de ellas, en la *IsolaMadre*, la Isla Madre —continúa padre.

—Extraña coincidencia. —El viejo corazón de Madre se me desboca un poco, tal vez hay un reconocimiento antiguo, un retazo de conciencia.

—Cierto, también porque otra de las islas se llama la Isla Bella. Como la isla Belle donde localizamos a Adana. Demasiada casualidad.

Disimulo mi interés; esto es más que un hallazgo.

—Verás, el tal Adano Visconti contemporáneo es historiador y escritor de novelas históricas, todas ellas ambientadas en el Renacimiento italiano. Tiene hasta página web. Observa, hijo: ¿qué puedes decirme de este rostro que nos mira?

No puedo evitar un gesto de repulsión cuando accedemos a la página y vemos el mismo rostro, enmarcado en el cuerpo de un elegante milanés contemporáneo.

Cómo un longevo puede permitirse tales libertades... Vivir y hacerse famoso prostituyéndose con sus conocimientos del pasado, paseando con tal descaro su asombroso parecido con sus supuestos antepasados. ¿Cuánto falta para que alguien haga una prueba de ADN y lo descubra todo? ¿Una, dos identidades más?

Padre conoce mi postura con respecto a mostrar nuestra verdadera naturaleza a los efímeros. El mundo no debe saber que

somos especiales, elegidos, diferentes, superiores. Querrán apropiarse de la causa que nos hace longevos, la harán suya, acabará masificándose nuestra condición.

Y no la merecen.

Los efímeros no merecen este regalo. Solo unos pocos estamos preparados para sobrellevarlo con la fortaleza, la astucia y la dignidad que requiere. Incluso Boudicca y Lyra, y quién sabe si Urko, han caído en el camino. No, este regalo no es para todo el mundo.

—Es suficiente —resuelvo—. Voy a programar un vuelo privado a Italia.

27

NAGORNO

Mayo, Piamonte

Veinte horas de vuelo más tarde, un chófer silencioso nos recoge en el aeropuerto milanés de Malpensa. Tenemos por delante cincuenta kilómetros hasta Stresa, en la orilla del lago Maggiore. Mis tres oficiales visten con trajes de terciopelo granate. Sé que sus volúmenes torácicos y su altura llaman la atención, pero al menos intento que parezcan italianos.

—Ayer tuvo lugar una presentación de su última novela en el palacio de la Isola Madre. Si tenemos suerte, todavía estará en la parte privada del edificio —me informa padre.

Qué patético que algunos nobles venidos a menos sacrifiquen su intimidad abriendo sus palacios a turistas que husmean y se hacen selfis apoyados en sillas que no llegarán a valorar nunca.

He contratado un servicio VIP de lanchas que nos llevarán directamente a una discreta dársena donde los veraneantes no tienen acceso ni pueden estorbarnos. Durante al camino, alecciono a Jazz, Kato y Hana bajo la atenta y preocupada mirada de padre.

—Déjame a mí las negociaciones —no deja de repetirme, entre susurros—. Ese hombre no nos ha hecho nada. Solo queremos información. No sabemos si es un Hijo de Adán. Ni siquiera sabemos

si es un longevo o únicamente guarda un parecido asombroso con sus antepasados.

Lo tranquilizo. Padre no confía en mí y debo calmarlo.

Subimos a la brillante lancha negra, dejamos atrás la Isola Bella y la Isola dei Pescatori, nido masificado de excursionistas.

Las aguas del lago Maggiore se abren como en una cita bíblica y nos dejan, mansas, en un muelle al norte de la isla. Los jardines ingleses llevan siglos granjeándose su merecida fama de hermosos. Ciertamente hay que tener buen gusto para dejar paseando pavos reales albinos; me pregunto si esa querencia hacia lo blanco será un signo más de su pertenencia a los Hijos de Adán. Y si es así, cómo Madre, en vida, permitió que uno de sus hijos llegase al siglo XXI como indiscreto escritor.

Atravesamos los jardines de nenúfares, rododendros y un lema escrito en arte floral nos alecciona acerca de los valores de la familia: HUMILITAS.

«¿De verdad?», pienso, molesto. Humildad mal entendida, en todo caso. Tengo ganas de conocer a este insensato.

Mis tres oficiales se dividen, entran en el palacio; cada uno inspeccionará un ala. Han memorizado los múltiples planos disponibles en internet. Va a resultar demasiado sencillo, me temo.

Padre y yo quedamos en retaguardia, pendientes de su aviso.

Paseamos sin prisas por las salas menos atestadas: el Salón de la Reina, la Sala de la Música. Me complace la calidad del arte que me rodea, pese a que se venda tan barato, a veinte euros la entrada.

Jazz me avisa desde el móvil. Lo ha localizado en su dormitorio. Mis otros dos hombres han acudido y bloquean ya la salida para nosotros.

Estoy disgustado, ¿tan sencillo puede ser atrapar a un longevo? Algo tiene que estar fallando, porque nadie sobrevive setecientos

años exhibiendo tal alarde de confiada falta de discreción.

Padre se adelanta cuando entramos en la elegante habitación.

Un hombre, este hombre, nos mira con terror en las pupilas.

28

ADRIANA

Mayo, Navarra

—¿Has estado en Bristol, al suroeste de Inglaterra, *stedmor*? —me preguntó mientras retomábamos la marcha, ya con las mochilas a nuestras espaldas.

—Conozco las islas británicas, y no solo porque el hijo de mi marido longevo me secuestró y me llevó a las Hébridas, pero no he tenido el gusto de estar en Bristol.

—Bien, curiosamente, el nombre antiguo era Bridgetown, la 'ciudad del puente', igual que este pueblo que dejamos ahora atrás, salvo que en inglés antiguo lo llamábamos Brycgstow. El trazado junto al puerto permanece intacto. Ya en el siglo XIV era una de las ciudades más grandes de Inglaterra. Un buen lugar, en resumen, para que un longevo pasase desapercibido. Yo por aquel entonces era dueño de una coca; la había ordenado construir a mi gusto, al modo nórdico: velas cuadradas, un castillo en popa... No te aburriré con detalles técnicos que deleitarían a cualquier arqueólogo marino, la Trinity Courtney era capaz de transportar cien toneles de vino gallego y treinta peregrinos de Bristol al puerto que hoy llamáis A Coruña.

»Me había ganado mi pequeña reputación entre los marineros, mis hombres eran bastante discretos y de trato justo, dada la

profesión. Hombres rudos, algo patanes, tal vez, pero fiables. Yo cuidaba de mi tripulación, las noches en alta mar crean lazos más sólidos que la sangre.

»La Guerra de los Cien Años, paradójicamente, favoreció el viaje por mar hasta Santiago, ya que el comercio de vinos con Francia disminuyó debido a la contienda, y eso facilitó el comercio con los vinos gallegos, y con él, el traslado de los peregrinos desde Inglaterra hasta A Coruña.

»Verás, la fortuna en la vida de un longevo está llena de altibajos, de épocas doradas y de baches en el camino. Siempre debemos tener provisiones económicas, terrenos y demás propiedades, porque, en ocasiones, las circunstancias se tuercen y nuestro único empeño se limita a sobrevivir: a veces escondernos, a veces huir, a veces pasar desapercibidos durante largos periodos de tiempo en los que no podemos hacer nada lucrativo y debemos acudir a nuestras reservas. Por eso, cuando vemos un negocio provechoso, nos centramos en él y lo explotamos durante el tiempo que las Nornas nos lo permiten. Ya sabes, las deidades nórdicas en las que creía mientras crecí. Tejían nuestro pasado, presente y futuro: lo que ha ocurrido, lo que ocurre ahora y lo que debería ocurrir. Yo por entonces fingí haberme convertido al cristianismo, todo mi pueblo abrazó la causa del Crucificado desde que Harald Diente Azul lo impuso durante su reinado, en el año 965.

—Harald, el del Bluetooth —sonreí para mí, recordando una anécdota que en su momento me había contado Iago.

—El del Bluetooth, eso es —asintió—. Te hablaba del lucrativo negocio que suponía ser el capitán de un barco que transportaba peregrinos de Inglaterra a Galicia, y volver con vino gallego y paños. No había demasiados barcos que se arriesgasen en una travesía que no era de cabotaje, y las corrientes jugaban malas pasadas. Había

que conocer bien la ruta y el mar, pero yo ya contaba con quinientos años y para mí era un paseo de cuatro días; seis, si la mar no acompañaba.

»Una mañana, había desembarcado y ordené a seis de mis hombres que me acompañaran a entregar toneles de vino por las tabernas de las inmediaciones del puerto. Conduciendo los caballos del carromato tenía a Piers, mi mano derecha.

»Cuando llegamos, mis hombres saltaron del carro y comenzaron a descargar los toneles de vino de Ribadeo que le vendía al dueño del White Heart, un tabernero de piel encendida y mano rápida para esconder el dinero entre los pliegues de su túnica verde de lana.

»En cuanto cerré el trato y cobré los sueldos pertinentes, llevé a mi tripulación hasta un discreto callejón y repartí equitativamente las monedas.

"No os las gastéis todas en una noche. Hasta la víspera de Pentecostés no partiremos de nuevo, y me preocupa que aún no tengamos peregrinos que transportar. Así que tal vez estemos en tierra más semanas de lo esperado".

»Todos asintieron, apretando las monedas con sus puños cerrados. Ninguno de ellos pensaba obedecer, y yo sabía que volverían borrachos, pero de una pieza, al barco.

»Cuando entramos en la taberna, pedí una cerveza de Aberystwyth, la única decente que se servía en esa zona de Gales, e hice un gesto con la barbilla a una joven que tenía bien ganada su fama debido a ciertos masajes que ejecutaba con maestría. Ella me siguió escaleras arriba, deslicé una moneda en su mano, y nos encerramos en la habitación más apartada.

—Vaya, y yo que te creí cuando me dijiste que eras «casi célibe» —se me escapó.

—Y no te mentí, *stedmor*. Pero hay ritos sociales de los que no he podido escapar. Así que los he adaptado a mis circunstancias —sonrió, rascándose la nuca—. Como te estaba contando —prosiguió —, la joven y yo nos quedamos en una de las habitaciones; yo era uno de sus clientes habituales, y ella era discreta y estaba encantada conmigo. Dejé el sombrero con la concha de peregrino, que siempre llevaba para que todo el mundo supiera que me encargaba de la ruta a Compostela, y me saqué los dados de uno de los bolsillos de mis calzas y gastamos nuestro tiempo en común jugando una partida a dos manos. Para ella era un alivio recibir dinero sin soportar lo que los hombres le hacían, así que guardaba mi secreto y, por lo que sé, nunca lo habló con el dueño del White Heart ni con ninguna de las otras mujeres. Pero aquel día, alguien interrumpió nuestro juego aporreando la puerta de nuestro cuarto.

"Vas a tener que desnudarte", le dije a la chica.

"Por fin me lo pedís, señor", respondió ella.

"No digas tonterías, voy a tener que abrir".

»Me quité los calzones, esperé a que ella se quedase en cueros y se tumbase sobre la cama, y abrí la puerta sin más vestimentas que mi camisa.

»Al otro lado me esperaba un joven monaguillo con la dentadura mellada al que había visto con anterioridad en aquel mismo antro.

"El padre Bettany demanda vuestra presencia", se limitó a decir, mientras intentaba no perderse la vista del paraíso que yo trataba de ocultar a mi espalda.

"De acuerdo, dile que ahora mismo voy", respondí, aliviado.

»Me vestí, reuní a mis hombres, que se quejaron como gorrinos al recibir un balde de agua limpia, y partimos con el carromato vacío hacia la iglesia de St. James.

»El párroco nos esperaba en la sacristía. Acababa de oficiar la misa del día y lo encontré despojándose de la casulla dorada.

»Pero no estaba solo, el prior Bettany estaba acompañado de una extraña comitiva: ocho soldados con vestiduras blancas, militares con cotas de malla plateadas, como preparados para combate, armados de picas, lanzas largas que se usaban en los combates de caballería. Todos mis hombres y yo habíamos entrado en la sacristía distraídos, pero nos pusimos alerta ante tal despliegue de armas.

»La voz de alguien que una vez conocí habló a mis espaldas.

"Así que este es Gundekar".

"Y él es Nevill de Adams —intervino el párroco—, un posible cliente que a buen seguro tiene un encargo importante que encomendaros".

»Me di la vuelta y creí reconocer al caballero que me había hablado. Era de rostro compacto y ancho, barba negruzca y cuidada, pelo ondulado, piel muy curtida por el sol, como la de los hombres que habían viajado mucho por Oriente. Iba ataviado con una sobretúnica blanca, forrada de armiño, espada y daga al cinto, medias de punto, solo al alcance de los pudientes.

»Pero detrás de aquel rostro barbado... Hubo un hombre, décadas atrás, con quien había coincidido en uno de mis viajes en solitario. Ambos éramos los únicos occidentales que recorríamos la Ruta de la Seda, de Venecia a Pekín, de Pekín a Constantinopla. Aquella circunstancia nos unió y tenía muy buen recuerdo de aquel individuo.

»Él viajaba junto a un pequeño ejército privado en calidad de negociador. Recuerdo que, además de sus labores como intermediario, transportaba cobras que él mismo atrapaba con pacientes mecanismos para venderlas y luego ser obsequiadas a las autoridades, siempre ansiosas de animales exóticos. En Samarcanda

se regalaban como tributo, pues pronto se cansaban de los leones, ya que en palacio no resultaba práctico tenerlos sueltos y, además, eran costosos de alimentar. Las cobras y su silencioso veneno tenían usos más refinados y eran muy apreciadas.

»Aunque de aquello hacía ya varias décadas, el rostro de aquel hombre no había cambiado. Era la primera vez que me ocurría, que tenía frente a mí a alguien a quien el tiempo no le hacía mella, más allá de los cuatro miembros de mi familia.

29

ADRIANA

Mayo, Navarra

"Creo que os conocí hace...", comenzó él, mostrando la misma perplejidad que yo.

"Unos años", terminé, temiendo que me delatase frente a mi tripulación.

»No se me escapó que su mano fue a la espada. Las mías también. De forma inconsciente, se acercaron a las dos dagas que ocultaba bajo mi doble cinturón de cuero; un escondite en el que nadie reparaba cuando, por circunstancias adversas, me desarmaban. Pero si era el Nero Benadam que yo había conocido... Fue un buen mediador, justo en los tratos, hábil con los idiomas de la ruta, y yo lo aprecié sinceramente.

"Mejor entonces si son conocidos —nos recordó el prior—: eso limará las asperezas que siempre se producen en estas travesías tan duras. El caballero Nevill de Adams custodia a una rica viuda y su séquito, unos veinte peregrinos en total. Pretenden viajar a Compostela y cruzar la Puerta del Perdón. Si el acuerdo se lleva a cabo, a nuestra santa madre Iglesia le correspondería sesenta sueldos por interceder entre las partes".

"¿*Causa orandi* o penitencia?", quise saber.

"*Causa orandi* —respondió Nevill—. Mi señora tiene un hijo de corta edad que ha enfermado gravemente. Venimos de Clifton. Nos hablaron de los prodigios que acontecían en asuntos de fertilidad y de salud de los infantes".

"No seáis tan modesto; hasta Bristol ha llegado la noticia de que vuestra señora ofreció al párroco de Clifton su peso en cera por la salud de su niño —se apresuró a contar el prior".

"Así es —reconoció Nevill entre dientes—, y está por ver si el Altísimo responde con tanta generosidad".

»Aquel detalle me extrañó. La cera era un producto sumamente caro y aquel pago tan elevado estaba muy fuera de lo común. Pero si la viuda era tan adinerada, el medio escogido para llegar a Compostela habría sido otro. Los peregrinos con recursos económicos solían embarcar en el puerto de Dover, cruzar el canal de la Mancha hasta Calais y sumarse al Camino Francés por tierra, alojándose en castillos y monasterios más acordes con su rango.

"Así que, Gundekar —dijo, dirigiéndose a mí—, ¿qué experiencia tenéis en alta mar? ¿Cuál será la ruta por la que pensáis llevarnos?".

»Casi reí por su ocurrencia. «Quinientos años en alta mar, por si os parece poco», estuve tentado de responderle.

"Veamos, Nevill. Mi barco enfilará hacia el cabo Ortegal, cambiaré el rumbo a las islas Sisargas a estribor y a cabo Prior a babor, después y con un poco de suerte, la torre de Hércules nos guiará hasta el puerto de Farum. De ahí continuaréis a pie hasta Santiago; conozco a buenos guías allí que os acompañarán hasta la misma Puerta del Perdón, si lo precisáis".

"¿Cuál es vuestra manera de guiaros en el mar?", insistió.

"Me oriento con portulanos fiables, conozco bien todos los perfiles de aquí a Galicia y cuento con una brújula; es un invento...".

“Lo conozco, una pequeña aguja sobre una piedra en un recipiente de agua. Lo he visto vender a los comerciantes venecianos. Ellos cuentan que el invento es chino, pero ¿quién se cree una palabra de un veneciano?, ¿verdad, Gundekar?”.

»Me estaba tanteando, y yo también ardía de impaciencia por terminar con aquel juego.

“Padre, debería ir a buscar a uno de sus monaguillos al White Heart”, dije, girándome hacia el prior.

“¿A cuál de ellos?”, preguntó, poniendo los ojos en blanco.

“El desdentado. Nosotros tenemos que discutir los detalles si quiere que cerremos el trato. Déjenos un rato en un lugar discreto para hablar de acuerdos comerciales y le cuidaremos la iglesia en su ausencia”.

“Está bien, podéis subir al coro”, nos indicó a ambos, acercándose a la puerta de la sacristía y haciendo un gesto con la barbilla hacia el primer piso, donde un magnífico órgano presidía todo el ábside.

»El prior desapareció y el silencio se instaló entre nosotros. Salimos todos de la sacristía, y Nevill y yo subimos por las escaleras, dejando a nuestros hombres apostados junto al primer escalón. Mi tripulación contrastaba con la postura marcial de los impolutos hombres de Nevill, que mantenían la mirada al frente como si no vieran nada, mientras que mis marineros, bastante desastrados después de su paso por la taberna, controlaban a cierta distancia a los soldados blancos.

»Yo confiaba en mis hombres, los había adiestrado para protegerse de las sombras que acechaban en los puertos por las noches, cuando nuestro barco arribaba lleno de mercancías y monedas. Sabían defenderse en las peleas, eran una escolta entrenada. Les hice un gesto para que se mantuvieran alerta, antes

de ascender hacia el coro, y seguí a Nevill hasta quedarnos frente al órgano rojo y dorado.

"Te conocí hace cincuenta años; por entonces te hacías llamar Gunas ad-Din Naqqas, si mal no recuerdo", me dijo en voz baja, a un metro de mí.

"¿Tantos han pasado?", lo tanteé.

"¿Cuántos años tenías entonces?", insistió.

"Apenas diecisiete».

"Mientes, el camillero que siempre te acompañaba me dijo que llevaba ya diez años contigo. Eras ya un hombre cuando coincidimos".

"Di lo que tengas que decir, pues", lo reté.

"¿Tienes ochenta años?".

»Asentí, manteniéndole la mirada.

"La mar me conserva vigoroso".

"Entonces lo reconoces".

"No me avergüenzo de mi apariencia, si es eso lo que me preguntas, aunque tampoco pregono mi edad. ¿Qué hay de ti? Eres quien yo recuerdo, ¿verdad? Además de intermediario, cazabas cobras en el desierto para vender a los oirtes. Siempre pensé que eras el más astuto de todos nosotros".

"¿Astuto? Solo soy un intermediario, es lo que soy, es para lo que he nacido. Las cobras, además de suponerme un reto, eran lucrativas. Por dos pieles de marta cibelina, como las que tú vendías, te daban una bala de seda; por un halcón de caza, tres balas de satén de color; pero por una sola cobra viva, yo recibía cien balas de satén de color".

»Conservaba fresca la memoria, y en esos momentos yo le estaba calculando casi una centuria de vida.

“Tú me salvaste en una ocasión, cortaste en pequeños trozos a esa maldita cobra con tus dos puñales antes de que me mordiera”, recordó.

“Siempre estuve convencido de que alguien la dejó escapar; tú asegurabas bien los cestos cada vez que las encerrabas”.

“Lo sé, lo sé. No he dejado de reflexionar sobre eso. Los verdaderos enemigos son los que están más cerca de nosotros, los que mejor nos conocen, porque son los que pueden infligirnos los peores castigos”.

»Nevill era desconfiado, como todo viajero de aquella época; tal vez de cualquier época, ahora que lo pienso. Pero yo admiraba su determinación; lo vi guiando su pequeño ejército a través de toda la Ruta de la Seda y era un magnífico líder.

“Entonces, Gundekar, ¿estás solo? ¿Eres el único con esta larga vida y esta lozana apariencia, o tienes familia?”.

“Estoy solo —mentí—. Nunca antes había encontrado a un igual, si es que tú lo eres”.

“¿Y sabes por qué te sucede? ¿Tiene que ver con el Crucificado?”.

“No, que yo sepa. Al menos, nunca he recibido una señal que me lo haga sospechar”.

“¿Y con los dioses antiguos?”.

»Negué con la cabeza; de momento, oculté a mis dioses. Por aquel entonces seguía encomendándome en cada travesía a Ull y a Tyr, dioses nórdicos de la lucha y del combate cuerpo a cuerpo, y mi barco estaba lleno de runas protectoras que yo mismo había tallado. Pero no quería revelar mi origen escandinavo ni mi verdadera edad a Nevill, todavía no.

“Viajaste a Khanbaliq, allí circulaban leyendas de que los inmortales se escondían en las montañas. ¿Para eso fuiste a China, para buscar otros como tú?”.

“No, los tomé por cuentos de viejos. Solo comerciaba. Y basta de preguntas, Nevill, ¿qué hay de ti?”.

“Yo tengo mucho más que contarte, por lo que veo. Te propongo algo, hablémoslo mañana en un sitio donde nos sintamos más protegidos. La viuda a quien escolto ha arrendado una hacienda en las afueras. Está esperando a que el niño se reponga, según nos aseguró el párroco de Whasildang”.

“Conforme —acepté, consciente de que la charla había acabado—. Mañana hablaremos, pues”.

»Pero cuando me dispuse a bajar por las escaleras, Nevill cruzó su pierna ante las mías con un rápido movimiento y me hizo tropezar, golpeándome con todos los escalones hasta que aterricé magullado a los pies de la escalera. Cuando abrí los ojos, desorientado, ocho soldados, que se movieron como un solo animal, rozaron mi cuerpo con la punta de sus ocho picas, impidiendo que me levantara. Desde el suelo pude ver a algunos de mis hombres, abatidos y sin poder alzarse.

»A mí me ataron las manos a la espalda y me taparon la cabeza con un paño blanco que olía al incienso de la sacristía. Después me golpearon en la nuca con un objeto romo y contundente, y todo se volvió negro a mi alrededor.

30

IAGO

Mayo, Massachusetts

Observé disimuladamente a todos los feligreses que abrevaban en el Galway Pub. Había convencido a Marion para que me invitara a una bebida después de insistir en que me llevara de nuevo al Museo Pilgrim Hall.

—No sé si es buena idea, Ely —se había resistido.

—Sé que me conociste borracho, de eso me acuerdo. Aunque para mí fuera hace unos años y comprendo que sucedió hace siglos, pero no beberé vino, ni aguardiente, ni licor. No me apetece, a decir verdad —mentí—. Pero necesito mezclarme con los usos y las costumbres de este siglo, y cuanto antes aceleremos el proceso, más útil te seré.

—Nada de alcohol, entonces —accedió ella a regañadientes.

Accedimos al *pub* de madera blanca, que era una burda copia de los *pubs* dublineses que recordaba.

Nos sentamos en unos sofás de cuero rojo desgastados por el uso, después de asegurarme de que Marion quedara de espaldas a la barra, y tras esperar a que pidiera por ambos un par de zumos de tomate, la sometí a una rápida ráfaga de preguntas acerca del siglo XXI para mantenerla ocupada mientras yo buscaba con el rabillo del ojo la oportunidad que estaba buscando.

Pronto llegó. Un borracho corpulento se puso pesado con la camarera, que lo manejó con soltura y resignación, pero yo pensé: «Amigo, tú me vas a ayudar hoy».

—Manon —la interrumpí—, voy a necesitar ir al excusado.

—A los aseos, Ely —me corrigió—. Necesito que no suenes tan anticuado.

—A los aseos, pues —repetí, después de guiñarle el ojo.

El borracho acababa de entrar en los baños de caballero.

Yo no tenía un solo billete de dólar con el que comprarlo, así que me acerqué a la esquina de la barra y le dije a la camarera:

—¿Podrías servirnos otro par de zumos, por favor?

—Claro —dijo ella, mientras se alejaba de la esquina.

Como cualquier exalcohólico experimentado, sabía que los *whiskies* más caros siempre se guardaban en la parte alta y menos accesible de las estanterías voladas sobre la barra, así que, aprovechando mi altura, con un rápido movimiento tomé una botella al azar y la guardé bajo mi cazadora.

Entré en el aseo y me aseguré de que no había nadie más tras las dos puertas de los cubículos.

Mi amigo borracho intentaba mantenerse en vertical y lo encontré apoyando sus manos sobre el lavabo.

—Hola, tío —le dije en inglés con acento de la zona—. Vengo a proponerte un trato. ¿Te apetece probar un Midleton? Es el *whisky* irlandés más caro del *pub*, cuesta trescientos dólares la botella.

—Claro que quiero —fue capaz de decir—, pero no pienso pagártelo.

Y se enderezó frente a mí. Era grande y estaba musculado, pero una enorme barriga me hablaba más de sus excesos que de buenos hábitos.

—¿Por qué no me lo das y terminamos antes, colega? —sonrió, como hacían todos los abusones cuando creían que habían dado con una presa fácil.

—Y te lo voy a dar, tengo palabra. Pero necesito que me prestes el móvil. Dos minutos. Soy un tipo que cumple y te lo devuelvo en dos minutos a cambio de toda la botella. Me he quedado sin batería y necesito urgentemente usarlo.

—¿Mi móvil por una botella? ¿Qué tal si me das la botella y las gracias por irte de aquí sin un ojo morado, colega? —Y fue rápido, tuve que reconocer.

Para cuando acabó la frase, su puño ya se había acercado demasiado a mi cara.

Pobre.

Agarré su mano, la usé como palanca y utilicé el impulso de su fuerza para torcer su brazo tras la espalda e inmovilizarlo contra la pared.

—¡Me haces daño, capullo! —se quejó.

Con el brazo libre le saqué el móvil del bolsillo trasero y coloqué la pantalla frente a su cara, desbloqueándolo.

Descargué una aplicación que solo padre y yo compartíamos.

La había diseñado tiempo atrás, cuando sucedió lo de Lyra y la Vieja Familia vivió su enésima diáspora. Quería que ambos nos pudiéramos mantener comunicados sin ser geolocalizados, y me aseguré de programarla para que nuestros datos no quedaran expuestos en servidores. Los mensajes iban encriptados, se borraban automáticamente tras varios segundos y no permitían capturas de pantallas.

Pero lo que realmente convertía nuestro sistema de mensajes en indescifrable era que habíamos pactado que únicamente nos comunicaríamos en mi lengua materna: el dialecto local que aprendí

en mi infancia y que solo hablaba nuestro clan en Monte Castillo hacía más de diez mil trescientos años. Un dialecto extinto, salvo que dos personas lo hablábamos en muy contadas ocasiones y cuando estábamos solos. Un dialecto que convenimos no enseñar a ningún otro miembro más de la Vieja Familia: ni a Lyra, ni a Boudicca, ni a Gunnarr, y mucho menos a Nagorno.

Y desde luego, era imposible que los Hijos de Adán lo conocieran.

Tecleé rápido. Si alguien entraba en el aseo en ese momento, iba a tener un problema de nuevo, no solo con las autoridades, sino con Marion:

Andere zuriarekin nago kastore ehizatzera bidali ninduzun ontziolako hondartzako errepidean. Zatoz sasikumetxoarengana.

Pulsé la tecla de enviar y borré la aplicación de la memoria del móvil. Luego lo pensé mejor y reinicié el móvil, dejándolo como si hubiera salido de fábrica.

«Esto por molestar a una mujer, capullo», pensé.

Después solté al tipo, que había comprendido que yo no estaba para bromas e iba en serio.

—Dos minutos, te lo he prometido y he cumplido. Y te voy a regalar el whisky, pero vas a salir del *pub* sin hacer ruido y esta noche no vas a volver aquí ni a contarle esto nunca a nadie. Porque si lo haces, voy a venir a por ti, y hoy me has conocido en uno de mis días buenos. Dime con la cabeza que lo has entendido.

Él asintió, después de tragar saliva. La borrachera se le había pasado; solía suceder cuando había un pico de cortisol y la supervivencia tomaba el mando.

Salí del baño y me dirigí a la mesa que compartía con Marion.

Ella se acabó el zumo conmigo, ajena a todo.

Yo controlé la puerta del aseo por encima de sus hombros hasta que el borracho salió y se dirigió a la barra, pagó con gesto sumiso y

traspasó el umbral para desaparecer.

«Y ahora, padre, es cuando nos demuestras a todos por qué has sobrevivido tantos milenios y te has ganado el título de Patriarca de la Humanidad», brindé al aire en silencio.

31

NAGORNO

Mayo, Piamonte

He hecho salir a padre con un «Nosotros nos ocupamos; no temas, no le va a pasar nada», que no pienso cumplir.

Algún tributo tendrá que pagar el escritor para que comprenda que la exposición social no es modo de vida para un longevo. He dado indicaciones explícitas de que lo lastimen, pero no mucho. Nada que se pueda apreciar con ropa. Y que lo dejen preparado y dispuesto a hablar cuando llegue yo con las preguntas.

Tenemos tanto que hablar a solas este hombre y yo...

Espero en el pasillo mientras mis oficiales se encargan; no me rebajo a estar presente, ningún general lo hace. El respeto en tiempos de guerra se gana con la ausencia, con la sombra que uno proyecta.

Padre ha marchado a inspeccionar el resto de la parte privada del *palazzo*.

De repente, vuelve agitado. Matices: esperanza, sorpresa mayúscula, estupor.

La esperanza es de ingenuos y pasivos, yo la descarté en la infancia y simplemente me ocupo.

—Hijo, he encontrado algo. O más bien a alguien —me susurra.

—¿A quién?

Saca de debajo de su americana un marco de sobremesa con una fotografía. Calculo, por el gramaje del papel y los patrones de los trajes de los dos hombres, que se dan la mano sonrientes, que está tomada en los años noventa del siglo pasado.

—Este hombre, el corpulento que va vestido de blanco —dice—. Tiene que ser descendiente de Negu.

Recuerdo quién es Negu. No perdí detalle —ni silencio, inflexión o coma— de la conversación más importante de mi larga vida, cuando nos reveló la existencia de los Hijos de Adán. Pero lo animo con un gesto interesado y dejo que se explique de nuevo, por si con la emoción me revela nuevos detalles.

—Negu era compañero de Adana cuando conocí a su clan. Fuimos amigos, como hermanos, durante décadas, hasta que envejeció y murió. Era el líder de los Intérpretes, conocía bastantes lenguas para ser un efímero e iba siempre inmediatamente después de la rama de los Rastreadores. Abría los primeros contactos y portaba regalos de intercambio, casi siempre conchas de cauri.

—Y este hombre de la foto, asumo, te resulta familiar —resumo.

—Tiene sus hechuras y sus rasgos; no son comunes en el presente. La frente algo corta, el hueso superciliar prominente, el mentón retraído... La ciencia del siglo XXI ha concluido lo que yo viví: neandertales y sapiens nos cruzamos durante milenios. Los europeos actuales llevan un tres por ciento de ADN neandertal, y sus rasgos casi se han diluido con el tiempo; pero yo mismo conviví con híbridos a lo largo de miles de años, y Negu sin duda lo era. Y apuesto a que, si le hacemos una prueba de ADN a este hombre —dice señalando la fotografía—, los resultados serán mucho más que un tres por ciento.

—No va a ser necesario. Hablemos con su amigo, el escritor. Seguro que está dispuesto a contarnos la vida y obra de este Hijo de

Adán —resuelvo. Y me adelanto para comprobar que Kato, Jazz y Hana han realizado correctamente su trabajo: dejarlo lo suficientemente asustado como para no resistir mi interrogatorio.

Entro en el dormitorio del novelista y la escena dantesca que encuentro no es, para nada, la que esperaba: Kato y Jazz en el suelo, sujetando a Hana, que parece haber entrado en un estado de catatonia. Los ojos en blanco, saliva...; se resiste, pero el peso de Jazz sobre su espalda lo mantiene inmovilizado. Kato aplasta su cabeza contra el parqué centenario.

—*Kare wa mokuhyō ni taishite hitsuyō ijō ni tsuyoku tataki hajimeta toki, namae o yobimashita ga, jōkyō wa akka suru bakari deshita* —me explica Kato en su conciso japonés. «Lo hemos llamado por su nombre cuando ha empezado a golpear más fuerte de lo debido al objetivo, pero solo ha empeorado las cosas», traduzco de cabeza.

Va a ser cierta la leyenda urbana de que el nombre de su mujer lo altera. Primer y último fallo de Hana. Le daré finiquito inmediatamente. No soporto a los soldados que no controlan sus traumas.

Frente a mí, el cuerpo inerte y destrozado del escritor, sentado en su butaca estilo imperio. Ya no voy a poder departir con él, saber si es o no un longevo, un Hijo de Adán, un arrogante que nos expuso al mundo.

Soy el general, controlo mi rabia para más tarde. Hana sabrá que, de todos los errores de su penosa vida, este ha sido el peor. El irreversible.

Pero el aliento de padre me arde en la nuca, solo puede empeorar la escena.

—¿Qué habéis hecho, salvajes? —casi grita. Y para ser padre, eso es mucho decir—. ¡Lo habéis matado, y únicamente veníamos a

sonsacarle información!

Jazz y Kato lo miran y se abstraen, saben que mi padre es asunto mío.

—Arreglaremos este desaguisado. Haremos desaparecer el cuerpo, también son profesionales en deshacerse de los residuos —le aclaro, pero él no se tranquiliza.

—Acabáis de matar a un hombre que no nos ha hecho nada. No sabemos si era un Hijo de Adán. Si no lo era, habéis matado a un inocente, y si lo era, solo habéis empeorado nuestra precaria situación. No nos lo van a perdonar. El cerco se estrechará. ¡Maldita sea, Nagorno! ¡Estoy harto de tu anacrónica violencia! —se me enfrenta a pocos centímetros de mi cara.

«Sigue vivo porque es padre —me fuerzo a recordar. Porque nadie ha sobrevivido a semejante transgresión de mis límites—. Le estoy perdonando la vida porque es padre, y mi madre lo amó», me repito.

Busco mi centro; las emociones son para efímeros. Salgo de mi cuerpo y observo la escena desde fuera. Soy yo, Nagorno, y él es mi genitor y está reaccionando. Yo no reacciono, soy Nagorno.

La ola no acaba de estallar frente a las rocas; la marea, simplemente, se retira. Parece que mi calma lo calma a él también.

Me pone la foto de los dos hombres, uno de ellos recientemente fallecido, a pocos centímetros de mis ojos.

—Ya no tengo a quién preguntar por el supuesto descendiente de Negu. ¿Cómo lo encontramos ahora? Dime, genio de la estrategia militar: ¿cómo localizamos a este hipotético Hijo de Adán?

Guardo silencio, las palabras no van a aplacar su disgusto, así que las ahorro y me ocupo de lo urgente:

—Katō, Hana o shimatsu shiro. Ketchaku no shīn o tsukure, mokuhyō ga jibun o mamorō to shite tatakai, futari tomo sentō de

shinda yō ni misekakero —pronuncio en un japonés que no practicaba desde la segunda gran guerra del pasado siglo.

Acabo de ordenar a Kato, el que parece que tiene más neuronas de mis tres oficiales, que acaben con Hana y que preparen una escena de ajuste de cuentas. Que parezca que el objetivo se defendió y ambos murieron durante la reyerta.

Padre ha entendido cada palabra, su mirada ha cambiado. Matices: decepción, renuncia, ¿dolor?

—Yo me bajo, hijo. No te sigo. Me retiro, me voy. Te deseo una larga vida y que te cruces en tu camino con el mínimo de seres humanos posibles, longevos o efímeros. Renuncio a seguirte en esto —lo pronuncia lentamente.

Debería doler, pero siempre lo he esperado: no ser suficiente para él, pese a mis virtudes, mis hazañas y mi grandeza. Hay algo en mí que no acaba de ver, un escotoma, un punto ciego.

Lür —ya no padre— se da la vuelta, me da la espalda.

Libera la fotografía del marco dorado y se la guarda dentro de la americana.

Lo veo alejarse de mi vida. Esto no lo ha hecho nunca. Será que la situación, por una vez, lo supera, esto de una guerra entre linajes de longevos.

Permito que se marche, yo nunca ruego.

Y entonces, su móvil emite un sonido que no había oído nunca antes. Y conozco todos sus tonos, pero no este. Espero, alerta, su reacción.

32

NAGORNO

Mayo, Piamonte

Lür se detiene. Sus hombros, todo lo que puedo observar, denotan sorpresa.

Saca el móvil del bolsillo de su pantalón. Parece que lee algo y se tapa la boca con una mano. Sufre un ligero vahído y se apoya en una consola estilo Luis XVI.

Tomo el mando de la situación. Grito a Kato que se detengan; estaban ya estrangulando a Hana, pero algo ha sucedido y tal vez lo necesite todavía.

Corro hacia Lür —¿todavía, padre?— y lo auxilio. Lo siento en una silla cercana.

—¿Qué decía el mensaje? —lo urjo.

Él se toma su tiempo, mira al vacío y se tapa el rostro con las manos. No quiere que lo lea, pero atisbo los matices: esperanza, alivio, emoción, alegría, incredulidad.

—Está vivo. Es él, es Urko —dice por fin, la barbilla temblando.

Le arranco el móvil, pero él se ha dejado, prueba de que ya sabe que no voy a encontrar nada. Efectivamente, su pantalla de inicio se ríe de mí.

—Enséñame el mensaje —insisto.

—El mensaje se ha borrado. Y no permitía capturas de pantalla. Urko lo programó para que así fuera.

—¿Tenéis un modo de conectar y todos estos meses me lo has ocultado?

Él me mira como si fuera un chiquillo, cosa que no hacía desde tiempo atrás, y me desarma, pero disimulo y finjo ignorar lo que supone: que lo he subestimado, que lo he subestimado siempre.

Algo me sube desde el estómago, repta por mi columna vertebral, incendia mis mejillas y finalmente coloniza mi cerebro. Yo, que desprecio las emociones de los efímeros, invadido por los celos fraternales. Odio a Urko, siempre lo he hecho. He vestido mi envidia de indiferencia, hostilidad, agresión...; nada ha aplacado lo que me genera. Dicen los efímeros que la envidia es una declaración de admiración mal gestionada, pero no es mi caso: lo supero en todo. Nada que admirar de ese salvaje. Pero la conexión que ha tenido siempre con mi padre... Mi padre. Y con Gunnarr, el regalo de la paternidad que él ha disfrutado y despreciado una y otra vez...

Estoy celoso del alivio que siente padre al saber que Urko está vivo, pero estamos en guerra. Dejo el calor de mis mejillas para más adelante.

—Al menos dime qué decía. Podría ser una trampa de los Hijos de Adán. Podría no ser él.

—No, hijo. Es Urko, el mensaje está escrito en un dialecto que solo él y yo dominamos.

Dos apreciaciones:

Una: me ha llamado «hijo»; ya no lo odio tanto.

Dos: ya sé que se refiere al dialecto materno de Urko, el que hablaban cuando eran dos salvajes que dormían bajo pieles en el vestíbulo de su idealizada cueva cántabra. Me lo han escondido siempre. Domino algunas palabras, fruto de tres milenios de

escuchas, pero nunca he permitido que lo sospechen. Así que disimulo y lo dejo pasar.

—Traduce, pues —le ordeno, aunque lo pronuncio en el tono adecuado para que parezca que lo suplico.

—Estoy con la dama blanca en el camino de la playa del astillero, donde me enviaste a cazar castores. Ven con... —Me mira de reojo y calla.

—Vamos, no es momento de ocultaciones, padre. —Sé que habla de mí.

—Ven con el pequeño bastardo —dice mirándome a los ojos, casi retador. No sé si es castigo o franqueza.

Ese matiz en concreto no es importante ahora.

Por fin un avance en esta guerra: Urko quiere que vaya, luego está implorando una acción violenta.

33

ADRIANA

Mayo, Navarra

Aquella noche no dormí. El hostal en el que nos hospedamos era pequeño comparado con el hotel de Roncesvalles, pero Gunnarr insistió en reservar de nuevo habitaciones separadas, lo que me regalaba unas horas sagradas de intimidad.

No sabía con quién estaba, no sabía con quién hacía el Camino. Con alguien que me quería proteger o con alguien que me quería entregar, y tal vez no a Iago, sino a los Hijos de Adán.

La confesión de que Gunnarr los había conocido en el Medievo me había dejado una molesta sensación.

¿Es que nunca iba a llegar a conocer a un longevo del todo? ¿Con ellos siempre tendría que esperarme nuevas revelaciones? ¿Por qué Gunnarr ocultó algo tan importante a Lür, a Iago, a Nagorno? Tal vez en aquel punto radicaba todo: ¿hubo algún trato con los Hijos de Adán?, ¿lo hizo para proteger a su familia o, por el contrario, era un aliado de aquel clan enemigo? Lo cierto era que ni Iago ni Nagorno habían sabido nada, nunca, de la existencia de los Hijos de Adán.

Tal vez por eso, y solo por eso, no salté aquella noche por la ventana ni salí huyendo de las sorpresas que me iba a deparar, lo sabía ya, mi Camino del Padre junto al impredecible hijo de Iago.

Por otro lado, yo también le ocultaba mis propios secretos. Al menos uno: el papel que alguien me hizo llegar en Libia. Estaba pendiente, a cada kilómetro, de que cualquiera se me acercara y me diera instrucciones. Revisaba cada poco mis bolsillos y la mochila, por si había un segundo mensaje. Pero, de momento, nadie había contactado conmigo desde que comenzamos el camino.

Al día siguiente iniciamos nuestra segunda etapa hacia Pamplona. Al abandonar el hostal, nos cruzamos con varios peregrinos que también emprendían su camino de madrugada, pero apenas nos mezclamos con ellos. No nos podíamos fiar de nadie, pero había un ambiente de camaradería, una cordialidad de la que Gunnarr y yo nos negábamos a participar, y que deslavaba un poco la experiencia de ser una peregrina. Estaba rodeada de gente, pero, de nuevo, casi completamente sola.

Nos llevó toda la mañana cruzar los pueblos de Ilarratz, Eskirotz y Zuriain. Tal y como rezaba el dicho del juego de la oca, nosotros íbamos de puente en puente, siempre cruzando a una y otra orilla del río Arga; el puente de los Bandidos en Larrasoaña, el de Iturgaiz en Irotz, y el que nos quedaba para completar la etapa: el puente de la Magdalena en Pamplona.

Eran pueblos pequeños y tranquilos, con casas blancas y algunas más antiguas de piedra. La carretera que teníamos a nuestros pies se mantenía permanentemente escoltada por álamos, robles y algún que otro tejo.

Aquel día la lluvia nos respetó, pero Gunnarr y yo nos habíamos acostumbrado ya a las capuchas de nuestras viejas capas de lana, y podría jurar que, aunque me hubiese cruzado con mi propio padre, jamás me habría reconocido con mi actual atuendo de peregrina.

Fue antes de llegar a Pamplona cuando Gunnarr me sorprendió con un cambio de ruta.

—Vamos a desviarnos a Alzuza, *stedmor*. Solo serán unos kilómetros, pero valdrá la pena —comentó, con aire distraído—. ¿Te quedan fuerzas?

—Sí, me quedan fuerzas, pero ¿qué hay exactamente en Alzuza?

—Hay un convento de clausura de monjas benedictinas. Quisiera, tal y como te dije, compensarte por las incomodidades del camino. Este convento siempre tuvo unas deliciosas pastas de almendra. Dame el gusto de ver tu cara de felicidad cuando las pruebes. —Usó su tono más seductor, pero yo sabía que no buscaba dulces de monjas ni conventos.

Accedí y nos desviamos de la ruta.

Cuando llegamos a Alzuza, Gunnarr fingió que partía en busca del pequeño convento mientras yo descansaba en unas escaleras rodeadas de césped y setos de flores.

Me mantenía alerta, siempre alerta. Desde el derrumbe de Tadrart Acacus, mi cuerpo y mi cerebro vivían en un permanente estado de hipervigilancia. Tal vez aquellos momentos a solas, sin nadie a mi alrededor, eran los únicos en los que me sentía a salvo, pese a que con un gigante vikingo como escolta debería haber sucedido al contrario.

Al rato volvió, con las manos vacías y un gesto derrotado que disimuló en cuanto se sentó a mi lado.

—No ha habido suerte. Solo hay ocho monjas, y ahora ya no se dedican a vender dulces.

—No pasa nada, Gunnarr —dije, siguiéndole la corriente—. Vamos a continuar hasta Pamplona, anda. Allí te llevaré a comer como Dios manda, y si quieres verme comer dulces, me verás comer todos los dulces que quieras.

—Claro —contestó, algo frustrado.
Pero entonces una gota de sangre cayó junto a mi bota.

34

ADRIANA

Mayo, Navarra

Miré asustada a Gunnarr:

—¿Estás bien?, ¿alguien te ha herido? —pregunté, mientras me incorporaba de un salto.

—No, no es nada, un rasguño entre los árboles —respondió, molesto porque había descubierto la sangre.

—¿Cómo que no es nada? Tu brazo está manando sangre. Déjame ver.

Gunnarr ocultó su herida tras la espalda.

—He dicho que no es nada, *stedmor* —negó en un tono que no daba lugar a réplicas.

Ignoré sus palabras y tomé su brazo.

—Esto no es un rasguño, es un corte de arma blanca. Una navaja, una daga... —dije al ver la herida.

Era recta, unos diez centímetros. No podía habérsela hecho accidentalmente con una rama.

—Una cimitarra, un machete, un akinakes... Claro que sí —atajó él —. Ya hay bastantes fantasmas alrededor como para que nos traigas los de tu cabeza. Nadie me ha atacado, esta herida es solo un rasguño superficial. No he visto a nadie, no me he encontrado con nadie.

—Entonces te lo has hecho tú. No voy a seguir contigo si no eres sincero, Gunnarr —dije, enfadada—. Me estás mintiendo en esto, es más que evidente. Así no voy a confiar en ti. Vienes sangrando y me ocultas el motivo. Recorre tú solo el Camino del Padre, yo me apeo.

Tomé mi mochila y me dirigí al pueblo del que veníamos.

—¡Espera! —rugió, con su vozarrón de oso—. De acuerdo, te lo contaré. Ahí tienes.

Y me lanzó un objeto que cayó a mis pies.

—¿Una navaja suiza? —Lür y Iago también llevaban siempre una.

—Estaba tallando runas en la corteza de los árboles. Me he herido porque estoy desentrenado, hacía tiempo que no lo hacía —confesó al fin.

—¿Y para qué tallabas runas?

—Siempre lo he hecho en el Camino del Padre. Así me lo enseñó padre. Las rutas a veces se olvidan y se ocultan con el paso de los siglos. Los pueblos, los edificios...: las modificaciones de los humanos desaparecen y se las come la maleza. Lo hemos visto tantas veces... Pero los árboles adecuados permanecen, y las runas grabadas en ellos también. He visto cruces engullidas por los troncos, pero si sabes dónde tallar, las runas son visibles. Dentro de un milenio me seguirán orientando y podré volver a recorrer el Camino del Padre.

«¿Y por qué me lo ocultas, Gunnarr? ¿Y por qué tu explicación no abarca al eremita que estás buscando y por el que preguntas a mis espaldas?», callé.

Pero le había quedado muy convincente y sabía ya que no iba a contarme la verdad. Así que fingí que lo creía y continuamos con nuestro juego de máscaras.

—Lo siento, me has preocupado cuando te he visto herido —accedí, después de recoger su navaja suiza y lanzársela. La atrapó al

vuelo con su mano izquierda.

—Buenos reflejos para ser un anciano de mil años —comenté.

Deshice mis pasos, él cargó también con su mochila y retomamos el camino hacia Pamplona.

El desvío nos había alejado del camino oficial, por lo que íbamos solos por la carretera que nos guiaba hasta la entrada de Pamplona.

—¿Por qué no me cuentas qué ocurrió cuando aquel hombre te apresó en Bristol? —lo tanteé, mirándolo de reojo—. Todavía tenemos un buen trecho hasta entrar en la ciudad.

—De acuerdo —contestó después de pensárselo—. Soy consciente de que tienes muchas preguntas que hacerme. Este puede ser tan buen o tan mal momento como otro cualquiera. Te conté cómo había entablado conversación con un hombre al que creía haber conocido décadas atrás y que mantenía su jovial aspecto. No debí fiarme de él ni de su escolta, porque no tardaron en reducirme y anular cualquier posibilidad de escapar dignamente de aquel encuentro.

»Fui trasladado durante un corto trayecto, con la cabeza metida en un saco, hasta que me arrojaron al suelo. Por el camino había conseguido desatarme del nudo que me aprisionaba las muñecas.

»Verás, *stedmor*, para un marinero es muy importante dominar los nudos, cualquier nudo. A veces, en alta mar, o en medio de una galerna, saber desatar un ballestrinque, o un nudo de calafate supone la diferencia entre izar una vela a tiempo o que el barco derive. Mi abuelo Lür me enseñó el arte de la cabuyería desde pequeño, con una mano, con ambas, con las manos atadas a la espalda, con los ojos cerrados, colgado por los pies de la rama alta de un árbol como un Odín sacrificado...

»Cuando me dejaron sobre el frío pavimento de la hacienda de la viuda, yo fingí que continuaba atado, pero estaba preparado para

atacar a ciegas. Incluso con el saco sobre mi cabeza, podría haber reducido a los dos soldados blancos más próximos que me sujetaban por los brazos.

»No lo hice, sin embargo.

»Porque oí una voz, una voz femenina tan diferente a todas, que por un momento me descentré de mi urgencia por escapar.

"Descubridlo", se limitó a decir.

»Y me vi de rodillas, con los brazos a la espalda, en un salón amplio y bien decorado con tapices blancos. Una gran chimenea calentaba la estancia.

»Frente a ella, imponente, una dama vestida con sobreveste y capa de armiño. La mujer era alta, llevaba dos trenzas negras larguísimas a ambos lados de su rostro alargado. Tenía unos labios muy gruesos, la tez algo oscura también para los gustos de la época en Inglaterra.

»Pero no fue eso lo que me impactó.

»Lo que me dejó sin palabras era la postura de sumisión de los que le rodeaban: Nevill, otro caballero más enjuto y rubio pero parecido a él, dos damas morenas y los soldados blancos. Me fijé en el detalle de que todos portaban un anillo de oro con una concha blanca en el dedo corazón, pero lo que impresionaba era que todos ellos bajaban la cabeza cuando ella se movía, como si no tuvieran derecho a mirarla.

»Pero a mí no me importó, en primera instancia. Hice lo mismo que ellos, agachar la cabeza cuando se acercó a mí, y levanté un poco la vista cuando estuvo lo suficientemente cerca. Entonces saqué mis dos dagas del doble cinturón y, con un movimiento que no esperaba, tomé su cuerpo y lo acerqué al mío. Con un puñal amenacé su corazón, el otro lo pasé a lo largo de su cuello.

“Debéis decirme, señora, para qué me habéis traído”, le susurré al oído.

»Entonces ella hizo algo que me desconcertó. En lugar de ponerse a temblar como una hoja, apretó su cuerpo contra el mío. Su espalda contra mi pecho, sus nalgas contra mis partes, su cabeza apoyada en mi hombro.

»Pude sentir su calor y su ausencia de miedo, como si no se sintiera en peligro entre mis brazos y mis dagas.

“Dicen que no envejeces; quiero saberlo todo de ti. Estoy buscando un igual que me acompañe en esta senda de milenios”, murmuró.

35

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Y supe en aquel momento que era la que yo también estaba buscando, ¿sabes por qué, *stedmor*? Porque supe que no podría hacerle daño jamás. Comprendí su fortaleza, no la había visto nunca antes en ninguna mujer. Durante quinientos años me había mantenido célibe por miedo a herir o a destrozar a quien yo amara. Por mi monstruoso tamaño y también por la vida errante a la que me obligaba mi condición de longevo. Pero supe, al verla, que ella no se rompería a mi lado.

»Dejé caer las dagas, anonadado, y ella se volvió despacio. Recorrió con su dedo todo mi cuerpo hasta que colocó su mano en mi entrepierna.

"¿Puedes tener hijos?".

"Nunca lo he intentado".

"Los Primeros Hombres eran como tú, una raza de gigantes. Tal vez seas el que llevo tanto tiempo esperando. ¿Estás solo en el mundo o conoces más como tú?".

"Nevill ha sido el primero —mentí de nuevo—. Vos, mi dama blanca, habéis sido la segunda, entiendo".

"Ven, pues".

»Me tomó del brazo, pasando sobre mis dagas, y me llevó escaleras arriba, a sus aposentos.

»No tenía miedo de herirla, pero tampoco habría podido.

»Era experta y paciente, se movía lento, como si el tiempo le perteneciera y no le importase que llegara la noche antes de que acabase una caricia. Me desnudó poco a poco, estudiando las cicatrices que me habían dejado antiguas batallas en las que combatí. Varias muchachas vestidas de lana blanca entraron en la habitación con vasijas de agua caliente y las vertieron en la tina. Después me hizo entrar, desnudo como estaba, y ordenó a las jóvenes, tan solo con una mirada distraída, que me aseasen.

»Dejaron lustroso mi cuerpo y mi cabello, recortaron mi barba, deshicieron mi trenza y la volvieron a trenzar con manos ágiles. Después me ungieron en aceites que ya no se encontraban en Inglaterra. Yo era docto en especias, pero me costó identificar aquellos aromas. Eran como ella: añejos, antiguos, rotundos.

»Después de vestirme con una túnica de lana gruesa y unas calzas, me ajustaron al cuello una capa de piel de veros; pieles invernales de ardilla. No solo eran un lujo, por aquella época también servían para denotar estatus; era como si ella me estuviese distinguiendo con un privilegio, un símbolo de pertenencia a la élite.

»Finalmente, las muchachas se marcharon y quedamos de nuevo a solas, pero al abrir la puerta pude ver cómo Nevill y el otro caballero hacían guardia al otro lado, tal vez dispuestos a entrar si su señora lo pedía.

»Ella miró a través de la ventana, concentrada en las formas cambiantes de un cielo poco dócil.

"Lloverá —susurró—. Salgamos al bosque".

»Pasamos por delante de toda su escolta cuando salimos de la hacienda, pero todos agacharon la cabeza a su paso y nadie hizo

nada por detenernos. Con una de sus miradas negras le bastaba para que comprendiesen.

»Comenzaba a llover. Me guio hasta las cuadras, montó sobre una magnífica yegua blanca y a mí me cedió un enorme *destrier* que podía con mi peso. La seguí al trote hasta un bosque cercano y ella buscó un claro sin hierba, rodeado de árboles de troncos gruesos, posiblemente tan centenarios como yo. Después extendió su capa de armiño blanco en el suelo.

"Aún no conozco vuestro nombre, señora".

"Mi primer nombre, el que importa, es Adana. Soy la primogénita de Adán".

"¿Adán? ¿El primer hombre del que hablan las Sagradas Escrituras?".

"Mis hijos, los Escribas, intervinieron en la escritura del Génesis, así que ha quedado para generaciones posteriores parte de la Historia Verdadera. Esta nueva fe me intriga, se ha hecho poderosa en apenas un milenio. Si el mundo cree lo que cuentan en ese libro, debe saber de mi padre, aunque el resto de la historia esté adulterada".

»Después se sentó, lloviendo como estaba, sobre la capa, y me hizo un gesto, casi una orden, para que yo la imitase. Tomó un poco de barro entre las manos y me lo enseñó.

"¿Sabes lo que significa Adán? Tierra roja. Muchos lo han olvidado", murmuró, pensativa.

»Guardé silencio, un poco perturbado al darme cuenta de la incómoda coincidencia. El nombre de mi abuelo, Lür, también significa 'tierra' en su lengua original.

»Era consciente de que aquella mujer era mucho más longeva que yo; había algo muy arcaico en su voz, en su forma de hablar.

»Es muy complicado para mí describirte cómo una voz puede transmitirte tantas certezas, pero sus palabras sonaban como si el pabellón de su boca estuviese hueco, como hablar en una cueva vacía, con mucha reverberación. Era como roca y agua, un sonido casi místico.

»De hecho, en aquellos momentos, yo estaba intentando desentrañar frente a ella si era la misma Freya, la diosa nórdica de la fecundidad y del amor. Porque tenía algo que no era de este mundo, una apariencia un poco sobrenatural.

»Créeme, cualquier hombre de los nacidos en el Medievo te habría dicho lo mismo: estaba frente a una aparición.

»Después la lluvia, una lluvia silenciosa como ella, de gotas enormes e incongruentemente cálidas, empapó su vestido de lana blanca y los ropajes que me habían colocado.

"Desnúdame", me ordenó.

»Hice lo que me pidió, solo quedó sobre su cuerpo mojado una cadena de conchas blancas de cauri que rodeaba su cintura. No esperé a que me diera más órdenes, me desnudé mirándola a unos ojos negrísimos y alargados, casi de sesgo oriental.

»Después Adana comenzó a lamerme las cicatrices que me había ganado en tantas batallas y trifulcas.

»Sin prisas. Las de los brazos, un corte en la espalda, varias en los muslos...

—¿Te lamió las cicatrices? —repetí. Apreté los párpados, el recuerdo de Iago lamiendo la cicatriz de mi espalda dolía demasiado y me acuchilló por dentro. Me hizo daño. Fue un recuerdo inesperado y no estaba preparada para recibirlo—. Continúa —le pedí. Sé que sonó a ruego y el doble cerebro de Gunnarr lo registró.

—Deshice sus larguísimas trenzas morenas, las extendí alrededor de su cuerpo, su espesa melena nos sirvió de lecho. Mezclados de

barro rojo, rebozándonos en el suelo hasta que no distinguimos tierra y carne, así amé por primera vez a una mujer, a aquella mujer tan diferente y tan igual a mí. Fue lo más parecido a una hierogamia que he vivido nunca. Fue una unión sagrada, dos inmortales fundidos en medio del bosque, embistiéndonos como bestias, sin mediar cuidado, porque yo sabía que ella lo resistiría, que había resistido mucho más, y allí seguía, poderosa e intacta.

»Aquella primera vez aprendí todo lo que he necesitado saber del amor carnal. Adana no dejó nada por hacer.

»Llegó la noche y continuamos amándonos, guiados por el tacto y los sonidos que no reprimíamos. Continuó lloviendo y la intensidad no decreció. El alba arribó entre los troncos con sus luces naranjas y ni siquiera habíamos pensado en parar.

»No le encontraba sentido a parar de hacer aquello. Creo que fue al escampar la lluvia, un día después, cuando ella se permitió dormir.

»Yo esperé a que lo hiciera y aproveché que no me veía para trazar en el barro una runa de protección para mí: "Larga vida". No sé por qué la dibujé, tal vez, si tu madre psicóloga pudiese hablarme, me habría dicho que mi subconsciente me gritaba: "Peligro".

»Escruté su rostro único durante horas, intentando desentrañar el misterio que tenía frente a mis ojos.

"¿Qué sois, Adana? ¿Qué sois?", pregunté entre susurros para mí.

»Ella me oyó y me miró fijamente, sonriendo por primera vez. Adana no era alguien que sonriese demasiado; sus labios gruesos siempre estaban apretados, como si no quisiera compartir sus pensamientos con el mundo.

"La más Antigua aún viva —respondió—. Y tú, creo, eres el más reciente de entre los nuestros, pero si es cierto que estás solo, que eres de primera generación, entonces has venido a reverdecer esta

rama que se extinguía. Nos han llamado los Hijos de Adán, porque eso es lo que somos, pero nuestro clan expiraba ya antes de la muerte negra. Voy a necesitar tu semilla inmortal para parir vástagos como nosotros: grandes, fuertes, poderosos, como lo fueron los Primeros Hombres, los Primeros Padres. Hijos de Adán inmortales, que no envejezcan ni enfermen con estas plagas que nos trae la maldita civilización".

»Fue entonces cuando escuchamos los cascos de los caballos al galope. Me alcé de un salto, todavía desnudo, y tomé dos ramas con ambas manos para defenderla y defenderme. Adana confió en mí, ni siquiera se levantó ni hizo gesto alguno por cubrirse. Comprendí entonces que podía distinguir el trote de sus animales. Ella sabía que eran sus hijos quienes venían a por nosotros mucho antes de que yo los viera aparecer.

»Poco después llegaban al claro Nevill de Adams y el otro caballero tan parecido a él, posiblemente su hermano. Ambos me miraron sin disimular su recelo cuando nos vieron a los dos desnudos y cubiertos de barro.

"Habéis de venir ahora, Madre —urgió Nevill, con gesto grave—. Vuestro hijo ha empeorado".

36

IAGO

Mayo, Massachusetts

Un ruido en la cocina. La noche estaba bien entrada y yo me había acostado pronto, pues evitaba pasar muchas horas con Marion Adamson, no fuera a notar que mi memoria había regresado.

Me incorporé a oscuras, conocía bien los sonidos nocturnos de la que un día fue mi granja. Me deslicé con sigilo por el pasillo. La puerta del dormitorio de Marion estaba entornada, me asomé y vislumbré su cama deshecha, pero ella no estaba dentro, ni escribiendo en su escritorio.

Continué hacia la cocina: entonces los vi. O creí verlos de nuevo, porque nunca se habían ido del oscuro rincón de mi cerebro donde residían mis peores recuerdos.

Los tres esclavos saurómatas que Nagorno compró en el mercado de la carne de Borístenes, dos mil setecientos años atrás. Las tres moles que me torturaron y sodomizaron durante las largas noches escitas de aquella larga década en que odié la cuna de mi hermano. Él era un chiquillo de diez años, pero ya no era humano. Les ordenaba cada noche lo que tenían que hacerme y se quedaba observando de pie, a unos metros. Jamás apartó la mirada ni perdió detalle. Yo tampoco se la aparté. Durante una década, nuestro duelo silencioso de miradas forjó un odio mutuo, algo que nuestro padre

jamás alcanzaría a comprender, ni aunque lo hubiera sabido. No su magnitud, no su intensidad.

Y tenía delante de mí la misma escena: tres mastodontes aferraban a Marion Adamson, inmovilizándola, contra la isla de la cocina. La luz de Madre Luna se filtraba por los grandes ventanales de la cocina. El perfil inconfundible de mi hermano, observando la escena a varios metros, con las manos en los bolsillos, supuso un *déjà vu* demasiado aterrador para mis sentidos.

El instinto tomó el control. La cocina era todo un arsenal de armas y había memorizado todos sus rincones.

Me bastaron dos movimientos. Abrí el cajón de los cuchillos, tomé una puntilla de diez centímetros. Sería suficiente. Crucé la cocina de un salto e inmovilicé a Nagorno desde la espalda. Mi altura siempre fue una ventaja y la aproveché una vez más.

Clavé unos milímetros del filo de la hoja sobre su pecho, y rasgué algo de piel para que sangrara, en el sitio exacto donde sabía que latía el corazón de Adana. Necesitaba que le llegara alto y claro el mensaje de que yo iba en serio.

—¿Cuántas veces voy a tener que acabar con tu corazón? Ordénales que la suelten —lo dije despacio, no recuerdo en qué lengua.

Nagorno se limitó a susurrar «Suficiente» en tres idiomas. Las tres moles de carne levantaron sus brazos al aire al unísono y liberaron a Marion, como si el trío fuera un único organismo.

37

IAGO

Mayo, Massachusetts

—Es una enemiga, ¿vas a respetar la Convención de Ginebra? ¿Así es como piensas sobrevivir a los Hijos de Adán? —me echó en cara Nagorno entre susurros furiosos.

—Es una aliada, necio. Me ha mantenido a salvo y con vida todo este tiempo. Podría haberme entregado —le recordé, alzando la voz. Quería que Marion me oyera.

—Tal vez estaba esperando precisamente esto, que contactaras con nosotros y así entregarnos a los tres —replicó Nagorno, sin elevar el tono.

—Hablando de tres, ¿estás con padre o con Gunnarr?

—De Gunnarr no sé nada, y si lo supiera, tal vez te lo ocultaría. No me fío de ti, quizá aún quieras matarlo por lo que le hizo a tu esposa... —Miró de reojo a Marion Adamson—. A tu otra esposa, la efímera.

Le corté un poco más, por Dana y su memoria. Él aguantó, estoico, sin quejarse.

—No mentes a mi esposa, por muy fallecida que esté. Y es mi única esposa. —Aparté el recuerdo. Había mantenido el dolor del duelo controlado en un rincón. Sin mencionarla, sin recordarla. Estaba en modo supervivencia y quería honrarla como ella merecía.

«Más tarde, después de esta guerra, que ganaré por ti. Más tarde, Dana».

—¡Jazz, llama a padre! —ordenó Nagorno a uno de los tres mercenarios en inglés.

Después volvió a susurrar para mí:

—Puedes dejar de dibujar garabatos de sangre en mi pecho, Urko. He mantenido a padre ocupado con el perímetro del edificio; tiene tantos remilgos con mis oficiales como tú. ¿Quién crees que ha descifrado tu mensaje encriptado?

En ese momento entró nuestro padre con el tal Jazz y lanzó una severísima mirada a Nagorno en cuanto vio a Marion Adamson rodeada a distancia de los dos mercenarios.

Solté por fin a Nagorno. Yo sabía que delante de nuestro padre no iba a herirme, nunca lo hizo.

Y qué bien sentaba, por fin, estar en casa. Padre era mi familia, tal vez la única que me quedaba, después de tanto tiempo de incertidumbre y de saber que convivía con alguien que no era de fiar. Nos cruzamos la mirada, ambos sabíamos que no era el momento para los abrazos y las palabras. Solo un:

—Hijo, siempre he creído que estabas vivo.

—Perdí la memoria, ella cuidó de mí. Hubo una explosión...

—Pudimos salvarnos a tiempo. Veo que vosotros también —me interrumpió padre.

Capté la advertencia en su voz: «No frente a ella».

—Antes de que nos pongamos todos al día, deberíamos decidir qué hacemos con esta Hija de Adán —carraspeó Nagorno, y cambió al francés, para asegurarse de que sus mercenarios no nos entendían.

—Veo que no es suficiente haber mantenido a vuestro Urko a salvo durante estos meses —intervino entonces Marion, hablando

también en francés con su perfecta pronunciación—. Y lo entiendo. Lür, has sufrido la persecución de una rama de los míos durante milenios. Comprendo vuestras reticencias, yo también las tengo con vosotros. Me educaron para odiarte, a ti y a tus descendientes. Pero ahora soy una Exiliada, aunque no sé si la orden ha llegado a otras ramas y es efectiva. Fue una de las últimas decisiones de Madre antes de morir e ignoro lo que ha sucedido entre los Hijos de Adán desde ese día. Por eso yo también estoy escondida con este nivel de paranoia.

Lür asintió.

—Continúa, tienes una propuesta que hacernos. Has probado durante unos meses lo que yo he vivido durante milenios. Has tenido que barajar todas las opciones durante este tiempo. Yo lo hice.

—Somos cuatro —dijo ella—, a falta de saber si Gunnarr murió en la explosión de la clínica. Pero sabes que conmigo a vuestro lado tenemos alguna oportunidad de sobrevivirlos. Yo he sido uno de ellos y puedo seros útil.

—O entregarnos —murmuró Nagorno, sin disimular su hostilidad hacia ella.

—¡Que te calles, escita! —le ordené, también en francés. Iba a echar a perder todo mi plan.

—Os voy a dar una prueba de mi lealtad. Ely, tu hijo Gunnarr no mató a tu esposa —dijo, girándose hacia mí.

Las últimas seis palabras me taladraron el cerebro, por lo inesperadas.

—¿Cómo dices? —fui capaz de preguntar.

—Gunnarr le administró unos polvos con el consentimiento de Adriana. Fue una estrategia para calmar la sed de sangre de Madre.

—Eso tiene sentido: los polvos de cornezuelo de Skoll... —susurró Nagorno, creo que más para él que para el resto, aunque yo lo oí.

—Gunnarr pensaba despertarla, pero tú no le dejaste explicártelo. Con esto quiero decir que tu esposa no murió aquel día, pero me temo que tengo malas noticias.

—Continúa —urgí.

—Hace apenas una semana hubo un derrumbe en un yacimiento libanés.

—¿Dónde? —la interrumpí.

—Tadrart Acacus.

Tenía lógica. Era uno de los yacimientos con los que Adriana soñaba desde que se graduó..., y tenía sentido que yo la hubiera buscado allí.

—Sigue hablando —dije, sin sangre en las venas.

—Murió todo el equipo; era Adriana Alameda quien dirigía el proyecto. Hubo un incendio y un derrumbe, todavía están buscando todos los cuerpos, pero no hubo supervivientes. Tiene el sello, obviamente, de los Cazadores, la rama más sangrienta de Los Hijos de Adán, la que se encarga de dar caza a los Exiliados y a sus familias.

Creo que captó en mi mirada toda la desolación del mundo.

—Lo siento, Ely. No fue tu hijo quien la mató, pero Adriana Alameda Almenada está muerta.

38

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Así que Adana fue tu primera vez —fui capaz de decir cuando Gunnarr terminó con su relato—. Curioso que también fuera compañera de tu abuelo Lür. En vuestra familia, las filiaciones son siempre una sorpresa. Como lo de Lyra. Todavía estoy asimilando que no fuera hermana de Iago, sino su hija.

—Y a mí me cuesta procesar que no fuera tía Lyra, sino mi hermana. Mi única hermana longeva, y que ya nunca podamos hablar de esto. Es lo que tiene mantenernos congelados en esta apariencia de treintañeros durante milenios —respondió—. Pero, si te parece, hoy vamos a dejar de hablar de mi familia; hablemos de la tuya. Dime, ¿qué hay de tus padres?

El estratégico y poco disimulado cambio de tema de Gunnarr me pilló desprevenida. En parte, porque no quería pensar en la preocupación de mi padre tras la llamada que le hice antes de abandonar Libia. En parte, y era una parte que me inquietaba mucho, por lo que el anónimo asesino de Tadrart Acacus me había dejado escrito en su nota de chantaje.

Mis padres... Qué interés podían tener para Gunnarr mis padres.

—¿Qué quieres saber exactamente acerca de mis padres? —contesté, en el tono más casual que pude.

—Tu madre, a su pesar, te dejó sola a los diecisiete. Dime, ¿tu padre estuvo... a la altura como padre? ¿Fue tu sustento emocional?, ¿se ocupó de ti?

«Mi padre...», pensé.

Mi concepto de «padre» había cambiado mucho desde los últimos acontecimientos. Desde que desperté del coma inducido por los polvos psicotrópicos de Skoll y me di cuenta de que, a efectos prácticos, había descuidado a la poca familia de sangre que me quedaba.

—Mi padre tuvo bastante con superar la muerte de su mujer —respondí por fin.

—No es lo que te he preguntado.

—Lo sé, pero te sobra inteligencia para leer entre líneas. Mi padre es un buen hombre, no pienso hablar mal de él. Dime, ¿por qué lo preguntas?

—Evalúo los daños que te causó Nagorno.

Me detuve a un lado del sendero.

—Es inútil que medies por él, sabes que no lo perdonaré.

—A mí me habría costado —creo que murmuró.

—¿Sabes lo que recuerdo de mi madre? Su corazón.

—¿Su corazón?

—Sí, el corazón de mi madre. Me refiero a que tenía buen fondo. Con sus pacientes, con mi abuelo y mi tía, su familia política, conmigo. Creo que detrás de la elección de un oficio como el de ser psicóloga estaba un interés genuino por calmar, por escuchar, por aliviar. Y pese a ello, mi madre era un remolino de actividad. Mi padre, Abel Alameda, era y sigue siendo el hombre más tranquilo del mundo. Eran como agua y aceite. Me pregunto si mi madre lo eligió a él precisamente por ese motivo. Mi padre compensaba sus carencias, sus excesos... Nunca me lo había planteado de ese modo.

Hasta ahora, simplemente había visto un matrimonio descompensado.

—Sí, a veces es complicado entender las decisiones vitales de una persona —susurró. Y su semblante había cambiado. Pude escrutar, bajo la sombra que proyectaba su capucha de peregrino, un gesto duro y la mandíbula tensa que había heredado de Iago—. Por eso, en realidad, te estoy contando todo lo que sucedió en Bristol en 1352. Siento ser tan crudo, *stedmor*, pero vas a necesitar tener la máxima información posible para salir viva de esta.

39

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Adana dejó de advertir mi presencia, ignoró su vestido embarrado en el suelo y dejó que Nevill la cubriera con su capa. Montó sobre su yegua de un ágil salto y marchó al galope, sin esperarnos a ninguno de los tres. Yo me vestí con las ropas blancas que me habían prestado y los seguí a caballo de vuelta a la hacienda de Adana.

»Atravesamos el patio interior del edificio, donde varios de los soldados que habían reducido a mis hombres practicaban lanzando sus picas frente a fardos de paja. El caballero huesudo se paró frente a uno de ellos, le tocó el hombro, corrigió su postura, le susurró algo sin mirarlo en ningún momento a los ojos y se unió de nuevo a nosotros.

"Bien, Gundekar, Madre te ha elegido y sus hijos acatamos sus sabias órdenes. Ahora también te protegemos a ti. No has de temer por ellos, tú y tu tripulación estáis a salvo mientras ella lo quiera así —me dijo Nevill—. Lo que vas a ver ahora no debe ser descrito ni repetido fuera de estas paredes. Te conocí como un hombre sensato y sé que guardarás silencio".

"¿Qué es eso que ocultáis?", atajé.

"Debes verlo con tus propios ojos".

"Sea, pues".

»Los seguí escaleras abajo por las entrañas del edificio. Me dieron una antorcha para que no resbalase por las húmedas piedras de aquellas catacumbas y descendimos hasta una sala mal iluminada.

"He aquí el hijo de Madre, el último nacido de su vientre".

»Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, vi frente a mí uno de los pasajes del Infierno de Dante.

»Dos mujeres inclinadas sobre el lecho de un niño moribundo ocultaban sus rostros bajo unas máscaras de pájaro de picos largos y curvos. El chiquillo tenía pústulas negras en el cuello, temblaba en los brazos de una fiebre muy violenta, y el hedor de aquella sala era difícil de soportar.

»Ambas se giraron, sorprendidas, ante mi presencia. Yo me tapé la boca y la nariz con la mano, en un gesto reflejo por protegerme.

"Pero ¿qué hacéis, necios? —grité—. ¿Habéis traído la peste a Bristol? ¿Cómo sois tan insensatos? Estábamos a salvo desde hacía tres inviernos. Esto nos va a matar a todos".

"¿Y a vos no os afectó cuando la Parca pasó por esta villa?", me preguntó una de las mujeres, que se acercó a mí mientras se desprendía de la máscara.

»A la luz de la antorcha pude distinguir a una de las jóvenes de cabello negro, muy largo, que estaban junto a Adana cuando la conocí. Era alta como ella, tenía unos ojos grises, menudos y preocupados, y parecía agotada por una prolongada vigilia.

"No me ha afectado porque no me he acercado jamás a los enfermos —le contesté—; yo no tengo ataduras que me anclen a ningún pueblo o ciudad. Siempre he escapado a tiempo cuando llegaban los rumores anunciando la plaga. No voy a meter a ese niño en mi barco, no voy a propagar la muerte negra por las costas gallegas.

“Nadie te lo está pidiendo, de momento —intervino Nevill—. Aunque si Madre lo requiriese, mi hermano Khotan y yo nos encargaríamos de que cumplieses con sus deseos”.

“Eso está por ver, amigo”, pero fui prudente y callé.

“No os preocupéis, señor —intervino la joven de ojos grises, con voz cansada—. Mi hermano vivirá, le he susurrado palabras de consuelo. Él va a vivir, él tiene que... Él tiene que vivir”.

“Vamos, Sunna. Estás agotada, no puedes velarlo tantas noches seguidas sin comer ni descansar”, dijo la otra mujer, acercándose a ella sin quitarse la máscara.

“Alguien tiene que consolarlo, alguien tiene que escuchar lo que diga...”, repitió, mirando al chiquillo. Tal vez veía algo diferente a lo que nosotros teníamos delante, porque allí solo había un infante inerte y vencido.

»Pero el olor que desprendía aquella morgue pudo más que mi santa compasión y no pude reprimir el vómito. Salí precipitadamente al pasillo y vacié mi estómago sobre las losas. Me limpié la boca con la manga, todavía con barro seco del bosque, y Nevill me dio una palmada condescendiente en la espalda.

“¿Necesitas un caldo caliente?”, preguntó.

“Sí, y también una conversación que me aclare lo que estoy viendo”.

“Sea, pues. Acompáñame a las cocinas. Las mujeres te prepararán algo que te reconforte”.

»Poco después, Nevill y Khotan se sentaban junto a mí al amor de la lumbre, tras dar buena cuenta en silencio de un estofado de oveja con hierbas que desapareció en minutos.

“¿Sois hermanos?”, les pregunté en cuanto me serené un poco.

“Aquí todos somos hermanos, *hermano*”, contestó Khotan.

»Khotan hablaba con voz monocorde, como si salmodiase. Miraba siempre a un punto en la pared mientras recitaba sus letanías, con el ceño fruncido, sin molestarse en fijar la vista en quien tenía enfrente, y bebía, bebía un vaso tras otro de vino. Era de rostro alargado, de pómulos hundidos y bigote poco cuidado, cabello castaño claro, como de ratón de campo, y se peinaba menos que yo. Parecía algo ido, algo loco, algo... Khotan era un pájaro a tener en cuenta y no perder de vista.

»Nevill colaboraba más, pese a que yo seguía teniendo muy presente que me había entregado a Adana sin demasiadas consideraciones.

"Quiero saber...", comencé, pero el huesudo me interrumpió.

"Quiero saber, quiero saber —repitió Khotan—. El hombre del norte quiere saber".

"¡Khotan, muéstrale respeto! —le cortó Nevill—, Madre lo ha elegido. Y desde luego, es como nosotros. Vas a tener que acostumbrarte a su presencia. Siempre estás al borde de la desobediencia, burlando el Exilio. Estoy cansado de cubrirte".

»Después se giró hacia mí, mascando un poco de carne que se había quedado entre sus dientes.

"Todos los que ves en esta hacienda, y más que no nos han acompañado, somos descendientes de Madre. La mayoría de sus hijos envejecen, pero algunos, como Khotan, Mabel y Sunna, las dos mujeres que has conocido, nacimos hace muchas edades, cada uno bajo un gobernante y un sol diferente, y todos nosotros hemos recibido su regalo. Yo soy décima generación; mi hermano Khotan, que obviamente no es mi hermano, sino un sobrino lejanísimo, es de decimocuarta generación. Nuestras hermanas son Antiguas, linajes fuertes. Mabel es octava generación, y luego está Sunna... —dijo Nevill con fastidio—. El corazón de Madre es muy protector, ella vela

por nosotros, sus hijos, y por nuestros descendientes, sean mortales o no. Nosotros la custodiamos, es más valiosa que la reliquia más preciada de la cristiandad. Pero esta centuria nos ha castigado duramente, desde el Imperio de los mongoles que tú conoces, hasta Túnez; toda la cristiandad... La muerte negra se ha cebado con los Hijos de Adán, nos hemos dispersado buscando ciudades donde la plaga no haya llegado, pero aun así nos ha diezmado hasta casi acabar con nosotros. Pocos quedamos ya que no envejezcamos. El niño que ves es el último que ha nacido de su vientre. Sunna también surgió de las entrañas de Madre, hace muchos milenios ya. Ella, aunque no lo parezca y se empeñe en comportarse como la más joven de nosotros, es en realidad de primera generación. Carne de su carne, hija directa de Madre. Más anciana que las antiguas ciudades de los fenicios, más que los grandes reinos de Egipto y Sumer. Ella estuvo en Roma antes de que fuese una aldea, pero de nada le ha servido vivir tanto tiempo: no ha heredado el corazón de Madre. Es demasiado compasiva. Madre ha intentado tenerla cerca y adiestrarla en tareas de la lideresa que debería ser, pero ella se sintió desde siempre más cerca de la rama de los Sanadores. Como has visto, prefiere reconfortar a los enfermos y a los moribundos. Por eso está aterrada. Si su pequeño hermano muere, solo quedará ella de primera generación".

"¿Por qué es tan importante que sea de primera generación? ¿No lleváis todos vosotros la sangre de Adana?".

"Madre —me corrigió Khotan—. Nombradla con respeto. Ella es sagrada y no merece que ensuciéis con vuestra boca su Primer Nombre".

»Cogí el cuchillo con el que había trinchado la oveja, se lo coloqué bajo el gaznate. Me había cansado de su hostilidad.

40

ADRIANA

Mayo, Navarra

"Le pregunté por su nombre y ella me dijo que se llamaba Adana. Sé que es vuestra matriarca, y debéis llamarla como ella os ha enseñado. Pero yo no soy, para nada, alguien a quien debáis dar una orden", le susurré, y lo hice lento, para que me entendiera bien.

"Dejadlo ya. A Madre no le gustaría presenciar esta escena, y ninguno de los dos queréis que informe de ella", nos interrumpió Nevill.

»Bajé el cuchillo y lo clavé en la mesa, junto a mi mano izquierda. Eso haría que bajase la guardia, no tenía por qué saber que yo era ambidextro y que aún seguía preparado para atacarlo.

"¿Qué es el Exilio?", quise saber, cambiando de tercio.

"Nuestra vida requiere discreción, disciplina y acatar órdenes sin cuestionarlas, porque Madre ve más lejos que cualquiera de nosotros —contestó Khotan, todavía con su mirada de loco sobre mí—. Nuestra rama, los Cazadores, no solo la protege con nuestras armas, también castigamos a los Exiliados. La ley del talión; hay pocas leyes que perduren con el tiempo. Es la única que he conocido que estaba vigente cuando nací y seguirá siendo útil, aunque pasen los milenios: ojo por ojo, corazón por corazón.

"Continúa, *hermano*", le dije.

“Los castigamos por dos motivos —prosiguió—: uno, la propia condena por su falta. El otro: para dar ejemplo y persuadir a los otros Hijos de Adán. Cuando Madre exilia a uno de sus hijos, corta todas las raíces con nuestra familia; está muerto para nosotros, incluso antes de que mis hermanos y yo le demos caza y lo ejecutemos. Si un Hijo de Adán tiene contacto con el Exiliado o lo ayuda, también ese hermano se convierte en un Exiliado. Es... es una tarea inabarcable, como una hidra cuyas cabezas hay que cortar, porque crecen y se duplican una y otra vez”, murmuró, con voz monocorde, poniendo ojos de ido y moviendo sus manos cadavéricas alrededor de sus cuatro pelos retorcidos.

“Estáis ocupados, entonces”, comenté, rascándome la nuca. El barro seco se había acartonado por toda mi piel y me sentía como una estatua de sal.

“No creas. Ahora somos escasos, y más escasos son aún los Exiliados a quieres rastrear. No como antaño. Recuerdo que antes del Crucificado, mucho antes, hubo un Exiliado... —continuó Nevill—. No era un hermano, no era Hijo de Adán, fue compañero de Madre en los tiempos cercanos a los Primeros Padres, pero él la traicionó y el corazón de Madre se debilitó; casi acabó con ella. Los Rastreadores tuvieron que esforzarse mucho, a veces me pedían ayuda, por si los Mediadores podíamos localizarlos. Y los Cazadores, comandados por Khotan, dieron caza a sus descendientes, una y otra vez. Era un demonio, astuto, pérfido, sigiloso. Difícil de matar”.

»Carraspeé, incómodo. Lo que estaba oyendo me había erizado el vello de la nuca, una especie de susurro de las Nornas.

“Madre no ha vuelto a encontrar a un compañero como ella, pero ahora llegas tú, en el peor momento para nosotros... Tal vez seas una bendición, tal vez el pago que hicimos en la abadía haya tenido su recompensa y el Altísimo nos ha escuchado”.

"¿De qué demonios estás hablando, Nevill?", quise saber.

»Él me miró de arriba abajo con un gesto obvio:

"Si vuestros hijos llevasen nuestro regalo, los Hijos de Adán volveríamos a ser numerosos de nuevo".

«Así que eso soy para vosotros, un semental de inmortales», pensé. ¿Y para Adana? ¿Quién era yo para Adana?

41

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Me levanté y me dispuse a averiguarlo por mí mismo. Subí a las dependencias de la primera planta, donde una doncella le desenredaba los cabellos.

"Báñate", me susurró Adana cuando entré, al verme todavía con el barro seco sobre la túnica y las medias.

"Después. Que marche la muchacha", dije, y esperé a quedar a solas con ella. Luego me acerqué y me senté sobre el lecho, junto a su banco.

"Adana, tu hijo se muere. No llegará a ver Compostela".

"Hay que esperar, hay que esperar... El párroco de Clifton dijo que con aquel pago que nos ha arruinado sería suficiente para su Dios. Mi hijo vivirá, no puedo ver morir a otro de los míos, Gundekar. ¿Quién soy yo, si no puedo protegerlos?", murmuró, ensimismada, peinándose con un cepillo de factura antigua, como de hueso de marfil.

»Me senté junto a ella en su propio banco. Su dolor era tan sincero que derrumbó todo mi aplomo. Creo que la vi llorar mansamente, en silencio, pero ahora no estoy seguro de si es un recuerdo o quiero creerlo para recordarla así. Sé que apoyó su cabeza en mi hombro y el tiempo se detuvo a nuestro alrededor.

“Estoy probando al Dios cristiano —me dijo por fin, varias edades después—. Sé que es poderoso, se ha hecho con todas las tierras en apenas un milenio. Ha doblegado voluntades de reyes y súbditos, y lo respeto por eso, aunque permitió que su hijo muriese en una cruz y no alcanzo a comprender un signo de debilidad del que además hace alarde. Pero ese sacerdote estaba tan seguro de que mi hijo sanaría si le daba mi peso en cera...”.

“Solo quería timarte, Adana. Jugaba con tu dolor, comerciaba con él”.

»Sacudió la cabeza, algo de lo que dije la ofendió.

“¿Cómo puedes pensar que alguien puede jugar con mi corazón? Mi corazón ha latido desde que estaban los Primeros Hombres, los Primeros Padres. Ha sobrevivido a cataclismos, a poblados que descansan bajo el barro y a imperios cuyas cenizas he respirado. Mi corazón no se parará nunca. Solo sabe abrirse paso y caminar a lo largo del tiempo. Yo únicamente soy su portadora”.

»Y vi en sus ojos una seguridad ciega que no me gustó nada. Se parecía un poco a Khotan, ese dogmatismo fuera de la realidad. Pero yo no quise desaprovechar la oportunidad para saberlo:

“Adana, ¿cuándo naciste?”.

“Cuando vi la luz, las armas eran de piedra; las agujas eran de hueso o de espinas de pescado; los hogares eran de pieles durante la época del deshielo, pero cuando llegaba el hielo, los refugios estaban en cuevas; los mares a veces llevaban bloques de hielo. Ahora habláis de este crudo invierno que dura demasiado. Niños enfermizos, enclenques... —sonrió para sí—. No sabéis nada del frío verdadero”.

“Los dioses serían poderosos entonces”, pensé en voz alta.

“No lo has entendido —replicó, tranquila—. Mis hermanos y yo éramos los dioses. Pero ellos fueron débiles, sus hijos dejaron de ser

inmortales, y acabaron muriendo por ello. Yo fui la única de entre mis hermanos cuya progenie continuaba siendo inmortal. Después..., cuando solo quedé yo en el mundo, mis hijos también se contagiaron del mal mortal, envejecieron, cada vez fueron menos frecuentes. Ahora únicamente llevo a cuatro de ellos conmigo: Sunna, Mabel, Nevill y Khotan. Sunna es la única de mi sangre, el resto son inmortales, sí, y mis descendientes directos, pero manchados con demasiada sangre mortal".

"Entonces yo soy también descendiente de alguno de tus hermanos —argumenté en voz alta".

"O un dios. Si estás solo, y no eres de mi sangre, tal vez hayas nacido para ser mi compañero, un igual de primera generación, como yo. ¿Afirmas entonces que no tienes familia?".

"Me criaron como a un huérfano —mentí una vez más—. No conocí a mis padres, ni a nadie a quien le importase quiénes eran, así que jamás pregunté. Crecí limpiando un barco parecido al que ahora es mío; me crie en los puertos —continué, apropiándome de la historia de mi mano derecha Piers—, y solo me adentré en tierra firme después de una refriega en la que me recriminaron que no aparentaba mi edad y me amenazaron con llevarme a Roma, por haber ofendido con mi naturaleza a Dios y a todos sus representantes. Fue entonces cuando recorrí la Ruta de la Seda y conocí a uno de tus hijos, Nevill, que por entonces se hacía llamar Nero Benadam. Pero añoro demasiado el mar, y las tripulaciones de los puertos van y vienen. Mi barco me da libertad; si tuviese que huir de manera precipitada, conozco caladeros en todas las costas del norte donde esconderme".

"Ya no tendrás que huir en solitario nunca más —murmuró Adana —. Ahora estás bajo la protección de mis hijos".

»Y lo pronunció de tal manera que quedó claro que no hablaba de protección, sino más bien de cautiverio. En ese momento, unos nudillos golpearon las tablas de la puerta. Nevill entró después de esperar la respuesta de Adana.

"El prior Bettany os anda buscando, Gundekar. Id a tranquilizar a vuestra tripulación antes de que pongan toda Bristol patas arriba y denuncien vuestra desaparición a los hombres de la Corona".

"Yo también tengo hombres de los que ocuparme, Adana —suspiré, levantándome—. Quisiera recuperar las prendas que traje. Estas no son adecuadas para las labores del barco".

»Me aseé en la tina en un momento frente a ellos, quitándome todo el barro seco, y me vestí de nuevo con mis ropajes habituales, aliviado. Después salí de la hacienda, donde el prior aguardaba con rostro circunspecto.

"¿Qué ha ocurrido exactamente, mi buen amigo? Vuestros hombres afirman que fueron atacados por la escolta de la viuda...".

"Todo fue un malentendido que ha sido convenientemente aclarado, padre —tranquilicé al párroco—. Volvamos a Bristol, tengo mucha faena en el puerto".

"Como digáis", contestó frunciendo el ceño, no muy conforme con mi explicación.

»Pero lo apacigüé después de un par de bromas y anécdotas de viajes que a él, ávido de novedades, lo entretenían tanto.

»Poco después, cruzaba el puente de la Trinity Courtney y reunía a mis hombres.

"Os dimos por muerto", dijo Piers, con una palmada en mi hombro a modo de bienvenida.

"Pues ya veis que no. ¿Estáis todos bien? ¿Algún herido de importancia?".

“Nada que no cure una visita al White Heart”, gritó Milton, un borrachuzo que me vigilaba el timón cuando yo faltaba.

“¿Qué negocios os traéis con la viuda y los dos caballeros?, ¿debemos dar un escarmiento a esos soldados?”.

“Esos soldados no volverán a molestarnos, pero andaos con ojo y no les deis la espalda. De momento todo está bien, seguiremos calafateando el barco con la brea; tenemos unas cuantas semanas hasta Pentecostés”.

»Todos volvieron a sus quehaceres y yo bajé a mi camarote, fingiendo que iba a descansar un rato.

»No pensaba tolerar lo que había visto: después de haberles sonsacado mucho más de lo que ellos habían averiguado de mí y de estudiar cómo los hijos de Adana se comportaban los unos con los otros, pergeñé mi plan para acabar con aquel sindiós.

42

IAGO

Mayo, Massachusetts

Tardé varios segundos en reaccionar a la noticia de Marion:

—¿De qué manera puedo saber que es cierto?

—La noticia se silenció bastante desde los medios libaneses para no desatar un conflicto internacional con Italia y España, pero los pocos datos que se han publicado hablan de una colaboración entre el Museo Nacional Prehistórico y Etnográfico Luigi Pigorini de Roma y el Museo Arqueológico Nacional de Madrid. Y la persona al mando responde a las iniciales A. A. A., arqueóloga de nacionalidad española. ¿Cuántas posibilidades hay de que no sea ella, Ely?

—Y no me has dicho nada todo este tiempo...

—No sabía si tu cerebro iba a aceptar tanto —dijo, después de encogerse de hombros.

—Excusas, Marion.

Me mantuvo la mirada, no se arrepentía. Tenía una agenda propia, siempre la había tenido. Pero no era el momento de los reproches, y menos en público.

—Dices que Gunnarr fingió la muerte de Adriana y que ella estaba de acuerdo —dije, cambiando de tercio—. ¿Cómo lo sabes?

—Gunnarr me lo contó mientras supervisabas el trasplante de Nagorno.

—¿Y por qué Gunnarr habría de confiar en ti y contártelo?

—Tu hijo es inteligente, lo sabes. Tómatelo como una muestra de que entiende que me vais a necesitar como aliada.

«¿Lo conoces, Marion? ¿Conocías ya a Gunnarr?», quise preguntarle. Pero hice caso a mi instinto y callé. Aunque un recuerdo muy antiguo, de siglos, me llegó nítido, y lo que intuí no me gustó. No me gustó nada. Padre captó mi desconcierto y se adelantó.

—Entonces ayúdame con esto, Marion —intervino Lür.

Se acercó a la isla de la cocina, donde ella se había atrincherado para no dar la espalda a los tres soldados a sueldo de Nagorno, y le mostró una fotografía.

Yo me aproximé también, necesitaba controlar la escena y no acababa de fiarme de los mercenarios.

—¿Lo conoces? —le preguntó, señalando a un corpulento hombre de traje blanco y sonrisa firme que apretaba la mano de otro. La foto tenía un par de décadas o más.

—¿Qué me estás preguntando en realidad?

—Lo sabes. No es momento de evasivas, Marion. No estás en condiciones de negociar nada. Te estoy preguntando si este hombre es un Hijo de Adán.

—Sabes la respuesta, conociste a su antepasado y le robaste el corazón de Madre, o eso cuentan las leyendas con las que crecí.

Mi padre suspiró.

—Inútil explicarte que no sucedió así, nadie cree las segundas versiones de una historia. Pero ahora es lo último que me importa. Entonces, por lo que leo entre líneas, este hombre es descendiente de Negu, el primer líder de los Intérpretes. ¿Cuál es su oficio ahora?

—Los Intérpretes han devenido en la rama de los Diplomáticos en la actualidad. Él los lidera.

—Un nombre, Marion. Necesitamos un nombre —le apreté.

—Niall McAdams —dijo por fin.

—Puede haber decenas por el mundo. Vas a decirnos cómo podemos localizarlo —insistí.

—En el edificio de la ONU, en el East River de Nueva York.

—Sabemos dónde están las Naciones Unidas; tu nuevo amigo Jazz es neoyorkino —cortó Nagorno, señalando con la cabeza al más grande de los tres—, pero no quieres que te saque él la información que tanto nos estás escatimando. ¿Qué cargo ocupa ese tal Niall McAdams?

—Es un alto funcionario de la Oficina para la Coordinación de Asuntos Humanitarios, pero no esperes que sepa en qué planta está su despacho ni que os consiga un pase oficial. Entrar en ese edificio es una misión de otro nivel. Pero podríamos localizar su último domicilio, o acceder a su agenda e interceptarlo en otro lugar con menos medidas de seguridad —le aclaró Marion, retándolo con la mirada. No habría sabido decir quién de los dos destilaba más rechazo hacia el otro, si Marion hacia Nagorno o Nagorno hacia Marion.

—Serán Asuntos Humanitarios de efímeros, porque con sus análogos longevos no parece haber mostrado mucha humanidad —le contestó mi hermano.

—Al contrario: Niall es un hombre de paz, por eso es bueno en su oficio de mediador —replicó Marion.

Después se giró hacia mi padre:

—Porque es lo que estás buscando, ¿verdad, Lür?

—No soy un ingenuo, y te recuerdo que ninguno de vosotros tres ha soportado la persecución implacable a la que los tuyos me han sometido durante demasiados milenios. Solo podéis alcanzar a atisbar qué tipo de vida os espera si no hacemos nada y continuamos siendo Exiliados. Contemplo la alternativa violenta, no

te equivoques, y ya has podido comprobar que Nagorno la ve como única salida viable para la Vieja Familia. Pero pienso agotar todas las opciones que impliquen que los aquí presentes continuemos vivos. Eso es todo —le cortó mi padre.

—Lo que todavía no habéis entendido es que ese es mi plan desde que Urko mató a Madre y yo me convertí en una Exiliada como vosotros —le replicó Marion—. Hay dos líderes cruciales en esta guerra: en un extremo, Niall McAdams al frente de los Diplomáticos. Él al menos te escuchará, Lür.

—Tengo mucha curiosidad por saber qué tenemos en el otro extremo —murmuró Nagorno.

—En el otro extremo, Cormac Adanssen, liderando a los Cazadores. Ese dejádmelo a mí. Es un fanático y tan anacrónico como Madre, pero nos han unido tantas vicisitudes durante miles de años que creo que podré controlarlo. Yo intentaré hacerlo entrar en razón, aunque, por cubrirme las espaldas, estas tres moles sin cerebro me vendrán bien por si le ha llegado mi orden de Exilio y no quiere escucharme.

—Entonces no se hable más —intervine—. Marion, tú vas con Nagorno y sus tres escoltas a tantear al Cazador. Corrígeme si me equivoco, pero seguro que tienes una idea de cómo localizarlo.

—Ahora mismo, probablemente en Europa, sí —me confirmó.

Nagorno se revolvió, incómodo, pero no protestó.

—Entonces Lür y yo iremos a Nueva York —concluí—. Pero antes, Marion, graba un vídeo para McAdams, quiero asegurarme de que sabe que vamos de tu parte y que estás con nosotros.

Marion asintió, conforme.

Yo mantuve la compostura frente a ellos, pero el nudo en el corazón que me apretaba desde que desperté en Massachusetts comenzó a aflojarse.

Cualquier plan era bueno si perdía a Nagorno y a Marion de vista y volvía a estar seguro con mi padre.

43

IAGO

Mayo, Massachusetts

Los vimos alejarse en el coche que Nagorno había alquilado, un poco discreto Hummer blindado.

Sentí un alivio de siglos cuando los vimos perderse en el horizonte de Shipyard Lane Beach. El día había salido luminoso y no se veía ni una nube, pero aquel azul tan limpio ya no me calmaba.

—Por cierto, me has localizado muy rápido. Veo que sigues en forma —le dije a mi padre, sin dejar de controlar la silueta que se empequeñecía por segundos.

—*Ontziolako hondartzako errepidean*: el camino de la playa del astillero. Supuse que te referías a su denominación en inglés en cuanto mencionaste que te envié a cazar castores. Busqué en Google Earth las calles de Duxbury y deduje que hace cuatro siglos habrías elegido construir tu casa frente al mar, como te enseñó el clan de tu madre.

—Lo que quieras, pero me dan ganas de prenderle fuego de nuevo. Este sitio ya solo me trae recuerdos de una vida de mentira que desperdicié con Manon Adams. No quiero pasar ni un segundo más en este lugar —le comenté, mientras nos dábamos la vuelta y entrábamos en el edificio.

—Que no note tu resentimiento —me aconsejó padre—. No confía en mí y mucho menos en Nagorno: tú eres el único que puede manipular sus sentimientos si se diera el caso.

Negué con la cabeza.

—Todavía no has entendido que Marion Adamson es una jugadora experta y que no es manipulable —le dije.

—No lo paso por alto, pero si la situación requiere de un poli bueno, solo tú puedes jugar el papel de aliado con ella. Partamos entonces hacia Nueva York, tenemos cuatro horas por delante —dijo mi padre, y quedó frente a mí—. ¿Puedo ya abrazar a mi hijo?

Juntamos nuestras frentes, como lo hacían desde siempre los que no tenían armas que ocultarse, y después me abrazó y me alzó, como cuando era un chiquillo y bajábamos a pescar a la cala donde nací.

Su presencia, carne con carne, me calmó; lo necesitaba.

—Hay algo que quiero revisar antes de marcharme de aquí sin mirar atrás —le comenté, después de que el abrazo cedió—. Marion escondía algo y acudía a menudo a comprobarlo.

—Por eso no le has perdido de vista hasta que se ha ido —Como siempre, a mi padre no se le escapaba nada.

—Soy consciente de que ella lo ha notado, pero me he asegurado de que no pisaba la parte trasera de la casa. Vamos, padre —Lo guie hacia la puerta de atrás de la cocina, que daba directamente al jardín.

Caminamos por un sendero, en dirección a la tumba vacía de Peregrine.

—Hablemos de Nagorno, ¿qué pasa con él? —quise saber—. ¿Qué ha cambiado entre vosotros?

—¿A qué te refieres?

—A lo que he visto hoy, a cómo lo mirabas —le dije—. Es nuevo.

—¿Qué es nuevo?

—Le tienes miedo. Por primera vez. Has sido testigo de mil y una atrocidades, y nunca antes te vi esa mirada.

—No has perdido tu agudeza. Y llevas razón: estoy muy preocupado. Nagorno no se acuerda, pero cuando estaba cuidando de él en la habitación de la clínica, después del trasplante, sucedió algo a lo que no he dejado de darle vueltas, Urko.

—¿Qué pasó? Pensé que se había recuperado satisfactoriamente; Nagorno siempre lo hace de sus heridas.

—Sí, rápido y de manera casi milagrosa, como siempre. Pero no fue eso lo único excepcional. Cuando todavía estaba inconsciente por la anestesia, abrió los ojos y me dijo: «Marchemos, Lür, este corazón no va a dejar de latir hoy». Me llamó Lür, nunca lo hace, y el acento..., era el acento, la inflexión de Adana; tú la escuchaste, la de los dialectos antiguos del centro de Rusia.

—Sí, me heló las venas cuando la oí hablar —reconocí—. Porque no se había adaptado, como nosotros. Sonaba prehistórica, fue como observar una máquina del tiempo. Toda ella estaba congelada en sus primeros años. Fue bastante turbador.

—El caso es que seguí mi instinto, como acostumbro cuando suceden hechos inexplicables. La experiencia me ha enseñado a que salgo mejor parado cuando lo hago. Lo cargué en la silla de ruedas que habían dejado los enfermeros para cuando se recuperase y escapamos por la salida subterránea del personal. Cuando oí la explosión sobre nuestras cabezas, supe que la advertencia no había sido un mal despertar de la anestesia: suena poco científico, hijo, y por eso solo puedo consultarlo contigo, pero algo en mi interior me dice que era Adana, cuidando de que su corazón no muriera en esa explosión. ¿Tiene sentido lo que te digo?

—Poco, padre, muy poco sentido —advertí.

—Ese solo fue el comienzo. Nagorno sigue siendo Nagorno, pero ahora se le suma una nueva capa, un matiz, y me temo que no es para mejor. Está desatado, ávido de masacres. Y esa sed de sangre me recuerda demasiado a Adana. Creo que su corazón lo está empujando a esta guerra.

—Hay estudios científicos, no demasiados, que pretenden sacar conclusiones de algunos testimonios de trasplantados de corazón y de sus familiares. Muchos de ellos afirman que han cambiado de comportamiento, hábitos, incluso que tienen recuerdos vagos de vidas que no han vivido. Se ha hablado de memoria celular o incluso de transmigración de la personalidad. Pero, si me preguntas mi opinión, creo que se trata de sugestión. Creo que su corazón es un músculo mecánico que sigue funcionando porque lo hemos cosido a un cuerpo compatible que lo alimenta. Nada más. Y sí, es inquietante que un órgano de una persona tan destructiva continúe latiendo pese a que ella está muerta. Pero era su cerebro quien daba las órdenes de matarnos, no sus ventrículos.

—Sabía que ibas a decir eso, y necesitaba oírtelo decir, pero no me ha tranquilizado. Lo de Nagorno y cómo está encarando esta guerra me tiene desvelado —dijo, y no lo recordaba tan preocupado por su otro hijo desde hacía tiempo.

—Nagorno es el mismo —le dije al fin—, pese a que es tu hijo y te niegas a ver el mal que ha habido siempre en él. No voy a intentar ponerlo en tu contra después de tres milenios, no voy a rebajarme a intentarlo. No me merece la pena. Padre, esta discusión no puede terminar contigo aceptando que engendraste un monstruo; pero te he asumido así, pese a esa debilidad, a esa ceguera. Eres mi padre y todo lo que has hecho por mí durante diez mil años compensa lo que no has hecho por pararlo.

Padre me miró, lo que leí en sus ojos me supo a culpabilidad.

—Tal vez estés viendo por primera vez lo que los demás vemos en él —continué—: egocéntrico, sin piedad ni empatía; ese gusto por la violencia, por el control absoluto de cualquier situación... Siempre ha sido así, padre. Desde que era un crío mimado en Escitia. Deja de esperar que algo lo redima.

—Te he escuchado los mismos argumentos durante siglos... y siempre había mantenido la esperanza. Pero hace un par de días, buscando a posibles Hijos de Adán, vi cómo ordenaba torturar hasta la muerte a un hombre culto, brillante e inocente. Y creo que sí, que por primera vez lo vi como lo ves tú, no como a un hijo al que controlar de cerca. Y rompí, me fui. Renuncié a él. Pero aquella ruptura duró solo unos minutos. Fue entonces cuando recibí tu mensaje y perdí mi capacidad resolutiva al saberte vivo de nuevo. Lo dejamos pasar y él ha fingido que no sucedió... Pero yo lo recuerdo. Esa sensación, por fin, de darlo por perdido y de renunciar a él. Y fue liberadora, Urko. Llevo una carga muy pesada en la conciencia desde hace dos mil setecientos años. Tal vez sea el momento para mí de superar a Olbia, su madre, y de dejar de obligarme, en una promesa que jamás le hice, a cuidar de nuestro hijo.

No quise que notara mi turbación.

Había esperado esas palabras desde la primera vez que un niño llamado Nagorno ordenó que me violaran. Pero no llegaron. No llegaron y dejé de creer que un día las pronunciaría.

En lugar de contestarle, guardé silencio, porque estaba más frente a una confesión que frente a un diálogo, y, de todos modos, habíamos llegado al final del sendero y me detuve frente a la pequeña lápida. El hijo que tuve con una Hija de Adán me trajo de nuevo al presente.

—Te presento a Peregrine, tu nieto. Aquí no están sus restos, pese a que Marion Adamson ha intentado que así lo crea.

—Me falta contexto, hijo —dijo—. No entiendo nada.

—Quemé esta granja hasta los cimientos, con él dentro, durante una epidemia que lo mató, unos días después de que yo los abandonara porque ya llevaba una década aquí y había llegado el momento de cambiar de identidad. Manon también huyó y dejó su cadáver sobre nuestro lecho, cavó una tumba justo aquí para que los que la encontraran creyeran que fue Peregrine quien enterró a su madre y murió solo.

—Entonces ya has vivido lo mismo que yo: las parejas de longevos suelen terminar tan mal o peor que las de longevos con efímeros —me dijo—. Siento lo de Peregrine, hijo. Y siento muchísimo la muerte de Adriana, y también la de Gunnarr.

—Gracias, padre. Es la primera vez que alguien me da el pésame por sus muertes. No deja de doler, pero sienta bien que alguien alcance a comprender lo que suponen para mí. —Después me agaché y empecé a buscar con mis manos entre la tierra removida —. Pero estamos aquí porque Marion Adamson ocultaba algo y lo escondía aquí, estoy seguro. Mira tú tras los arbustos. No puede estar lejos.

Padre me obedeció, él siempre fue el mejor en el rastreo durante nuestras partidas de caza, en mi primera identidad.

Comenzó a apartar la maleza que rodeaba la lápida mientras yo escarbaba sin saber muy bien lo que buscaba.

... Y entonces apareció.

Una bolsa de plástico que preservaba de la tierra mi móvil, enganchado a una pequeña batería externa.

Maldita, Marion mantenía mi móvil encendido desde el día que entré en la mansión de Adana y lo tuve que entregar a los soldados blancos de la entrada.

Eso quería decir que lo había recuperado antes de que marchásemos a la clínica a operar a Nagorno, y que no me lo había devuelto cuando tuvo la oportunidad.

—¡Padre, mi móvil! —lo llamé.

—La aplicación que programaste tendrá muchos mensajes sin abrir; te escribía todos los días. Suerte que son irrastreables —dijo, mientras se acercaba.

Limpié la pantalla y la desbloqueé.

Eso me dejó la desagradable certeza de que o Marion era experta en hackeo, o desbloqueaba mi móvil con mi rostro mientras yo dormía por las noches. Cualquiera de las opciones me hervía la sangre.

Pero entonces me di cuenta:

—¡Maldita sea, han quitado la SIM! —exclamé, impotente.

Apagué el móvil y abrí la bandeja de la SIM. Estaba vacía.

—¿Crees que ha sido Marion Adamson? —preguntó padre, preocupado.

—Podrían haber sido los Vigilantes cuando me obligaron a entregarlo al acceder a la mansión de Adana, pero está claro que ella lo recuperó y que me lo ha estado ocultando. Si hubiera sido transparente del todo, antes de marchar con Nagorno me lo habría devuelto, y no lo ha hecho. Y no tiene sentido que esté aquí enterrado con una batería externa. Eso significa que estos meses lo ha consultado o lo ha mantenido encendido y no quería arriesgarse a meterlo en el edificio para cargar la batería y que yo la descubriera —dije consternado.

Padre asintió y pronunció en voz alta lo que yo también me temía:

—Sea cual sea la explicación, Marion te ha ocultado tu móvil durante estos meses y probablemente se ha apropiado de tu SIM. La pregunta es: ¿cuánta información vital se ha llevado con ella?

44

ADRIANA

Mayo, Navarra

—A la mañana siguiente desperté temprano, era jueves de mercado y me dirigí directamente a la plaza de Bristol. Unos malabaristas que lanzaban pelotas de paño al aire me impidieron el paso, insistiendo en que contribuyese a pagar su actuación. Los ignoré y me abrí camino entre los puestos de verduras y frutas en almíbar.

»Conocía a un viejo escocés que preparaba remedios para la tos. No era más que miel con limón y lo cobraba a precio de especias, pero había visto a mis hombres recuperarse de las fiebres después de colocarles sus emplastos sobre el pecho. Así que lo localicé, me colé detrás del mostrador y le tendí una bolsa de cuero con varias monedas.

"Algo para el dolor", me limité a susurrar, comprobando que no hubiese nadie conocido alrededor.

"¿Agudo o leve?", contestó, mascando el tallo de una flor amarilla.

"Dolor de moribundo; quiero que no sufra".

"Entendido. Será caro".

"Vos siempre sois caros, truhan. Soy buen amigo del prior Bettany, y él anda detrás de quien proporciona esos polvos que dan vigor a sus monaguillos, aunque todavía no sabe que son vuestros. ¿Queréis tener problemas con la Santa Sede?".

»Él se levantó, algo enojado, escupió lo que quedaba de planta y sacó del jubón una tela roñosa. La desenvolvió y me mostró unos polvos marrones.

"Un poco al alba, otro poco con el crepúsculo. Yo no os he dado nada", refunfuñó.

»Tomé los polvos y los escondí en el bolsillo interior de mi túnica.

"Y yo nunca he estado aquí".

»Después tomé mi carreta y me acerqué a la hacienda de Adana. Los soldados me dejaron pasar sin hacerme preguntas, así que bajé directamente a la estancia donde había visto al niño el día anterior. Entré con una antorcha, me ceñí al rostro un trozo de tela basta que llevaba preparado y me aproximé al lecho, aunque fui precavido y me quedé a una distancia de un brazo. Esperé a que la joven que lo velaba se quitase la máscara de pájaro para saber cuál de las dos Hijas de Adán tenía ante mí.

"Habéis vuelto, pese al pavor que os provoca la plaga". Creí advertir una sonrisa agradecida en aquellos ojillos grises.

"No soporto ver el sufrimiento de un infante —contesté—. Sunna..., este niño está padeciendo más de lo necesario. No debéis mantenerlo consciente".

"Madre así lo quiere, y yo me esfuerzo en consolarlo cuando se queja".

»Alargué la mano bajo mi túnica y le tendí los polvos envueltos en la sucia tela.

"Madre no tiene por qué enterarse: dadle esto a vuestro hermano. Ya lo habéis consolado durante días. Dejad que la Parca termine su trabajo. Si hay algo de compasión en vuestro corazón, hacedle beber estos polvos en agua de manantial antes de que la luz del alba tiña de azul la negra noche, y hacedlo de nuevo después del último toque de la última campana. Vuestro hermano ya ha sufrido

suficiente en esta vida; dejad que se prepare adecuadamente para realizar el tránsito".

»Sunna aceptó mi ofrecimiento, se guardó rápidamente los polvos en su ancha manga y me hizo un gesto para que nos alejásemos de la cama.

»Quedamos bajo la luz de la antorcha de una pared. Era muy alta, tenía el rostro en forma de triángulo invertido y se peinaba como su madre, con dos trenzas negras y largas que le nacían a ambos lados de la frente.

"Como digáis, *stedfar*".

"¿Cómo me habéis llamado?", contesté atónito.

"*Min kære stedfar*, mi querido padrastro; ya que ahora sois el compañero de Madre, para mí sois como un padre putativo. Y he de decir que me alegro", sonrió bajo sus espesas cejas negras.

»Sus hermanos la veían débil, había notado el desprecio que le profesaban, pero yo creí intuir en ella una determinación muy bien disimulada.

"¿Y por qué no lo habéis dicho en el idioma de nuestro rey?", la tanteé.

"Lo he dicho en vuestra lengua madre, ¿me equivoco? Soy buena para los acentos, hombre del norte. No tenéis ochenta años, apostaría más bien que nacisteis en tierras paganas antes de que Harald os hiciese bautizar a todos en barricas junto al río".

"¿Por qué no me habéis delatado ante vuestra madre?".

»Sunna bajó la voz, ambos temíamos que nos escucharan tras la puerta.

"Madre no se ocupa demasiado de los asuntos de este mundo. Digamos que lo terrenal le es ajeno. Creo que no se adapta muy bien a los cambios que trae el tiempo, pero sabe rodearse de quienes lo hacen por ella. No quiero saber por qué le habéis mentido

con respecto a vuestro origen. Más me importa que ahora ha encontrado lo que quiere, a vos, y eso es bueno para todos nosotros. Si Madre está satisfecha, el mundo de los vivos está a salvo por un tiempo".

"¿Qué queréis decir exactamente? —pregunté, intranquilo—. Estáis hablando de vuestra madre".

"Una no elige a su madre, *stedfar*. Tan solo intenta sobrevivir como buenamente puede a esa circunstancia —suspiró, apartando la vista—. Ojalá me llevaseis lejos, ojalá tuviese yo el valor de... Qué más da. Llevo milenios pensándolo y continúo en esta jaula de dudas".

»La dejé continuar, y Sunna habló durante horas, nadie apareció a relevarla, y ella parecía aliviada con sus confidencias.

»Aprendí que los Hijos de Adán habían estado organizados desde antaño por oficios, que los más antiguos en edad solían ser los líderes de cada rama. Que los Sanadores, como ella, provenían de la antigua rama de los Susurradores. Los Mediadores, como Nevill, habían sido anteriormente Intérpretes. Y que parte de ellos estaban en aquellos momentos en tierras del sur. Madre los había enviado con algunas de las ramas menores en un intento de dividir el clan y darle más oportunidades a su linaje de sobrevivir a la muerte negra.

"¿Y los ocho soldados que nunca se separan de ella?", quise saber.

"Son los Vigilantes, su escolta personal. Madre se encarga de elegirlos de entre otras ramas por sus proezas: sumisos, obedientes, entrenados, resistentes al cansancio y al hambre. No tienen un líder. Los va reponiendo cuando envejecen o caen defendiéndola. Aunque Nevill y Khotan, como has comprobado, no se separan nunca de ella tampoco".

"Precisamente Nevill y Khotan me hablaron de los Exiliados —me atreví a preguntarle por fin—. Me quedó claro lo que ocurre con ellos

y el fin que les espera a todos, pero hablaron de uno antiguo, uno que no era de vuestra sangre".

"El demonio blanco... —contestó, y por su rostro pasó una sombra triste—. Crecí cantando canciones donde describían sus atrocidades, el daño que causó en los primeros días a los de nuestra sangre".

"¿Por qué lo dices?".

"Según las leyendas que nos enseñaron, era astuto y frío. Se hizo con el corazón de Madre y la engañó. Engañó a todos los Hijos de Adán. Fue el primero que Madre encontró igual a ella, un hombre que no envejecía y que se mantenía vigoroso pese al paso de las décadas. Adiestró a los Intérpretes, a los a los Rastreadores, a los Cazadores, a los Talladores...".

"Entonces no era tan nefasto para los Hijos de Adán", tercié, cada vez más inquieto.

"Al contrario, era una estratagema. En realidad, era un embaucador que únicamente quería usurpar el lugar de Madre y hacerse con el poder de los Hijos de Adán. Madre lo desenmascaró a tiempo y lo convirtió en Exiliado. Dicen que durante años tuvieron hijos, pero él mismo se comía sus corazones en cuanto nacían; Madre lo descubrió un día y lo expulsó. Después comenzaron las masacres. Madre se obsesionó con acabar con él y toda su progenie. Y Khotan protegerá con su vida el corazón de Madre; no soporta que sufra y ha hecho de esa cacería su modo de vida: localizarlo, hostigarlo, dar caza a sus hijos. Le cuesta mucho, no da con él hasta pasados varios milenios. Ahora hace bastante que nadie habla de él, creo que Madre está demasiado preocupada por salvarnos a los que quedamos de la muerte negra como para pensar en fantasmas del pasado".

"¿Cómo llamabais a ese demonio?".

"¿Por qué os interesa?".

“Siempre me he encontrado con leyendas de inmortales. Allá donde vaya, cada pueblo tiene en su acervo una buena historia para asustar a los niños por las noches. Quiero saber si hay más como yo, ¿vos no tenéis curiosidad?”.

»Sunna suspiró y miró preocupada hacia el lecho; su hermano comenzaba a temblar de nuevo.

“No, con lidiar con mi familia tengo más que suficiente”, me contestó, antes de ponerse de nuevo la máscara y sacarse la tela que yo le había dado de entre los pliegues de su manga.

»Comprendí que no le sacaría nada más, así que me dispuse a marchar de aquel antro oscuro. Me di la vuelta y tomé el pomo de la puerta, pero antes de abrirla, Sunna me dijo algo que me heló las venas:

“Lür, el demonio blanco se llamaba Lür”.

45

ADRIANA

Mayo, Navarra

"¡Daos más bríO!", grité a mis hombres.

"¿Por qué?, ¿no tenemos tiempo hasta Pentecostés?", preguntó Piers.

»Pasé la mano por el maderamen del casco de proa, preocupado.

"Así es, pero quisiera tenerla preparada antes, por si...", callé; no quería compartir mi desasosiego con él. ¿Cómo podía alcanzar a comprender mis preocupaciones?

»Estaba atrapado en Bristol mientras mi barco no estuviera preparado, y no quería levantar sospechas de momento.

»Aquel día me concentré en comportarme como hacía habitualmente. Tomé la cuesta de salida del pueblo y me dirigí a la iglesia.

»Mi alma seguía siendo pagana, pero disimulaba muy bien mis verdaderas creencias. Los domingos acudía a la misa para que el prior Bettany me viera y confesaba pecados veniales que inventaba para su regocijo, pero ninguno de ellos podía compararse a mis pecados verdaderos. Con ellos, su dios crucificado no hubiera tenido clemencia.

»Esa mañana entré en el pequeño templo un poco regazado y me coloqué en el último banco de los hombres, a la izquierda.

»Después tenía previsto acercarme a la hacienda de Adana para disimular ante ella. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Percibiría el espanto y el miedo que me recorría las entrañas desde que supe que mi abuelo Lür era uno de sus Exiliados?

»Fue entonces cuando noté una mano fuerte sujetándome por el hombro, un olor familiar, una voz confiada y alegre que me susurró al oído:

"Hola, hijo. Ya estamos de vuelta".

»Me di la vuelta, espantado al reconocer la voz de mi padre. Me encontré con su rostro emocionado, vestido con una túnica de lana oscura que apenas dejaba entrever los pliegues de su manto de terciopelo. Sus manos me sujetaron los hombros y nos escabullimos fuera de la iglesia, buscando un poco de intimidad.

"¿Qué... qué hacéis aquí? No teníais que volver hasta el próximo invierno", le susurré, intentando sonreír.

"Así es, pero ha habido un imprevisto y hemos cambiado de planes —dijo, palmeándome en la espalda—. ¡Mírate, qué buena planta y qué bien alimentado se te ve! Veo que los negocios y la fortuna te sonríen".

"¿Qué imprevisto?", quise saber, disimulando mi incomodidad. No quería que nadie me viera con él, no quería que nadie se enterase de que mi padre estaba en Bristol.

"Ven a la posada, mi esposa embarazada nos espera", contestó, risueño, y soltó una carcajada.

—Su esposa embarazada... —repetí, mientras ya nos acercábamos a la entrada de Pamplona—. Ese es el tipo de recuerdo que Iago nunca comparte... —Me corregí—: Compartía conmigo.

—Bueno, en este caso no es lo que estás pensando —contestó Gunnarr—. Deja que continúe con la historia, *stedmor*. Todavía nos queda bastante.

»Nos acercamos a un hostal muy digno en el centro de Bristol, subimos a la habitación que mi padre había pagado, y cuando entré me encontré con Lyra —quien hasta hace poco yo siempre creí mi tía — descansando en el lecho con una enorme barriga.

"¡Tía Lyra! —exclamé sorprendido—, ¿cuánto queda para el alumbramiento?".

"Apenas un mes, calculo", contestó, tendiéndome los brazos para que le ayudase a incorporarse.

»Tenía el rostro un poco hinchado por el embarazo, vestía como la rica esposa de un mercader, con un vestido azul de terciopelo, mangas anchas y bordadas, el peinado propio de las mujeres casadas, recogido en trenzas y cubierto con una cofia de seda.

"¿Qué ha ocurrido exactamente? ¿Y por qué sois ahora marido y mujer?".

»Ambos se rieron, y mi padre le hizo un gesto de complicidad a Lyra.

"Tu tía se casó el año pasado con un comerciante de paños de Norfolk, y tuvieron ciertamente un buen matrimonio. De hecho, en pocos meses quedó encinta de él. Pero la peste se lo llevó en tres días, y suerte tuvimos de que yo estaba de paso en la ciudad. Hemos cambiado de nombres y ahora voy a dedicarme una vez más a curar enfermos. Nos hemos casado, así mi sobrino o sobrina no nacerá en una situación precaria. Pero lo cierto es que estamos muy ilusionados ante la inminente llegada de la criatura.

Sonreí, no sé por qué. Imaginar a Iago ilusionado con un hijo de Lyra lo hacía más humano y más cercano.

Gunnarr me miró de reojo.

—Mi padre siempre ha sido muy niñero —comentó. Luego volvió a centrarse en su historia.

“Yo también me alegro, un miembro más de nuestra familia siempre es bienvenido...”, tuve que fingir, pero me inquietaba que estuvieran cerca de los Hijos de Adán.

“Nos vamos a quedar en Bristol contigo hasta que tu barco zarpe hacia Galicia. Queremos que nazca allí, nos instalaremos en la costa y ejerceré mi profesión en uno de los hospitales de peregrinos del camino. Allí siempre hay trabajo, será un buen lugar para criarlo. Y ahora, vayamos a celebrar que la Vieja Familia está en parte reunida de nuevo”, dijo, levantándose de la silla.

“Mejor será que hable con el posadero —me adelanté, acercándome a la puerta—. En este pueblo no se come muy bien, pero el viejo Godwin prepara unas gachas que le vendrán de maravilla a tía Lyra. No os mováis. Voy a encargarlas y que nos las suban; aquí estaremos más tranquilos”.

»Poco después los tres comíamos entre risas y anécdotas de marineros. Realmente se les veía felices y me alegraba por ellos. Lo mío era otro cantar.

“¿Qué sabéis del abuelo y de tío Nagorno? —pregunté—. ¿Hace cuánto que no los veis?”.

“Están en Venecia, parece que Nagorno ha encontrado una buena oportunidad de negocio en los canales —contestó mi tía Lyra—. Gunnarr, ¿ocurre algo, querido sobrino?”.

“No quisiera empañar este feliz encuentro con mis preocupaciones. Ciertamente me alegro de vuestro estado de buena esperanza, pero...”.

“Pero ¿qué? Habla con libertad, ¿qué te preocupa?”, intervino padre.

“Un viaje en barco no es lo más adecuado para tu preñez, tía Lyra. No quisiera que la criatura se malograse; la mar está muy picada durante esta época del año. Es temporada de galernas en las costas

gallegas, yo mismo estoy evitando zarpar hasta Pentecostés. De hecho, he ordenado a mis hombres calafatear la Trinity Courtney; la brea aún no está seca. Habrá que esperar.

"¿Estás diciéndonos que no nos vas a llevar a Galicia?", preguntó mi padre, con el ceño fruncido.

"Me temo que no, padre. Creo que la ruta terrestre será más segura, dada vuestra condición. Pero debéis daros prisa. Marchad mañana mismo a Londres; en el puerto, preguntad por Bertram le Vintner y decidle que vais de mi parte. Su coca zarpa todas las semanas de Dover hasta Calais. No supone ni un día de viaje, el canal de la Mancha está ahora calmo y no habrá problemas. Después, bajad por Francia hasta la ruta francesa del Camino de Santiago; en Roncesvalles hay un hospital de peregrinos que siempre precisa de mano de obra como la tuya. Allí podréis tener al niño a tiempo. Después, os será posible estableceros donde queráis".

»Ellos intercambiaron una mirada, y mi padre finalmente accedió.

"Bien, supongo que llevas razón. Tal vez era un poco insensato emprender un viaje por mar ahora mismo. Mañana mismo partiremos. Te acompaño abajo, Lyra debe descansar".

»Descendimos a la planta baja, que hacía las veces de taberna, y mi padre pagó con unas monedas al viejo.

"Tomaremos un último trago. Servidnos un buen vino de Borgoña", pidió al tabernero.

»Después me invitó a que nos sentáramos en una mesa alejada de la entrada y se inclinó sobre mí.

"Y ahora es cuando me cuentas la verdad, hijo. ¿En qué lío andas metido?".

46

ADRIANA

Mayo, Navarra

"En ninguno, padre. En ninguno", contesté.

»Él ignoró mi respuesta. Esperó a que una camarera se alejara de nuestra mesa para continuar hablando. La taberna estaba abarrotada, pero al menos no habían llegado los músicos que solían entretener a los parroquianos y podíamos mantener una conversación sin necesidad de gritar.

"Entiendo que no es un asunto de damas, así que imagino que se trata de negocios. ¿Puedo ayudarte en algo? ¿Necesitas dinero?".

"Padre, te aseguro que podéis marchar tranquilos. No ocurre nada", insistí, dando buena cuenta del vino que me ofrecía.

»Él suspiró, perdiendo la paciencia.

"Ni por un momento creas que me has engañado, Gunnarr. Si no ocurre nada, como dices, tu tía y yo nos quedaremos en Bristol. Si he de cambiar nuestros planes, es de recibo que al menos sepa de qué se trata. Hijo, no trates de engañar a tu viejo padre, he visto más embusteros que tú en mi larga vida".

"No quisiera contártelo, no he querido hablarlo delante de tía Lyra. El asunto es muy desagradable, terriblemente feo de contar".

"Pero debes hacerlo, hijo", insistió.

"Temo que me juzgues".

»Negó con la cabeza, y su gesto de decepción me rompió por dentro.

"Ya hemos pasado por esto antes. ¿Qué ha sucedido esta vez?".

»Miré hacia otro lado, incapaz de mantenerle la mirada, y acabé agachando la cabeza.

"Se trata del mercado de reliquias".

»Abrió los ojos, espantado.

"¿Estás involucrado?".

"Hasta las cejas".

"Explícamelo todo —me apremió—, desde el principio".

"Está bien, aunque me avergüence de ello. Como sabes, en el Camino de Santiago los peregrinos no solo veneran la tumba del Apóstol, todas las iglesias por la Ruta Jacobea compiten por la importancia de sus reliquias. Cuanto más importante es el santo venerado, más peregrinos atraen y más monedas dejan en el cepillo. Un dedo de santa Ana, la tibia de san Andrés, el cuerpo incorrupto de san Nicolás... Los cuerpos de los santos son venerados por piezas por toda la cristiandad. Pero alguien tiene que conseguir esas piezas, padre. Alguien se encarga".

"Por el manto de Cristo, creo que sé a dónde lleva esta historia... ¿Cómo has podido meterte en algo tan oscuro?", dijo horrorizado.

"Sin darme cuenta, poco a poco. Un día el obispo de Vigo me hizo llamar con mucha discreción cuando mi barco arribó al puerto. Me dijo que los robos de cadáveres en su congregación estaban muy penados y me prometió una buena cantidad si le llevaba el meñique de una difunta inglesa. Le daba igual a qué pobre diabla hubiera pertenecido. Aquello ocurrió cuando en Bristol sufríamos a diario una veintena de muertes por la peste, así que fue sencillo conseguir un meñique... Con lo que me dieron reparé la vela de la Trinity. Desde entonces, la voz se corrió y cada cierto tiempo, un representante de

la Santa Sede me reclama para pedirme algún encargo, salvo que para mí ahora es más complicado. La muerte negra ha remitido bastante en esta zona, y no quiero arriesgarme a ser sorprendido profanando tumbas en el camposanto".

"Te prenderían y te esperaría la pena capital".

"Bien lo sé —convine yo—. Aunque hace un par de semanas cobré un encargo por adelantado porque necesitaba pagar la brea para el barco. Pensé que sería lo de siempre: algún trozo de hueso. Pero esta vez quieren el corazón de un hombre. El obispo de Worcester necesita imponerse a las reliquias de la zona y se le ha metido en la sesera que el corazón de san Ciprián será suficiente para atraer a los fieles. Dime, padre, ¿dónde encuentro yo un corazón?".

"Mucho me temo que ya has hallado la respuesta, y no sé si quiero escucharla", murmuró, en tono grave.

"Tengo ojeado a un mercader, es un anciano y tiene la tisis. No le queda demasiado en este mundo y me consta que no tiene familia. Cuando muera, nadie se va a preocupar por su cuerpo. Pero el obispo de Worcester me está hostigando con sus hombres armados, a mí y a mi tripulación; quiere tenerlo preparado para Pentecostés, hasta ha encargado ya un reliquiario de oro para albergar el corazón. Le estoy pidiendo tiempo, pero algunos de sus hombres se calientan cuando beben y ayer dieron una paliza a dos de los míos cuando se encontraron en el White Heart".

"¿Tú estás herido?", se preocupó.

"No dieron conmigo anoche y por eso me libré. Pero puede que no vuelva a tener la suerte de mi parte. No quiero que me vean contigo ni con tía Lyra, padre. Pueden propasarse con ambos, no podrás defenderte de ellos. Por eso te pido que no te acerques a mí, que finjáis que no me conocéis y que no me hagáis gesto alguno. Yo solucionaré todo este embrollo por mi cuenta y, después de esto,

voy a cambiar de nombre, dejaré el barco a mi hombre de confianza y no pisaré tierras inglesas ni españolas en un largo periodo de tiempo. Me duele no ayudaros ahora, pero así os estoy protegiendo; es todo lo que necesitas saber".

"Es suficiente para mí. ¿Podrás arreglártelas solo?".

"Eso espero".

"¿Necesitas que localice a tu abuelo Lür o a tu tío Nagorno?".

"¡Shhh! —lo hice callar cuando pronunció el nombre de Lür—. Al contrario, haz lo posible para que no se acerquen a esta parte de la cristiandad en unas décadas".

"De acuerdo. Nos encontraremos en...".

"No hables más, ambos sabemos dónde nos encontraremos. Dame diez años, padre. Despídeme de tu esposa. Espero que el niño que vais a criar tenga una larga vida".

»Sus ojos se le iluminaron un poco, pese a que su rostro no podía ocultar que le estaba dando vueltas a la historia que le acababa de contar.

"Te he defraudado, padre. Una vez más. ¿Verdad?".

"Pues sí. Maldita sea, Gunnarr, siempre estás metido en los peores asuntos, con las peores compañías. Tu abuelo te ha dado por imposible, tal vez has pasado demasiado tiempo junto a Nagorno".

"Ya estamos de nuevo. Tío Nagorno me educó como longevo, gracias a él he sobrevivido. Es tu hermano, no comprendo ese odio visceral que le profesas".

"Cuando tú naciste, habían ocurrido ya demasiadas cosas entre nosotros, cosas que jamás podrán ser deshechas".

"Yo solo he visto a un hermano que salvó a su sobrino de los *berserkir*, arriesgando su vida. Yo únicamente he conocido a un segundo padre que me ha protegido como si fuera su hijo".

»Padre hizo un gesto de abatimiento.

“¿Eso es para ti? ¿Un segundo padre? ¿Conmigo no es suficiente?”.

“Los celos son para los inseguros; no te hagas esto, padre”, le dije.

»Él dio por concluida la conversación con un gesto, nos levantamos de la mesa y me acompañó a la puerta del hostal.

“Una última advertencia —me vi obligado a decirle—. Todo lo que te he contado..., en realidad el asunto es más grave y más urgente. Huid, ahora mismo. Sube a esa habitación, rápate el pelo, disfraza a tía Lyra de posadera o de monja, oculta por Dios ese embarazo y desapareced ya. ¡Ya!”.

»Padre comprendió y no dijo ni una palabra más. Allí nos despedimos y, tal y como le había pedido, no los volví a ver. Desaparecieron. Creo que aquella misma noche marcharon de Bristol, escondidos entre las sombras.

»Pero al salir a la calle, vi una sombra blanca que nos había observado discretamente desde la distancia.

47

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Mi padre no se había percatado de su presencia, solo era una joven más de entre las que paseaban por las calles siempre abarrotadas de Bristol. Pero era fácil distinguir el porte de Mabel de Adams, pese a que se había cambiado de atuendo, y su hopalanda de larga cola era más propia de una mujer noble que de la enfermera que había conocido. Llevaba sus trenzas recogidas en dos moños en las sienes y un velo de lino blanco, una prenda de luto en aquella época.

»Me dirigí a ella directamente, pese a que intentó ocultarse tras un carro de aperos de labranza.

"¿Por qué me espiabais?", gruñí, mirando a ambos lados de la calle y asegurándome de que nadie había reparado en nosotros.

"No lo hacía, aunque hacéis bien en sospechar de todos nosotros —contestó, sin alterarse—. No creo que hubierais sobrevivido al tiempo siendo un pobre confiado. Pero no os equivoquéis de enemigo. Yo no soy como mis hermanos. Pero... ese hombre con el que hablabais. Ese hombre es especial, tenía algo que lo hacía especial. Ambos compartís esos ojos azules tan claros, ambos sois grandes; sois familia, Gundekar. Ambos cruzáis miradas

preocupadas, pendientes el uno del otro. ¿Es vuestro hermano?, ¿es vuestro hijo?".

"No sé de qué me habláis. No es nadie", me enroqué.

"No intentéis mentirme, para mí apenas sois un chiquillo".

»La interrumpí, no se me da bien amenazar a las mujeres, pero hablaba de mi padre y me nubló el juicio. Le tapé la boca y le susurré al oído.

"Ese hombre no era nadie, ¿habéis oído? ¡Nadie! Y jamás hablaréis de su existencia a ninguno de vuestros hermanos o a vuestra Madre".

»Me mordió un dedo con más fuerza de la que esperaba de ella y se zafó de mí.

"No pensaba hacerlo. Os repito que os estáis equivocando de enemigo, y no es un error que os podáis permitir ahora mismo".

"¿A qué habéis venido entonces?".

"A pediros que vengáis a reconfortar a Madre. Su hijo ha muerto y está inconsolable".

48

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Entonces, ¿todo eso del tráfico de reliquias...? ¿Te lo inventaste? —lo interrumpí.

—Desde la primera hasta la última palabra. Eran cuentos macabros que circulaban, como las leyendas urbanas de hoy día. No hubo nada de aquello, *stedmor*.

—Ahora entiendo por qué te llaman Gunnarr el Embaucador —murmuré para mí.

Gunnarr me miró enfadado.

—Así que te cuento cómo intenté proteger a padre y a Lyra de la amenaza de los Hijos de Adán, y tú solo te fijas en la mentira.

—Entiendo que intentabas salvarlos, Gunnarr; lo que me sobrecoge es tu capacidad para fabular de esa manera. Si puedes improvisar una mentira de ese calibre ante tu padre, alguien que te conocía desde hacía quinientos años, ¿cómo creerte, Gunnarr? ¿Cómo puedo saber que es cierta cada una de las historias que me has contado en la celda donde me tuviste retenida, o ahora?

Se detuvo, llevábamos demasiados kilómetros sin tomarnos ni un solo descanso, absortos en su narración, y el cansancio de los días anteriores comenzaba a hacer mella también en él.

—No puedes saberlo, *stedmor*. Nunca vas a poder tener la certeza de que no te engaño. Ni yo tampoco de que tú seas sincera conmigo al cien por cien. ¿No me escondes nada cada vez que me dices que necesitas un respiro?

Callé, había dado en el clavo. Todos nos mentíamos: él, yo, Iago... Todos nos mentíamos constantemente.

—Pero tú crees que mi falta es peor... Yo estaba protegiendo a mi familia, pero mi padre... Mi padre estaba en realidad con sus dos hijos, con Lyra y conmigo; y si estaba tan feliz era por la llegada de su nieto, no de un sobrino. Pero nos mentía, no tuvo las agallas de decirle a Lyra que era su hija, y a mí no me lo dijo hasta que ella murió. ¿No merecíamos ambos saber que éramos hermanos?

—Iago no lo supo hasta después de la muerte de Lyra. Solo entonces se atrevió a hacer las pruebas de ADN. En cambio, Lür lo sabía desde el primer día; él sabía que no pudo ser el padre de Lyra, y calló durante casi tres mil años —le contesté.

Hizo un gesto de frustración.

—A eso me refiero: vivir como un longevo supone mentir. Mentir constantemente, incluso con más frecuencia que respirar. Cada vez que abro la boca sale de mí una mentira. No voy a sentirme culpable en cada ocasión que lo hago; no comparto tu concepto de culpa.

—Lo entiendo —le dije—, entiendo que necesitéis mentir a los efímeros, aunque odie cómo suena esa palabra. Pero ¿es necesario que os mintáis los unos a los otros, incluso dentro de vuestra familia?

—¿Crees que es menos verdadero el amor que nos profesamos? Tal vez la mentira sea una medida del amor que nos une.

—Eso es tremendamente retorcido, Gunnarr. Ningún psicólogo de este siglo te aceptaría ese argumento.

—Tiendes a pensar que todo lo antiguo está superado, que las últimas disciplinas que maneja el hombre contienen las verdades absolutas. No entiendes todavía que las verdades están siendo constantemente revisadas. Lo que antes era sobrenatural, ahora es ciencia y dado por cierto. Después ese paradigma queda superado y otra verdad absoluta redefine de nuevo tus certezas de científica. Pero solo tienes el punto de vista de una treintena de años de vida; te estoy pidiendo demasiado, no has sido testigo del ciclo que se repite una y otra vez.

—Y de paso estás haciendo que me sienta como esta hormiga —comenté, sin ganas de seguir discutiendo con él—. Volvamos al siglo XIV y tus verdades a medias. Continúa contándome: el hijo de Adana murió, ¿qué ocurrió después?

—Después... Después fue el comienzo de todo lo que hoy arrastramos. Después se abrieron las puertas del infierno... y todavía no he conseguido cerrarlas.

49

IAGO

Mayo, Massachusetts

Aquellas fueron las últimas horas que pasé en la granja de Duxbury, un precioso edificio de maderos blancos al final de Shipyard Lane Beach que, en otras circunstancias, habría vuelto a elegir como mi hogar.

Pero ya no, ya no confiaba en que nuestras palabras no quedaran registradas, ni en que micrófonos ocultos bajo las mesas, o cámaras disimuladas entre los pesados tomos de la biblioteca de Marion Adamson, no grabaran cada uno de nuestros movimientos.

Evité entrar en el interior y todas las conversaciones que tuve con mi padre sucedieron mientras paseábamos por la soleada playa. Cuando nos alejamos lo suficiente del edificio, padre aprovechó para sentarse sobre unas maderas que, tiempo atrás, había arrastrado la marea.

Se sacó del interior de su americana un pequeño móvil y me lo mostró con gesto de triunfo.

—Asumo que ese móvil no lo controla Nagorno. Ahora él también puede ser espiado, manipulado o seducido por Marion Adamson —le dije, observando el dispositivo con cierta cautela.

—Con Nagorno nunca se sabe. Puede que haya ordenado a alguno de sus oficiales que siguiera mis pasos, pero si lo hizo, yo no

fui consciente en ningún momento.

—Hablando de sus oficiales, ¿hay algo que deba saber de ellos?

—Kato, el japonés, es el más sensato. Si has de darles una orden, dirígete a él. Jazz vale tanto como lo que pesa: simplemente es un arma de descargar golpes. Pura artillería. Hana es una bomba de detonación con retardo. Creo que tiene el síndrome de Amok. Grita su nombre, o más bien el de su difunta mujer, y entrará en un frenesí de violencia extrema.

»No le hace falta el beleño como a Skoll —me explicó, y pese a que dolió el recuerdo del demonio que se llevó a mi hijo adolescente, me supo a gloria tener a alguien con quien compartir referencias—. Creo que Nagorno lo conserva por si se tercia alguna misión suicida; que entre en algún lugar donde no pueda salir con vida porque nos superan en número y que cause el mayor número de bajas posibles, por ejemplo.

»Volviendo a este móvil que pude adquirir en el aeropuerto —continuó—, no tiene contrato y funciona con una SIM con prepago y uso VPN para no ser geolocalizado, así que mis búsquedas no estarán vinculadas a ninguna de mis identidades —me explicó.

Yo me senté a su lado.

—Pues primero voy a llamar a la operadora de mi SIM en España para pedirle que me envíen una copia urgentemente por correo postal, pero imagino que tardará unos días en llegar a Estados Unidos. Les daré la dirección de tu apartamento en el sur de Manhattan. ¿Todavía lo tienes? —quise saber.

—Sí, es muy discreto y nunca me he desprendido de él. Yo pernoctaría allí, en Tribeca; si vamos a un hotel tendremos que registrarnos. Entiendo que estás sin identidad, voy a llamar ya a mi contacto para que te consiga un pasaporte falso.

—Marion me devolvió mi cartera, y tengo el DNI y el pasaporte con mi última identidad de Iago del Castillo; pero si hay que cruzar fronteras, mejor que sea con otro nombre. Y ahora vamos a lo importante: Niall McAdams. Averigüémoslo todo sobre él —respondí.

Tenía unas ganas inmensas de pasar página ya y olvidar aquellos lamentables meses que habían supuesto un inútil paréntesis y una irrecuperable pérdida de tiempo, por muy larga que fuera mi vida.

Tardamos varias horas en encontrar su rastro.

Pese a tener un cargo tan público, acceder a su agenda nos costó bastante, y un poco más, a su último domicilio.

Pergeñar nuestro plan y pulirlo no nos llevó demasiado. Los Hijos de Adán nos sacaban tanta ventaja que no teníamos más alternativa que recurrir a medidas desesperadas.

50

LÜR

Mayo, Nueva York

Lür avanzó por el gran vestíbulo del Museo Morgan en el 225 de la avenida Madison entre los exquisitos vestidos de gala y los esmóquines negros. Era la primera vez que entraba en aquella opulenta estancia de maderas oscuras y frescos en los techos abovedados. Intentó abstraerse de los volúmenes antiguos y de los miles de manuscritos que ocupaban las estanterías; en otras circunstancias habría perdido días enteros disfrutando de aquella cápsula del tiempo.

Pero se centró y afinó su búsqueda. No fue difícil localizar a Niall McAdams: era el único hombre del evento vestido con un impecable esmoquin blanco.

Cuando lo vio, tuvo una sensación de *déjà vu*: realmente era casi un clon de su antepasado Negu. Su pecho hinchado y poderoso resaltaba aún más en el elegante traje blanco a medida. Las facciones, suavizadas por una sonrisa afable y trabajada —supuso Lür— por milenios de mediaciones y negociaciones, eran igual de rotundas que las de Negu.

Pero Lür echó un vistazo al reloj de su pulsera y avanzó hacia el centro de la estancia; no había tiempo, el plan dependía de que Urko y él estuvieran sincronizados.

Tomó una copa de la bandeja que le ofreció un camarero, la alzó y reclamó silencio. Los asistentes lo rodearon con curiosidad. Niall también se acercó y, durante una fracción de segundo, se midieron las fuerzas con la mirada.

Lür se recolocó la pajarita antes de comenzar su discurso:

—Pocos conocen la historia de la diplomacia, un oficio fundamental desde las primeras ciudades-estado, desde que el mundo decidió organizarse en gobiernos, ya fuesen tiranías o democracias. Pero ¿y antes? ¿Antes de la Historia con mayúsculas?

Un murmullo recorrió la sala. Había logrado captar su atención, y ese era su mensaje: «Yo tampoco tengo miedo a exponerme entre los efímeros».

—¿Había diplomáticos en la prehistoria? —continuó—. ¿Cavernícolas de modales y temple exquisitos, que invitaban con sus pajaritas de pieles a otros seres prehistóricos a recepciones en sus grutas engalanadas?

Todos rieron, pese a que solo habían captado el diez por ciento de la ironía.

—La respuesta es que antes de la rama de los Diplomáticos existió la rama de los Intérpretes, viajeros con facilidad para las variadísimas lenguas de las tribus y los clanes. Valientes que se acercaban con obsequios al líder y a sus escoltas. Los que aprendieron por las malas a interpretar los gestos faciales, porque de ello dependía acabar con una lanza en el corazón o dormir bajo una manta de pieles aquella noche... Y ninguno queremos imaginar lo que podía suponer dormir a la intemperie en plena glaciación, amigos.

—Ya es suficiente, es suficiente. Nuestro invitado sin duda tiene una imaginación muy viva —interrumpió Niall McAdams, con una sonrisa tranquila—. Agradezco este homenaje histórico a mi oficio,

pero, amigo, no podemos esperar a que repases toda la Edad Antigua, el Medievo, el Renacimiento y las últimas guerras mundiales, o el *wagyu* se va a enfriar, y ninguno de los asistentes me lo perdonaría, amén de comenzar conflictos diplomáticos con los treinta y cuatro países presentes.

Los invitados celebraron el chiste, pese a que ninguno de ellos comprendía del todo el extraño duelo entre los dos hombres.

—Pasemos, amigos, a la sala contigua y sentémonos, pues —los apremió el diplomático—, y que les aproveche a todos.

Pero Lür se había adelantado y ya había dejado una nota bajo la servilleta en la mesa que presidía McAdams:

> Reúnete conmigo en el antiguo estudio de J. P. Morgan.
> Tengo un regalo que ofrecerte.

51

LÜR

Mayo, Nueva York

Lür esperó pacientemente en el antiguo despacho del propietario y benefactor del museo J. P. Morgan. Su corazón sintió un pequeño sobresalto cuando vio entrar a Niall McAdams con su traje impoluto blanco en medio de las tupidas paredes rojas del estudio. Niall destacaba como un insecto venenoso y el contraste resultaba un poco abrumador.

Porque era así como recordaba la presencia de los Hijos de Adán en su vida, una y otra vez: el rojo de la sangre de todos sus descendientes y el blanco de las conchas de cauri reclamando la autoría de cada masacre.

—No te escondes —le dijo el Hijo de Adán a modo de saludo.

—No te temo —mintió Lür—. Toma, el presente prometido.

Lür se acercó a él, sin dejar de lado la cautela, y le tendió la pequeña figura de marfil del hombre bisonte, que tanto tiempo atrás le había regalado el antepasado del hombre que tenía delante.

Niall se lo quedó mirando sin cogerlo; primero con estupor, después, repuesto de la sorpresa, Lür vio en sus ojos algo parecido al desconcierto.

—¿Lo has conservado durante milenios?

Y se sacó del bolsillo otro pequeño hombre bisonte blanco. Lür observó pequeñas diferencias en los trazos, y supo que el amuleto había sido replicado una y otra vez a lo largo del tiempo.

—Negu fue un hermano para mí, me aceptó como a un igual pese a que él era un efímero y yo un longevo. Y su sabiduría me ha ayudado en tantas encrucijadas vitales que te aburriría si las detallara todas. Solo quería demostrarte que no somos tan diferentes y que podemos pactar un acuerdo entre los dos linajes —lo tanteó Lür.

Pero Niall volvió a guardar su amuleto en el bolsillo.

—O tal vez solo lo estás usando para intentar manipularme, como hiciste con él cuando lo traicionaste.

Lür suspiró, cansado ya de oír las mismas reticencias.

—Adana os transmitió su propia narrativa, y os ha criado alrededor de esa verdad absoluta. ¿Cómo podría rebatirte milenios de cuentos de terror, si ahora ella no está y no puedo confrontarla? Es inútil, lo sabes. No voy a desgastarme intentándolo.

—Soy un mediador y sé diferenciar entre la nobleza y la manipulación. Y reconozco que me esperaba otro Lür. Pero, aunque yo también abogaría por un final pacífico, no vas a poder cambiar milenios de ciega obediencia...

—De sumisión —matizó Lür—. Era sumisión interesada a cambio de protección, o para evitar el Exilio. Pero si eliminamos la amenaza del Exilio...

—Aún quedarán hijos que quieran vengar su muerte.

—No, si les hacemos entender que yo también he vengado las muertes de cientos de mis descendientes que matasteis. Y solo la hemos matado a ella. De momento me he negado a iniciar una guerra abierta.

—¿Es una amenaza, Lür? ¿Tú, liderando una guerra entre dos clanes longevos?

—Esa es precisamente la ventaja, querido McAdams. Ahora estáis descabezados, sin líder. Habrá luchas entre todos los líderes de las ramas por el matriarcado o el patriarcado..., y mientras estéis ocupados jugando a vuestro particular juego de tronos longevo, los miembros de la Vieja Familia aprovecharemos y atacaremos.

—Estáis tú y tus pocos descendientes, si es que han sobrevivido a las represalias tras la muerte de Madre.

—Si Marion Adamson se nos une, dado que está Exiliada, seremos uno más. Y nosotros, pese a ser menos, somos longevos muy difíciles de matar.

—¿Quién te dice que Maia se os quiera unir?

Lür sacó su móvil y le mostró el vídeo que Marion había dejado grabado para Niall.

El Hijo de Adán escuchó con atención. Marion hablaba de treguas, de apaciguar a los Cazadores, de oportunidad histórica para dejar atrás la violencia.

—Muy conveniente su alegato, ahora que ella también es una Exiliada. De todos modos, da igual: seguís siendo muy pocos —dijo Niall, no muy convencido.

—Enheduanna, Ishbi-Erra, Amahiri, Satti, Tanit, Neferefre, Hani, Maharishi, Aulus, Zhen Yi, Elur, Aiert, Simat, Kava, Mysia... —recitó Lür. Hacía tanto que no los nombraba, que salieron a borbotones.

—¿Qué dices?, ¿qué es esa letanía?

—Son los nombres de mis hijos y mis esposas ensartados, son los nombres de los que aún quedan por vengar. Si los Hijos de Adán decidís aplicar la ley del talión, matar a mi hijo Urko porque mató a Adana, yo acabaré con un Hijo de Adán por cada uno de los hijos que me matasteis. Pero aún no he acabado, Niall; ahora llega el

nombre más interesante para ti: Quinn Prescott, tu pareja. Ahora mismo despacha sus gestiones en su sofisticado estudio de arquitectura en Park Avenue. Hoy le has dado una sorpresa y le has enviado a tu chófer al trabajo. Salvo que en esta ocasión el chófer se ha tomado un obligado descanso y uno de mis hijos ha decidido que no va a llegar a vuestro apartamento en el NoHo. Toma, puedes comprobarlo. Pon el manos libres.

Niall mantuvo la calma, pero el color le había desaparecido del rostro.

—¿Cariño? ¿Estás bien? —preguntó con voz ronca.

—Sí, cielo. Me ha recogido tu chófer nuevo y vamos para casa. Aunque, entre tú yo, vaya ojazos... Te dejo, que estamos entrando en el aparcamiento y se va a cortar la llamada.

Y colgó.

—Tú dirás. Mi hijo tiene la orden de que no salga de ese garaje. No va a acabar con su vida, no creas. De eso se encargará mi otro hijo, el escita. ¿Oíste hablar alguna vez de los escitas y sus particulares costumbres?

—Quién no lo hizo hace tres milenios. Y si en aquella época hubiera vivido debajo de una piedra, también sabría de ellos. Leí a Heródoto, como tú, imagino.

—¿Sabes que todavía bebe la sangre de sus enemigos en sus cráneos? Solo si respeta a su enemigo, y tú, amigo mío, eres un enemigo más que respetable. Él mismo dora los cráneos y los convierte en cálices. Creo que no queda ningún orfebre en el mundo que todavía lo haga. Nadie más que yo conoce su taller. Solo a mí me lo enseña, no le gusta deshacerse de sus trofeos de batalla. Así lo educó su madre. Para unos ojos contemporáneos, acaso resulte un lugar demasiado siniestro, pero está lleno de poder, de energía. Una energía destructiva, maligna tal vez. Nunca he podido aplacar

ese lado oscuro de mi hijo, y he asumido que no lo lograré. Sé leer en las facciones de la gente; ahora mismo finges fortaleza, cierta entereza, pero por el sudor perlado de tu sien izquierda, sé lo que te estás preguntando en este preciso momento. Lo que más te preocupa, la duda que te atormenta, querido amigo, es si Nagorno tiene cráneos recientes en su santuario de cálices dorados.

—¡Basta! Basta, Lür, es suficiente.

Lür lo sujetó por las solapas.

—Aquí y ahora te doy dos opciones: o negocias una tregua, o ejecutaré mi venganza. Pero empezaré contigo y acabaré contigo: nadie a quien ames sobrevivirá, nunca. Da igual lo que te escondas, da igual los milenios que vivas: ellos no sobrevivirán. Tus antepasados directos estaban allí cuando Adana pronunció esa misma sentencia, ¡estaban allí, maldita sea! Yo los ayudé a nacer, yo les enseñé sus primeras palabras, y vosotros, en cambio, habéis cazado a los míos durante milenios. Negu fue mi compañero durante toda una larga vida, yo lo cuidé y yo lo reconforté mientras moría. ¿Qué habéis hecho sus descendientes con su legado? Vuestra Madre lo pudrió todo. Negu estaría horrorizado si pudiera levantarse de su tumba y contemplar lo que me habéis hecho durante milenios, en qué os habéis convertido los de su linaje.

Y por fin el miedo había cambiado de bando, lo vio en sus ojos, las pupilas dilatadas hasta que su mirada quedó negra.

—Pero yo ahora estoy preparado y llevo preparando a mis hijos durante milenios para esto sin que ellos lo supieran: tenemos dinero, inteligencia, estrategia militar y mucha paciencia. Créeme, ahora que ellos conocen vuestra existencia serán imparables e implacables. Les habéis dado motivos. Y si sigues sin colaborar, te vas a encontrar con una réplica del amuleto de Negu cada vez que acabe con tus familias, ¿y sabes para qué? Para que recuerdes que vosotros

empezasteis esto. ¿Hombre o bestia, Niall? ¿Sabiduría o instinto? Me habéis forzado a convertirme en instinto. Podemos hermanarnos, llevamos el mismo amuleto en el bolsillo desde hace milenios, o podemos acabar los unos con los otros, hacer un favor a los efímeros y aniquilarnos hasta que no quede rastro de nosotros. Y date prisa en tomar una decisión —lo urgió—: mi hijo tiene la orden de no permitir que Quinn llegue a subir a vuestro apartamento. Si no lo llamo ahora mismo, parte de tu pareja acabará acumulando polvo en las estanterías de un taller clandestino de espléndidos cráneos dorados.

—Llama a tu hijo —dijo por fin Niall—. Os ayudaré. Hay ramas más fanáticas que otras, y no creo que os perdonen que hayáis matado a Madre. Aunque creo que otros, la mayoría, estamos aliviados con el cambio de *statu quo*. Pero llama ya a tu hijo, Lür.

—Promesas huecas. Dame algo —insistió él, sin soltar sus solapas todavía.

—Maia ha dicho que está buscando al líder de los Cazadores. Yo os diré dónde encontrar a Cormac Adanssen. Está en Europa, puedo localizarlo.

Lür sintió que una corriente de alivio le recorría el espinazo. Por fin un poco de colaboración.

Soltó con cierta prudencia a McAdams y llamó a Urko:

—Estoy en manos libres. Es suficiente, hijo. Deja que Quinn Prescott se marche.

Poco después, Lür había concretado con Niall McAdams los siguientes pasos que habría que dar. Se despidió de él y permitió que volviera a la cena en la Morgan Dining Room para continuar ejerciendo de anfitrión.

Bajó por el ascensor, se dejó caer con la espalda apoyada en el espejo y cerró los ojos. El pulso le temblaba.

Una vez en la calle, recibió una llamada de Urko:

—¿Todo bien? —quiso saber.

—Todo bien —respondió su hijo—. Quinn Prescott ni siquiera se ha percatado de la situación. Voy para tu apartamento. Estoy pendiente de que me llegue la copia de la SIM. Ven hacia aquí y me cuentas cómo ha salido este primer tanteo. Asumo que no del todo mal, estás vivo y tu voz me sabe a alivio.

—Así es, pero hablemos mejor en mi casa.

Tomó un taxi y, media hora después, su hijo Urko le abría la puerta con el rostro demudado:

—Dana me dejó dos mensajes, padre. Tienes que oírlos.

52

ADRIANA

Mayo, Navarra

Gunnarr continuó con su relato:

—Partí con Mabel hacia la hacienda de Adana. Caminamos durante un buen tramo en silencio hasta que yo decidí romperlo:

"No os parecéis a vuestros hermanos", comenté con intención, mientras encarábamos la pendiente que nos llevaba al edificio.

"¿En qué sentido lo decís? Ya sabéis que somos todos familia, aunque familia remota. Apenas son mis primos, sobrinos o tíos lejanos. No tenemos por qué compartir rasgos, ni siquiera compartimos época. Vemos el mundo desde una cosmología muy diferente".

"No hablaba de vuestros rostros, hablaba de que todos parecen supeditados a Adana, pero vos... Vos no acatáis ciegamente. Hay una obediencia, una sumisión en vuestra familia que me resulta muy difícil de entender, dada vuestra edad".

»Ella frenó en seco, soltó la tela del vestido que sujetaba con ambas manos para no dejarlo perdido de barro.

"Nevill y Khotan son soldados, peones armados que se han ido ganando su puesto con el tiempo, misión tras misión, partida de caza tras partida de caza. Ellos siguen todavía el antiguo culto al corazón de Madre. Harán lo que sea para que no deje de latir. Así

fueron criados. ¿Los vais a juzgar, pues? ¿No somos todos consecuencia y producto de nuestros primeros años? Pero aún no habéis visto nada —contestó, mirando hacia la hacienda—. Aún no sabéis lo que supone haber nacido en esta familia".

"Pues hacédmelo entender. Quiero saberlo", le pedí.

"No es el momento, y tal vez no lo sea nunca. Yo... Yo no suelo acompañarlos, Madre me ha reclamado porque soy de la rama de los Cronistas, y ella quiere que deje constancia de la Ruta Jacobea. Una crónica de viajes para que los Hijos de Adán puedan guiarse gracias a ella".

"Ya existe una crónica, el *Codex Calixtinus*, de Aymeric Picaud".

"La conozco, aunque sospecho que en realidad es una compilación de varios autores; no tiene un estilo consistente. Pero casi cuenta con dos siglos, está plagada de prejuicios de un francés de su época contra los navarros y otros pueblos. Según él, todos sus ríos están envenenados, todos sus habitantes esperan para robar a los peregrinos, afirma que dan besos lujuriosos a las vulvas de sus mujeres y de sus mulas. También carga contra los gallegos, los acusa de incultos, iracundos y litigiosos... Madre y sus hijos necesitan un compendio fiable de los peligros del Camino, de los hospitales de peregrinos... A mí me seduce esta misión, aunque si así no fuera, tampoco podría negarme. Pero en cuanto termine, me alejaré de ellos hasta que Madre vuelva a exigirme obediencia. Procuro no estar cerca, ya habéis visto lo que supone vivir una vida a su lado.

"Sí —mascullé—, empiezo a intuirlo".

»Continuamos nuestra marcha en silencio, pero cuando ya estábamos en las inmediaciones, vi por el camino a los soldados blancos partiendo al galope en dirección norte. Ellos nos vieron y nos ignoraron, pero finalmente aparecieron Nevill y Khotan.

»Ambos me echaron un vistazo desde los lomos de sus monturas, se susurraron algo entre ellos y fruncieron el ceño, pero picaron espuelas y se perdieron entre la polvareda que habían provocado los cascos de sus caballos.

»Me revolví, un poco inquieto. No podía saber qué ocurría, pero estaba dispuesto a averiguarlo, si es que Adana atendía a razones.

»Mabel y yo cruzamos el patio desierto. Donde antes se escuchaba el bullicio de los entrenamientos de los soldados blancos, ahora solo quedaban los fardos de paja con alguna pica clavada en el corazón.

»El silencio que reinaba me hizo daño; no sé si sabes a lo que me refiero, *stedmor* —dijo, circunspecto, dirigiéndose a mí—. El silencio que precede a las grandes desgracias. Lo había oído tantas veces antes, en las batallas, cuando partía de razias con mis hombres, siglos atrás, en mis incursiones a los monasterios irlandeses... ¿Lo has escuchado alguna vez? Yo lo llamo el silencio blanco.

—Creo que sí —recordé los momentos más negros de mi vida, la calma que precedió a las desgracias, a los dramas.

Recordé la última vez que oí el silencio blanco. Estaba sentada en un avión privado, junto a Gunnarr, Lür y Nagorno.

Nos dirigíamos a las islas Thousand, a rescatar a Iago. La mayor parte del viaje la hicimos en silencio. Nunca había visto a tres longevos tan preocupados. Tan conscientes del peligro que se nos venía encima. Ni siquiera Lür trató de disimular ante mí. No intentó darme conversación ni procuró hacérmelo más fácil.

Y yo tuve la certeza, mientras trataba, hora tras hora, de respirar aquel espeso silencio, de que alguien iba a morir.

53

ADRIANA

Mayo, Navarra

Gunnarr me miró, comprendiendo que yo comprendía, y continuó con su relato:

—Mabel me acompañó escaleras arriba. El roce de mis botas contra las losas era lo único que se escuchaba en aquella hacienda sin vida.

"Trata de aplacar su ira, por el bien de todos", me susurró, con gesto serio. Después me dio una palmada en la espalda, como para infundirme fuerzas, y me dejó a solas frente a la puerta de los aposentos de Adana.

»Cuando entré, la encontré sentada con las piernas cruzadas sobre su lecho, una amplia cama con cuatro columnas de madera. Un frío rayo de sol se colaba desde el ventanal lateral e iluminaba parte de su melena despeinada. Estaba jugando con varias conchas de cauri, ensimismada. Había muchas derramadas alrededor de ella, sobre las sábanas. Ella las cogía una y otra vez entre las manos y las dejaba caer de nuevo, como si fuese agua de un arroyo que no llegaba a beber.

»Tardó un poco en percatarse de mi presencia. Después me miró fijamente, apretando en su puño algunas conchas que quedaron

atrapadas. Creí que las cascaría como nueces. En ella nada me parecía imposible.

"El dios del Crucificado se ha reído de mí", se limitó a decirme. Lo recitó sin inflexión, como poniéndome al día de una noticia objetiva, un hecho irrefutable.

"No pienses en eso ahora, Adana. Hay que seguir adelante. Simplemente tienes que seguir adelante. Vendrán más hijos, vendrán más dioses. Y nosotros seguiremos recorriendo los milenios sin que nada nos afecte del todo".

»Adana me atravesó con sus ojos negros, ladeó un poco la cabeza, lentamente, como ella se movía.

"Sí..., vendrán más hijos. Eso es lo único que importa ahora. Ven, mi joven dios".

»Me acerqué a la cama, me desvestí frente a ella, que se giró y me dio la espalda, esperando sin darme una orden a que yo desatase los lazos de su vestido.

»Su cuerpo estaba más caliente que de costumbre. Intuí una furia ni siquiera disimulada, algo parecido a la fuerza desatada de los cuatro elementos. Como cuando un marinero experimentado olfatea una galerna que destrozará su barco y lo reducirá a astillas.

»Pero, aun así, traté de ser dulce con ella. La abarqué en un abrazo; sabía que mi fuerza no podía herirla. La tomé por las caderas y la atraje hacia mí, levantándola del lecho. La penetré contra la pared, después sobre el suelo, frente al fuego de la chimenea. A mí en cambio, aquella carnalidad no me calentó el alma. Sentía los miembros ateridos de frío, la humedad en los huesos. Todo se había vuelto glacial a su lado.

»Solo quería mi simiente, nada más en mí le interesaba...

»Y otra vez oí de nuevo el silencio blanco.

»Cuando me di cuenta de que mis gemidos no eran acompañados por los suyos, dejé también de emitir cualquier sonido de placer, tal vez por orgullo o acaso por rabia. No había música en nuestra danza. Ella estaba muy lejos: Adana se había ido y allí solo quedaba Madre.

»La noche llegó, y arribó el alba de nuevo.

»Ambos teníamos fuerzas para pasar muchas jornadas sin comer, beber o dormir. Son dones que un longevo va adquiriendo; más que con la edad, con las experiencias extremas. Siempre traen enseñanzas. Ya sabes lo que dicen: el obstáculo es el camino.

—Hablabas de Madre y de vuestras maratonianas sesiones de sexo longevo... —le recordé a Gunnarr, intentando que se centrase.

Me sentía algo incómoda al tener acceso a su intimidad. Le había pedido que no se dejase nada en su historia, pero Gunnarr relataba sus recuerdos más privados con una naturalidad, una honestidad que me desarmaba.

—Así es —reconoció—. Lo cierto es que la quería dejar dormida y templada bajo el lienzo de las sábanas, que aquella furia se eclipsase por un momento. Estaba intentando ganar tiempo, así que la penetré de todas las maneras posibles hasta que se rindió al sueño. Después me vestí con prisas y abandoné la hacienda, jurándome no volver a aquel nido podrido de longevos.

Gunnarr miró el bosque que nos rodeaba, y paró para retomar el aliento. Yo lo imité, los días de caminatas extenuantes cargada con mi mochila estaban haciendo mella en mis fuerzas, y llevaba varias jornadas arrastrando unas agujetas y varias ampollas que me empeñaba en ignorar, pese a que iban a peor con cada kilómetro que avanzábamos.

—Verás —continuó él—, Lür nos había educado de manera diferente. Podría haber sido un patriarca sádico, un tirano... Podría

haber sacado lo peor de nosotros: de mi padre, de Nagorno, de Lyra, de mí. Pero no lo hizo. Mi abuelo Lür nunca nos exigió obediencia, nos dio libertad para equivocarnos, jamás nos trató como a niños, sino como a iguales. Nuestra Vieja Familia era pequeña, y siempre estábamos al límite de perder a los pocos miembros que la formaban; como ahora, *stedmor*. Como ahora. Y yo creo que su grandeza, la sabiduría de mi abuelo, consiste en que ha elegido no ser como Adana y no hacernos vivir como los Hijos de Adán.

—Se le llama democracia —susurré.

—Eso es —sonrió Gunnarr—. Tu cerebro europeo contemporáneo lo ha resumido perfectamente. Dictadura o democracia. De eso se trataba en realidad.

»Y volviendo al Medievo, por el camino de vuelta al puerto, me topé con la figura oscura de un cuervo. Me esperaba en mitad de la senda, con sus ojos espantados por el terror.

—¿Quién era?

—El prior Bettany. Algo grave había sucedido; era un hombre que controlaba sus impulsos, dueño de sí mismo y de toda su parroquia, pero aquel día estaba como ido.

"Acompañadme a la iglesia —me dijo, temblando—, debo contaros algo y solo me atrevo a nombrar el horror en un lugar sacrosanto".

54

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Lo seguí, intranquilo, hasta la sacristía, preocupado por si mi padre y Lyra no habían conseguido volverse invisibles y estar a salvo a varias millas del desastre; preocupado por mis hombres, pues los sentía desprotegidos con los soldados merodeando por el puerto; preocupado por las miradas negras que me habían lanzado Nevill y Khotan y por las palabras que se habían murmurado. Intuía que mi destino dependía de aquellos susurros pronunciados.

"De Whasildang nos han llegado noticias terribles. No las creería si no fuese porque el mensajero es hombre de confianza de la Corona".

"¿Qué noticias son esas, pues? ¡Hablad!".

"Han incendiado la iglesia de Whasildang. La cruz de nuestro Señor ha sido bajada del altar y transportada al exterior; allí ha sido quemada. Han crucificado al párroco en ella, le han clavado decenas de picas. Todos los asistentes a la misa de maitines fueron encerrados dentro de la iglesia. Los ensartaron y los apilaron. Después prendieron fuego; dicen que los lamentos y los gritos de dolor de los desgraciados que aún estaban malheridos se oían desde los bosques cercanos. Que todos los vecinos acudieron al rescate, pero era demasiado tarde. —Después me agarró por el cuello de la túnica, en un gesto que jamás habría esperado de él—. Dicen que

vieron a soldados blancos alejarse —me susurró al oído, con rabia, con una desesperación que hacía daño—. Soldados blancos como los de la viuda que frecuentáis. ¿Vos sabéis algo, Gundekar? ¿Han sido ellos los culpables de semejante ofensa al Altísimo?".

»Pero no pude contestar, ni el pobre padre Bettany oyó jamás lo que tenía que decirle. La puerta de la sacristía se abrió a mis espaldas y Khotan entró, le hizo un tajo en el cuello y lo desangró en segundos. Yo sentí el hierro de las picas en el cráneo. Conté ocho. Ocho soldados me rodearon, y Khotan me colocó su puñal en el corazón, sin darme opción a sacar mis dos dagas y defenderme.

"Alguien os ha oído pronunciar un nombre maldito. Madre quiere saber si es cierto que habéis llamado abuelo a Lür. Y por mis dioses que espero que lo sea, porque quiero retomar la partida de caza de vuestra familia allí donde la dejé hace ya tanto tiempo".

55

IAGO

Mayo, Nueva York

Poco después de llegar al apartamento de mi padre, había llamado un mensajero para entregarme la copia de la SIM. Había pagado una cantidad nada despreciable para que me la enviaran con la máxima urgencia y el proveedor había cumplido.

Cargué la tarjeta y encendí el móvil. Había muchos mensajes, y los fui saltando según escuchaba a los empleados del Museo de Arqueología de Cantabria urgirme en labores que ya no tenían ninguna premura.

Hasta que oí su voz. La voz de Dana, grabada apenas hacía una semana, me reclamaba:

> Hola, Iago. Sé qué no puedo darte detalles de dónde estoy, pero necesito contarte que hoy he estado frente a una pared con manos en negativo; era una zona muy poco visitada, pero yo he insistido en acercarme —ventajas de estar al mando—. Recuerdo la promesa que nos hicimos, la que Lür recitó para nosotros: «Ahora Madre Roca sabe de vuestro vínculo. Sed dignos de ella». ¿Estamos siendo dignos, Iago?

Escuché con atención todo el mensaje, hasta que llegué al final:

> Ven a visitarme, sorpréndeme y sal de la piedra bajo la que te has escondido. Contéstame y te daré las coordenadas de donde estoy.
>
> Tu esposa muerta

Y después de ese mensaje, Dana me había dejado otro más. Otro en el que me confirmaba que, pese a todo, seguía viva.

No sabía si la iba a comprometer, pero los nervios pudieron más y marqué su teléfono. Una voz robótica me informó de que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Apenas treinta minutos más tarde, mi padre entraba por la puerta y yo le reproducía el primer mensaje de Adriana.

—Urko, no intentes llamarla más, puede ser peligroso si nos están rastreando.

—Tienes razón, no he sido racional, es que ¡está viva! —dije en voz alta para asumir la nueva realidad.

Pero padre me miró con el rostro circunspecto:

—Entonces lo que te contó Marion Adamson es cierto: estaba en Tadrart Acacus. Y los Hijos de Adán dieron con ella.

—Hay otro más, padre —le corté, con la garganta seca—. Y lo grabó ayer.

> Iago, no tengo ni idea de si quieres saberlo o soy una página atrasada de tu remoto pasado, pero he sobrevivido al derrumbe. Estoy en el pueblo del puente, haciendo el Camino del Padre con el Oso Blanco. Márcate un tanto y búscame, anda.
>
> Tu esposa, viva pese a todo

Lo volví a escuchar por segunda vez. Y después una tercera.

—Estás temblando, hijo —me sujetó padre, preocupado—. Vamos al salón, tienes que sentarte.

Mi cuerpo lo obedeció, manso. Mi cerebro estaba en otro lugar, un lugar muy luminoso que no visitaba demasiado a menudo, porque los milagros habían sido escasos a lo largo de mis diez milenios.

Nos sentamos ambos en el inmenso sofá que presidía el salón de padre, pero me volví a levantar, y después a sentar.

—Está viva. Y Gunnarr: habla del Oso Blanco; solo puede ser él. Están los dos vivos. Gunnarr sobrevivió a la explosión de la clínica y

Dana me pide que vaya a buscarla.

Ambos nos miramos, asimilando.

—No parece pedirme ayuda con Gunnarr, luego no la tiene secuestrada; creo, más bien, que están huyendo del derrumbe y, en lugar de buscar un sitio donde esconderse, están jugando a ser blancos móviles —pensé en voz alta.

—Y Marion sabe que está viva si se llevó tu SIM y escuchaba los mensajes. Y no te lo ha dicho, es más, te ha mentido y nos ha contado lo del derrumbe y que la dan por muerta. Eso significa que no ha contado la verdad. Sigue siendo una Hija de Adán —intervino padre.

—Incluso en su forma de vestir —le di la razón—. Dice que está Exiliada, pero todos estos meses ha vestido de blanco, como si continuara uniformada. Un día abrí su vestidor: todas sus prendas eran blancas. ¿Lo hace por estrategia, por si la encuentran los Hijos de Adán, para convencerlos de que sigue siendo uno de ellos? Da igual, no sé qué hago pensando ahora en ella. Dana está viva, padre. Y Gunnarr. Tenemos que ir a por ellos.

—Por suerte, su mensaje en clave es bastante sencillo: «Estoy en el pueblo del puente, haciendo el Camino del Padre con el Oso Blanco» —repitió mi padre, después de escucharlo por cuarta vez.

—El Camino del Padre; están haciendo el Camino Francés, desde Saint Jean de Pied de Port, en Aquitania; el que tantas veces recorrí con Gunnarr en el Medievo —dije.

—Ayer estaba en el pueblo del puente, pero la Ruta Jacobea está plagada de pueblos con puentes: el puente de Santiago en Sarria, el puente de Piedra en Logroño, el puente de la Rabia en Zubiri...

—¡Ese! —lo interrumpí—. Tiene que ser ese: *zubi*, en euskera, significa 'puente', *hiri* es 'ciudad'. Si el derrumbe en Libia fue hace una semana y están haciendo el Camino de Santiago, han tenido

que volar hasta Francia o España y apenas estarán en las primeras etapas. No les habrá dado tiempo a llegar a Logroño y mucho menos a Galicia. Si tomamos un vuelo ahora mismo a España, podemos recorrer el Camino en el sentido contrario hasta interceptarlos. Yo partiría desde Logroño y los buscaría en las etapas al contrario del orden habitual: de Logroño a Los Arcos, después Estella, después Puente la Reina, Pamplona, hasta Zubiri.

—¿Estás seguro de que es el siguiente paso que tenemos que dar, hijo? Marion no es de fiar. Tal vez, si iban tras Adriana y la han dado por muerta en el derrumbe, la ponemos de nuevo en peligro.

—Vamos a ocultar este hallazgo a Marion —le dije, lo tenía muy claro— y, por extensión, a Nagorno. Puede que lo esté espiando o controlando sus comunicaciones como me hizo a mí. Sé de sobra que Nagorno sabe cuidarse solo y que habrá tomado sus medidas, pero es mejor que crean que estamos en Nueva York, esperando a que Niall McAdams nos ayude a localizar al líder de los malditos Cazadores.

56

ADRIANA

Mayo, Navarra

La noche se había cerrado en torno a nuestras dos siluetas; habíamos preferido entrar en Pamplona cuando la oscuridad nos protegiese de ser reconocidos.

No visitamos la plaza del Castillo ni la catedral; en vez de eso, Gunnarr encaminó sus pasos hasta un pequeño hotel a las afueras que ni siquiera lo frecuentaban otros peregrinos.

Agradecí su prudencia, aunque sospechaba que su decisión de no visitar Pamplona de día también obedecía a su empeño en que yo no intentara buscar una tienda abierta donde comprar un móvil.

Después de la cena, Gunnarr entró en mi habitación, se sentó en un sofá que le quedaba pequeño, y continuó con su relato:

—Cuando abrí los ojos, me encontré en la penumbra de la sala que había servido de lazareto al hijo menor de Adana. El golpe en la cabeza que me había propinado Khotan me mantuvo mareado durante un buen rato más, pero los rostros imperturbables que conseguí distinguir a mi alrededor no mostraban tener ninguna urgencia. Contaban con tanto tiempo como yo. Estaba atado a una especie de escalera, cabeza abajo, aunque en esta ocasión eran cadenas de hierro las que me sujetaban a la madera.

“He visto tu habilidad para zafarte de la soga —comentó Khotan—. No volverá a ocurrirme. Madre, ¿puedo empezar?”.

»Adana se aproximó a mí. Vi su rostro invertido; no expresaba nada.

“Te has unido a mi carne mientras me mentías —murmuró—. Me has hecho creer que eras de primera generación, como yo, y solo eres el descendiente de un clan enemigo. ¿Cómo pudiste creer que ibas a engañar a un corazón como el mío y seguir viviendo? ¿No te queda claro que soy la Primera, la más Antigua aún viva? ¿Te gusta jugar con los dioses, niño? ¿Lür es tu antepasado, el que yo maldije en las Primeras Edades? ¿El que comía los corazones de mis hijos recién nacidos? Si eres de su estirpe, no habrá clemencia contigo”.

»La noche anterior, sobre su lecho, por un momento había creído de nuevo que me había unido a una mujer, pero contemplé esos ojos que me miraban sin ver, y me asomé a su interior y no vi nada; estaba vacío, era como una estatua hueca. Hablaba y se movía como nosotros, tal vez algo más lento, y los sonidos que emitía sonaban siempre un poco extraños, pero podía haber pasado por uno de nosotros.

»Pero no lo era, desde luego que no lo era. Adana estaba más allá de toda humanidad.

»A su lado estaba Mabel, sujetando una antorcha.

“¿Tú me has traicionado?”, le grité.

“¿Ella? —intervino Khotan, sin comprender—. ¿Habéis hablado acaso?, ¿habéis...? ¿Ocultas algo, hermana?”.

“Solo sospechas; iba a contároslas, hermano mío. Pero lo habéis prendido antes de que pudiera acudir a vos con mis reservas”.

“Fue el posadero”, intervino la voz de Sunna.

»Se había quedado unos pasos atrás y desde mi forzada postura no podía verla bien. Intuí en su voz tensa mucho cansancio. Yo

estaba atento a todas las percepciones, concentrado en todos los detalles. Había entrado en modo supervivencia, sabía que de mis habilidades dependía morir aquel día o continuar vivo.

"Que este Dios traicionero lo tenga en su gloria —terminó Khotan —. Le pagué bien para que repitiera palabra por palabra vuestra conversación en su taberna con aquel médico. Pero había escuchado demasiado: padres de la misma edad, abuelos aún vivos, hermanos casados... El hombre me contó toda vuestra curiosa historia, pero no dejaba de pedir explicaciones a lo escuchado... El médico y su mujer han desaparecido, no volvieron a salir del hostal, pese a la vigilancia a la que los sometí. Han debido de ser muy astutos o maestros en el arte de transformarse en otros. No hay ni rastro de ellos —masculló frustrado—. Pero por eso estáis aquí. Porque vamos a repasar nuestra lección de historia. Conocéis sin duda el tormento del agua, ¿verdad?".

"Adelante, fornicar con vuestra madre me ha dado sed", contesté, con calma.

»Desde hacía un buen rato había imaginado a qué tortura me expondría Khotan. Había anticipado que, por la postura cabeza abajo en la que me habían inmovilizado, comenzaría por la "cura del agua".

»Me metió un paño en la boca y un soldado blanco se acercó con un jarro de agua, parecido a las regaderas que tú conoces. Me hizo beber un búcaro completo, después otro, después otro... Un hombre normal suele sucumbir antes del octavo. Se atraganta, las fosas nasales se le inundan; simplemente se ahoga. Pero mis pulmones son más grandes que los de un hombre normal, entiendo. No me dejé llevar por el pánico, y he pasado media vida con mi cuerpo metido en oleajes que no sabían de números.

»A Khotan le enervó mi indolencia. No había sospechado que yo estaba preparado. De ese hecho saqué dos conclusiones: sabía

torturar y nunca antes había apresado a un longevo. O tal vez tres: no conocía a Marco Aurelio ni la filosofía estoica. Al menos, no la practicaba o la despreciaba.

—Marco Aurelio —repetí—. Me falta contexto, Gunnarr.

—Sí, Marco Aurelio y sus *Meditaciones*, o el *Manual de vida* de Epicteto. Los estoicos. Las lecturas clásicas que mi padre me procuró siglos atrás, eso me salvó. Es la única manera de superar una sesión de tortura. Mi padre me insistió mucho, después de saber que yo era longevo, en que aprendiese e interiorizase aquella lección. Como si supiese que, con el tipo de vida que iba a llevar, en algún momento me torturarían y lo iba a necesitar.

Yo callé, recordé los diez años de sodomías a los que lo sometió Nagorno, siendo todavía un chiquillo escita.

—Dime —me obligué a preguntar—, ¿cómo un libro te puede salvar de una tortura?

—Asimilando sus enseñanzas y practicando en cuanto tenía ocasión. Así me he curtido, y tú deberías comenzar hoy mismo.

—¿Y eso por qué? —quise saber.

—Verás, los estoicos defienden que los hechos son objetivos: las desgracias, las muertes, los reveses de la vida... Pero cada uno de nosotros somos dueños de cómo nos afectan esos hechos objetivos. Podemos elegir, y ese poder es irrenunciable, no nos lo puede arrebatar nadie. Los hechos de la vida no son justos o injustos. Simplemente suceden. Podrías pensar que ya no tenía nada que hacer, rodeado de enemigos y ante la muy probable perspectiva de morir torturado por un psicópata que le tenía inquina a mi abuelo, pero de hecho podía conservar la calma, pese al dolor. Controlar la respiración, mantener la cabeza fría, no dejarme llevar por la rabia... Y desde luego, elegí no traicionar a mi familia. Khotan no tenía nada que hacer. Aquello, simplemente, no iba a ocurrir. Y en ese instante,

cuando lo decidí, realmente fui un dios, el dios del que hablaba Adana. Porque yo elegí lo que iba a suceder en ese momento, no ellos. Yo movía los hilos, como un relojero cósmico. Era poderoso; lo suyo eran intentos que no alcanzarían el estatus de realidad porque yo así lo había decretado. Nadie podía hacerme daño. Era invulnerable.

—Pero podrías haber muerto.

—Y de nuevo, muchacha, ese hecho es inevitable. Algún día sucederá y estoy preparado, aunque no lo busque y lo haga lo mejor que sé para retrasarlo. Pero no habrían conseguido sonsacarme el paradero de mi familia. A eso me refiero, al poder de controlar nuestra reacción ante los hechos.

—¿Y qué pasó después? —pregunté con un hilo de voz.

Aquella sesión de tortura me estaba dejando mal cuerpo. No se me había ocurrido que Gunnarr tenía tanto miedo a los Hijos de Adán porque había sufrido en sus carnes de lo que eran capaces.

Se encogió de hombros.

—Tuvieron que ir a por más agua. Lo cual me dio tiempo para respirar aire seco y normalizar mi respiración. Fijé mi vista en una pared para no marearme. Esperé la segunda tanda de tortura acuática, porque sabía que Khotan no iba a dejarlo estar.

57

ADRIANA

Mayo, Navarra

"¿Cuál es el paradero de Lür, Gunnarr? ¿Ese es tu Nombre Verdadero, no es cierto?", repetía, cada vez más enervado.

»Yo callaba, mientras otro litro de agua se derramaba por mi garganta y yo contenía el aire hasta que lo vaciaban. Entonces respiraba y era suficiente. Le estaba cogiendo el tranquillo al ritmo con que me administraban el agua. Calculé que podría aguantar un par de tandas más sin marearme.

"¿¡Dónde está Lür!?", gritaba Khotan a mi oído, una y otra vez.

»Yo ni siquiera escuchaba, no tenía intención de responderle, así que no permitía que me desconcentrase, porque toda mi atención estaba puesta en aquellos momentos en lo que me mantendría vivo; esa era mi nueva manera de respirar.

"Es suficiente, hijo. Esto no le afecta, prueba otra cosa", escuché por fin la voz monocorde de Adana.

"No es suficiente, Madre —rugió Khotan—. No he visto a ningún hombre sobrevivir a este tormento. Acabará cediendo".

"¡Es suficiente!", intervino Sunna, colocándose a mi lado.

»Retiró el trapo de mi garganta y una bocanada de aire casi se estrella en mi boca. Era como comerse la vida. Aproveché para hinchar los pulmones; no sabía cuánto duraría aquella tregua.

“Tú no eres nadie para ordenarme que pare”, contestó Khotan.

“Ahora soy la única hija viva de Madre, y tú eres un simple decimocuarta generación. Y he dicho que es suficiente”, le dijo con una firmeza que me entibió el corazón.

Que hubiera un poco de bondad a mi alrededor, en aquellos momentos en los que todos los que me rodeaban querían ver cómo sucumbía a una muerte especialmente dolorosa, me sirvió de ancla y de esperanza. Y a ese sentimiento luminoso me aferré para sobrevivir, aunque fuera un rato más. Tan solo estaba concentrado en un rato más.

“Suéltalo —ordenó Adana—. Intenta algo más efectivo”.

“No creo que confiese; habrá que hablar su idioma —dijo Khotan —. Eres uno de esos paganos del norte, ¿verdad, Gunnarr? No tienes ochenta años, eres más antiguo”.

»No respondí, estaba intentando anticipar lo que venía a continuación.

“¿Conoces el *blôdörn*? Has tenido que verlo, ¿lo has practicado? ¿Se lo has dibujado alguna vez a tus enemigos? Tal vez hayas decidido no hablar, haga lo que haga contigo, pero... ¿y si lo que te hago llega a oídos de Lür? Puede que por una vez salga de su escondite, acaso se decida a dar la cara y a reclamar venganza. Sí, tal vez...”.

»Tuve un microsegundo de pánico: entonces tuve claro que no iba a sobrevivir, que sería doloroso. Luego pensé en formas de evitar aquel dolor, o en hacer enfadar a Khotan lo suficiente como para que me diese una muerte rápida y no pasar por aquel tormento.

Yo me removí, inquieta, ya no estaba en una habitación a las afueras de Pamplona.

—¿Qué es el *blôdörn*, Gunnarr? —pregunté, con la garganta seca.

—El Águila de Sangre, una costumbre nórdica que nuestros primeros reyes cristianos suprimieron por considerarla una salvajada.

—Águila de Sangre —repetí, tragando saliva. Ya el modo en que lo pronunció hizo que en mi cabeza aparecieran las más bizarras aberraciones.

—Consistía en tumbar al enemigo boca abajo y dibujarle un águila con un puñal en su espalda, arrancarle las costillas en esa postura y extraerle los pulmones. Puedo asegurarte que al finado parecía que le habían crecido unas sangrientas alas. Mejor no te hablo del dolor que sentía durante la operación y antes de morir.

»Así que me liberaron de las cadenas entre varios hombres, demasiados como para intentar zafarme de ellos, me giraron y se dispusieron a atarme de nuevo de espaldas, cuando oí los pasos de unas botas entrando en la sala y la voz autoritaria de Nevill.

"¿Qué has hecho, hermano? —gritó, con la voz alterada. Le faltaba aire, como después de una carrera—. Te dije que lo capturaras, no que lo torturaras".

»Y después pronunció tres palabras, *stedmor*. Tres palabras que, cuando las oí, supe que iban a salvarme la vida.

"Vamos a necesitarlo", dijo Nevill.

»Tres palabras: "Vamos a necesitarlo". Eran mi garantía de vida. Lo supe por la urgencia en su voz, porque estaba intranquilo y preocupado de verdad, y un cazador solo se altera de esa manera cuando se convierte en la presa.

"¿Para qué me vais a necesitar?", conseguí decir.

—La Corona ha reaccionado ante nuestro ajuste de cuentas en Whasildang. Han enviado todo un ejército desde Londres. Vienen a Bristol a prendernos a todos. La única salida que tenemos es por mar. Gundekar, o Gunnarr, o comoquiera que os llaméis: vamos a necesitar que nos saquéis de aquí con vuestro barco.

58

NAGORNO

Mayo, Europa

La Hija de Adán me guía por las desoladas estaciones fantasma del metro de París. Buscamos a Cormac Adanssen, el líder de los Cazadores. Mis tres oficiales no se separan ni un metro de mí, ella finge que sus imponentes presencias no la turban. Los ignora y actúa como si fueran invisibles. Se dirige a mí de vez en cuando, jamás a ellos.

Llevamos varios días de batida infructuosa, y rezo a mis dioses para no tener que volver a caminar bajo una fantasmagórica bóveda con azulejos más. No soporto la decrepitud de los lugares abandonados, me muevo mejor entre el lujo y la belleza. El mundo está plagado de lugares así, solo hay que pagarlos.

—No comprendo cómo un longevo elegiría vivir o esconderse en estos túneles —le digo a mi inesperada compañera de caza. Intento hacer un perfil del individuo con el que me voy a ver.

—No finjas que vosotros no tenéis vuestros puntos de encuentro por si os perdéis la pista durante un tiempo demasiado prolongado —se limita a responder—. El líder de los Cazadores siempre tuvo algo de topo o de zapador. Tiene un carácter especial, un tanto huraño, solo has de aprender a usarlo a tu favor.

La que fue esposa de Urko, ahora Marion Adamson, decide que va a dejar atrás su hostil indiferencia y me sorprende tratando de entablar una conversación mientras recorremos, a la luz de los móviles de mis oficiales, el enésimo túnel abandonado.

—He observado que tienes un gusto exquisito por la ropa —me comenta mientras escruta otro rincón oscuro donde cabría un hombre—. Apuesto a que ese traje lo encargaste en Tailor & Cutter; no veía ese patrón desde 1890.

—1885 —le corrijo—. Pero se acepta el cumplido.

Yo he observado sus sofisticadas prendas que claman Old Money. Parece cómoda con su lujo silencioso: suéter de Loro Piana, zapatos de Berluti, pantalones de Khaite. Nada de ostentación. Todas blancas, salvo los complementos de oro.

Le señalo las pulseras que simulan hojas.

—¿Influencia... sumeria? —tanteo.

—Yo también uso la orfebrería para gritarle al mundo mi edad, sabiendo que nadie comprenderá el guiño, al igual que haces tú —comenta, como si fuera lo más obvio.

Dos observaciones: una, ¿es sumeria? —de ser así, es la primera vez en mi vida adulta que hablo con una mujer mayor que yo—; dos, ¿«también uso la orfebrería»? ¿Lo ha detectado? Ella lee mis pensamientos como si fueran los grafitis que ensucian las baldosas frente a las que pasamos.

—Nací en Sumer, sí. Hace seis mil años, escita. Lo que te convierte en un niño a mi lado. Cuando tú naciste, yo ya tenía la edad que tú tienes ahora. Y he visto la filigrana de tus botones: un ofidio mordiendo a un felino en una espiral de oro. Vienes de una estirpe aristocrática, el espíritu de tu familia materna eran las víboras.

Asiento.

—Mi madre, Olbia, era una reina guerrera.

—Entonces tú y yo somos semidioses. No ellos: ni Ely, ni Lür, ni Gunnarr. Ni mis hermanos, los otros Hijos de Adán. Pero yo sí, tengo sangre real, Adana se emparentó con el tatarabuelo de mi tatarabuelo, el rey de Sumer. Nací soberana y me educaron como una mujer culta de la realeza.

—Entonces, al igual que yo, por tus venas corre sangre longeva y sangre de reyes. —Nunca pensé que llegaría a pronunciar esas palabras en concreto. He creído en mi doble unicidad desde siempre, ahora somos dos.

—No somos como el resto de los longevos, somos la élite dentro de la élite —dice, y yo freno, porque lo pronuncia en un precioso acento escita.

—Hablas mi idioma, mujer.

—Mucho antes que tú, niño —replica sin cambiar de lengua.

Pero no nos da tiempo de continuar conversando en escita. Mi padre me reclama al teléfono.

—Hemos localizado al líder de los Diplomáticos y está dispuesto a aceptar una tregua, pero habéis de convencer también al tal Cormac Adanssen —me informa.

—En eso estamos, pero los túneles abandonados de París se acaban y el Cazador no aparece —digo.

—Porque no está ahí. Apunta: estación de metro fantasma de Chamberí.

—¿Madrid? —objeto, extrañado—. Íbamos a continuar la búsqueda por los túneles de Roma.

—No está en Italia —replica sin dar lugar a dudas.

Leo entre líneas: «No continúes con el tema». Mejor será que los Hijos de Adán localizados, Marion Adamson y Niall McAdams, no se acerquen por Italia, no sea que se enteren de que, por un error de cálculo llamado Hana, un escritor sospechoso de ser longevo pasó a

mejor vida que la que ya disfrutaba. No sabremos si lo era, pero el dato objetivo es que conocía a Niall McAdams. Así que Madrid es una opción menos comprometida.

—¿Cómo tienes la certeza de que está en España? —indago.

—Es una muestra de colaboración de nuestro diplomático amigo.

Luego la amenaza de dorarle el cráneo a su esposo ha funcionado. Lástima. Apenas tengo cálices del siglo XXI.

Colgamos y pongo al día a Marion Adamson.

Ella organiza los vuelos a Madrid, y esa misma tarde aterrizamos en un aeropuerto de arcos amarillos y techo de bambú; los prefiero a las bóvedas parisinas que hemos dejado atrás.

Tomamos un taxi que nos deja en la plaza de Chamberí.

Marion me explica durante el trayecto que hoy no es día de visitas guiadas, y al llegar nos encontramos con la entrada cerrada. Renuncio a frustrarme por ello, porque ya he comprobado que esta Hija de Adán es una mujer de recursos. Y efectivamente saca una discreta llave maestra de su bolso y, en menos de dos minutos, los cinco estamos dentro.

Sabe bien adónde se dirige. Ignora los túneles restaurados con anuncios de Longines y café torrefacto y nos lleva a la zona más antigua. Allí la oscuridad y la mugre se adueñan de todo. Ordeno a mis oficiales con una mirada que se pongan en guardia. Por la precisión de los gestos de Marion Adamson sé que se aproxima un encuentro.

Matices: expectación, prudencia..., ¿alegría? Tal vez alivio, luego cuenta con que el Cazador la ayude. Tomo nota de todo y planeo estrategias. Puede ser una trampa de los Hijos de Adán, como pueden haberlo sido tantos túneles de metro parisinos, pero no caeré sin causar bajas y estoy preparado para hacer el mayor daño posible.

Nos aproximamos a un andén abandonado con tres vías. Unas casetas de operarios, ya inservibles, ocultan una sombra.

—Escondeos —me susurra.

Ignoro su orden y atisbo el bulto con precaución: hay un hombre raquítico y alcoholizado sentado sobre el pavimento. Está tan concentrado en acabar su botella que no se ha percatado de nuestra presencia.

Ese desecho humano no puede ser el líder de los sanguinarios Cazadores.

59

NAGORNO

Mayo, Madrid

Siempre he despreciado a los adictos; esa falta de control sobre sobre sus impulsos que los debilita se va adueñando de sus vidas y los convierte en títeres autodestructivos. Pero incluso Urko en su peor momento, durante el duelo de Gunnarr, lucía mejor que esta escoria humana.

—Me has traído a recoger a un borracho —reprocho a la Hija de Adán—. No nos sirve, es irrecuperable.

He desatendido su ridículo mandato y me he adelantado, pero mis oficiales aguardan tras las casetas a mi orden, por si acaso.

—Ya ha estado perdido más veces en el pasado, y créeme, se recuperó. Es nuestra pieza más valiosa —me rebate.

Habla de piezas, como si jugase al ajedrez. Reprimo al segundo un destello de admiración por ella. Frunzo el ceño. Me prohíbo admirar, así comenzó lo de Adriana Alameda Almenada; demasiadas transgresiones para lo que llevamos de siglo a mi ley suprema de no permitir que entren en mi corazón.

Pienso en Adriana. Me detengo. No pensar, no recordar, no imaginar. Maté a su madre; de todas las situaciones, de todos los obstáculos para una seducción, uno de los pocos realmente insalvables. No me engaño: ni siquiera para alguien con tanto

tiempo como yo merece la pena perderlo intentando lo imposible. En sus ojos, cuando la secuestré, vi desprecio y rabia —lo cual es mejor que indiferencia—, pero me he autoimpuesto una *damnatiomemoriae* absoluta, y más ahora que está muerta.

—Hermano, he venido a sacarte de aquí.

—Yo ya he cumplido con las dos partidas de caza más urgentes —pronuncia lentamente una voz de ultratumba—. Lo que haga con mi vida, ahora que el corazón de Madre ya no está, es asunto mío. Ni siquiera a ti te incumbe, Maia.

Pero entonces alza la vista y se percata de mi presencia. Todo su cuerpo se pone en alerta, su puño se cierra sobre el cuello de la botella.

—Hermano, quiero que lo respetes —le advierte Marion, y se coloca entre él y mi cuerpo, acto que me humilla sobremanera, porque actúa como si tuviera que defenderme del borracho.

—Es el *dandy* escita. Es un hijo de Lür —acierta a decir el tal Cormac Adanssen.

—Así es —confirma Marion, aunque Maia, asumo que su Nombre Verdadero, me gusta más.

—Imposible —niega, obcecado—. Matamos a todos, cinco cadáveres. Y los de la esposa de su primogénito más las bajas colaterales, quince.

—Las cuentas del derrumbe en Libia son correctas. Las de la clínica de Nueva York, no tanto. Escaparon a tiempo —le informa Maia.

—Define ese plural. ¿Quiénes escaparon a tiempo?

—Lür y este, su segundo hijo.

Cormac mira al infinito, yo solo veo una pared ennegrecida y descascarillada, pero sé que a él se le están presentando nuevos propósitos vitales, y todos ellos incluyen acabar conmigo.

—Las prioridades de la batida vuelven a cambiar, entonces —decide en voz alta—. La partida de caza de Lür se sitúa de nuevo en lo más alto de la jerarquía de los Exiliados y sus familias. Acabo, por tanto, de encontrar un motivo para dejar de beber. He de centrarme.

Maia niega con la cabeza; en todo momento es dueña de la escena, como si tuviera previstas todas las reacciones del Cazador.

—No son esas las novedades que te traigo, quiero tu paciencia para escucharlas hasta el final y la promesa de que no vas a matarlo antes de que yo termine de hablar.

Me siento realmente insultado. ¿De verdad Maia considera que ese desperdicio humano alcoholizado puede acabar conmigo? Pero entonces se gira hacia mí y me ordena:

—Acércate.

El tal Cormac se pone en pie de un salto, en alerta. Es ágil de reflejos, no lo creía posible.

Maia le da una patada a la botella y la envía lejos. La botella rueda hasta caer en las vías abandonadas del metro.

—Ni se te ocurra, hermano —le advierte.

Cormac mira más allá de mis hombros.

—Va escoltado —le objeta a su hermana.

Me sorprende que haya detectado a mis oficiales, que se han quedado escondidos tras las casetas varios metros atrás, por lo que desde su ángulo de visión es virtualmente imposible dar con ellos. Tal vez Maia tenga razón y no sea irrecuperable. He visto antes hombres que mantienen sus fortalezas de combate intactas pese al alcohol. Urko era uno de ellos.

—No van a matarte si no lo intentas tú antes —dice Maia, y suena a pacto o a promesa.

Cormac, ya erguido, me observa por primera vez con atención. Y yo a él. Está esquelético, aunque tal vez sea pura fibra. Le falta el

dedo corazón de la mano derecha, ha sido amputado; quién sabe el delito que mereció el castigo. Tiene unas greñas rubias a modo de pelo y el rostro chupado. Necesita un buen baño y un barbero que lo afeite en condiciones. Pero rezuma tensión y esos ojos de loco me hablan de fanatismo. Y, para las guerras, los fanáticos son muy útiles.

—Y me traes a este porque... —le interroga Cormac a su hermana.

—Ahora lo verás —dice Maia y se gira hacia mí—. Denúdate, Nagorno.

De todas las combinaciones de palabras que esperaba oír hoy en los túneles de una estación fantasma madrileña, esas dos últimas palabras eran las más improbables de todas.

60

ADRIANA

Mayo, Navarra

Durante todo el relato de las torturas a las que sometieron a Gunnarr, había escuchado sus palabras en silencio, con un nudo en el estómago.

Mi hijastro narraba aquella larga noche con el desapego que supuse daban los siglos transcurridos, pero estaba frente a un hombre que había sido salvajemente torturado y, aun así, se había negado a revelar el paradero de su padre, abuelo y tíos.

Y aquel conflicto de lealtades que suponía Gunnarr me mantenía desvelada por las noches. ¿A quién le era fiel Gunnarr en aquellos momentos?, ¿a él mismo?, ¿a su familia?, ¿a Nagorno? No lo sabía, pero su preocupación por mí era sincera, pese a que, tal y como él mismo reconocía, mentía más que hablaba y me ocultaba constantemente el verdadero propósito de sus acciones. Y le había tomado aprecio después de nuestra convivencia forzada. Gunnarr era tan fácil de trato como Lür y Iago, y estaba resultando un magnífico compañero de Camino.

En ese momento, chasqueó sus dedos a pocos centímetros de mis ojos:

—*Stedmor*, ¿estás aquí?

—Disculpa, Gunnarr. Me he quedado con mal cuerpo con lo que me estás contando. No sabía que te torturaron. Lo siento mucho, lo siento muchísimo —le dije, mirándolo a los ojos albinos que había heredado de su padre.

—Vaya, es la primera vez que me dan el pésame por haber sido torturado. Es lo que tiene vuestra empatía del siglo XXI —dijo, rascándose la cabeza con gesto incrédulo—, pero... se agradece, la verdad.

—¿Puedes seguir? Quiero saber cómo terminaste esa noche —lo animé.

—No muy bien, la verdad. Nevill ordenó a los Vigilantes que me liberaran. Al ponerme en pie, sin embargo, me di cuenta de que no había salido tan bien parado del tormento del agua como yo había pensado. Me sentí mareado, me costó mantener la verticalidad, y la falta de oxígeno me regaló un tremendo dolor de cabeza que me impedía pensar con claridad.

"No voy a salvaros —repuse, apoyando mi brazo en una columna cercana para mantener mi precario equilibrio—. El barco no está preparado, mi tripulación está calafateando el casco y no pienso zarpar hasta que la brea se seque. No voy a correr ese riesgo".

"No estáis en condiciones de negaros", me recordó Khotan.

"Sí, claro que puedo negarme", le contesté.

»Me acerqué a él, ya libre de ataduras; quedó a la altura de mis hombros. Era como un insecto palo, habría hecho astillas su huesudo esqueleto allí mismo. Tal vez debí haberlo hecho.

"Podéis negaros, sí, tal vez. Y morir aquí mismo, también". Alzó la cabeza, pero no me miraba, miraba a la pared.

»Yo odiaba aquel gesto suyo de alucinado.

"Moriremos todos, por lo que veo —repuse—. Y no habrá más de vuestra estirpe, por lo que mi familia quedará a salvo".

“Mi estirpe no se extinguirá, hay más Hijos de Adán al sur, en el continente —intervino Adana, acercándose a mí como si no temiese mis reacciones—. Ahora que sabemos que sus descendientes están en Inglaterra, puedo enviar ahora mismo a un emisario con el mensaje. Él los localizará, te lo aseguro. Khotan, tú eres el mejor de mis Cazadores. Si partes ya a caballo, solo, ¿podrías zafarte de los hombres de la Corona?”.

“No lo haré, Madre —contestó, inclinándose ante ella—. Mi lugar está con vos, debo protegeros ante el peligro que nos acecha”.

“Si te doy una orden, no espero que decidas lo que es mejor para ti. Podrías encontrar al resto de los Hijos de Adán, ¿no es cierto?”.

“Desde luego”, masculló.

“Gundekar, si nos quedamos aquí moriremos todos; tú también —me dijo Adana—. Pero los que queden de los míos perseguirán a tu familia. Si nos salvas, te prometo un favor pendiente. Ahora es mi corazón quien habla, y él no miente ni hace falsas promesas”.

»Yo me negué en rotundo, no pensaba dejar pasar esa oportunidad.

“No, lo que quiero es que perdones a Lür y dejes de perseguirlo, a él y a sus descendientes”, dije, con firmeza.

»Todos los presentes me miraron casi con condescendencia, como si se me escapara algún precepto básico de la naturaleza como que Padre Sol salía por el este cada mañana.

»Ella ni siquiera tomó en cuenta mi propuesta.

“Es un Exiliado. No hay camino de vuelta para esa sentencia. La ley del talión es la ley del talión: ojo por ojo, corazón por corazón. Pide otro favor, cualquiera, pero el Exilio de Lür no puede deshacerse”, lo pronunció despacio, como si yo fuera un niño muy pequeño y ella una madre amorosa explicándome una sencilla lección.

»Comprendí con horror que no podía salvar a mi abuelo ni a los míos de aquel clan enemigo y traté de pensar rápido.

"De acuerdo —asentí—. Entonces os reclamaré un favor pendiente en el momento oportuno. Un favor que comprendo que no puede implicar perdonar a Lür ni a su familia, pero los Hijos de Adán quedan obligados a cumplir una única petición por mi parte o por la de mis descendientes cuando esta sea solicitada, sin importar las circunstancias".

61

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Y por fin, querida *stedmor*, Adana asintió. Fue un leve gesto, una mirada de aceptación que fue todo lo que necesitaba en aquellas aciagas circunstancias.

"Pero necesito que este pacto perdure en el tiempo y que no se olvide —me apresuré a exigir—. Dadme un salvoconducto, algo que demuestre que hoy se ha pactado un favor pendiente".

»Tomó un puñal de uno de sus Vigilantes, se acercó a Khotan y le susurró algo al oído. Él la miró, un poco conmocionado, pero Adana lo postró en el suelo. Ni siquiera sé cómo lo hizo, era como si Khotan fuera de papel, un peluche sin fuerza.

»Después ella aplastó su mano contra el suelo con su pie y le cortó el dedo corazón de un único tajo. Acto seguido me lo lanzó, pero yo estaba corto de reflejos en aquellos momentos; cuando me torturan, tiendo a quedarme un poco lento durante un rato.

»El dedo de Khotan cayó sobre la losa de piedra frente a mí, con el anillo de oro y la concha de cauri que todos llevaban todavía engarzado en él. Tiré el dedo, recogí el anillo y me lo guardé en el bolsillo interior de mi túnica empapada.

»Khotan ni siquiera se quejó. Se levantó en silencio, arrancó con los dientes un trozo de tela de su manga izquierda y lo enrolló

alrededor de la mano, aunque la hemorragia ya había manchado el pavimento y su ropa.

»Ninguno de sus hermanos, ni los Vigilantes y mucho menos su propia Madre, acudió a socorrerlo. Y no sentí piedad por Khotan, había asesinado a incontables hijos de mi abuelo Lür, pero sí que percibí la fría soledad que acompañaba su miserable existencia: se te concede el regalo de la longevidad y malgastas tu vida localizando, persiguiendo y asesinando por mandato a personas inocentes de distintas épocas.

»Y en esos instantes recuerdo que pensé que no eran una familia. Eran otra cosa, pero no una familia.

»Por aquel entonces me faltaba vocabulario para definirlo, pero en este siglo tu madre psicóloga te explicaría que era una familia del tipo secta: una matriarca o un patriarca como líder, a quien no se le cuestionan sus órdenes. Una narrativa muy sesgada en la que son educados y adoctrinados todos sus miembros desde niños. Una jerarquía muy estricta donde todos son sustituibles y el individuo no importa, solo su obediencia. Y, por último, un enemigo interno que es el blanco de todos los ataques, y que funciona como elemento agregador que distrae de todas las dinámicas disfuncionales entre los miembros. El enemigo interno se convierte en el chivo expiatorio, en el culpable de todos los males de esa familia-secta, y el peor pecado que puede cometer es desobedecer o huir. Porque de esa secta no está permitido marcharse para seguir un camino propio.

»Adana había seguido el patrón de todas las sectas, o tal vez los Hijos de Adán fueron la primera secta de la historia y los demás tiranos que todos conocemos imitaron esos patrones. En el caso de Adana, exigía el castigo extremo: persecución a muerte del Exiliado y de todos sus descendientes. Así persuadía a sus hijos de imitar al único miembro no disfuncional de la familia, el que despertaba, el

que huía. Y la única forma de mantener el *statu quo* durante milenios con miembros también milenarios, que recordaban toda la historia familiar porque estuvieron presentes, era ser implacable y jamás hacer excepciones.

»Así que yo tenía que encontrar una grieta en aquella dinámica inflexible. Y un *favor pendiente* era una esperanza para el futuro de mi familia. Confié en eso, no tenía nada más.

"A partir de ahora aleccionaré a todos los Hijos de Adán para que respeten la promesa de hoy —dijo Adana, girándose hacia todos sus hijos y alzando la voz—, si nos salvas a los cinco. Si alguna vez me desobedecen, enséñales el anillo, para que no olviden el castigo que les espera por su falta. Y ahora, chiquillo embustero, cumple con tu parte del trato y ponnos a salvo".

»Nevill me imploró con su mirada que me diese prisa, y salí trastabillando de aquella sala de tortura. Partimos al galope hacia el puerto. Adana dio instrucciones a los soldados blancos para que aguardasen a los hombres de la Corona bloqueando el camino. Es decir, los inmoló y ninguno de ellos hizo el menor intento de deserción. Me di cuenta de que habían nacido para ser sacrificados por ella. Peones sin nombre y cuyos rostros no recuerdo.

»Cuando mi tripulación me vio llegar, dejaron sus faenas y se arremolinaron alrededor, preocupados por mis últimas ausencias. Ni siquiera preguntaron por qué ofrecía un aspecto tan lamentable, con la túnica empapada y magulladuras en el rostro. Les ordené que zarpáramos. Me miraron como se mira a un demente o a un inconsciente.

"El barco no está preparado", repuso Piers, el único que se atrevió a contradecirme.

"Lo sé, por eso voy a necesitaros a todos. Estamos huyendo de la Corona. El viento hoy sopla fuerte hacia el oeste; eso nos dará

ventajas hasta que salgamos del golfo de Bristol. En mar abierto será otro cantar. Espero que para entonces les llevemos las millas suficientes".

"¿Dónde desembarcaremos? No conviene que sea en el puerto coruñés. Si las autoridades en Galicia ven que nos siguen los hombres de la Corona inglesa, nos apresarán y nos entregarán a ellos. Nadie va a arriesgarse por nosotros", objetó con buen tino.

"Nos desviaremos antes de llegar, arribaremos a una de las ensenadas que tú y yo conocemos. Desde allí nos dispersaremos. Entiende esto: estos cinco pasajeros han de llegar vivos. Es lo más importante".

»Y le señalé a Adana, Khotan, Nevill, Mabel y Sunna, que escuchaban la conversación sin perder palabra a pocos metros, imagino que pendientes de que no los traicionase.

"Como queráis, sois mi capitán —repuso por fin Piers, después de encoger los hombros en un gesto de rendición—. He nacido para acatar órdenes, no para cuestionarlas".

»Lo miré con pena, ¿era yo mejor que Adana, consciente de que con aquella orden podía estar sacrificando a mis hombres como acababa de hacer ella con sus propios descendientes?

»Nevill, Khotan, Mabel, Sunna y su madre subieron por el puente de la Trinity Courtney y levantamos las velas anchas. Arrié algunas velas y partimos sin demora, sin dejar de mirar al puerto por si aparecían los hombres de la Corona. Llevábamos una pequeña barca atada a estribor, pero apenas soportaba el peso de cuatro personas, aunque decidí mantenerla y no dejarla en el puerto.

»Estaba anocheciendo, pero conocía bien la ruta; podría haberla recorrido con los ojos vendados y mi barco no habría encallado en ningún momento. Me incliné sobre el casco, con preocupación, y toqué la brea, todavía pegajosa.

»Los cuatro Hijos de Adán cerraron filas en torno a Adana y formaron un círculo prieto, como si la protegieran de todos nosotros. Mis hombres circulaban inquietos por el puente, trajinando con las velas y haciendo lo posible por ganar velocidad.

»Así transcurrieron varias horas hasta que la noche cerrada nos convirtió en sombras. Mi barco negro avanzaba hacia las costas gallegas, solo era una mancha diminuta en mitad del mar Céltico. Esa primera noche ningún barco inglés nos siguió, al menos, no oteamos ninguna luz que rompiera la inmensa oscuridad que nos engullía.

»Durante aquella noche llegué a pensar que todo podía salir bien. Que nos salvaríamos, que dejaría a los Hijos de Adán en una cala perdida de Galicia y que la Vieja Familia estaría por fin a salvo de la eterna amenaza de Adana y los Cazadores.

»Pero nada de aquello ocurrió, *stedmor*, porque rara vez la vida te devuelve el guion limpio de lo que has previsto. Siempre traza sus tramas de otra manera, y a menudo la realidad es más dolorosa que los planes que hemos intentado.

»Así sucedió, de nuevo, para mí.

»Lo supe en cuanto divisé desde popa la línea negra del horizonte que dejábamos atrás al quinto día de travesía. No había amanecido aún, y las costas gallegas estaban ya muy cerca.

»Solo fue un barco de bandera inglesa, pero era más ligero que la Trinity Courtney y, en cuanto hice cálculos, comprendí que nos alcanzaría en horas. No temía un abordaje de los ingleses, contaba con mi curtida tripulación y con Nevill y Khotan. Sabía que eran tan difíciles de matar como yo.

"Piers, ordena a toda la tripulación que se apure, estamos ya próximos a Galicia. En tierra firme será más fácil zafarnos de ellos", le ordené.

»Me acerqué al grupo cerrado que formaban Adana y los Hijos de Adán.

"¡Los hombres de la Corona nos han perseguido, maldita sea! Lo que habéis perpetrado en esa iglesia no se olvidará pronto. Seremos proscritos durante muchas edades", los increpé.

"¡Dirigíos con respeto a Madre, hombre del norte!", me frenó Khotan, después de interponerse entre mi cuerpo y el de Adana.

»Me fijé en su mano y apestaba, yo habría jurado que se le había infectado, y todo él presentaba un aspecto lamentable. Estaba más pálido y ojeroso que de costumbre y diría que temblaba de fiebre, pero allí estaba, defendiendo a una tatarabuela que lo había mutilado innecesariamente.

»Adana miró al horizonte como si no viera ningún peligro; nunca se alteraba, esa valiosa fortaleza se la tengo que conceder.

"Tienes una promesa que cumplir, niño. Cumple con tu parte y deja de sermonear a mis hijos", se limitó a susurrar con calma.

"Nevill, Khotan, y vosotras, Sunna y Mabel, imagino que, si habéis sobrevivido hasta hoy, sabréis luchar mejor que muchos hombres", dije, dirigiéndome a ellos después de dar por imposible a su madre.

"Sabes la respuesta, vuestras mujeres del norte son tan buenas guerreras como vosotros", asintió Mabel.

"Estad preparados para repeler un abordaje. Vosotros en proa, mi tripulación en popa", les ordené. No quería que mis hombres se mezclasen con ellos durante la refriega, sabía que los Hijos de Adán no respetarían a quien matar cuando comenzasen a llover los palos.

»Pero no fue un abordaje lo que tenían preparado para nosotros. Los ingleses continuaron ganando ventaja y acercándose a nuestro barco cuando, por fin, en el albor del quinto anochecer, con las últimas luces del día, escuchamos el grito que todos habíamos esperado desde que zarpamos del puerto de Bristol: "¡Tierra!".

»Cerca de Ribadeo, no sé si conoces la playa de Aguas Santas, hoy la llamáis la playa de las Catedrales. Tenía, y sigue teniendo, el perfil inconfundible de sus arcos. Era perfecta para esconderse en los recovecos de sus cuevas cuando la marea estaba baja.

»Por fin, después de tantos días de tensión, respiré aliviado. Veía cerca el final de aquel desastroso viaje, la presencia de aquel clan al que deseaba con todas mis fuerzas perder de vista.

»Pero fue una flecha la que hizo añicos mis esperanzas.

62

ADRIANA

Mayo, Navarra

—Una flecha de fuego que rasgó el cielo negro dibujando una parábola perfecta sobre nuestras cabezas. Alcanzó la vela principal, prendió y nada pudieron hacer mis hombres por apagarla. Después llegó otra. Esta vez dio en el casco de proa y se quedó atrapada en la blanda brea.

»Corrí hacia donde había caído la flecha, me doblé cuan largo era e intenté cogerla antes de que prendiera todo el casco, pero al inclinarme sobre la brea, mi túnica se quedó pegada y no pude salir yo solo de aquella trampa.

»Después sucedió demasiado rápido como para cubrir todos los frentes. El fuego de la flecha se extendió por el casco de proa, mis vestiduras prendieron y no pude separar mi pecho de la madera en llamas. Sé que grité, pero también escuché gritos de mis hombres; estábamos envueltos en llamas. La carne de mi pecho y del cuello se quemó, la piel se fusionó con el tejido de mi ropa. Recuerdo el olor de mi carne chamuscada, no era diferente a la de un cochinillo o un jabalí asado.

»Entonces noté un tirón, varias manos que me levantaron; mi túnica y gran parte de mi piel se quedaron allí para siempre, en el

casco de la Trinity Courtney. En medio del dolor, tirado sobre el puente, pude distinguir a Sunna y a Mabel.

»Ellas dos me habían salvado.

»El barco estaba completamente en llamas, y Khotan y Nevill estaban soltando la pequeña barca de estribor con Adana sentada en ella, con el gesto imperturbable, ajena al infierno que la rodeaba.

"¡Vamos, hermanas! —las apremió Nevill—. ¡Subid ya, no hay tiempo para más!".

»Sunna y Mabel se apresuraron a entrar en la barca, cortaron la maroma que la unía a mi barco y remaron hacia la costa. La Trinity Courtney era en aquellos instantes una antorcha de fuego que se elevaba en mitad de un mar ventoso, y yo era un hombre vencido medio despellejado por las llamas y, a pesar de todo, cuando tuve fuerzas para alzarme sobre mis codos, buscando con la mirada a mi tripulación, vi que ya no quedaba nadie con vida en aquel barco. Nevill y Khotan los habían matado a todos, y sus cuerpos, a medio abrasar, alfombraban los maderos chamuscados.

»Me puse en pie como pude, tomé un barril y me lancé con él al agua. Lo abracé mientras confiaba en la corriente; conocía bien la de aquella zona y me favorecía. Me mantuve despierto en una noche en que mi pecho abrasado no sentía nada, ni siquiera el escozor del agua del mar.

»Solo pensaba en sobrevivir. En sobrevivirlos a ellos cinco. Velar por mi familia. Velar por la promesa que los mantendría con vida.

»Aquel purgatorio entre la vida y la muerte duró varias horas. El vaivén de las olas me mecía, y me concentré una vez más en el ritmo que la naturaleza me ofrecía para hermanarme con ella y entregarme al destino.

»Pero, de nuevo, mi último día no había llegado. El oleaje me acercó a una playa que yo bien conocía, incluso a oscuras, porque

habían sido muchos los desembarcos en aquella orilla y no siempre con mercancía legal.

Gunnarr me miró de reojo y carraspeó, por si yo tenía algo que objetar a que hubiera sido contrabandista en algún momento de su pasado. Pero yo no podía dejar de mirar su cuello y las cicatrices de las quemaduras que lo habían marcado desde hacía seiscientos años. Fueron por su familia. Y si hubiera muerto entonces, algo que no sucedió de milagro, ni Iago, ni Lür, ni Nagorno, ni Lyra habrían sabido jamás que pereció por protegerlos. Y no se lo había contado, había callado durante siglos. Había mentido acerca del origen de aquellas heridas que lo desfiguraban por protegerlos.

Y me sentí tan culpable por haberlo juzgado mal durante tantos meses...

Pero no me salieron las palabras. Lo intenté, aunque tenía la boca seca y no daba con frase alguna a la altura de lo que Gunnarr merecía. Así que guardé silencio y lo animé con la cabeza a seguir con su relato.

—No imaginas, *stedmor* —continuó él—, la felicidad que se siente cuando tu pie pisa tierra, cuando puedes caminar y alejarte del mar abierto, cuando vuelves a controlar el medio que te rodea.

»Era aún de noche, me arrastré sobre la arena y me oculté tras un montículo de roca. Madre Luna perfilaba las aristas de las columnas de la playa de las Catedrales. Era como visitar un templo irreal, onírico, una especie de Walhalla fantasmal.

»Todo a mi alrededor era de un azul tan profundo que parecía tamizado por las vidrieras de una iglesia.

»El silencio a mi alrededor era tan aplastante que me pregunté si estaba muerto y debía proseguir por mi camino yo solo, sin más seres humanos que me acompañasen para el resto de la eternidad.

»No puedo entender la anestesia de aquellas horas. Un médico contemporáneo, o mi propio padre, te habría contado que las quemaduras que sufrí en un quince por ciento de mi cuerpo eran de tercer grado, suficientes para matar de dolor a alguien que se hubiese pasado horas empapado en agua salada y que se arrastró por la arena sobre las heridas. Una parte de mi cerebro bloqueó aquel dolor, pero no por demasiado tiempo.

»Con el alba, llegó también el tormento; mi carne sin piel estaba blanca.

»Alcé mi cabeza, jadeante, y observé mis propias heridas. Sabía que se iban a infectar con la arena en pocas horas y que las fiebres iban a adueñarse de mi cuerpo hasta que todo a mi alrededor se nublase. Tuve la certeza de que no me quedaba ni un día de vida.

»Y entonces... Entonces ella me susurró palabras de consuelo a mi oído:

"Vais a vivir, *stedfar*; yo os cuidaré. Ahora estáis a salvo".

»Vi el rostro de Sunna, entre preocupado y decidido. Su sola presencia me calmó, me pareció que, si iba a morir, su compañía iba a resultar la mejor del mundo, y ese pensamiento me alivió parte del dolor. Sunna comenzó a tirar de mis brazos y a arrastrarme por la playa.

"¿Qué ha ocurrido con vuestros hermanos?", pude llegar a pronunciar.

"Se han salvado, Madre también. Han desembarcado a una milla de aquí, pero yo os vi lanzaros al mar con un barril y seguí vuestra travesía con disimulo. Ellos no os vieron, os lo puedo asegurar, lo habría notado. Yo he escapado en cuanto hemos pisado tierra firme; no voy a volver con ellos. No quiero ser la heredera de los Hijos de Adán. No volveré a estar bajo su yugo, y no quiero que me preparen para seguir los pasos de Madre y someter a mis hermanos. Pero

Nevill y Khotan me están buscando, conozco sus partidas de caza y sé esconderme. Imagino que Mabel y Madre han marchado a ponerse a salvo. Vamos a tener que ocultarnos, no tardarán en aparecer".

"Por allí, a un centenar de pasos —la apremié, sin poder levantarme todavía—. El tercer arco oculta una pequeña grieta, dentro hay una cueva; guardo provisiones para los malos tiempos. Hay agua dulce y algo de comer".

»Ella rio, aliviada, casi como una chiquilla, y por primera vez en semanas yo también sonreí. Estábamos muy lejos de considerarnos aún a salvo, pero era un principio. Un principio esperanzador.

»Las siguientes semanas fueron complicadas. Estuve entre la vida y la muerte en varias ocasiones. Solo los pacientes susurros de Sunna eran capaces de hacerme regresar por el sendero de los vivos cada vez que enfilaba el camino al Walhalla.

»No nos atrevimos a salir de la cueva y sobrevivimos porque nuestros cuerpos estaban acostumbrados al hambre y las penalidades. Ninguno de los nacidos en vuestro primer mundo contemporáneo habría superado aquella prueba.

»Sunna ni siquiera estaba interesada en salir al mundo bajo otra identidad, solo quería olvidarse de los milenios de sumisión junto a su madre, hecho que facilitó mi plan para ocultarla.

»Ella me habló de su primera infancia, en los albores del Mesolítico: cabañas de madera y palos al sur de lo que hoy es Inglaterra, hace ahora ocho mil años; de las diosas y dioses que adoraba; de los círculos de piedra donde celebraban todos los ritos de paso vitales; y compartió conmigo su lengua materna. Yo le enseñé a tallar runas; cuando la corriente nos traía algún tronco, lo recogía y practicaba con paciencia a la luz de mi oxidado candil.

»Allí juré protegerla para siempre; se había convertido en una Exiliada, sabíamos que ella y sus descendientes estaban condenados a muerte.

Gunnarr se pasó la mano por la cicatriz de cuello, pensativo, y guardó silencio.

—Esto es todo por hoy, *stedmor*. Ha sido un viaje emocional muy intenso, también para mí. He recordado detalles que no creí que mi memoria todavía atesorase. Me siendo cansado, por primera vez en mucho tiempo. Necesito dormir —pronunció en voz baja.

No sabía qué decirle, así que empecé por el principio.

—Gracias. Gracias y perdona —fui capaz de pronunciar.

Él me miró, sin comprenderme.

—Me falta contexto —dijo.

—Gracias por mantenerme a salvo de tu tío en el castillo. Si el secuestro hubiera sido solo asunto de Nagorno, mi cautiverio habría sido muy diferente. Gracias por jugarte la vida en Libia. Gracias por jugártela hoy y ayer y todos estos días en el Camino. Tu familia no tiene ni idea de hasta dónde has llegado para protegerlos, y te han juzgado mal durante siglos. Mereces que alguien te lo agradezca. Eres el protector de la familia, y has elegido serlo sin gloria ni validación, incluso a pesar de los malentendidos. Gracias, Gunnarr. Si mañana morimos, si pasado mañana nos ensartan una flecha en el corazón, al menos mereces que alguien te agradezca lo que has hecho por todos nosotros.

Y me levanté de la cama y lo abracé. Él no reaccionó al principio, imagino que estaba tan sorprendido como yo por aquel abrazo tan improbable, pero después me abrazó también, me rodeó con sus brazos poderosos y me devolvió el abrazo. No era un abrazo de amante, era más bien de familia, de alguien que había empezado a apreciar mucho. Gunnarr se separó por fin, después de un tiempo

indefinido, y diría que le temblaba su picuda barbilla, pero disimuló y sonrió.

—No hace falta que expliques lo del perdón, ya tengo contexto —sonrió aliviado.

—Mejor, no soy buena dando discursos —fui capaz de decir—. Y hablando de perdones, mañana tenemos la etapa de Puente la Reina, pero me gustaría subir al Alto del Perdón. Ya que estamos haciendo el Camino, quiero pasar por todos los rituales de los peregrinos.

Gunnarr lo pensó un momento.

—Estamos vagando y no tenemos una fecha de llegada a Compostela, como el resto de los peregrinos, eso es cierto. Pero es un buen repecho para subir al Alto del Perdón, y la bajada es un cascajal; mucha gente se parte la crisma o se destroza los tobillos con tanta piedra menuda, pero no quiero evitarte ninguna experiencia. Mi padre y yo siempre pernoctábamos allí, pese a que él no soporta el viento y ahora han montado un parque eólico.

—Al Alto del Perdón, entonces —concluí. Y Gunnarr desapareció tras la puerta tras darme las buenas noches en algún antiguo dialecto del norte.

Creo que estaba tan emocionado que ni se percató.

63

IAGO

Mayo, Navarra

Llevábamos cuatro horas caminando en dirección contraria a todos los peregrinos.

Padre y yo habíamos aterrizado en Madrid en un vuelo desde Nueva York con identidades que hasta la fecha no habíamos usado antes, impresas en sendos pasaportes falsos. Una de las últimas exquisitas falsificaciones que mi hija Lyra nos dejó y que mi padre había mantenido en la recámara de los «por si acaso».

En el aeropuerto de Adolfo Suárez-Barajas habíamos alquilado un coche que conduje hasta Logroño. Me vino bien retomar mis hábitos del siglo XXI, y mucho mejor volver a integrarme en el paisaje verde de mi infancia.

En Logroño nos hicimos con el kit básico del peregrino y, después de enfundarnos botas, mochilas, bastones, chamarras con capucha y gafas de sol para ocultar nuestros rostros lo máximo posible, iniciamos el Camino de Santiago —que tantas veces había recorrido con mi padre y con mi hijo Gunnarr— en el sentido opuesto al que siempre habíamos transitado.

El primer día recorrimos el camino de Logroño a Los Arcos. Los peregrinos nos miraban con cierta curiosidad, algunos gritaban

«¡Buen camino!» y «¡Ultreya!», otros levantaban el brazo a modo de saludo, sin saber muy bien qué decir.

—¿Estamos llamando demasiado la atención? —pregunté a padre después de que los últimos peregrinos con los que nos cruzamos se nos quedaran mirando sin disimulo.

—Son pocos los que hacen el camino a la inversa, una vez arriban a Compostela, pero no tenemos más remedio, Urko. Si tu plan para interceptar a Dana es correcto, tarde o temprano nos la cruzaremos —me tranquilizó.

También a él le había venido bien el cambio de aires; por primera vez en días lo había visto sonreír, y si le sucedía como a mí, él era el compañero más fiable con el que podía contar en aquella guerra.

Los campos de cereal, el amarillo de la colza y los espigados álamos que escoltaban el cauce de los riachuelos a nuestro paso nos permitían atisbar desde bastante distancia cualquier grupo humano.

Al llegar a Los Arcos nos dirigimos a todos los hostales de peregrinos que encontramos, recorrimos los bares, la plaza de la Virgen Blanca y todos los lugares donde veíamos un bastón o una viera, con la esperanza de encontrar a Dana. Pero no la vimos. Finalmente reservamos una habitación doble en el único hostal libre. Un poco frustrado, y por primera vez en mucho tiempo, con la presencia de mi padre en el lecho contiguo, me permití dormir.

64

IAGO

Mayo, Navarra

Era la cuarta jornada de camino inverso y comenzaba a desesperarme. Después de escrutar todos los rostros de las peregrinas de Los Arcos a Estella, de Estella a Puente la Reina, habíamos amanecido con la incertidumbre de que aquella etapa nos llevaría a Pamplona, y las posibilidades de coincidir con Dana en una ciudad de doscientos mil habitantes eran escasas. Pero la siguiente etapa después de Pamplona era Zubiri, y si Dana había grabado su mensaje días atrás desde aquel diminuto pueblo, no íbamos a encontrarla allí cinco días después. Y padre y yo lo sabíamos.

El día, pese a estar en mayo, amaneció lluvioso. Una lluvia fina y fría, un calabobos que de madrugada trajo también algo de niebla.

Nos pusimos en marcha, pero un par de horas después, sin cruzarnos con casi nadie por el camino, frené para descansar y le dije a mi padre:

—Subamos al Alto del Perdón. Está a menos de una hora. A Gunnarr siempre le gustaron las vistas desde allí arriba. No quiero ir directamente a Pamplona —le dije, casi implorando.

Padre sonrió:

—Claro, hijo. No tenemos nada que perder.

Comprendía mi desesperación porque, por una vez, no tenía plan B para localizar a Dana. Así que nos desviamos por Uterga y comenzamos una ascensión que mejoraba las vistas con cada trecho que subíamos.

La lluvia y la niebla habían disuadido a los peregrinos, y estábamos subiendo por el lado contrario al habitual; no nos cruzamos con una sola alma hasta que llegamos a la cima.

A pocos metros se atisbaban ya las famosas siluetas de los doce peregrinos medievales. Unas figuras de metal que se dirigían hacia Compostela, pese a que permanecían inmóviles. Me sentí como uno de ellos, siempre en marcha, pero sin llegar nunca a mi destino. Mi meta al iniciar aquel viaje había sido encontrar a Dana, pero la esperanza se desvanecía con cada paso que daba.

«¿Y ahora qué, Urko?», me pregunté.

Después de salvar un desnivel de ochocientos metros, nos aproximamos a la cima. Recordaba aquel viento eterno que tanto alteraba mis nervios, porque mi cuerpo se ponía en estado de hipervigilancia esperando la presencia de Nagorno, pero Nagorno estaba en Madrid buscando a un Cazador con Marion Adamson y, de momento, no era mi problema más acuciante.

Fue mi padre quien me avisó.

A los pies de las esculturas humanas de tamaño natural, una peregrina yacía tumbada sobre la hierba mojada. Parecían no importarle las gotas de lluvia que empapaban su capa marrón y su rostro.

Conocía la capa, no era contemporánea, llevaba esclavina y capucha, pero la peregrina se la había retirado y se podía ver la melena morena, mucho más oscura que la de Dana.

A su lado quedaba una mochila y, junto a una de sus manos, un bordón. Un bordón de peregrino que reconocí, porque yo mismo se

lo había tallado a Gunnarr hacía más o menos cinco siglos. Encargué la daga que ocultaba a un viejo armero de Toledo.

Pero la mujer que estaba allí tumbada no era Dana, no podía serlo. Su melena era negra y el corte algo diferente. No la habría reconocido con una capucha los días anteriores.

Pero padre era mucho mejor fisionomista que yo.

—¿Es... ella, padre? —me atreví a preguntar.

—Sí, hijo. La has encontrado. Ve a por Dana, yo vigilo. Os habéis ganado este reencuentro.

TERCERA PARTE

65

ADRIANA

Mayo, Navarra

Me tumbé sobre el césped bajo las figuras metálicas. Dicen que todo peregrino debe hacerlo en la plaza del Obradoiro: terminar el Camino de Santiago en horizontal. Tumbarse y observar la fachada inmensa e imponente de la catedral de Compostela.

Pero cada día estaba menos segura de que aquello fuera a suceder: tal vez nunca llegara a abrazar al santo por la espalda ni a ver bailar el botafumeiro sobre mi cabeza.

Así que diseñé mi propio rito jacobeo, y el Alto del Perdón era un lugar tan bueno como cualquier otro. Pese a la lluvia, pese a la niebla, pese a no tener más plan para el futuro que huir y temer en silencio por la amenaza de la nota que recibí en Libia.

Gunnarr se había excusado media hora antes, en cuanto coronamos la cima, y marchó a pocos cientos de metros a visitar la ermita de Santa Cruz. Yo estaba acostumbrada a descubrirlo haciendo preguntas a mis espaldas en los mostradores de todos los hostales donde pernoctábamos y había desistido de intentar averiguar qué estaba buscando exactamente.

Lo que ocurrió a continuación no sé muy bien cómo describirlo, hoy día, después de darle tantas vueltas; creo que parte de aquellos minutos son solo fruto de un cerebro agotado y algo delirante.

Hubo una silueta, un encapuchado que entró en mi campo visual. Llovía, como digo. Llovía mucho, como solo puede llover en las tierras del norte. Pero la lluvia estaba bien, me mantenía incrustada en el suelo, como clavada por una chincheta. Debería haber reaccionado, tal vez corriendo, o propinando una patada, o liberando la daga del bordón de Gunnarr. ¿Era peligroso aquel encapuchado azul?

Al principio no vi su rostro, lo ocultaba aposta bajo la capucha. Pero me miraba fijamente, conteniendo la respiración.

Reconocer a Iago en la cima del Alto del Perdón fue como parar el mundo. Me preparé para que fuera un sueño y yo despertara, reiniciando el día en el enésimo hostal del Camino. Pero no lo hizo, Iago no se disipó con la bruma, esta vez era una presencia sólida.

Hice ademán de incorporarme, pero él frenó mis intenciones con un gesto silencioso y se tumbó a mi lado. La lluvia había espantado a los pocos peregrinos que se habían animado a subir al cerro aquel día. La cima estaba desierta, expuesta a los Hijos de Adán, peligrosa.

Pero qué más daba. Éramos errantes reencontrándonos en algún punto del Camino, qué más daba si una lanza me atravesaba el corazón en aquellos instantes. Iago había venido, había escuchado mis mensajes, me había buscado. No estaba muerto. Una explosión no lo había calcinado en una clínica privada neoyorkina.

Lo primero fue su mano. Se tumbó a mi lado, como digo, cuan largo era, también empapado bajo su anorak azul. Se tomó su tiempo para buscar mi mano y acogerla en la suya. Estaba caliente. No sé cómo Iago se las apañaba siempre para mantener el calor corporal varios grados por encima de la media, una especie de habilidad trabajada desde el Mesolítico, cuando recorría la fría Europa sin calefacción ni gas natural.

Después me observó el rostro, con una paciencia que tal vez no deberíamos haber desperdiciado. Un longevo tiene todo el tiempo del mundo, lo sé, y tiende a tomárselo cuando considera que está frente a un episodio importante. Pero los minutos que Iago tardó en hablar, en decirme algo, en escudriñar mi rostro..., aquellos minutos fueron un infierno para mí, porque su rostro no desveló sentimiento alguno y yo no sabía si estaba todavía frente al compañero al que tanto quise un día.

—Han sido muchas mentiras hasta llegar a ti —dijo por fin.

—Han sido más pasos aún para estar aquí, en este lugar y en este momento —contesté—. ¿De verdad me creíste muerta?

—Sí, ya lo creo. Mi cabeza claudicó cuando vi cómo Gunnarr te estrangulaba. Ha sido la amnesia más brutal que he tenido hasta la fecha, creo. No sé ni cómo estoy aquí, de nuevo en casa, contigo.

—Estoy intentando recordar dónde lo dejamos, cuál fue nuestra última conversación. No puedo recordar cuáles eran nuestras preocupaciones el día antes de que Gunnarr hiciese su aparición en nuestra vida —le dije.

—¿Te hice feliz? —preguntó, a quemarropa, sin soltar la mirada. No quería, yo tampoco. Deseaba recuperar aquello cuanto antes: la franqueza, la imposibilidad de mentirle a aquel cerebro que circulaba más rápido que el de cualquiera, a aquellos ojos casi albinos a los que no se les escapaba nada.

—Ya lo creo, Iago. Ya lo creo. Fue un tiempo magnífico el que pasamos juntos. ¿Y yo a ti? Tienes más milenios para comparar.

—La convivencia contigo, nuestra historia, fue un tiempo absoluto, no es medible en términos de comparativa, ¿qué época lo es? Respondiendo a tu pregunta: sí, claro. Sí, por supuesto —se reafirmó —. ¿Ha terminado?, ¿hemos hecho algo irreparable durante este

tiempo separados, algo que impida volver al punto en el que estábamos?

—Yo he huido a Libia; te dejé un mensaje; hubo un derrumbe; hui de nuevo con la ayuda de Gunnarr; emprendimos el Camino del Padre, como él lo llama, y te he dejado otro mensaje. Básicamente esa ha sido mi vida —resumí mis últimos meses.

—Yo me he intentado adaptar al presente desde el punto de vista de un desmemoriado, y después del trallazo que supuso recordar tu muerte y mis circunstancias, he tratado de mantenerme a salvo y contactar con mi familia. Básicamente eso es lo que he hecho durante estos meses. Hace apenas unos días que oí tu mensaje y comprendí que no habías muerto, y estoy aquí, estoy aquí. ¿Qué hay de Gunnarr?

—Básicamente me ha protegido. Tenéis que hablar. Debe contarte demasiadas circunstancias que ignoras. ¿Qué hay de esa mujer, la longeva Hija de Adán?

—No me acabo de fiar de ella, me sacó a tiempo de la clínica, antes del atentado, mientras estaba medicado. Desperté en Estados Unidos, con amnesia. Me ha mantenido vivo y no me ha entregado a su familia, pero me ocultó mucha información que tuve que recabar por mis medios, sin móvil, sin contacto con el exterior. Un día oí *The Fisherman's Blues* y te recordé. Tú solías susurrarme la letra cada vez que alguien me llamaba. Y no solo te recordé a ti, recordé todo. Me creí viudo.

—Y yo me creí viuda, aunque creo que estaba en negación y elegí enviarte mensajes como si estuvieras vivo. Ahora me alegro del riesgo que corrí, pero no quiero vivir así, como Lür, asustado, escondido —me giré sobre mi costado, Iago hizo lo mismo—. Esa no es vida, Iago.

—Esto ha sido un episodio habitual de mi vida más veces de las que recuerdo —dijo en tono sombrío —. Te he metido en esto, pero no sé si te puedo sacar.

—Deja de pensar que esta batalla es como las que has librado en el pasado. Tienes más experiencia que yo, tienes habilidades físicas para la lucha que yo no he aprendido porque en la época en la que he nacido no son necesarias, pero este combate con los Hijos de Adán no tiene por qué ser un cuerpo a cuerpo. Ellos siguen comportándose como un clan prehistórico, matando con sus lanzas, sus derrumbes y sus incendios, pero no encajan en el presente; tenemos que superar su amenaza de otra manera.

«O cumplirán la amenaza que me escribieron en la nota, Iago», callé.

¿Era el momento de decírselo? ¿Debía hacerlo, o también lo pondría en peligro? ¿Y si Iago moría por el simple hecho de contarle la existencia de la nota?

—¿Estás pensando en tus futuros, Dana?

—Dana... Cuánto tiempo hacía que nadie me llamaba así.

—Por tu Nombre Verdadero. Cuando era joven, eso era mala señal —dijo.

—¿Por qué?

—En el clan aprendimos que, si llevas tiempo sin escuchar tu Nombre Verdadero, es porque llevas tiempo sin estar rodeado de amigos, de gente que merece saberlo y llamarte por él. Y eso no es buena señal. Cuando eso sucede, acaban ocurriéndote cosas malas.

—Ya me han ocurrido cosas malas. Mataron a mi equipo en el yacimiento, Iago. Trece personas, arqueólogos como tú y como yo, masacradas en un derrumbe, y Clara, ¿la recuerdas, mi amiga del Arqueológico? Clara terminó con una punta de lanza de sílex en el

corazón, clara alusión a lo que le hiciste a Adana. ¿Me preguntas por futuros, en plural, como si tuviese varios, como si pudiera elegir?

—Te estoy preguntando si ahora mismo debo levantarme y dejar que sigas tu camino. Si has decidido, con toda la sensatez del mundo, alejarte de mí y de mi familia. Si quieres estar a salvo y prefieres que esta separación sea definitiva, y no unos meses que nos robaron mi familia y mis circunstancias longevas.

Tragué saliva. Era una buena pregunta, claro que Iago era alérgico a las conversaciones vacías y nunca planteaba cuestiones superfluas. Una vez más había puesto el dedo en la llaga y no me había avisado para que me preparase antes con un poco de anestesia.

Seguir con él, seguir en peligro. Huir de él y de los longevos, ocultarme bajo otra identidad, por libre, y olvidarme de que alguna vez conocí a alguien mayor de cien años.

—¿Te está cansando ya tu nomadismo? —insistió.

—*Fuggire è anche stancante* —le contestó, en modo automático, mi última identidad italiana.

«Huir también es agotador», había querido decir.

—*Nessuno lo sa meglio di me* —contestó, creo que sin percatarse siquiera del cambio de lengua.

«Nadie lo sabe mejor que yo», traduje mecánicamente.

Lo miré a los ojos; eran casi iguales que antes, pero ya no lo eran. No exactamente. Entre los ojos de antes y los del presente había explosiones, derrumbes, un corazón extraído a su dueña.

Y había una nota. Una nota que me ataba y de la que no podía hablar. Aquellas líneas lo cambiaban todo. Yo también tenía a quién proteger. Iago, Lür y Gunnarr no eran los únicos con instinto protector.

Pero una sombra interrumpió nuestra conversación.

66

ADRIANA

Mayo, Navarra

La sombra nos tapó el viento del norte y, bajo el cobijo de unos hombros desproporcionados, dejamos de ver las siluetas metálicas de los peregrinos y la lluvia dejó de besarnos la cara.

—¡Suéltala! —gritó Gunnarr, con uno de sus rugidos nórdicos.

Gunnarr había malinterpretado la escena y no reconoció a su padre.

Fue a abalanzarse sobre él, pero Iago, felino como siempre, fue más rápido que el oso albino al que había criado. Agarró mi bordón y lo desenfundó antes de que cualquiera de los presentes pudiéramos darnos cuenta.

A lo lejos se escuchó un «*Hold op, barnebarn*!», que ambos ignoraron. Mi subconsciente registró la voz de Lür, aunque no entendí nada. Más tarde me explicó que había gritado: «¡Detente, nieto!», en danés.

Con la daga desenvainada, Iago clavó una de sus rodillas en el suelo y, para sorpresa de los allí reunidos, le tendió el arma a su hijo mostrándole la nuca y quedando expuesto.

—Haz lo que debas para vengar lo que te hice en Kinsale. Pero nunca, jamás, vuelvas a meter a Adriana Alameda Almenada en esto —se limitó a decir.

Gunnarr miró la daga como anonadado, sin llegar a cogerla. Yo me había levantado también de un salto y me interpuse entre el cuerpo de Iago y el de su hijo. Para entonces, Lür había aparecido de la nada y también se colocó entre ambos.

Durante unos eternos segundos, los cuatro nos miramos en silencio, conteniendo la respiración.

Después Gunnarr apartó la daga de un zarpazo y se arrodilló frente a Iago.

—¿Me perdonas tú, padre? ¿Me lo perdonas todo? No debí meter a Adriana en nuestros asuntos. No lo merecía —dijo con voz ronca.

—¿Me perdonas tú lo que le hice a tu esposa en Kinsale? —Tragó saliva.

—Te lo perdono, padre. Te he provocado un pesar mayor, y no lo pretendía.

Y Gunnarr abrazó a Iago sin medir su fuerza. Después ambos se incorporaron y su abrazo continuó. Gunnarr soltó un gruñido de placer, una risa, algo parecido a un oso satisfecho.

Lür y yo reímos, aliviados, y yo recuperé la daga y la envainé de nuevo en el bordón. Pero el peligro había pasado. Allí nadie tenía intención de matar a nadie. Solo vi a un padre y a un hijo que se querían mucho, y a un abuelo que, pese a contar con veintiocho mil años, todavía se emocionaba con los reencuentros familiares.

Tres generaciones de La Vieja Familia por fin juntos, por fin a salvo, como siempre debió haber sido.

Los cuatro nos sentamos sobre la hierba, entre risas y anécdotas, muchas palmadas en la espalda y una mano que no me soltaba.

Si continuó lloviendo o no es algo que no registré. Miraba sus tres rostros, felices y relajados por fin, con tantas ganas de ponerse al día, que odié a los Hijos de Adán y todo el sufrimiento que había dejado sembrado Adana desde hacía demasiados milenios.

—Siento ser yo quien os traiga de vuelta al presente —carraspeé, después de ser testigo silencioso durante horas de sus conversaciones en demasiados idiomas como para intentar seguirles la pista—, pero alguien tiene que pronunciar la pregunta en voz alta... ¿Y ahora qué hacemos?

67

IAGO

Mayo, Navarra

Los cuatro nos miramos, expectantes.

—Vamos a seguir el plan de Gunnarr mientras no tengamos novedades de Nagorno —dije yo, rompiendo el silencio—. Por ahora, Gunnarr y tú tenéis que continuar siendo un blanco móvil, por si los Hijos de Adán que se encargaron del atentado en Libia os siguen la pista.

—¿Tío Nagorno entonces está vivo? —preguntó Gunnarr, con una sonrisa aliviada.

Reprimí un gesto de desagrado, no era el momento, ahora que había recuperado a mi hijo, pero seguía doliendo esa conexión que tenían desde siempre. Él no sabía ni la mitad de todo lo que Nagorno me había hecho y, aun así, prefería no contárselo y abrir esa caja de Pandora.

—Sí, querido Gunnarr —intervino padre—. Despertó de la anestesia después del trasplante y me conminó a que saliésemos de la clínica. Dijo algo de proteger su corazón; su voz sonó como la de Adana. Sabéis que no creo en eventos sobrenaturales y que busco la explicación que la ciencia me pueda dar en cada época..., pero sí: así fue como nos salvamos de la explosión y huimos. Cargué con él en una silla de ruedas y escapamos de milagro por una salida

subterránea. Estoy seguro de que nadie nos vio con todo el estruendo y el caos tras la detonación.

—A mí me sacó Marion Adamson en circunstancias casi idénticas. Yo estaba muy sedado y no recuerdo nada, absolutamente nada. Dice que detectó a un soldado blanco en el perímetro de la clínica. ¿Qué hay de vosotros, Gunnarr? ¿Cómo escapasteis? —quise saber.

—Yo, poco antes de la explosión, estaba en la morgue de la clínica con el cuerpo inconsciente de Adriana, quien debería haber despertado hacía varias horas, pero apenas tenía pulso. Estaba desesperado, y mi intención era recogerte en la habitación y llevarte al depósito para que comprobases con tus propios ojos que no la había matado, y después contarte lo que le había administrado para que la reanimaras. Nunca, en mil años, te había visto tan fuera de sí como cuando creíste que la había estrangulado. La dejé en la morgue y fui a tu habitación a buscarte, pero ya no estabas. Entonces fue cuando oí la explosión y corrí hacia la habitación donde se recuperaba mi tío, porque parecía el epicentro de la detonación. Los equipos de rescate no me dejaron pasar, por supuesto, y hablaron de cinco cadáveres calcinados en la *suite* de Nagorno. Y en el mostrador encontré cinco conchas de cauri. Cinco. No he dejado de darle vueltas a ese número desde entonces. Hay algo que se me escapa y sé que en ese detalle está la clave de todo.

—¿Cinco conchas? —repitió mi padre, con gesto sombrío—. Los Cazadores eran los encargados de dejar las conchas de cauri a los pies de sus víctimas. Eran muy precisos, y jamás, durante los milenios en que mis otras familias sufrieron sus masacres, erraron en el número. Cada concha de cauri simbolizaba un corazón atravesado con sus flechas. Así quedaba cada uno de los corazones: sin color y endurecido, sin vida. Y el cuerpo convertido con el tiempo en hueso blanco, como el cauri.

Dana se estremeció a mi lado y comenzó a tiritar. Le pasé el brazo por el hombro y la atraje hacia mí, intentando, sin éxito, dar un poco de calor a su cuerpo mojado y sobrepasado por el esfuerzo de las últimas semanas.

—Creo que éramos los cinco objetivos de los Hijos de Adán: tú, Nagorno, Marion Adamson, como tú la llamas —me dijo Gunnarr—, el abuelo Lür y yo. Pero ninguno de los cinco hemos muerto. Y pese a ello, dejaron las cinco conchas de cauri. Por supuesto que puede ser que los cinco cadáveres pertenecieran al personal de la clínica, y los Hijos de Adán hayan revindicado la autoría de los cinco muertos para advertirnos de que la caza había comenzado, pero ¿no es mucha casualidad que murieran precisamente cinco personas, el mismo número que los Exiliados a quienes querían ver muertos?

Todos asentimos, preocupados.

—Pero hay más. Otro dato que no cuadra. En el derrumbe de Tadrart Acacus dejaron quince conchas de cauri en el despacho de Adriana, a los pies de su amiga Clara, que fue asesinada con una punta de lanza prehistórica en el corazón —continuó mi hijo, y Dana se revolvió intranquila a mi lado, pero calló—. Las otras trece personas del equipo de Adriana murieron sepultadas en el derrumbe. Cuéntaselo todo, Adriana.

Adriana apretó los labios, como si se resistiera a dejar salir por su boca las palabras que la quemaban por dentro, pero finalmente, ante nuestras miradas de extrañeza, habló.

—Encontré una punta de lanza, no era congruente con la época del yacimiento, y mucho menos era creíble el hecho de hallarla semienterrada, a pocos pies del panel de las manos, tan transitada; pero parecía auténtica. Pensé que algún expoliador se le había caído, décadas atrás, pero tenía que informar a Italia del hallazgo. No me dio tiempo, había ordenado a mis becarios que aislasen la

zona y comenzasen una excavación de urgencia, para no retrasar el trabajo oficial de digitalizar el panel de las manos. Entonces te llamé —dijo, dirigiéndose a mí—, sabía que era peligroso, y Gunnarr me había contado lo de la explosión cuando desperté del coma, semanas después, en una cabaña de Maine, así que podías estar muerto y aquella llamada permitir que me geolocalizasen, pero... fui humana y necesitaba compartir aquella pequeña alegría laboral contigo; eras la única persona que podía comprender lo que significaba para mí. Pero lo he pensado mil veces: el atentado de Tadrart Acacus no fue porque me localizasen por culpa de esa llamada. No les dio tiempo. El derrumbe sucedió pocos minutos después de que yo colgara. Varias toneladas de arena y piedras cayeron sobre mi equipo; corrí a intentar ayudarlos, pero estaban sepultados varios metros por debajo de mis manos.

Dana se las miró, todavía tenía arañazos en los dedos y las uñas destrozadas. Llevaba un par de anillos que no conocía, de factura celta.

—Volví a mi despacho en los barracones —continuó—, y encontré el cuerpo de Clara ensartado por la punta de lanza. En ese momento llegó Gunnarr en moto, prendió todo con gasolina y huimos, tomamos un vuelo y comenzamos el Camino del Padre, como él lo llama. Hasta hoy.

Dana tragó saliva, sabía que no quería llorar delante de nosotros tres, así que lancé una mirada a mi hijo para que no la hiciera hablar más.

—¿Y cómo pasaste de estar en coma en una cabaña en Maine a dirigir un yacimiento en Libia? —quise saber.

—Hum, escapó de mí —dijo Gunnarr, rascándose la nuca—. Escapó saltando por la ventana. Literalmente.

Miré de reojo a Dana, no sabía si preocuparme o admirar su valor.

—Le conté sin paños calientes la situación en la que estábamos y no quiso saber nada de mí. No la culpo, venía de haberla secuestrado y de dejarla en coma. Me pasé las siguientes semanas siguiéndole la pista por Europa hasta que encontré su nombre en un museo italiano y di con ella en Libia —explicó con la mirada gacha, como si se sintiera avergonzado.

Mi padre se apresuró a desviar la conversación.

—Entonces, en principio, y aunque estén equivocados, los Hijos de Adán han dado por muerta a Adriana. Puede que estén convencidos de que murió en el derrumbe —dijo.

—Marion Adamson así nos lo transmitió. Me dijo que las noticias hablaron de que una A. A. A., arqueóloga española, había fallecido en el atentado y no tenían clara la autoría, pero la achacaban a la inestabilidad política de la zona. Aunque ella se quedó con mi móvil durante los meses en los que yo estuve sin memoria y tal vez escuchó el mensaje que me enviaste desde Zubiri —dije preocupado.

—Entonces puede que esté en peligro, que todos lo estemos, si sabe que Adriana está en el Camino de Santiago con Gunnarr —dijo padre.

—Si Marion estuviera todavía con los Hijos de Adán, ya habrían atacado a Gunnarr y Adriana durante estos días, ¿no creéis? De todos modos, puede que no haya descifrado el mensaje que Adriana me envió, hablaba del Oso Blanco, del pueblo del puente, del Camino del Padre. Son referencias que nosotros hemos entendido, pero ella no es familia —dije—. ¿Qué piensas, Adriana?

Se había mantenido en silencio y ausente desde que habló del derrumbe. Incluso su mano había perdido fuerza y ya no respondía a mis caricias.

Dana me ocultaba algo, nos lo ocultaba a cada uno de nosotros, también a Gunnarr. Poco podía imaginar que aquella omisión nos iba

a cambiar la vida a todos en pocas semanas.

68

IAGO

Mayo, Navarra

La lluvia no daba tregua, pero yo no era demasiado consciente de la meteorología en aquellos momentos. La niebla se había despejado y el paisaje de los campos navarros se extendía frente a nosotros, más verde y limpio que nunca.

—Sé que habéis pasado por climas extremos y muchos desastres naturales —nos dijo Dana mientras se levantaba—, pero yo no soy longeva y me da miedo coger un resfriado que me impida seguir vuestro ritmo. ¿Por qué no bajamos ya? Yo me hospedaría esta noche en algún alojamiento un poco al margen del camino oficial; puede que en Uterga, el siguiente pueblo, encontremos habitaciones libres. Necesitamos un lugar tranquilo donde ponernos al día de demasiados temas, y urgentemente. Mañana decidimos si seguir hasta Puente la Reina y al día siguiente hacer la etapa hasta Estella, o ya lo vemos. ¿Qué os parece?

Todos asentimos e iniciamos el camino de descenso, tan fastidioso como lo recordaba por la cascajera de pequeñas piedras, que además resbalaban debido a la lluvia.

Nos tomamos nuestro tiempo para no lesionarnos y, un par de horas después, nos cambiábamos de ropa en dos habitaciones abuhardilladas de un agroturismo que encontramos a la salida de

Uterga. Desde las ventanas del tejado a dos aguas podíamos otear todo el paisaje y a todo el que se acercase por el camino que circundaba el edificio.

Pedimos que nos subieran la cena a la habitación doble, donde Dana y yo íbamos a pasar nuestra primera noche juntos en meses, y pedí permiso para encender la chimenea poco usada que reinaba en el centro de la habitación.

Después de terminar con las pochas y las truchas que nos sirvieron, los cuatro dimos buena cuenta de la *pantxineta*, la tarta de Santiago y la cuajada con miel que desaparecieron en minutos. Había echado tanto de menos aquellas comidas en familia... y me di cuenta de que era la primera vez en siglos que mi padre, mi hijo y yo comíamos juntos y en armonía.

Brindamos con agua, tuvieron la deferencia de no beber alcohol, y nos permitimos una cena distendida entre risas y bromas triviales.

Me quedé observándolos en silencio.

Gunnarr se había quitado las lentillas de color miel que le daban cierto aire de león y, desde luego, no podían haber ocultado su identidad ante cualquiera que lo conociese. Miré después a Dana, sin poder ignorar el milagro que suponía que ella estuviera viva después de darla por muerta dos veces, y el milagro de que yo también estuviera vivo después del atentado de la clínica y de estar en manos de una Hija de Adán durante meses y sin memoria.

Y por fin, después de los postres, los cuatro nos sentamos en los butacones junto al fuego y Dana se tapó con una manta que encontró en el armario.

—¿Dónde está ahora tío Nagorno, padre? —rompió el hielo mi hijo.

—En Madrid, concretamente en la estación fantasma de Chamberí, con Marion Adamson, buscando al líder de los Cazadores, Cormac

Adanssen —le solté, a quemarropa. No quería ocultarle ninguna información.

Gunnarr se quedó inmóvil durante un par de segundos, sin procesarlo del todo.

—¿Cormac Adanssen? —repitió Dana, dando un respingo en el sofá—. Gunnarr, ¿ese no puede ser...?

—Todo a su tiempo, *stedmor* —la freno mi hijo—. Padre, voy a necesitar más explicaciones.

Padre y yo nos cruzamos la mirada durante un segundo, también él lo había registrado.

—Nagorno y yo fuimos a Duxbury a rescatar a Urko —le aclaró padre—, cuando él recobró la memoria y consiguió contactar conmigo. Nagorno ha contratado a tres matones gigantescos como escoltas. Después os cuento los detalles, por si tenéis que lidiar con ellos. Marion Adamson tiene miedo de que los Hijos de Adán también vayan tras ella después de que Adana la exiliara, justo antes de morir. Y como muestra de que ahora es nuestra aliada, nos facilitó el nombre del líder actual de los Diplomáticos, Niall McAdams, y su puesto como alto funcionario en el edificio de las Naciones Unidas de Nueva York.

—Padre y yo lo localizamos y lo hemos amenazado con acabar con su familia, como él y los demás hicieron con la nuestra, en caso de que no colaborase. Y por su parte, ha accedido a convencer a su rama de que nos permita una tregua hasta que podamos reunirnos todos, al menos los líderes, en un concilio entre los dos clanes. Estamos buscando la tregua definitiva, pero es un paso. Niall nos dijo la manera de encontrar al líder de los Cazadores, por lo visto, son los más fanáticos y puede que sean los más difíciles de convencer. Enviamos a Nagorno y sus tres matones con Marion

Adamson a buscar al tal Cormac; estamos pendientes del resultado —resumí.

Dana miraba a Gunnarr insistentemente, pero no sabía interpretar lo que le ordenaba en silencio. En todo caso, aproveché el momento y le pregunté por algo que me venía carcomiendo desde Duxbury.

—Respecto a Marion Adamson, Gunnarr, ¿tú la conociste con la identidad de Manon Adams en el siglo XVII? Ella me contó que le habías revelado tu estrategia de administrarle a Adriana los polvos que te enseñó a fabricar Skoll con cornezuelo, y que pensabas reanimarla después de que Adana la diera por muerta. Pero te conozco, hijo, y eres muy precavido, y más con alguien que pocas horas antes había vendido a tu padre. Dime, ¿tú coincidiste con ella en Inglaterra, en el puerto de Plymouth, en 1602?

—Ese no es el comienzo de mi historia con Maia, pero la respuesta es sí —respondió él.

—¿La llamas Maia? —me extrañé.

—Manon Adams, Marion Adamson, Mabel de Adams..., ha tenido mil nombres, como nosotros, pero creo que nos aclararemos mejor si la llamamos por su Nombre Verdadero, su nombre sumerio: Maia —dijo, y los demás asentimos.

—Creí verte en el puerto hablando con ella cuando embarqué en el Mayflower. Padre me había enredado para ir a las nuevas tierras de ultramar y ella se encargaba de la lista de pasajeros. Fue solo un instante, después te desvaneciste y creí que era un delirio de mi cerebro alcoholizado, pero fuiste tú de verdad —murmuré.

—Le pedí que te cuidara. Me sentía culpable porque mi falsa muerte te había provocado ese estado tan deplorable en el que te encontrabas, y no creía que fueras a sobrevivir tú solo en las colonias. Ella iba en una misión que le había encomendado Adana para que explorase y registrase las posibilidades de aquellos vastos

territorios. Sé que cuidó de ti, pero el matrimonio y el hijo que tuvisteis no iban en el pacto; fue cosa suya, es justo que lo sepas —dijo, sin dejar de controlar con el rabillo del ojo mi reacción—. ¿Estás... enfadado, padre?

Difícil pregunta, fácil respuesta después de recuperarlo. El ego era lo que menos me importaba en aquellos momentos.

—¿Enfadado? No..., cuidaste de mí. No estoy enfadado, aunque haya tanto que procesar —fui capaz de decir, al cabo de un rato.

—Pues no os queda nada... —intervino Dana, con cautela en la voz. Me apretó la mano con fuerza, como para infundirme fuerzas—. Gunnarr, empieza por el principio. Esta es la noche, tu padre y tu abuelo tiene que saber todo lo que has hecho estos quinientos años por protegerlos. No te hagas esto, no sigas guardando silencio.

«¿De qué demonios están hablando?», callé.

Gunnarr se levantó del mullido sofá y se estiró. Después, con la vista fija en el fuego que chisporroteaba hipnótico en la chimenea, terminó por decidirse.

—Sí, esta es la noche —consintió por fin.

69

IAGO

Mayo, Navarra

Todos miramos a mi hijo expectantes. Notaba a Dana con una carga en los hombros que no tenía nada que ver con la mochila que portaba de día; me pregunté cuánto sabía ella en esos momentos que padre y yo desconocíamos.

—Habla pues, Gunnarr —lo animó mi padre—. ¿Cuál es esa historia que tenemos que conocer?

Mi hijo se volvió hacia mí.

—Padre, ¿recuerdas cuando viniste a Bristol con tía —se corrigió —, con mi hermana Lyra encinta, haciéndoos pasar por un médico y su esposa? Era 1352, yo transportaba peregrinos con mi barco entre Inglaterra y Galicia. Y me negué a que embarcaseis conmigo cuando me localizaste y me pediste el favor.

Me tuve que ubicar durante un momento, demasiado baile de siglos. Pero después recuperé cada detalle de aquella conversación a la luz de las velas en una taberna perdida de Bristol.

—Sí, y no te creí ni una palabra, me contaste un cuento de terror relacionado con el comercio negro de reliquias. Pero te vi aterrado y por eso, solo por eso, te hice caso y huimos en la noche después de robar las ropas de la cámara contigua —le aclaré.

Gunnarr suspiró.

—Salvaste tu vida, la de Lyra y la de su hijo no nato. Adana habría ordenado vuestra ejecución inmediata y los Hijos de Adán os habrían matado antes de pisar el puente de la Trinity Courtney. —Nos miró a ambos, mi padre estaba atónito.

—¿Conociste a Adana en 1352? —preguntó padre.

—Abuelo, sé que esto te va a remover, y mereces un respeto porque fuiste también su compañero antes siquiera de que yo estuviera ni imaginado —suspiró.

—¿Cómo dices? —acertó a preguntar mi padre.

—Yo también compartí lecho con Adana, abuelo. Pero debo empezar por el principio. Un día el padre Bettany me hizo llamar porque un caballero llamado Nevill de Adams me había reclamado...

Todos escuchamos su relato con atención. Mi hijo desgranó los detalles de cada encuentro, de cada conversación, durante horas. Yo sabía que nos estaba pertrechando con el arma más poderosa en una guerra: la información. Todo lo que pudiéramos saber del clan enemigo nos podría ser útil en un futuro.

Padre y yo lo miramos fijamente durante el tiempo en que Gunnarr, de pie frente a un fuego que aguantó toda la noche, nos contaba cómo conoció a Adana, cómo lo torturaron, y cómo reclamó, sin éxito, una amnistía para padre y para todos nosotros.

Dana apretó los labios más de una vez, como si le dolieran las heridas de Gunnarr tanto como a él la noche en que se las hicieron.

Cuando llegó el episodio del incendio en el barco, me sentí tan culpable... Recordé horrorizarme después de ver las cicatrices que quedaron de aquellas quemaduras en el cuello y en el torso. En aquella ocasión mi hijo había estado unos años desaparecido y nos costó recuperar el contacto con él. Gunnarr desvió la atención del verdadero motivo mintiendo con la verdad.

Nos dijo que la Corona había perseguido su barco cuando era contrabandista y que se había mantenido escondido durante un lustro para que no nos relacionasen y sufriéramos las represalias. Mi padre, Nagorno, Lyra y yo lo sermoneamos, como si fuera un niño pequeño, sin tener ni la más remota idea del infierno por el que acababa de pasar por protegernos.

Cuando por fin terminó su historia, dio un largo suspiro y se sentó junto a mí, en nuestro sofá.

—¿Ha dolido tanto como la primera vez que me lo contaste? —le preguntó Dana.

—Igual, salvo que ahora se sumaba el miedo y la vergüenza —contestó.

Mi padre se acercó a él.

—Voy a necesitar un tiempo para encajarlo. Durante milenios he pensado que era yo el único que llevaba la carga de ocultaros la existencia de los Hijos de Adán y de que todos estábamos amenazados. Hoy descubro que tú, mi nieto, ha soportado la misma pesada losa durante casi setecientos años... y yo siempre te he juzgado mal. Perdóname, Gunnarr, no he sido un abuelo a tu altura. Perdóname —le susurró.

Gunnarr asintió, conmovido.

Yo lo abracé y me limité a susurrarle en su lengua:

—*Undskyld mig, søn.*

«Perdóname, hijo».

Dana respetó nuestro momento y se limitó a acompañarnos en silencio. La noche se había alargado y todos necesitábamos descansar. Mi padre se levantó del sofá e hizo un gesto a Gunnarr para que lo siguiera a las habitaciones contiguas que ellos habían reservado junto a la nuestra.

—Antes de que te vayas, Gunnarr —intervino Dana—, y para que todos nos aclaremos: entonces la que era Mabel de Adams en 1352 es Marion Adamson en el presente, la lideresa de la rama de los Escribas. Nevill de Adams, líder de los Mediadores, ahora es Niall McAdams, líder de los Diplomáticos, y Khotan de Adams se llama ahora Cormac Adanssen y es el líder de los Cazadores.

—No he visto a Niall ni a Cormac, pero creo que estás en lo cierto —nos confirmó.

—¿Y quién es ahora Sunna de Adams, la sanadora? —quiso saber.

—Ojalá pudiera contestarte a esa pregunta, *stedmor*. Tenemos que dormir si queremos estar fuertes y despiertos mañana. Hay mucho que procesar hoy. —Y desapareció con mi padre tras la puerta.

Dana y yo nos quedamos por fin a solas, pero no hubo ocasión para la intimidad. Nos tumbamos en el lecho y caímos fulminados antes de que nuestras cabezas tocaran la almohada.

Al día siguiente nos despertamos muy abrazados cuando oímos el sonido insistente de unos nudillos llamando a la puerta de nuestra habitación.

Me levanté de un salto, sabía que algo urgía. Encontré a mi padre con el rostro demudado, y me mostró el móvil.

Dana se colocó a mi lado, también en pijama.

—Es Nagorno —dijo—, tenéis que escuchar esto.

70

NAGORNO

Mayo, Madrid

—Tal vez no quiera desnudarme frente a dos Hijos de Adán. Y descuida, no voy armado —miento—. Y no necesitaría armas para acabar con...

—No es por eso, escita —me corta Maia—. Quítate la camisa. Necesito que Cormac vea tu cuerpo.

Miro hacia atrás, mis tres oficiales salen de entre las sombras del abovedado túnel y me rodean a menos de un metro.

El Cazador, al igual que Maia, los ignora. No parece amedrentarse por sus imponentes hechuras, signo de que ha lidiado habitualmente con mercenarios similares y se gana un poco mi respeto.

—Acércate a él —le indica a Cormac.

Creo que empiezo a comprender las intenciones de Maia.

Ambos obedecemos. Yo me desabotono la camisa y les muestro a ambos lo que esconde.

Maia toma la mano huesuda de Cormac y la coloca sobre mi pecho, sobre la cicatriz que me dejó el trasplante.

—El latido es lento. Lo reconoces, hermano. Durante milenios lo hemos escuchado y continúa entre nosotros —le susurra Maia.

Cormac abre los ojos y me mira de otro modo. Matices: no hay matices. Es veneración absoluta.

—El corazón de Madre. Es él, lo reconocería entre millones. ¿Cómo es posible, Maia? —quiere saber.

—Ahora él es el portador. El corazón de Madre no ha rechazado este cuerpo, ha aceptado el trasplante —le explica Maia con voz hipnótica.

Entonces el líder de los Cazadores hace algo que cambia mi larga vida. Hay un antes y un después de ese preciso momento.

Cormac Adanssen se arrodilla ante mí, baja la cabeza y pronuncia las palabras mágicas:

—Padre, soy vuestro hijo más leal. Ordenadme lo que gustéis y lo haré posible.

Hasta ahora no sabía que quería esto, pero es esto lo que quería. Exactamente esto. Me ha llamado «padre». Y muchos más podrían hacerlo con idéntica devoción y respeto.

La voz de Maia, lejana, interrumpe mis pensamientos.

—Estoy de acuerdo, hermano. Si Madre lo ha encontrado digno, ahora él ostenta el patriarcado de los Hijos de Adán. Y muchos de los nuestros, los que mantienen el culto al corazón de Madre, también lo verán así.

—Estoy con vosotros. ¿Qué quieres de mí? Me habéis venido a buscar con un propósito muy concreto, adivino. —Y se levanta despacio, se coloca a mi diestra con la cabeza gacha y postura marcial, como si fuera uno de los Vigilantes de Madre.

—Niall está buscando una tregua temporal hasta que concretemos una fecha para un concilio, el primer concilio entre los dos clanes, el de los hijos de Lür y el de los Hijos de Adán. Pero las muertes deben cesar. No solo en lo que respecta a Lür y sus descendientes, sino a todas las bajas colaterales. Y vamos a permitirles que retomen sus vidas hasta entonces. También yo lo haré, si es que algún Hijo de

Adán me consideró Exiliada el día que el corazón de Madre cambió de portador.

—No funciona así, tengo que localizar a todos y que les quede claro el nuevo *statu quo*; no es para mañana. No será fácil, estamos muy dispersados. Tendremos que buscarlos y eso va a requerir un tiempo.

—¿Cuánto tiempo, hijo? —le exijo. Quiero una fecha.

—Unas semanas, pero van a necesitar ver lo que yo he visto y escuchar el corazón en su nuevo portador. Os venís con nosotros, Padre.

—¿Crees que para el próximo solsticio de verano estarán todos localizados? —lo tanteo—. Quedan unas semanas para el 24 de junio, pero es una buena fecha para el Primer Concilio de Familias Longevas.

—Si pongo mi empeño en ello, y vuestro corazón así lo demanda, desde luego —me confirma.

Asiento, conforme. Mi cabeza urde mil estrategias ante esta novedosa y dulce situación, tan preñada de posibilidades.

Me alejo unos pasos de todos y tomo el teléfono.

Es el momento de dar buenas noticias a mi padre.

71

ADRIANA

Mayo, Navarra

Gunnarr se sumó a la improvisada comitiva; era el único que no iba en pijama. No se me escapó que aquel día también habría madrugado para salir a marcar árboles con sus runas, según su versión, o a buscar a quienquiera que fuera, según mis sospechas.

Los hice pasar a la habitación con un gesto, me aseguré de que no había nadie en el pasillo y cerré la puerta tras de mí. Los cuatro volvimos a sentarnos en los butacones donde horas antes habíamos pasado una noche de relatos longevos. El fuego ya se había extinguido, pero quedaba algún rescoldo entre la ceniza.

Lür nos pidió silencio con la mirada y nos mostró la pantalla de su móvil. Estaba en llamada de manos libres con Nagorno.

Iago, Gunnarr y yo lo rodeamos y Lür contestó:

—Dime, hijo. Te escucho.

—Padre, estoy con Maia y con Cormac Adanssen, el líder de los Cazadores. Efectivamente lo hemos encontrado en un túnel de la estación fantasma de Chamberí, tal y como prometió el diplomático.

—¿Están ahora a tu lado? —quiso saber Lür.

—No, yo estoy en otro túnel, no pueden oírme a esta distancia.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó su padre.

—Traigo buenas nuevas. Cormac Adanssen también está de acuerdo con organizar un concilio de familias longevas para pactar nuevas sinergias y discutir el nuevo orden, ahora que Adana no está.

Lür soltó un larguísimo suspiro de alivio y cerró los ojos por un segundo, como agradeciendo a algún dios la noticia. Iago le tocó el brazo y lo trajo de vuelta al presente. Después le indicó con un gesto que hiciera hablar a Nagorno.

—Explícate, por favor —le pidió Lür.

—Cormac dará la orden a todos los Cazadores que están en España de suspender la partida de caza. Será fulminante, los está localizando a todos en estos instantes y ellos acatarán la nueva decisión. En esta familia la obediencia es ciega, no se cuestionan las órdenes del líder de la rama.

Crucé una mirada con Iago, él también había captado el tono de admiración con el que Nagorno hablaba de los Hijos de Adán.

—Continúa, Nagorno —lo apremió Lür.

—Ahora partimos a buscar a todos los demás que no están tan localizables. Habían acotado la búsqueda a Europa, así que han abandonado Estados Unidos y también África. Están dispersos y nos llevará unas semanas. Estas semanas tenemos una tregua temporal hasta el Primer Concilio de Longevos, que tendrá lugar en el solsticio de verano, tal y como lo celebran ahora los efímeros, el 24 de junio, durante la Noche de San Juan. Ya concretaremos en su momento el emplazamiento idóneo.

—¿Estás totalmente seguro, hijo?

—Pondría mi corazón en el fuego. Volved a España y retomad vuestras vidas, en unas horas ya no habrá Cazadores en vuestro país. Y los líderes de las ramas no nos la van a jugar. Tengo a mis tres oficiales, y Maia y Cormac saben que ellos serían los primeros en sufrir las consecuencias de una transgresión. Y el diplomático no

va a arriesgar la vida de su marido. La tregua es para ambas familias: nosotros respetamos sus vidas y las de sus familiares, ellos respetan la nuestra y las de nuestras familias. Ellos también ganan con esta tregua y pierden si la transgreden. Es la tregua perfecta.

72

ADRIANA

Mayo, Navarra

Nagorno colgó y dejó a cuatro personas en *shock*, cada uno de nosotros registrando sus últimas palabras.

—¿Qué pensáis? —los tanteé.

Estaba frente a tres longevos que me llevaban milenios en interpretar las estrategias de Nagorno.

—Parece un cambio de bando de manual —dijo por fin Iago.

—Demasiado fácil —convino Gunnarr—. Si Cormac es el mismo Khotan que yo conocí en Bristol, era un auténtico fanático de Madre. Habría jurado que seguiría con sus órdenes incluso después de muerta. Maia es otro tema, ella teme también que le impongan el Exilio; le conviene la tregua y un concilio.

—¿Y Niall? —preguntó su abuelo—. Si también coincidiste con él, ¿lo ves ahora cumpliendo una tregua?

—Si Niall McAdams era Nevill... —comenzó Gunnarr.

—No tenemos por qué especular, padre —intervino Iago—; tú tenías una imagen de la actual apariencia del diplomático, muéstrasela.

—Tienes razón, claro —dijo Lür, y buscó entre las fotos de su móvil y le mostró a un hombre robusto de cejas y hombros

poderosos. Parecía afable, sonreía y daba la mano a otro tipo que no reconocí.

Gunnarr tomó el móvil de su abuelo y se llevó la mano a la boca.

—Cuánto tiempo... —fue capaz de decir, después de sujetar el móvil durante un buen rato.

Él callaba lo que yo intuía: su cerebro había vuelto a la noche en que lo torturaron.

—Gunnarr, este hombre, que se presenta al mundo como un hombre de paz, un mediador, estuvo presente durante tu tortura y no hizo nada —le recordé.

—No, él no estaba. Él llegó cuando iban a dibujarme el águila de sangre y frenó a Khotan y a Adana. Pero no se me escapa que lo hizo porque necesitaban mi barco para escapar. En todo caso, no era tan fanático como su hermano, que en realidad era un sobrino lejano o algo así. Yo no le daría la espalda, pero no es estúpido y está amenazado, no va a ir a ciegas a por ninguno de nosotros, al menos durante la doble tregua. No olvides que nosotros también nos comprometemos a respetar a su marido —dijo.

Iago había estado dando vueltas como un león enjaulado mientras escuchaba a su hijo.

—Hay más —nos hizo ver—. Nagorno nos está ocultando algo que se nos escapa. No es una trampa por su parte, no nos la está jugando. Pero está demasiado seguro de que los Hijos de Adán van a respetar la tregua y él es más desconfiado que cualquiera de nosotros en asuntos de guerra. Y pese a ello, su alegría es genuina. Hay un avance. Pero no podemos alcanzar a comprender de qué se trata porque no nos lo ha contado todo. Vuelve a llamarlo, padre.

Lür marcó de nuevo y puso el móvil en manos libres.

—Padre... —contestó desde Madrid la voz ronca de Nagorno.

—Soy Urko. Confírmame que estás solo —le dijo.

—Tengo a mi lado a uno de mis oficiales, pero a efectos de entender una conversación en castellano, es como si no estuviera. Y por cierto, Maia sabe escita; anotadlo padre y tú. Ya no es idioma seguro.

—Oído. Y ahora, cuéntamelo todo. ¿Qué ha hecho cambiar de opinión al Cazador? No han sido tus modales sedosos ni tu elegante presencia. Habla, Nagorno, no estamos para jugar al gato y al ratón. Si no aceptamos la tregua, te quedas en una posición muy comprometida con Cormac y con Maia, como tú la llamas. Pónmelo fácil, ¿o tengo que recordarte que estoy Exiliado porque que te di un corazón longevo?

Hubo un suspiro muy largo al otro lado de la línea, como si claudicase.

—Eres Urko, lo acabarás averiguando si te lo propones. Pensaba contároslo en el concilio, pero me has fastidiado la sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —le apretó Iago.

—El líder de los Cazadores, y en realidad todos los Cazadores, son corazonistas.

—Más contexto, Nagorno.

—Siguen el antiguo culto del corazón de la Madre. Adoran al corazón de Adana, en realidad, no a Adana. Y el corazón sigue vivo, sigue latiendo en mi pecho. Ahora yo soy el nuevo portador del corazón. Maia le ha mostrado la cicatriz que me dejaron por tu culpa y Cormac ha colocado su mano sobre mi torso... Y es como si se hubieran reconocido. Este corazón late más lento, mucho más lento que el que tú destrozaste, pero por primera vez en meses, ha entrado en taquicardia. Ha sido breve, solo un destello, y cuando el Hijo de Adán ha retirado su mano, ha vuelto a su ritmo habitual. Eres médico y sé que me vas a decir que ha sido una arritmia, pero la sincronización ha sido demasiado perfecta como para ser una

casualidad. Después el líder se ha arrodillado ante mí y me ha llamado Padre. Su obediencia, como he dicho antes, es ciega. Ahora mismo no cuestiona mis órdenes. Y los demás Cazadores tampoco lo harán. Todos se arrodillarán ante mí.

»Vamos a aprovecharnos de estos fanáticos, Urko. Seguid el juego y volved a hacer vuestra vida en Santander, tenéis que regresar al MAC y retomar vuestros trabajos para que sea creíble que confiáis en la doble tregua con los Hijos de Adán. Si seguís escondidos, las suspicacias aparecerán, al menos por parte de Maia y de Niall, y no habremos conseguido nada. Mantened abierto ese ojo que tenéis en la nuca, no soy estúpido y no dudo que comprobarán que habéis vuelto. Fingid durante varias semanas que os fiais de ellos.

—¿Y después, Nagorno? Ese plan es demasiado temporal —dijo Iago.

—Tú y yo hablaremos antes del concilio. Cuento con tu cerebro privilegiado para trazar un plan que saque satisfactoriamente de esta situación a la Vieja Familia sin bajas. Y ahora te dejo, Maia se aproxima. Yo también tengo un papel que interpretar.

73

ADRIANA

Mayo, Navarra

La pantalla del móvil se quedó en negro, aunque tardamos bastante en reaccionar.

—Ahora sí que me lo creo —rompió el silencio Iago—. Y aunque en otro contexto, diría que no se trata más que de una fantasía onanista de Nagorno; está demasiado bien hilada, incluso para él. ¿Qué opináis?

—Que ahora me cuadra la tregua, antes no —sentencia Lür—. Pero vamos a tener que seguirles el juego, no hay más remedio que ir hacia delante. No podemos continuar eternamente escondidos. Y no le hemos dicho aún que estamos en el Camino con Adriana y Gunnarr, él los daba por perdidos y a nosotros nos hace todavía en Nueva York.

—Pues volveremos los cuatro a Santander, y tú se lo aclararás —le explica Iago—. Se alegrará de que Gunnarr esté con nosotros. Y se alegrará también, creo, de que Adriana esté viva. Intentaremos que los Hijos de Adán no se enteren, pero vamos a asumir desde el principio que nos vigilarán y que comprobarán que están vivos. ¿Estamos todos de acuerdo?

—Sí —dije, después de valorar la otra opción, que era continuar el Camino en precario y expuesta—. Me siento más segura en

Santander si estamos los cuatro y, llegados a este punto, no nos queda más remedio que aceptar la tregua y esperar al concilio.

—Vestíos entonces, padre —asintió también Gunnarr—. Voy a pedir un coche en recepción para que nos lleve a Pamplona y de allí alquilamos un vehículo para Santander. En menos de cinco horas podemos estar en vuestra tierruca.

Gunnarr y Lür se fueron y cerré con pestillo en un acto reflejo, todavía en pijama. Después miré a Iago largo y tendido. Al fin solos. Todavía no había tenido tiempo de asimilar que su presencia era real y no un empeño de mi imaginación.

—¿Te duchas conmigo, Iago?

Iago no respondió con palabras: me regaló una espléndida sonrisa mientras se desprendía del pijama y vino a mí, desnudo, para llevarme de la mano a la ducha.

Bajo el agua tuvimos toda la piel que los meses nos habían escatimado. Las gotas calientes se llevaron parte del cansancio muscular que arrastraba desde Tadrart Acacus, y su lengua volvió a recorrer todas mis cicatrices de guerra, sin dejarse ni una. Después me alzó, rodeé su cintura con mis piernas y me penetró despacio, tomándose su tiempo.

«Imagina que somos vírgenes de nuevo», recordé que le dije nuestra primera vez, hacía una vida, en su piso del paseo Pereda.

—Aquí no vamos a poder gritar —me susurró—. Pero prometo resarcirme.

Por lo visto nos dedicamos un buen tiempo, o se nos fue la medida, no lo recuerdo, porque oímos un claxon insistente que provenía del exterior del agroturismo y al rato nos percatamos de que nos reclamaba a nosotros.

Al parecer, su hijo y su padre nos esperaban ya con las mochilas listas y el *check out* resuelto.

Nos vestimos a toda prisa, sin tiempo para secarnos el pelo, entre risas y bromas recuperadas. Poco después bajamos por las escaleras ante la mirada de complicidad de Lür y un «Vamos, hijo, te ayudo a cargar vuestras cosas».

Gunnarr estaba de espaldas, hablando con el dueño del agroturismo y no me vio acercarme.

—Te dejo mis datos. Por favor, avísame, es importante —escuché que le decía.

Tomé nota mental de nuevo, pero no le pregunté, sabía ya que me daría alguna excusa y no quería enturbiar nuestra relación con lo bien que nos iba últimamente.

—Pues aquí termina nuestro Camino del Padre, Gunnarr —le dije.

—Y yo sin comprarte dulces —respondió mientras ambos salíamos del edificio y mirábamos un letrero hacia Compostela que no íbamos a recorrer—. Ojalá pudiéramos hacerlo los tres, padre, tú y yo, en otras circunstancias —murmuró.

Le apreté la mano:

—Trato hecho. —Él apretó la mía, aceptando la promesa.

—Y ahora, quítate esas lentillas, por favor. Y en cuando llegue a Santander, paso por la primera peluquería para recuperar mi pelo —dije—. Supongo que aquí acaba mi primera falsa identidad dentro de una familia de longevos. ¿No soléis hacer un entierro o algo cuando dejáis atrás una identidad que os ha durado una década?

—¿Te refieres a quemar la ropa, las botas y todo lo que se nos ocurra, como hacéis los efímeros cuando llegáis a Fisterra? —preguntó, después de guiñarme un ojo.

—*Touché*, supongo. Los efímeros también tenemos nuestros ritos de paso. Vamos, tu padre y tu abuelo nos esperan en el coche.

En veinte minutos llegamos a Pamplona y allí alquilamos un todoterreno para tener más espacio. Iago se empeñó en conducir él

las cuatro horas; decía que necesitaba ponerse al día del siglo XXI y temía que a su cuerpo se le hubieran olvidado algunas habilidades que llevaba meses sin practicar.

Había una mezcla de alivio y emoción contenida cuando comenzamos a distinguir el paisaje que ya conocíamos al entrar en Cantabria desde Vizcaya. Ver la costa de nuevo, con los acantilados y los pinos y eucaliptos tan pegados al mar, me trajo una sensación de volver a casa que no tenía desde que me mudé de Madrid a Santander, un par de años atrás. Y fue como si todo aquel tiempo que había estado secuestrada, en coma, huyendo en el desierto y en el Camino, hubiera estado conteniendo la respiración.

Bajé mi ventana, la del copiloto, y nos entró la brisa marina y el olor a sal y toda la humedad que no sabía que había echado tanto de menos.

Los tres longevos con los que compartía coche también estaban de buen humor, Lür y Iago hicieron planes de pesca y Gunnarr se comprometió a hacer su salmuera con las piezas. También concretamos que, durante aquellas semanas hasta el solsticio de verano, la noche del concilio, era más seguro para todos que Lür y Gunnarr se quedasen con Iago y conmigo en nuestra espaciosa casona en la Costa Quebrada.

—¿No te molesta, Adriana? —preguntó Lür, siempre tan considerado—. Os merecéis una luna de miel, y no sé si lo ideal es que convivas con tu suegro y tu hijastro.

—En condiciones normales, te daría la razón, pero dormiré más segura si tengo al Patriarca de la Humanidad y a un *berserker* gigante durmiendo en la planta de abajo. Sin desmerecer lo presente, Iago —dije, con tiento.

—Estoy contigo al cien por cien. En otras circunstancias, aprovecharía cada minuto para recuperar estos meses perdidos

contigo, pero van a ser varias semanas y si los cuatro estamos juntos, vamos a estar más seguros. Y necesitamos descansar por las noches; no sabemos lo que nos va a deparar el concilio, pero yo llevo meses en tensión sin descansar bien. Dormiré mejor con padre y Gunnarr al lado. Sin desmerecer lo presente, Dana —contestó risueño, después de guiñarme el ojo.

Por suerte o milagro, en Cantabria no llovía. Rodeamos Santander por la S-30 y pasamos por Soto de la Marina hasta llegar a la salida de Liencres. Nuestra casona estaba frente a la playa de la Arnía. Iago había recuperado una copia de la SIM que supuestamente se llevó Maia, así que pudimos abrir la puerta con la aplicación de la cerradura electrónica.

—Voy a tener que cambiar de número. Marion Adamson —se empeñaba en llamarla así, y lo decía con cierta rabia cada vez que pronunciaba el nombre— tendrá todavía acceso a mis datos. Voy a recuperar mi agenda y después prenderé fuego a esta SIM.

Entramos en nuestro hogar, que había quedado como lo dejamos meses atrás, el día que Gunnarr me secuestró. Había comida caducada en la nevera y algo de polvo en los muebles, pero me di cuenta de que Iago y yo habíamos construido nuestro nido y de que me sentía en casa de nuevo. Mi almohada, mis mantas, mis sofás, mis libros.

Le mostramos a Gunnarr su habitación, y Lür se instaló discretamente en el dormitorio que le habíamos asignado cuando la compramos. No todo era tan bucólico, tuvimos que pedir comida a domicilio porque no teníamos nada para cenar, pero volver a comer rabas, tortilla de patatas y los quesos que pidió Lür no tuvo precio.

—Mañana deberíamos volver al museo —dijo, cuando todos nos disponíamos ya a despedirnos para irnos a dormir.

—¿Qué ha pasado estos meses con el MAC? —pregunté, era un asunto que se había llevado algunas noches de insomnio—. ¿Cómo habéis gestionado nuestras ausencias?

—Yo estaba en el Amazonas recuperando remedios medicinales con plantas autóctonas cuando Urko me pidió ayuda para localizarte durante tu secuestro. Él priorizó tu búsqueda. Yo volví y retomé la dirección, pero previendo que venía una época de incertidumbre cuando Urko me presentó a Marion Adamson y supe que era Hija de Adán, le di poderes legales a cada encargado de área para que fueran autónomos, al menos durante estos meses. Salva, Onofre y Elisa estuvieron conformes en asumir la responsabilidad. Cuando fuimos a Estados Unidos, y Marion nos llevó a Adana, les dije que a Urko y a mí nos había salido un trabajo de arqueología de urgencia que no podíamos rechazar, y que no sabíamos cuántos meses íbamos a estar fuera. Les dije también que tú habías firmado un convenio de colaboración y que te ausentarías de tu área una temporada, pero fui bastante opaco. Me preocupa que alguno de ellos haya leído las noticias del atentado de Libia. El mundo de la arqueología es pequeño y la muerte de Clara no ha podido pasar desapercibida para los arqueólogos españoles. Puede que algunos te den por muerta también, si aparecieron tus iniciales. Pero vas a tener que presentarte mañana. Diremos que fueron unas *fake news* y que forma parte de la guerra de medios de la zona.

Sabía que estaba en lo cierto, y asentí antes de desearles buenas noches. Después entré en nuestro dormitorio, donde Iago me esperaba cambiando las sábanas.

—¿Qué te preocupa, Dana? —se adelantó, leyéndome el pensamiento, o el rostro, como todos los longevos hacían.

—Si vuelvo al MAC, antes voy a tener que llamar a mi primo Marcos y decirle que he vuelto a Santander. Mañana Elisa, su

exmujer, me va a ver y tardará un minuto en enviarle un mensaje. Y mi primo se lo dirá a mi padre y al resto de mi familia paterna. Quiero evitar verlos estas semanas hasta el concilio. Si los Hijos de Adán nos monitorizan, preferiría que no supieran que tengo trato habitual con mi padre, mi primo y sus hijos; no quiero una masacre que nos destroce la vida. Pero voy a tener que decirle ya que he vuelto a Santander.

—Entonces llámalos mañana —dijo Iago, después de sentarse sobre nuestra cama recién hecha—, a Marcos y a tu padre, poco antes de que vayamos al museo. Si llamas ahora, no sabemos cómo van a reaccionar y esta noche no vamos a poder descansar.

—Odio esto de mentir a los que más quieres —pensé en voz alta, tras sentarme sobre sus rodillas y abrazarlo. Y darle besos en la frente... y todo lo demás.

—Bienvenida a mi vida.

—La verdad alivia mucho —le hice ver—. Mira a Gunnarr, parece que ha rejuvenecido cien años desde que os ha contado lo de Bristol.

—No sé cómo explicarte cómo me siento ahora mismo con Gunnarr. Por un lado, avergonzado al saber lo que ha tenido que pasar por protegernos. Por otro, orgulloso de ser su padre, de su nobleza, de haber criado a un ser humano tan excepcional. Y estas semanas me debato entre pasar todas mis horas con él, y recuperar todo el maldito tiempo que hemos perdido, y pasarlas contigo y resarcirnos de estos meses separados.

—Será una mezcla, imagino. Pero creo que siempre va a quedar un silencio incómodo entre vosotros. Y que nunca os vais a perdonar del todo.

—¿Por qué lo dices?, ¿no crees lo que has presenciado estos días? Estabas allí, como yo, como padre. Todo lo que nos hemos dicho ha

sido sincero, ha salido de nuestras entrañas, sin filtro.

—No más omisiones, Iago. No más mentiras. Gunnarr y tú tenéis que sentaros y hablar de Kinsale.

74

IAGO

Junio, Cantabria

Despertar de nuevo frente a la playa que me vio nacer, con Dana a mi lado y mi hijo a pocos metros, convirtió aquella mañana de junio en una de las más felices de mi vida. Después de perder mi memoria, mi última identidad y a toda mi familia, comprender que los había recuperado me hizo ser consciente de que aquel estado de gracia no iba a durar mucho.

No podía durar mucho.

Desayunamos los cuatro unos sobaos que también tuvimos que pedir a una aplicación de comida a domicilio, cosas del siglo XXI, pero estábamos de tan buen humor que nos reíamos de todo.

El plan era aparecer en el museo, dar las pertinentes explicaciones al personal y retomar nuestras rutinas allá donde las habíamos dejado meses atrás.

Cuando subí a nuestro dormitorio, encontré a Dana sentada en su sofá de lectura, junto a la chimenea, mirando el móvil irrastreable que mi padre le había prestado para hacer las llamadas. Todavía no le había dado tiempo a acercarse a Santander y comprar uno nuevo. Por lo visto, Gunnarr arrojó la tarjeta SIM al río Arga en Zubiri cuando este la sorprendió dejándome el mensaje.

«Menos mal que mi hijo llegó tarde», pensé, porque aquel mensaje nos había reunido a todos, y de no ser así, Gunnarr y Dana seguirían en el Camino mientras nosotros los dábamos por muertos.

—No quiero meterte prisa, Dana, pero tenemos que ir al MAC antes de que el personal baje a almorzar. Tienes que avisar ya a tu familia —le insté, mientras me sentaba en el brazo de la butaca—. ¿Quieres que me quede o prefieres hablar con ellos a solas?

—No, quédate. No quiero que se preocupen y que se me note en la voz. Si está alguien presente me voy a controlar más.

—Sea —dije.

Primero llamó a su padre, el tono sonó varias veces, y pensé que no lo cogería porque estaba trabajando, pero al cuarto tono se oyó su voz.

—¿Diga?

—Papá, soy Adriana. Te estoy llamando desde otro teléfono, me quedé sin el mío, pero en breve tendré un número nuevo y te mandaré un mensaje para que lo guardes en la agenda.

—¿Adri? —preguntó la voz, emocionada.

—Papá, estoy bien. He vuelto a España, estoy en casa, en Santander.

—¿Adri? ¿Me lo dices de verdad?, ¿no estás retenida ni nada por el estilo en algún lugar de África?

—No, papá. No puedo contarte nada y no sé cuánto tiempo estaré en Santander, si serán unas semanas y luego no podré volver a llamarte, o si ya puedo quedarme aquí. Solo quería que no sufrieras más por mí. Estoy bien, no me han hecho nada, estoy entera. —A Dana se le quebró la voz cuando pronunció las últimas palabras.

Hasta a mí me tembló la barbilla; eran un padre y una hija que se querían y no habían sabido decírselo durante toda su vida. Como

Gunnarr y yo. Qué inútiles, con las toneladas de tiempo que se nos habían regalado de más.

La abracé para infundirle ánimos. Dana no sabía cómo terminar aquella conversación.

—Papá, tengo que reincorporarme al trabajo ahora. Voy a llamar al primo Marcos, pero ya sabes cuál es la versión oficial que tenéis que dar.

—Descuida, Adri. Hablamos de la vida de mi hija, no voy a fallarte. Que sepas que te quiero mucho —dijo, con la voz ronca.

—Y yo, muchísimo. Cuando esto acabe, iré a visitarte a Madrid unos días. Tengo que colgar, papá.

Dana se quedó mirando tanto rato la pantalla que le tuve que dar un beso para que volviera a tierra.

—Cómo odio mentir con la verdad —murmuró para sí, con la mirada perdida en el Cantábrico.

—Queda Marcos, Dana. Será más fácil —la animé.

—En esto no piensan los malditos Hijos de Adán —renegó entre dientes—. Mi familia está sufriendo por algo que ni siquiera pasó hace veinte mil años.

Tomó fuerzas y marcó el siguiente número.

—Marcos, no cuelgues; soy Dana —dijo.

Hubo un par de segundos de silencio.

—Te escucho.

—He vuelto a Santander. Estoy bien, ya he llamado a mi padre y se lo he dicho. ¿Te contó la llamada que le hice desde Libia?

—Sí, seguimos tus instrucciones al pie de la letra. ¿Aún estás en peligro? —preguntó.

—No lo sé, por eso te llamo. Iago, mi cuñado Héctor y yo vamos a volver hoy al MAC, imagino que Elisa te llamará y te lo contará. Síguele la corriente con lo que te cuente. No sé si estaré en

Santander solo unas semanas o será para quedarme, pero no vengas a verme, ni tú ni tus hijos. Puedes leer entre líneas, ¿verdad?

—De acuerdo. No arriesgues más. Dana, es un alivio. No me falles y no te mueras. ¿Recuerdas cuando vimos aquel capítulo de *El cuento de la criada*? Ya sabes: «*Nolite te bastardes carborundorum*».

—No dejes que esos bastardos te hagan polvo —tradujo Dana con una sonrisa.

En otras circunstancias me habría cortado las orejas antes que oír esa traducción macarrónica del latín, pero no eran circunstancias normales y dejé mi ortodoxia para otro momento.

75

IAGO

Junio, Cantabria

Llegamos a media mañana al edificio del Museo de Arqueología de Cantabria. Mi padre y yo nos habíamos colocado de nuevo nuestros uniformes de Héctor y Iago del Castillo. Mi padre había convocado una reunión el día anterior, en la sala de exposiciones temporales, y todo el personal nos esperaba cuando hicimos la entrada.

La mezcla de las expresiones de sus rostros era como para llenar una enciclopedia de lenguaje no verbal; pude leer asombro, incredulidad, alegría genuina, recelo...

Padre, o Héctor, tomó la palabra. Me alegré de su aplomo legendario para manejar situaciones como aquella:

—Buenos días a todas y a todos. Estamos emocionados de volver a la tierruca y sobre todo de volver al MAC, que ha sido nuestro hogar profesional durante tantos años. En primer lugar, quiero agradecer al equipo de dirección —Salva, Nieves, Onofre, Elisa...— que hayáis estado a la altura de las circunstancias.

—Ha sido un privilegio, jefe —intervino Salva, de Edad Antigua—. Y nos hemos organizado bastante bien, pero ¿volvéis para quedaros o es una visita temporal?

—Buena pregunta, y sabemos que os preocupa, como es lógico. Vamos a estar unas semanas, y a finales de junio sabremos si

tenemos que volver a irnos o si nos quedamos definitivamente. Como sabéis, nos surgió un encargo de arqueología de urgencia que no pudimos rechazar, y no depende de nosotros la duración del contrato —aclaró mi padre.

—En todo caso—intervine yo al ver algunas caras—, comprendemos que esta inestabilidad en la dirección del museo no es buena para vuestras carreras, por lo que, si estáis pensando en buscar otros trabajos, lo comprendemos perfectamente y os vamos a apoyar en la transición y en la búsqueda de otros puestos. Estas semanas podéis venir a nuestro despacho o, si buscáis discreción, podéis enviarnos un mensaje, y escribiremos las cartas de recomendación pertinentes u os ayudaremos con todos los contactos que tenemos en museos, tanto nacionales como internacionales.

Hubo un alivio generalizado extendido, había dado en el clavo de sus peores temores. Después, tímidamente, comenzaron a aparecer las sonrisas.

—Otro tema —dijo Elisa, la exmujer del primo de Dana—. Es delicado, pero habrá que abordarlo. Muchos pensábamos que Adriana había muerto en el derrumbe de Tadrart Acacus que mató a los arqueólogos italianos. Sus iniciales aparecieron en un par de páginas en internet, y Clara Mengual, del Arqueológico Nacional, fue una de las víctimas del derrumbe. Espero que no os moleste, pero enviamos una corona del MAC a su entierro en Madrid a cargo del museo.

—No, por favor, hicisteis lo correcto —se apresuró a aclarar mi padre—. ¿Qué es lo que quieres preguntar exactamente?

—¿Estabas allí, Adriana? —insistió Elisa.

—No, Elisa. Gracias por tu preocupación. Fueron unas *fake news* por parte de algunos medios libios, yo estaba con Héctor y Iago —mintió Dana lo mejor que pudo.

Chisca, la becaria gótica de su área, intervino para evitar que el silencio incómodo se prolongase:

—¿Por qué no bajamos al BACus y nos tomamos unos pinchos? Tenemos que celebrar vuestra vuelta, jefes, y también que Adriana está viva. La hemos echado mucho de menos. Por cierto, vaya cambio de estilismo; el pelo negro te queda muy bien —dijo con un guiño.

—Es cierto, vamos a disfrutar un poco. Nos lo hemos ganado después del pico de trabajo de estos meses —dijo Nieves, con su eterna melena blanca que parecía algodón de azúcar.

Todo el mundo asintió y, una vez relajado el ambiente, empezaron a llovernos palmadas en la espalda y algún que otro abrazo aliviado. Muchos rodearon a Dana, la cogieron de las manos, y hubo más de una lágrima.

Bajamos al BACus, la cafetería anexa al museo, que padre, Nagorno y yo habíamos abierto en su día, imitando los cafés decimonónicos santanderinos que el fuego del incendio de 1941 se llevó por delante.

Juntamos todas las mesas y José, el camarero del turno de mañana, nos sirvió todos los pinchos de la barra.

La alegría había estallado entre el personal. Me senté entre Salva y Onofre, que no dejaban de ponerme al día de presupuestos y subvenciones, pero me tomé un momento para mirar aquella escena tan cotidiana desde fuera, como si yo fuese un observador externo.

Nos apreciaban, estaban aliviados al vernos sanos y salvos. Todo el mundo, incluso Elisa, se alegraba de que Dana estuviera viva. Y calculé los años que me quedaban de aquella identidad como Iago del Castillo, historiador y arqueólogo, director técnico del Museo de Arqueología de Cantabria. Como mucho cinco años; ya habíamos

consumido la mitad de la década que solíamos asignar para cada identidad, cada trabajo y cada ciudad.

Amaba aquella identidad de Iago del Castillo, amaba vivir en mi hogar, Cantabria, despertarme en una habitación con vistas a la playa que me vio nacer, porque tenía presente a mi madre y el parto que compartimos hacía diez mil años. Y envidié a todos y cada uno de los efímeros presentes. Salva, Chisca, Nieves..., todos eran felices en su ciudad, con su gente. Iban a tener otros sesenta años más de una vida mucho más larga que la de Iago del Castillo. Porque la terrible ironía de ser longevo era que mis vidas, en la práctica, eran mucho más cortas que las de cualquier efímero: Iago del Castillo solo podía soplar velas durante diez años.

Padre me sacó con un discreto codazo de mi ejercicio de nostalgia:

—Vuelve al presente —me susurró—. Esto ya es suficientemente extraño como para que nosotros estemos también raros frente al personal. Todos tienen que creer esta versión. Finge normalidad.

Obedecí, me puse la máscara del Iago sociable y pedí a José media docena más de zamburiñas.

Un par de horas más tarde, Dana y yo salíamos del edificio y nos dirigíamos al aparcamiento junto al acantilado. Padre se había quedado en su despacho gestionando con paciencia los asuntos apremiantes que todos le reclamaban para sus respectivas áreas.

—La vuelta a la vida que llevábamos antes está resultando mucho más surrealista de cómo la había imaginado. Y emocional... —dijo, plantada frente al acantilado por el que el coche de Nagorno, el Big Bastard, había hecho más de un año atrás el salto del ángel.

Bajo nuestros pies estaba la lengua de roca. Tantas tardes Dana y yo habíamos bajado descalzos y nos habíamos sentado frente al

Cantábrico, leyendo alguna novela o simplemente practicando sexo incómodo y delicioso al anochecer...

Allí mismo había muerto Lyra, mi hija, y eso me llevó a recordar a mi otro hijo pródigo.

—Gunnarr se ha alquilado una moto y ha ido esta mañana a visitar la tumba de Lyra en el cementerio de Ciriego. Me gustaría ir a mí también ahora. Echo de menos hablar con mi hija y necesito ponerle al día —le dije a Dana, tras abrazarla desde la espalda.

—Yo también tengo que poner al día a mi madre. Vamos entonces —dijo ella—. Pero conduzco yo, que también llevo meses sin mi coche.

Media hora después buscábamos a Gunnarr en aquel precioso cementerio junto al mar, como un poema de Edgar Allan Poe. Lo encontramos sentado en una esquina de la tumba de Lyra, hablando con ella en danés antiguo.

—Debería grabarte unas runas —le decía—. Tu tumba es demasiado lacónica. Te mereces más que un simple «Lyra». Fuiste mucho más que una simple «Lyra».

Dana y yo nos acercamos y le traduje al oído sus últimas frases.

—Estoy de acuerdo, a Lyra le habrían encantado unas runas —convino mi mujer.

Gunnarr nos oyó llegar, pese a que estaba de espaldas, y por un momento creí que se abalanzaría sobre nosotros, pero por lo visto, sabía diferenciar nuestras pisadas.

—Padre, *stedmor*... —dijo en voz alta sin girarse—. Ya he puesto al día a Lyra de todo —nos comunicó—. ¿Qué hay de vuestra pantomima en el museo?

—Todo bien, fingiremos que hemos vuelto al trabajo, pero no voy a pasar mis posibles últimas tres semanas con vosotros metido en

un despacho. Quiero que pasemos tiempo juntos, contigo, Dana, y contigo, hijo —les dije.

—Yo echo de menos mi moto del desierto; se quedó en Libia. Me he alquilado otra, no sé si podré meterme con ella por las calas. Me gustaría conocer mejor toda esta Costa Quebrada, ¿harás de guía, padre?

—Eso está hecho —dije.

Pero Dana había desaparecido, y por un instante, Gunnarr y yo cruzamos miradas de alarma.

Después le dije:

—Creo que ya sé dónde está. Sígueme.

Efectivamente, Dana estaba frente a la lápida de su madre, Sofía Almenada.

Gunnarr y yo avanzamos entre esculturas de ángeles que el salitre había ennegrecido y panteones decimonónicos de ilustres familias cántabras que un día conocí. Las personas con las que trabajé y conviví el siglo pasado ahora solo eran huesos roídos por la tierra, la humedad y el tiempo.

Ella se giró cuando nos pusimos a su espalda.

—Quería presentarte a mi madre, Gunnarr. Te habría encantado conocerla, creo que habríais congeniado. Es una pena que no haya vivido lo suficiente como para conoceros. Es una canallada que Nagorno nos robara estas décadas juntas. Se perdió tanto de mi vida...

Gunnarr se adelantó, retiró el polvo con su dedo gigante de las letras metálicas.

—Querida Sofía Almenada, educaste a una hija excepcional. Quería decírtelo, estés donde estés. Mereces saberlo —le dijo a la fotografía de mi suegra fallecida.

Dana se lo agradeció con la mirada, y yo me decidí. Era el momento, aunque tuviera tanto que perder.

—Vamos a sentarnos los tres en ese banco —les señalé—. Necesito hablar con ambos.

—¿Qué sucede, padre? —dijo Gunnarr, extrañado, mientras se sentaba.

—No os revelo nada que no sepáis si señalo que cualquiera de estos días puede ser el último día para cualquiera de nosotros tres, y no quiero morir sin hablarlo contigo, Gunnarr. Y Adriana también merece saber qué tipo de persona fui.

—Habla, Iago —me animó Dana, creo que ella sí sabía a qué me refería.

—Vamos a hablar de Kinsale, Gunnarr —le dije, pese a que las palabras luchaban por no salir de mi boca—. No quiero que esa fecha sea lo único que nos siga separando.

76

IAGO

Junio, Cantabria

Mi hijo y mi esposa me dieron fuerzas con la mirada, y me lancé a aquel lago congelado sin saber si Gunnarr y yo saldríamos indemnes de aquella conversación, tal vez la última entre nosotros.

—Tú estuviste allí, hijo, pero voy a poner en antecedentes a Adriana. Quiero que ambos conozcáis todos los detalles de lo que sucedió en aquel diciembre de 1601 —comencé.

Ambos me escucharon en silencio.

—Mi identidad por aquel entonces era la de Juan del Águila, un oficial español muy eficaz y leal a la Corona; también era amante de la buena mesa y de los placeres. Llevaba tiempo preocupado porque, en Irlanda, tanto Gunnarr como Nagorno se habían erigido como líderes de las familias irlandesas más importantes al frente de la resistencia contra el dominio inglés, durante la Guerra de los Nueve Años.

—Yo me hacía llamar Red Hugh O'Donnell, señor de Tyrconnell, Aodh Rua Ó Domhnaill para los míos—intervino Gunnarr—. Poseía extensas tierras en el noreste de Irlanda y me había trasladado al Fuerte Charles en el condado de Cork, al sur de la costa irlandesa, junto con mi tío Nagorno, que por entonces era Hugh O'Neill, conde de las tierras de Tyrone. Estaba casado, por primera vez en mi vida,

con una *bainríon* o *queen*. Así llamábamos a las mujeres de alto rango que pertenecían a los clanes irlandeses más importantes. Eran fuertes, cultas y no eludían los escenarios de las batallas, a las que solían acudir para apoyar a sus maridos.

—Yo había convencido al rey, Felipe III, o más bien a su valido, el duque de Lerma, de que me permitiera comandar un contingente español con refuerzos militares, para apoyar al ejército irlandés asediado en Fuerte Charles —expliqué—. Los dos mil irlandeses que resistían, con mi hijo y mi hermano al mando, estaban al límite de sus fuerzas, y mis espías me habían hecho llegar la alarmante noticia de que Charles Blount, un comandante inglés conocido por su inquina hacia los irlandeses, iba a rodear con sus tropas navales el fuerte. Pude conseguir treinta y cinco barcos y cuatro mil hombres, lo cual no estuvo mal. Yo navegaba en el San Felipe, un enorme galeón de tres mástiles en el que viajábamos, entre mandos, soldados y marineros, unas trescientas personas. En las costas irlandesas, antes de acercarnos a Kinsale, se nos unieron un par de esposas de los líderes que aguantaban en el Fuerte Charles, lady Eleanor Butler y Catherine O'Flanagan.

—Conocida como Catherine Ní Fhloinn entre los nuestros —apostilló Gunnarr.

—No voy a excusarme, porque mi comportamiento fue reprochable desde el principio. Durante varias jornadas cenamos en mi cámara a la luz de las velas y al calor de un buen vino de Rioja. Sabía la crudeza de la situación que nos íbamos a encontrar al llegar a Fuerte Charles, y la noche anterior al desembarco, di instrucciones al capitán de esperar mi orden al amanecer. El San Felipe había quedado escondido en una cala cercana al Fuerte Charles, y esperábamos que el resto de la flota se uniría a nosotros a lo largo de la jornada.

—Nosotros aguardábamos a los españoles con las fuerzas menguadas por el constante asedio de los ingleses. Sabía que mi padre había recogido a mi esposa y su cuñada y que iban en el galeón de avanzadilla —confirmó mi hijo.

—Sin paños calientes: durante la cena la seduje, reímos, bebimos y, ante la mirada cómplice de su cuñada, nos quedamos solos en mi cámara y pasamos una fogosa noche... —relaté, avergonzado—. Tan fogosa que quedamos dormidos, rendidos, justo al amanecer —continué—. Y juro, y he repasado aquellas nefastas horas mil veces en mi cabeza, que ninguno de los dos oímos al capitán y al resto de la tripulación cuando aporrearon la puerta de mi cámara, que había dejado bien atrancada para que nadie nos molestara. Fue a media mañana cuando la resaca y un tremendo dolor de cabeza me despertó. Nos vestimos con terror en los ojos y no volví a verla, porque salí corriendo al escuchar los gritos del capitán, que me reclamaba desesperado. Los ingleses seguían una estrategia de bloqueo con fragatas ligeras para realizar maniobras rápidas. Nos tenían casi rodeados, y los otros barcos de la tropa española no llegaban. Ordené a los trescientos pasajeros que nos lanzásemos al mar, era la única salida. Muchos iban a morir, pero los ingleses iban a comenzar a atacar el barco con los cañones y lo iban a incendiar y hundir. Las posibilidades de sobrevivir eran nulas.

77

IAGO

Junio, Cantabria

Mi hijo se tensó, pero continuó con la mirada clavada en el césped que rodeaba las tumbas:

—A nosotros nos llegó la noticia de que el San Felipe estaba rodeado por los ingleses. Tío Nagorno y yo tomamos a nuestros cien mejores hombres, los *gallowglasses*, la élite de los guerreros irlandeses, y salimos del fuerte mientras todos nuestros efectivos nos cubrían —contó Gunnarr.

—Yo nadé hasta la orilla —continué—; muchos quedaron por el camino, era diciembre y las aguas estaban heladas. Cuando puse el pie en la arena, algunos de mis hombres estaban recogiendo los cadáveres y colocándolos juntos para transportarlos al fuerte y no dejarlos a los ingleses. Entre los cadáveres estaban... estaban las dos *bainríon*. Eran las únicas mujeres que viajaban en el San Felipe.

"Esa es la esposa de O'Donnell", me confirmó un almirante señalando a una de ellas.

»Me quedé de piedra, horrorizado; por una vez en mi vida no supe reaccionar. Y en ese momento apareció Nagorno, o más bien Hugh O'Neill.

"¿Qué ha sucedido?, ¿qué es este desastre, hermano?", me exigió.

»Yo me derrumbé, se lo conté todo, que me había acostado con lady Eleanor Butler, que nos quedamos dormidos y no di la orden a tiempo para que llegásemos a Fuerte Charles, y él pronunció unas palabras que me marcaron la vida desde entonces y que no he olvidado.

"Es la mujer de tu hijo, desgraciado. Lady Eleanor Butler es la esposa de Red Hugh O'Donnell. Esto no te lo va a perdonar nunca. Era su primera mujer, una a su altura; la amaba hasta el tuétano. Lo que le has hecho es imperdonable".

Pero entonces sucedió algo que ni Dana ni yo esperábamos. Gunnarr se levantó, conmocionado.

—¿Lady Eleanor Butler? ¿Te acostaste con lady Eleanor Butler? —me preguntó, de pie, con los ojos muy abiertos.

—Con tu esposa, sí. Morena, de ojos almendrados, como algunos «irlandeses negros» los llamaban. No muy alta de estatura...

—¡Esa era la mujer de Rory O'Donnell!, ¡en el clan O'Donnell había cientos de primos! —gritó, poniendo los ojos en blanco—. Y no apruebo la infidelidad, pero el patán de Rory era un borrachuzo violento que molía a palos a la pobre Eleanor, según me contaba mi esposa, que, por cierto, era Catherine Ní Fhloinn, O'Flanagan para muchos.

—¿Catherine? —exclamé—. Esa era su cuñada: pelirroja, con pecas, muy grande. Pensé que era la mujer ideal para ti cuando la vi, pero apenas hablé con ella.

—¡Es que era la mujer ideal para mí! —clamó, poniendo los ojos en blanco—Entonces, ¿no te acostaste con ella?

—No, para nada. Pero Nagorno me dijo que tu mujer era lady Eleanor Butler, Gunnarr, de verdad que me lo dijo. Recuerdo sus palabras exactas, no son un recuerdo contaminado. Me dijo expresamente que me había acostado con tu esposa y que no me lo

perdonarías nunca, y eso me dejó en *shock* —dije, levantándome también.

—¿Qué pasó después? —nos apremió Dana, para sacarnos de nuestra conmoción.

—Tío Nagorno corrió hacia mí por la playa —dijo Gunnarr, sin dejar de dar vueltas sobre sí mismo—. Yo estaba a punto de llegar donde estaba padre y los cadáveres, pero él me interceptó antes, a unos cientos de metros. Me lo contó todo: que mi padre había seducido a mi esposa, que habían sido tan ardientes que se habían quedado dormidos y que, por culpa de mi padre, el San Felipe no había escapado a tiempo y las fragatas inglesas los rodearon. Que se lanzaron al agua, pero mi esposa había muerto en el intento de alcanzar la orilla. Y que Catherine estaba entre los cadáveres.

—Yo no escuché aquella conversación. De haberlo hecho, me habría dado cuenta del cambio de identidades con el que jugó Nagorno. Nos engañó a ambos, en el mismo lugar, en el mismo momento, en el mismo escenario, con el cuerpo de tu esposa y de mi amante delante de nosotros —dije consternado.

—Nos ha robado cuatrocientos años —pronunció Gunnarr en voz alta. Yo estaba pensando exactamente lo mismo—. Jamás ha querido deshacer el entuerto que él mismo provocó. Ha permitido que nos odiemos durante cuatro siglos, que yo fingiese estar muerto para ti, para devolverte el daño que me hiciste en forma de culpabilidad, y renuncié también al abuelo Lür, a mi hermana Lyra. He vagado solo por el mundo estos cuatrocientos años y él ha sido la única compañía a la que recurrir en los malos tiempos y en los momentos de soledad. Pero todo lo que nos ha hecho es tan... monstruosamente dañino.

—No puedo llegar a entender cómo os sentís ahora —murmuró Dana, con la mirada perdida.

Sabía que a ella aquella revelación también le estaba removiendo por dentro. Nagorno le había privado desde los diecisiete años de su madre, había dejado que una adolescente tuviera que acudir a una losa en el cementerio como único apoyo emocional.

—Puedes acercarte a comprenderlo —concedió Gunnarr, y le acarició el pelo—, pero lo que nos hizo a nosotros fue más perverso. Él fue testigo de todo mi dolor. Tuve un trauma real y un estrés postraumático real. Por entonces yo no sabía darle nombre a lo que me sucedía. Lo llamaban el «mal del soldado»; en la Gran Guerra comenzaron a hablar del *shell shock*, el mal de la trinchera; en la Segunda Guerra Mundial los psiquiatras hablaban de la neurosis de guerra... Pasé durante siglos por los mismos síntomas: *flashbacks*, pensamientos en bucle, detonantes como el ruido de los cañones que me llevaban al pasado. Y la fecha, la maldita fecha: un recordatorio anual cada diciembre de lo que sucedió en esa playa. Nagorno me vio llorar, me vio despertarme con pesadillas durante décadas, gritando el nombre de mi mujer y el de mi padre. Y él estuvo presente, como un buitre, alimentándose del cadáver del que él mismo era responsable. Y tú, padre, te autodestruiste a base de alcohol, pusiste en peligro tu vida durante décadas, te tuvieron que rescatar de una prisión porque pensaron que estabas poseído... Y él fingió ayudarte cuando te liberó, permitió que su engaño nos siguiera separando.

Yo estaba consternado, pero también preocupado por la reacción de mi hijo, que no paraba de dar vueltas entre las tumbas vociferando y cargando contra el cielo:

—Yo lo mato —juramentaba—, te juro que si está aquí, ahora, lo mato.

Me acerqué a él, pero no sabía muy bien cómo calmarlo:

—Necesito estar solo —me dijo—. No os preocupéis por mí, esta noche vuelvo a cenar a casa.

—No vayas a partirte la crisma con una moto alquilada —le rogué, antes de que se perdiera entre las lápidas, camino de la salida del cementerio—: no es un final digno para un *berserker* y en el Walhalla no te admitirían.

—En el Walhalla hoy me temería hasta Loki, padre. Necesito serenarme a solas. No quiero llamar ahora a Nagorno, porque si le digo todo lo que tengo que decirle, os voy a poner en peligro a todos.

78

IAGO

Junio, Cantabria

Llegué al mediodía a la casona de la Arnía. La mezcla de rabia y conmoción me había dejado sin fuerzas. Ver a Gunnarr sufrir de aquella manera al verse traicionado por Nagorno me había partido el alma, y aunque debería haberme sentido aliviado porque no era la esposa de Gunnarr con quien me había acostado, el peso de la muerte de aquellos cientos de hombres y dos mujeres no se había aliviado ni un gramo, aunque comprendía que entre mi hijo y yo ya no quedaba aquella brecha insalvable.

El día era apacible, magnífico, un cielo sin nubes me dio la bienvenida a la explanada donde aparqué el coche, y entré en casa.

Padre, o Héctor del Castillo, había vuelto del museo y me esperaba en el salón, con la corbata suelta, aunque algo malo había sucedido porque me pidió que me sentara con el mando de la televisión en la mano y el rostro circunspecto que auguraba tormentas.

—¿Y Gunnarr y Adriana? —preguntó—. Tengo que contaros algo que ha ocurrido y debéis saber, y mejor que estéis los tres.

—Adriana ha ido a buscar una peluquería, necesita volver a verse como era antes; dice que se mira al espejo y ve una fugitiva disfrazada. Y la entiendo. Y Gunnarr... —me pasé la mano por el pelo

—, en el mejor de los casos, estará lanzando hachas a alguna secuoya del Monte Cabezón, en el peor... No quiero, no tengo imaginación para pensar en el peor de los casos.

—Parece que te ha pasado una apisonadora por encima—dijo preocupado, al percatarse de mi estado.

—Una apisonadora de familias llamado Nagorno.

Suspiró, casi con resignación.

—Comienza, pues. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Kinsale —me limité a decir.

—¿Kinsale?

—Kinsale fue una farsa. No la orquestó, pero vio una oportunidad y la aprovechó. Qué bien jugado, maldito —juré para mí.

—¿No te acostaste con la esposa de Gunnarr y murió por tu culpa? —preguntó.

—No y sí. La mujer con la que me acosté no era la esposa de mi hijo, sino de un maltratador que también era del clan O'Donnell. Yo seduje a lady Eleanor Butler, mujer de Rory O'Donnell. La mujer de Gunnarr era Catherine O'Flanagan, su cuñada, apenas la recuerdo, y desde luego, no estuvimos juntos. Confié en Nagorno y le conté que me había acostado con lady Eleanor, y él me mintió, me dijo que era la mujer de Gunnarr, y a este le contó que yo había seducido a su esposa, aun sabiendo que no me acosté con Catherine, sino con su cuñada.

Tomé algo de aire. Cada vez que veía la escena en mi cabeza, un nudo atenazaba mi estómago; así había ocurrido desde hacía cuatrocientos años. La vergüenza y la culpa no se iban, y nunca lo harían, lo había asumido ya.

—Ambas murieron intentando alcanzar la orilla, pero sus vestidos pesaban demasiado y no tuvieron tiempo de desprenderse de ellos —continué—. El agua estaba helada en las costas irlandesas y era

diciembre. No tenían nada que hacer. Sus cuerpos embarrados estaban junto a nosotros cuando le confesé a Nagorno lo que había pasado, pero Nagorno aprovechó que yo no sabía cómo se llamaba la mujer de Gunnarr y fue corriendo a contarle que yo me había acostado con su mujer y que acababa de morir. Intercambió los nombres de las cuñadas. Ninguno de los dos nos dimos cuenta de su artimaña. Estábamos en *shock* por lo que acababa de suceder. Desde aquel día de diciembre de 1601 en la playa, donde Gunnarr casi me mata, ha mantenido su engaño frente todos: Gunnarr, yo, Lyra, tú...

Lo miré, él también había sufrido las consecuencias.

—Aquello dividió a esta familia, Gunnarr se dio por muerto y se autoexpulsó de la familia, y Nagorno ha disfrutado de él y de nosotros; ha tenido dos familias, mientras Gunnarr y yo lidiábamos con nuestros duelos, los que él había provocado —terminé.

Padre se tapó la boca con un puño, esperaba ver en su rostro la incredulidad que siempre lo acompañaba cuando le contábamos las correrías de Nagorno, pero esta vez solo vi un enfado auténtico y ninguna intención de disculparlo.

—Os ha robado la mitad de la vida de Gunnarr. Cuánto peso ha tenido que soportar mi nieto sobre sus hombros, por Adana y por Nagorno —dijo casi para sí—. Y ahora comparten corazón... No irá a mejor, Nagorno no irá a mejor. Llevo tres milenios esperando un milagro que no llegará. Es como es, es lo que es, y nosotros pagamos sus consecuencias una y otra vez. De eso tenía que hablarte, hijo, y no creas que lo que me acabas de contar queda en un segundo plano, pero he de ponerte al día porque es preocupante.

—¿Hay más?

«¿Puede haber más?», callé. Por supuesto, con Nagorno siempre podía haber más.

—Me temo que sí. Un asunto muy turbio y del que me avergüenzo. Sucedió cuando me enviaste el mensaje desde Duxbury.

—Continúa —lo animé.

—Estábamos buscando a líderes de ramas de los Hijos de Adán que pudieran estar de acuerdo con una tregua. Buscamos en los archivos digitales de pinacotecas de medio mundo, hasta que di con un rostro que se repetía de manera inquietante en los cuadros de algunos museos al norte de Italia.

—Hasta ahora, te sigo.

—Adano Visconti, señor de Parma, nacido en Milán en 1355. Sus primogénitos, a lo largo de todas y cada una de las siguientes generaciones hasta el presente, exhibían idéntico nombre e idéntico rostro inmortalizado en los retratos familiares. El actual, o su última identidad, un escritor sibarita de novelas históricas afincado en las islas Borromeas, en...

—Sé dónde están las islas Borromeas.

—Concretamente en la Isola Madre, lo cual nos pareció un guiño más a los Hijos de Adán. Tal vez fueran casualidades, pensé que nunca llegaríamos a saberlo, porque entramos en su *palazzo* para interrogarlo y saber si era un Hijo de Adán, acaso de la rama de los Escribas, y confié en que Nagorno manejase la situación con sus tres oficiales.

—Matones —lo corregí.

—Tú lo has dicho. Precisamente así se comportaron.

—¿Por qué lo dices?

—Hana lo destrozó; era el primer trabajo que hacían para Nagorno y los otros dos no conocían su síndrome de Amok, que se desata cuando gritan el nombre de su mujer. Lo llamaron para frenarlo porque se estaba propasando a golpes con el escritor, pero consiguieron el efecto contrario. Entró en un estado de violencia

extrema y acabó con él. Le rompió las costillas y golpeó su pecho con demasiada fuerza; su corazón no aguantó. Nagorno estaba ordenando limpiar el escenario del crimen y deshacerse del cadáver cuando tú enviaste el mensaje de auxilio, y pusimos rumbo a Estados Unidos después de que yo descifrara tus palabras.

—Y me lo estás contando porque...

Padre encendió el televisor y buscó un vídeo de últimas noticias en Italia. El cadáver del escritor había aparecido en el lago Como y la policía italiana sospechaba de un ajuste de cuentas; por lo visto estaba metido en el mercado negro de antigüedades.

Apagó la pantalla y cruzamos unas miradas preocupadas.

—Ahora ha emergido y ha quedado claro, por las fracturas, que no fue una muerte accidental. Aunque los matones limpiaron huellas y Nagorno y yo no tocamos nada de su habitación. Además, el *palazzo* está repleto de ADN de docenas de visitantes que se pasean por las alas públicas.

—¿Crees que la policía puede encontraros?

—No temo que nos rastreen y lleguen a nosotros. Nagorno lleva milenios limpiando escenarios y se ha adaptado al siglo XXI, pero desde luego, si nosotros hemos visto la noticia, los Hijos de Adán también. Y conocía a Niall McAdams: la fotografía que mostré a Gunnarr la tomé de un retrato en su *palazzo* y él era el hombre al que daba la mano el descendiente de Negu. Pero, como puedes imaginarte, no le saqué el tema a Niall McAdams ni a Maia por si acaso. Si Adano era escritor de novela histórica y pertenecía a la rama de los Escribas, Maia se lo tomaría como algo personal. No quise arriesgarme a indagar, nos habríamos puesto una diana en la frente.

—Más bien en el corazón —murmuré.

Lo miré con cara de preocupación.

—¿Crees que era un Hijo de Adán?

—No teníamos pruebas, solo indicios, y nos quedamos sin saberlo —concluyó mi padre.

—No sé si te servirá el razonamiento, pero no sigue la pauta que repiten los Hijos de Adán: sus nombres van cambiando, pero manteniendo siempre la misma inicial, y sus apellidos son una variante local de Hijo de Adán, ya sabes: Adánez, McAdams, Adanova, Adansson... —le hice ver.

—No todos tenemos tu cerebro, Urko. Nagorno y yo ni nos habíamos percatado de lo que me acabas de revelar.

—Pero insisto, padre, ¿piensas que habéis matado a un Hijo de Adán?

—Yo espero que no sea un Hijo de Adán, tan solo una casualidad en el nombre y un ADN paterno muy persistente, y que esto no tenga consecuencias, porque como los Hijos de Adán se enteren de que matamos a uno de los suyos, no sé si la tregua aguantará, la verdad. Pero no quiero advertir a Nagorno por si Maia o Cormac lo están monitorizando. Porque si no, ya sabes lo que dicta su ley del talión: ojo por ojo, corazón por corazón.

79

ADRIANA

Junio, Cantabria

Nada en aquella vuelta a Santander estaba resultando como yo había esperado. Me encontraba mirándome a los ojos en el espejo de una peluquería del centro a la que nunca había acudido para así evitarme preguntas incómodas acerca de mi radical cambio de imagen.

Necesitaba recuperar la normalidad, y eso suponía volver a mi melena castaña cuanto antes. Pero mientras esperaba a que la química hiciera su efecto, una Dana que no reconocía me miraba desde su reflejo en el salón de belleza.

No me quedaba vocabulario para maldecir a Nagorno y el daño que les había hecho a Iago y a Gunnarr. La escena del cementerio fue como presenciar la furia de un semidiós; en aquellos momentos, Gunnarr no me había parecido humano, sino algo más. Pero creo que ser testigo de la desolación y la rabia contenida de Iago había dolido más.

Sospecho que escapé sola a Santander para darme un baño de cotidianidad, porque tantos eventos excepcionales me tenían drenada y desubicada. Necesitaba volver a encargarme de gestiones prosaicas como comprar un móvil, hacerme con un número nuevo y

enviarle un mensaje a mi padre para que supiera que su hija había retomado su vida.

Y precisamente la llamada de mi padre fue la que inauguró el teléfono. Lo cogí, extrañada por las horas.

—Papá, ¿cómo estás?

—Adri, he venido a darte una sorpresa, ¡estoy en casa! —dijo, con la voz más animada que le había oído nunca.

—¿Has venido? ¿Adónde has venido, papá? —pregunté sin comprender.

—A Santander, a verte. Estoy en casa, en la plaza Pombo. Imagino que estarás trabajando, pero yo espero a que salgas. Te he traído unos caramelos de violeta de Madrid, siempre te gustaron; creo recordar que eres muy golosa.

Una alarma comenzó a pitar en mi cerebro: quería decirle que no se acercara a mí, que era peligroso. Se lo había advertido a mi primo Marcos, pero repasé mentalmente la conversación que había tenido con mi padre y caí en la cuenta de que, con la emoción, no se lo había dicho.

Pero otra parte de mí se alegraba tanto ante la expectativa de ver, por fin, a alguien de mi propia familia, después de tantos meses de huidas, carreras y melenas teñidas, que no supe, no quise decirle que volviera inmediatamente a Madrid.

«Hay una tregua —me recordé a mí misma—. A los Hijos de Adán les conviene respetarla».

—Papá, ¡qué emoción que estés aquí! Estoy en la peluquería, salgo en tres cuartos de hora y paso por casa. Comemos juntos y, si quieres, puedes volver hoy mismo a Madrid. He reservado la última semana de junio para visitarte y estar unos días contigo —elegí la verdad; por una vez, no mentir.

Y qué bien me supo que cada una de mis palabras estuviera cargada de sinceridad.

Esperé con paciencia a que me secaran mi pelo recién recuperado, y en cuanto salí, me dirigí casi corriendo por el centro de Santander hasta la plaza Pombo. Una vecina, que justo salía del portal, me abrió y subí las escaleras hasta el tercero saltando los escalones de dos en dos.

Ya en el rellano comprendí que algo estaba mal.

80

ADRIANA

Junio, Cantabria

La puerta de entrada del piso estaba entornada. La abrí del todo con la punta del pie y recorrí el pasillo.

Mi padre estaba muerto, tendido en el suelo, allí mismo, con una cajita metálica a su lado y los caramelos de violeta con su forma de florecillas esparcidos a su alrededor. Sangraba, tenía una punta de fecha incrustada en el corazón.

Me arrodillé tan deprisa como pude. No me salieron las palabras, solo las lágrimas, porque antes de comprobar su pulso ya sabía que se había ido, que lo habían ajusticiado. Quedaba su cuerpo, pero no había nadie allí conmigo. Los Hijos de Adán me arrebataron eso y sabía que me quedaba el resto de mi vida para asimilar su ausencia.

No me importó que estuvieran todavía en el piso de mis padres. La indiferencia ante mi propia muerte comenzó justo allí, en aquel pasillo.

Me senté junto a mi padre, le peiné los mechones canosos, le recoloqué las gafas, acaricié su mejilla recién afeitada. Me manché una manga con su sangre.

Aquel tiempo que pasé con él, aquel tiempo que robé a la guerra con los Hijos de Adán, fue mi victoria personal, tal vez la única.

Nadie pudo quitarme los minutos que lo velé, antes de que el resto del universo se enterara de que Abel Alameda había muerto.

81

ADRIANA

Junio, Cantabria

Después de un tiempo que jamás he podido precisar, tomé conciencia de que no podía permitir que alguien más nos descubriera allí, tal y como estábamos: una hija llorando a su padre que acababa de morir por una punta de lanza ensartada en el corazón.

La puerta no estaba forzada. Mi padre debió de creer que era yo y salió a recibirme, sin ni siquiera mirar, con su cajita de caramelos de violeta. Pero eran ellos.

Me levanté, un poco mareada por el olor de la sangre, que ya se había oscurecido. Cerré la puerta del piso, no quería que ningún vecino notase nada inusual. Detrás de la puerta, en el suelo, había un papel, y sobre el papel, una concha de cauri. Esta vez no se habían equivocado con el número de víctimas. Sabían contar hasta uno.

Tomé el papel. La misiva era mucho más larga que la primera, la que me dejaron en Libia. Las instrucciones, más precisas. Las leí, las asimilé, las memoricé y, siguiendo sus órdenes, rompí el papel en mil pedazos.

Me ordenaban que hiciera explotar la casa, la de mis padres, la de mi infancia, donde crecí. Otro cadáver calcinado.

Aunque antes tenía que arrancar la punta de lanza del corazón. No estaba segura de si iba a poder, pero una Dana muy antigua me susurró desde dentro de la piel que podía hacerlo. En esos momentos tomé conciencia de que me estaba disociando por la conmoción. De que otra identidad tenía que tomar el mando de la situación.

Me arrodillé a su lado, le acaricié por última vez el rostro. Me habría gustado llevarme algún recuerdo de él. Aspiré cerca de su cuello, buscando el aroma de su loción de afeitado. Me prometí, qué promesa más inútil, buscarla más adelante en alguna cadena de perfumerías para recuperar algo de él. Recordé que el olor era el sentido de la memoria y no quería olvidar nada de mi padre.

Me metí algunos caramelos de violeta en el bolsillo y después me dirigí directamente a la cocina, no quise despedirme del que había sido mi dormitorio gran parte de mi vida, ni del despacho de mi madre. Dolía demasiado y yo estaba a las órdenes de los Hijos de Adán; tenía que obedecer como un autómata que no sentía nada ni se cuestionaba nada, era la única manera.

Llevé la punta de flecha, el maldito cauri y los restos del papel. Iba a ser el punto cero de la deflagración, mejor que no quedasen restos incongruentes que hicieran sospechar a la Policía Científica.

Abrí el fogón de butano y dejé que saliera el gas durante un rato. Cuando todo el piso olía a azufre, me coloqué de cuclillas entre el rellano y la entrada del piso, pulsé el interruptor de la luz del pasillo y, tal y como había esperado, la chispa fue suficiente como para volar mi piso por los aires.

Yo me protegí con los brazos y rodé escaleras abajo. Me golpearon algunos cascotes, pero el ascensor hizo de parapeto y aterricé con mi lado izquierdo al final de las escaleras comunes. Mi cadera y mi brazo se llevaron la peor parte. Me levanté, coja y mareada, con un

dolor punzante en la muñeca. Hice recuento de daños y agradecí que mi cabeza no se hubiera llevado ningún golpe al caer. Podía haber sido mucho peor y lo sabía.

Después no pude ver gran cosa, una nube de polvo y la humareda del incendio impedían una visibilidad mínimamente segura.

Oí gritos en el portal. Los pocos vecinos de la finca habían llamado a los bomberos, y me sumé a ellos mientras salíamos del portal y nos alejábamos hasta el centro de la plaza Pombo para ver desde allí cómo, del tercer piso, salían llamas por las ventanas de mi cocina y del despacho de mi madre.

82

IAGO

Junio, Cantabria

Entramos por fin en la casona de la Arnía y nos desanudamos con alivio las corbatas negras después de desprendernos de los crespones de las mangas.

Hasta Gunnarr se había comprado un traje para el funeral. Era la primera vez en mi vida que lo veía vestido tan formal e, incluso disfrazado de ciudadano del siglo XXI, mantenía esa presencia asalvajada de oso no domesticado.

Pero Gunnarr apenas hablaba aquellos días. Volvió taciturno después de su escapada tras la revelación de Kinsale, y pese a que se mostraba cercano y cariñoso conmigo, la noticia de la muerte de Abel Alameda le había afectado, para la sorpresa de padre y mía, mucho más que a mí.

Por otro lado, Adriana no era Adriana. Tenía la mirada fija y no miraba a los ojos a nadie. Negaba el contacto ocular a todo el que se le acercaba para darle el pésame, y ese férreo control de sus emociones me tenía aterrado.

Había insistido en celebrar el funeral y la incineración cuanto antes, y en que no avisáramos a sus compañeros del MAC. Quería un acto con el mínimo de personas posibles, incluso su primo Marcos

llegó sin sus hijos pequeños y tampoco llevó a sus tíos mayores, cuya demencia los mantenía ingresados en una residencia.

Charlaron brevemente cuando Marcos entró en el tanatorio. Dana pareció darle instrucciones, se abrazaron tan fuerte que temí que explotaran, y Marcos se marchó en cuanto concluyó la ceremonia.

Dana se había quedado con la urna en el coche aparcado junto al acantilado, con los urros al frente. Nos había pedido que entráramos y la habíamos obedecido en silencio.

—Tenemos que decírselo —les dije a mi padre y a mi hijo—. Han roto la tregua, y Nagorno debe prepararse. Tenemos que decidir qué le decimos. No es que en estos momentos me preocupe su seguridad, si os soy sincero del todo, pero de que siga adelante o no con su plan de avisar al resto de los Cazadores dispersos, depende nuestra seguridad.

—¿Qué seguridad, si ya han ido a por nuestras familias? ¿Llamas tú seguridad a que el padre de Adriana esté en una urna metálica solo por acercarse a visitar a su hija? Asúmelo, padre. Nuestras vidas están en sus manos. Las de todos, y siempre lo han estado. Ellos deciden, siempre ha sido así —contestó Gunnarr, alzando la voz.

Dana nos interrumpió con la urna entre los brazos. Los tres nos giramos. Había oído toda la conversación.

—Estáis equivocados —nos dijo, con dulzura, casi como a niños pequeños—. Insisto: no han sido los Hijos de Adán. Sé que no lo creéis, que no creéis en las casualidades, pero que no os ciegue lo que ha sucedido. Fue un escape de butano. Mi padre vino a visitarme y me esperaba en el piso, yo entré en pánico cuando recibí su llamada, pensé que estaría en peligro si me veían con él por la calle. Le dije que comeríamos juntos y que después se volvería a Madrid, que yo iría a visitarlo después del 24 de junio. Él se adelantó, al parecer, y abrió la llave del butano. Lo demás ya lo

sabéis. Ha sido un accidente doméstico. Podría haberle pasado en cualquier otro momento, y no sospecharíais de un clan prehistórico. Además, los bomberos no encontraron ningún indicio de criminalidad, ni siquiera han llamado a la policía; no se va a abrir ninguna investigación porque no hay nada que investigar.

—¿Seguro que no has ordenado que lo incineren cuanto antes precisamente para que la policía no pueda hacer una autopsia si estos días descubren algún indicio que no cuadre? —le pregunté, con cautela en la voz.

—¿Qué autopsia, Iago, por favor?, que el cuerpo estaba calcinado —respondió, abrazando sin darse cuenta los restos de su padre.

—Adriana —intervino Gunnarr, bajando la voz—, tenías mucha sangre en la manga de tu camisa. ¿Seguro que no era de tu padre?

—Era mi sangre —volvió a mentirnos.

—No te hiciste ninguna herida abierta, únicamente hematomas por todo tu lado izquierdo —dije.

Desde el tobillo hasta el hombro, todo su cuerpo era un mapa de hematomas y arañazos. Insistimos en llevarla a Urgencias en cuanto nos llamó para contarnos lo de la explosión y vimos el estado en el que estaba al llegar a una acordonada plaza Pombo.

Ella se negó una y otra vez, pero el brazo izquierdo estaba horriblemente inflamado y el hueso formaba un ángulo de veinte grados. Yo sabía que estaba roto y que esa fractura de radio tenía que ser tratada cuanto antes.

Lür tuvo que aplicar sus mejores recursos sociales para convencerla de que la trasladásemos. Después comprobamos que también cojeaba y que reprimía el gesto de dolor a cada paso.

En el hospital de Valdecilla se saltaron el triaje, porque en la sala de espera le dio un vahído y tuvimos que cogerla porque se había mareado del dolor. La sentaron en una camilla, le abrieron una vía,

le administraron morfina y la subieron a rayos. Fue un alivio comprobar que no se había fracturado la cadera, pero el radio estaba roto y había que recolocar el brazo. Dana soportó que el traumatólogo y un enfermero, casi tan altos como Gunnarr, la sujetaran y enderezaran el brazo. Después la escayolaron y le recomendaron reposo absoluto durante las siguientes semanas.

Ella tomaba los potentes analgésicos que le habían prescrito en traumatología, pero actuaba como si la caída no hubiera existido. Se había quitado la escayola y el cabestrillo y se limitaba a colocarse una muñequera que disimulaba bajo la ropa, como si pretendiera borrar cuanto antes las huellas físicas de aquel día.

Por las noches, cuando la oía cambiar de postura a mi lado, incómoda por la fractura, y encendía la lámpara de noche y veía su cara de dolor, ella se negaba a tomar más calmantes, pero descubría que lamía algo en su boca, pese a que lo disimulaba. La segunda noche reconocí, por fin, el olor a violeta. Yo no entendía nada. Chupaba un caramelo de violeta en lugar de tomar analgésicos que la permitieran dormir.

—No iniciéis una guerra, no rompáis la tregua, no le contéis nada a Nagorno, que todo siga igual hasta el concilio. No matéis al marido del Diplomático, el tal Niall McAdams. Es nuestra única esperanza de salir vivos de esta —dijo por fin.

—Querida Adriana, siéntate —intervino mi padre—. Hay algo que no sabes, porque no nos dio tiempo a contártelo, y necesitas estar al corriente para comprender lo que le hicieron a tu padre.

Lür le enseñó un vídeo con la noticia de la aparición del cadáver de Adano Visconti. Después le contó el lamentable episodio del síndrome de Amok de uno de sus mercenarios.

—Ellos han roto la tregua porque nosotros la rompimos primero —le explicó mi padre—. O no la hemos roto, técnicamente. Si es un

Hijo de Adán, lo matamos antes de la tregua, pero es obvio que el asesinato de tu padre es su respuesta. Ya conoces su ley: ojo por ojo, corazón por corazón. El mercenario de Nagorno reventó el corazón de aquel hombre, por eso todos aquí sospechamos que el cuerpo calcinado de tu padre también tendría una herida en el corazón.

—No tiene nada que ver, insisto: ha sido un desgraciado accidente, y una maldita casualidad que haya sucedido ahora. Ni siquiera estáis seguros de que ese hombre fuera un Hijo de Adán, y Nagorno no ha dicho nada al respecto. Si algo hubiera cambiado con el Cazador y con Maia, os lo habría comunicado. Él tiene las antenas muy finas, se habría dado cuenta si la situación con respecto a él hubiese variado. No le deis más vueltas.

Nosotros asentimos, frustrados ante su enroque.

—Iago, necesito airearme, y también pasear —me dijo tras dirigirse a mí—. Ya que no puedo conducir, ¿me llevas a Santander? Quisiera pasear por el centro y por el Paseo Marítimo. Necesito fingir que tengo una vida normal, tal vez eso me ayude.

Gunnarr, mi padre y yo cruzamos una mirada de impotencia.

—Id pues —dijo mi hijo—, os vendrá bien.

Desde la muerte de Abel Alameda, Gunnarr no se había separado de Dana, se había convertido en una especie de escolta que jamás la dejaba, pese a que ella insistía en estar sola.

Mi esposa dejó la urna de su padre en su despacho, junto a la butaca con la columna de sus libros más queridos, le dio un beso a la tapa y marchó conmigo.

Una vez en Santander, estuvimos paseando por los jardines de Pereda, junto al Centro Botín, y me guio hasta el monumento en memoria del incendio, donde nuestros rostros en mármol permanecían impasibles al paso de los viandantes.

—Ahora Lyra es la caída y Gunnarr está vivo —murmuró—. ¿Vamos a tu piso?

—¿Ahora? —me extrañé—. Pensaba que querías caminar. El piso está vacío desde hace tiempo.

—El paseo me ha cansado, los golpes que me di en la pierna me duelen cuando ando demasiado. Además, hace tiempo que no voy. Me trae buenos recuerdos, allí me revelaste vuestra historia. Allí confiaste tanto en mí como para contármelo. No es algo que olvide fácilmente. Espero haber estado a la altura de las circunstancias.

«¿Haber estado?», detecté alarmado. ¿En pasado?

—Las circunstancias son demasiado duras, incluso para los que hemos vivido milenios y soportado todo tipo de calamidades. Esta es la experiencia más extrema de mi larga vida, no quiero imaginar por lo que estás pasando ahora mismo —le dije, pero ni siquiera podía apretarle la mano para infundirle fuerzas, porque la mano estaba hinchada y amoratada y parecía que pertenecía a alguien ya fallecido.

Entramos en el portal de mi piso en el número 33 del paseo Pereda. No volvía desde que investigué con Marion Adamson la cura para revertir la inyección que le había administrado a Nagorno para envejecer su corazón. Toda la finca era de mi propiedad, así que no había vecinos que preguntaran por mis ausencias ni por mis idas y venidas.

La llevé al tercer piso, la planta donde residía antes de mudarme con ella a la casona que ahora compartíamos, y Dana fue directamente a los ventanales, para mirar las espléndidas vistas del Cantábrico. Se sentó, reprimiendo un gesto de dolor, en la cornisa del ventanal y se quedó un rato en silencio.

—¿Puedes traerme un helado de Regma? —dijo de repente.

—Pero si acabamos de pasar por delante... —respondí sorprendido.

—Por favor, el de mantecado. A mi padre le encantaba —insistió—. No quiero perder ninguna oportunidad de darme un placer cada día.

—Eh... De acuerdo, claro. Vayamos —convine, no muy convencido.

—No, yo me quedo; estoy más cansada de lo que pensaba. Te espero aquí. Tráemelo en una tarrina, si quieres, y un cucurucho de los grandes.

Salí del portal más que preocupado. Había sido testigo de miles de duelos en mi vida, pero aquel resultaba extraño y casi aterrador. Dana no estaba en negación, era más que consciente de lo que había sucedido con su padre y su empeño en intentar convencernos de lo contrario me mantenía tan insomne como al resto de mi familia.

Y entonces caí, comprendí con horror lo que Dana buscaba en mi piso. Y si estaba en lo cierto, la muerte de su padre ocultaba algo peor de lo que me temía.

83

ADRIANA

Junio, Cantabria

Esperé a que llegara la noche. Conocía los ciclos del sueño de Iago y a las cuatro de la madrugada estaba siempre profundamente dormido. No tuve más que esperar con paciencia; llevaba noches sin dormir, tan solo cerré los ojos y lamí un caramelo de violetas hasta desgastar con la lengua todos los pétalos.

Lo había conseguido. Lo había encontrado. Iago lo guardaba donde me había enseñado en su momento. No había cambiado la clave que compartió conmigo, lo cual me hizo sentirme demasiado culpable. Me había confiado un secreto demasiado pesado para llevarlo sobre mis hombros.

A falta de un lugar mejor donde esconderlo, lo coloqué bajo la urna de mi padre; sabía que nadie lo iba a buscar allí.

Pero el dolor que se había detonado por dentro el día que mi hogar de niña voló por los aires... Aquel dolor era inhumano, nadie debería vivir soportando tanto dolor.

Iago me miraba compungido el brazo cada vez que me abrazaba. Qué iluso, no tenía ni idea de que no me dolía nada. Una fractura de radio, supuestamente muy dolorosa, que yo apenas percibía. El dolor físico no era nada comparado con el dolor que me laceraba por dentro.

Y entonces, por un momento, lo vi claro. Paré el bucle de mis pensamientos y retrocedí: «Nadie debería vivir soportando tanto dolor».

Era eso, la verdad había llegado a mí clara y meridiana: aquello no era vida. No era forma de vivir.

Y podía parar. El dolor podía parar, para siempre, en unos minutos.

Me deslicé con sigilo por las sábanas y salí de la cama sin hacer ruido. Me vestí a hurtadillas. Bajé las escaleras con las dos zapatillas en una mano y salí de nuestra casa en silencio.

El cielo negro me regalaba una luna llena —Madre Luna, habría dicho Iago— para enmarcar. Me venía bien, caminé a través del sendero que llevaba a la pequeña cala de la Arnía frente a nuestra casona.

Atravesé las piedras hasta llegar a la arena y, allí frente a la bajamar, me senté mirando al mar Cantábrico, que me llamaba, seductor, como las sirenas a Ulises en la *Odisea*.

Y la idea de adentrarme en el agua, un último tributo a mi nombre, «la que vino del mar», y volver al mar comenzaba a tener todo el sentido del mundo. Porque la promesa de dejar de sufrir era demasiado tentadora.

No tardé en decidirme. No encontraba ninguna solución a la encrucijada que me planteaban los mensajes. Todas las opciones eran nefastas, en todas se perdía tanto... que sabía que no soportaría una sola pérdida más. Había llegado al fondo del pozo. No había nada más abajo.

Cada persona sabe cuándo ha sobrepasado su límite de desgracias que soportar; simplemente lo sabe. Era una certeza, tan clara como el reflejo de la inmensa luna en el mar que casi me cegaba aquella noche.

Me levanté, decidida, y extrañamente en calma. Apenas me quedaban minutos de sufrimiento. Después, por fin, la nada. El «no dolor».

Retrocedí y me dirigí a la cala donde estaban las piedras. Tomé unas cuantas, con el peso adecuado, y me las metí en los bolsillos, como hizo en su día Virginia Woolf cuando se adentró en el río Ouse, en Sussex. Si a ella le resultó, a mí también me podía funcionar.

Me adentré vestida, con el peso de las piedras y el peso de mi dolor, en el mar. El agua estaba muy fría, pese a estar en junio, y a los pocos pasos perdí el equilibrio con una ola y me caí sobre el brazo roto.

Me ardió de dolor, creo que había empeorado la rotura del hueso de la muñeca. Qué más daba, en breve no iba a tener ninguna importancia. El nivel del agua sobrepasó la cintura, y cada vez resultaba más difícil dar un paso más, porque cada ola se empeñaba en arrastrarme de nuevo a la orilla.

Pero la estrategia de las piedras funcionó. Cuando debería de haber dejado de tocar el fondo con mis pies y comenzado a flotar, el peso me mantuvo lastrada y empecé a hundirme, primero el cuello, después la boca, la nariz, un último vistazo a la luna, y por fin, el mar primigenio me envolvió como un útero materno y la ansiada paz llegó.

Fueron unos segundos de vivir en la nada. Un lugar donde los problemas, las muertes y las amenazas habían dejado de importar. Nadie tenía que preocuparse. Nadie iba ya a salir herido. Yo no me enteraría nunca, no sufriría por ello, no visitaría más tumbas de personas a las que tanto amé.

Después llegó un ángel para recogerme. Un ángel inmenso que rodeó mi cuello con su gigantesco bíceps y me sacó a la superficie. Entró aire en mis pulmones y fue como nacer de nuevo, y de nuevo,

doloroso. Tiró de mí hacia atrás y me rendí, porque no tenía nada que hacer contra la fuerza de aquel ángel.

Cuando me llevó a la orilla comprendí que volvía al punto de partida: no nos habíamos movido de la cala de la Arnía. Las siluetas inconfundibles de los urros, que la luz de la luna perfilaba, continuaban en el mismo sitio.

Nada había cambiado, y el dolor volvió como un trallazo, con toda su crudeza.

El ángel rubio sacó las piedras de mi cazadora, jurando en danés antiguo.

—¿Por qué lo has hecho?, ¿por qué ahora, *stedmor*? —Su voz tronó; seguía siendo alguien sobrenatural, no un ser humano promedio.

—Duele demasiado —fui capaz de pronunciar, mientras escupía agua de mar que me rascaba la garganta.

Gunnarr se había sentado en la playa y me abrazaba desde la espalda, restregando mi hombro derecho con cuidado para darme calor. Yo temblaba, estaba todavía demasiado aturdida como para levantarme e intentar caminar.

—En eso consiste la vida —me susurró al oído con la voz muy ronca—. Por fin lo has entendido. La vida es lo que sucede entre un dolor y el siguiente. Y estar vivo consiste en intentar, sin éxito, evitar el siguiente dolor mientras superas el anterior. Una y otra vez. El ingenuo cree que un día podrá detener la rueda, cuando se den las circunstancias adecuadas, cuando pueda controlar todas las variables: familia, salud, prosperidad..., pero eso no llega a ocurrir nunca. La vida entonces envía una nueva remesa de nuevos dolores con los que lidiar. Es un ciclo infinito. Ni yo, ni mi padre, ni Lür, ni Lyra, ni Nagorno lo hemos detenido nunca. Da igual tu filosofía de vida, da igual que te aferres a esta o a aquella religión. Nadie se

libra, porque en esto consiste vivir, pero es tan crudo que preferimos ignorar la realidad y soñar con una posible futura felicidad plena, que por supuesto, nunca, jamás alcanzamos.

—¿Y qué puedo hacer para que deje de doler? —insistí, completamente perdida.

—Deja de intentarlo, asume que siempre va a ser así: un dolor tras otro, tras otro, tras otro... Haz dura tu corteza, y que los dolores que vengan tengan que ser rivales a la altura de tu fortaleza, y que los dolores pequeños ni te turben. Y mientras tanto... hackea la vida, ríete de ella, finge que eres un humano más, sufriendo como todos, mientras te detienes a la orilla del camino, con disimulo, a recoger una piedra extraordinaria, o a levitar en un concierto, o a degustar la mejor cena con una compañía insuperable. Fabrícate tus pequeños momentos de alivio, porque nadie se va a encargar por ti, y mantén el perfil bajo cuando lo hagas, porque ni la sociedad ni la vida soportan ver a nadie permanentemente feliz; y créeme, te lo harán pagar. Tendrá consecuencias, y el castigo te hundirá.

Cerré los ojos, saber que los tenía a ellos y que me querían me dio algo de alivio.

—Prométeme que no vas a volver a intentarlo —me dijo Gunnarr, al cabo de un rato.

—Voy a mentirte si lo hago.

Entonces suspiró y me sujetó, obligándome a girarme y a mirarlo a los ojos.

—Está bien, es el momento. Prométeme que no te vas a suicidar entre hoy y pasado mañana. Dame cuarenta y ocho horas. Prométeme que aguantarás. Voy a traerte algo que te va a cambiar la vida; algo que mereces, que siempre has merecido.

84

ADRIANA

Junio, Cantabria

Gunnarr no lo entendía: el plazo, el verdadero plazo, el que importaba, expiraba en veinticuatro horas. Le había hecho creer que lo esperaría, a él y a su sorpresa, y Gunnarr, a cambio, me ayudó a ocultar la ropa mojada para que Iago y Lür no sospechasen nada de lo que había sucedido en la cala a los pies de nuestro hogar.

Gunnarr desapareció a la mañana siguiente, pero había puesto en antecedentes a su padre y abuelo, porque ninguno de ellos comentó nada. Yo esperé a que llegara la noche y que Iago durmiera para marchar de nuevo, envuelta en el silencio nocturno.

En esta ocasión tenía que conducir hasta Santander, aunque no podía hacerlo con la escayola en el brazo, así que me la quité y me dirigí hacia mi ciudad.

Metí el coche en el *parking* de los jardines de Pereda. Prefería caminar unas cuantas calles que arriesgarme a no encontrar aparcamiento y no poder maniobrar con la movilidad de mi brazo comprometida. Subí las escaleras y llegué a los jardines, que a esas horas de la noche estaban vacíos.

No resistí la tentación y me acerqué, como siempre hacía cuando pasaba delante de ellos, al monumento en memoria del incendio. Iba a traicionarlos, todo lo que habían hecho, todo lo que suponían.

Iba a traicionar su esencia, era la única salida para proteger a aquellos gigantes de piedra que tanto había llegado a querer.

Pero no llegó a suceder: una sombra alargada apareció de la nada tras el monumento.

85

IAGO

Junio, Cantabria

Dana se sobresaltó cuando me vio surgir entre las sombras del monumento. Corrí a tranquilizarla:

—Soy yo, descuida. Soy yo —la calmé.

—¿Cómo me has seguido? Me he asegurado de que no hubiera ningún coche tras de mí en la carretera.

—He venido en la moto de Gunnarr, con la luz apagada. Me sé el camino entre la Arnía y Santander con los ojos cerrados, lo he recorrido durante milenios —le expliqué.

Dana me miró con infinita tristeza, llevaba días así, como si se hubiera rendido.

—No deberías haber arriesgado tu vida por mí, Iago.

—Sé lo que has venido a hacer, pero no lo hagas, Dana. Hay otra opción.

Ella negó con la cabeza, convencida:

—Qué va, no sabes lo que voy a hacer. No tienes ni idea.

—Lo intuyo. Deja que lo resolvamos los dos, a nuestra manera, no a la suya. Nunca me he plegado a las condiciones de nadie, y no voy a empezar a hacerlo ahora. Siempre hay un camino transversal y normalmente se llega a él superándolos en inteligencia. Toma. —Y le

tendí un *pendrive*. Uno en el que había trabajado los últimos días, temiéndome lo peor.

—¿Qué es esto? —dijo, sin cogerlo.

—Lo que les vas a entregar, en lugar del *pendrive* que extrajiste de mi caja fuerte en el paseo Pereda.

—Tienes ojos en la nuca, no hay modo de que se te escape algo —murmuró, con una extraña mezcla de admiración y desesperanza.

—Vive diez mil años y también los tendrás; son habilidades que se adquieren con las malas experiencias, por necesidad, no por el simple paso del tiempo —le expliqué—. ¿Cómo han contactado contigo? Ven, sentémonos en las sombras y me lo cuentas todo.

Dana me hizo caso, por una vez, y nos sentamos sobre la hierba, con las espaldas apoyadas en el mármol del monumento que una vez nos erigieron.

—Fue en Libia, el día del derrumbe. Creo que dejaron el papel las mismas personas que mataron a Clara, porque mi sahariana estaba en mi despacho y Gunnarr me dijo que me la llevara para soportar la noche en el desierto, antes de partir con su moto al primer pueblo habitado. Allí me negué a su propuesta de recorrer el Camino de Santiago; no me fiaba de él, había aparecido justo tras el derrumbe. Sospeché de Gunnarr, tú también lo habrías hecho. Y cuando me despedí de él, dispuesta a llegar como pudiese al primer aeropuerto y salir del país, me percaté de que había un papel en mi bolsillo.

—¿Qué decía exactamente el papel?, ¿lo recuerdas? —quise saber.

—Cada palabra. Las memoricé, tuve que hacerlo: «Obedécenos o todos a los que quieres morirán. Nos vas a entregar las investigaciones del gen longevo de Iago del Castillo. Espera instrucciones, rompe este papel y no lo compartas con nadie o ese alguien morirá también. Esto ya ha empezado. No nos subestimes». Rompí el papel y comprendí que solo sobreviviría a aquello con

Gunnarr, pese a que en algunos momentos llegué a sospechar que era una treta suya para obligarme a seguirlo al Camino. Pero ahora que he conocido a tu hijo, sé que no ha sido él; no puede haber causado tantas muertes y tanto dolor solo para conseguir las investigaciones del gen longevo. De Nagorno lo veo posible, pero no de Gunnarr, no lo que le hicieron a mi padre.

—Lo mataron, ¿verdad?

—Una punta de flecha en el corazón, del mismo periodo que la que encontré en Tadrart Acacus y que mató a Clara. Una concha de cauri tras la puerta y, de nuevo, un papel con instrucciones: «Entréganos ya la investigación del gen longevo; esto no va a terminar en él. Tienes una semana, en la biblioteca Menéndez Pelayo. En la sala de Literatura Universal, en un ejemplar de la *Epopeya de Gilgamesh*; colócalo dentro».

La abracé, malditos...

—Este mensaje no pude memorizarlo entero, era más largo. Me ordenaba que provocara un escape de gas y volara el piso de mis padres para simular un accidente y ocultar a las autoridades y a vosotros el motivo de la muerte de mi padre —me explicó—. Y por eso he venido hoy a entregárselo, porque no hay una salida, porque os van a matar a todos a los que quiero, uno a uno: a mi primo Marcos, a mis sobrinos, a ti, a Gunnarr, a Lür. Os he intentado proteger desde Libia, y por eso elijo traicionarte y entregar tus descubrimientos del gen longevo.

—No hay problema. Que los tengan —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Cómo que no hay problema? Siempre has estado en contra de que se generalice la causa que os hace longevos y, en manos de los Hijos de Adán, solo puede provocar que tengamos miles de esos

longevos fanáticos por el mundo. —Se giró hacia mí con los ojos muy abiertos.

—Les vas a entregar mis conclusiones bastante contaminadas —le aclaré.

—Define «contaminadas».

—Genes de Yamanaka. Les va a encantar mi solución y les va a parecer plausible. No tiene nada que ver con la telomerasa, y eso los alejará del verdadero motivo que nos hace longevos, al menos a esta familia. Ellos se van a volver locos intentando aislar esos genes en sus ADN. Son cuatro genes, mucho trabajo. El concilio está al caer en un par de semanas; no llegarán a tiempo de darse cuenta del engaño, así que no va a interferir en cómo nos traten cuando llegue el día.

—¿Qué son los genes de Yamanaka, Iago?

—Son cuatro genes recién descubiertos que, introducidos en células adultas, pueden reprogramarlas. Va a abrir nuevos caminos en la medicina regenerativa y es un cambio de paradigma, pero no son la causa de nuestra longevidad extrema, como sabes. La nuestra es una combinación de dos genes: uno que mantiene la telomerasa activa, y otro que mantiene a raya los tumores. Al menos en nuestro ADN los genes de Yamanaka no han tenido nada que ver con lo que nos hace longevos. Pero ellos no lo saben, y la teoría es tan novedosa y seductora que se lanzarán a comprobarla y quedarán satisfechos. En unas semanas todos a los que quieres estaremos a salvo. No tocarán a Marcos, ni a tus sobrinos, ni a ninguno de nosotros. Es mi mejor apuesta. Toma, coge el *pendrive* y dame el que me robaste —dije.

Con un gesto de dolor al tener que mover el brazo, Dana se sacó del bolsillo el *pendrive* que contenía la verdad.

—Ve tú a la biblioteca —le dije—. Sé que está en obras, imagino que por eso la habrán elegido; seguro que te han dejado algún acceso abierto. Yo esperaré aquí un buen rato y volveré a casa. Si notas alguna presencia extraña, llámame, estoy pendiente. Si todo va bien, vuelve a casa. Yo regresaré en cuanto me deshaga el *pendrive*. Es un peligro que las investigaciones estén resumidas en un lugar físico. Solo hay tres personas que conocemos la verdad: padre, tú y yo. Y así va a ser a partir de ahora: estará en nuestras cabezas. No quiero que quede ni rastro de las conclusiones y que un día, en el futuro, caiga en manos equivocadas.

—Estoy de acuerdo, y es un alivio que lo vayas a destruir —convino conmigo—. Yo me marcho, Iago, el plazo expira esta noche.

—Ve ya entonces. Sé que no van a matarte después de entregar el gen longevo, porque sospecho que hay dos intereses entre los Hijos de Adán. Están los fanáticos de Madre, o de su corazón, que siguen obcecados en no parar hasta que acaten la orden de eliminar a Lür y a sus descendientes. Y creo que hay otra facción de ellos, mucho más moderna y pragmática, que lo que quiere en realidad es el gen longevo, y son los que están detrás de la Corporación Kronon. No sé si están coordinados del todo, tal vez los Cazadores ni sepan que algún otro Hijo de Adán te está exigiendo que le entregues las investigaciones del gen longevo.

Dana marchó, decidida, y admiré su temple una vez más. Pero mi cerebro se había quedado en un detalle que me alarmaba: el libro elegido, de entre todos en una biblioteca con miles de ejemplares, era la *Epopeya de Gilgamesh*, de autor anónimo. Con cuatro mil años, se la consideraba la primera obra literaria de la historia. Hablaba de la búsqueda de la inmortalidad de Gilgamesh, rey de Uruk. Siempre me llamó la atención que el primer libro del que la

humanidad tenía noticia tratara precisamente de los nuestros, los longevos.

Y empezaba a comprender, con horror, quién se encontraba detrás de las misivas a Dana y de todas las muertes que la estaban destrozando.

86

ADRIANA

Junio, Cantabria

Gunnarr llamó la mañana siguiente. Nos dio instrucciones muy precisas. Iba a llegar con una furgoneta de lunas tintadas y teníamos que dejar la puerta principal abierta, para que pudiera encajar la parte trasera del vehículo con la entrada.

—Que Adriana espere en el salón. Mejor sentada, no quiero que se desmaye y se golpee la cabeza —le había dicho a Iago—. Y de espaldas. Quiero que estéis todos, el abuelo y tú también.

Obedecimos, sin comprender demasiado lo que se traía entre manos. Yo me coloqué sentada en el sofá del salón de espaldas a la puerta.

Oímos que se acercaba un motor potente, y Iago y Lür esperaron en la entrada de la casona a que Gunnarr descargara lo que fuera que hubiera traído.

Pero no era «algo», sino «a alguien».

Oí la voz de mi hijastro, solemne, a mi espalda.

Y fueron esas palabras, y no otras, las que pronunció:

—Abuelo, padre: os presento a Sunna de Adams. No temáis, es una Hija de Adán y la primogénita de Adana y, por tanto, su sucesora, pero está tan maldita para su clan como nosotros. Huyó de ellos en 1352 y no ha sido detectada desde entonces. Querida

Adriana, querida *stedmor*: te he traído de vuelta a tu madre. Tú conociste a Sunna de Adams bajo su última identidad como Sofía Almenada. En su apellido ocultaba las letras que marcan su linaje, Adán, así como tu nombre oculta también que eres nieta de Adana.

87

ADRIANA

Junio, Cantabria

Fui incapaz de darme la vuelta. Quería quedarme así, para siempre, porque sabía que estaba soñando, que mi cerebro por fin me regalaba unas horas de anestesia entre tanta pesadilla y que mi subconsciente había acudido al rescate en forma de sueño. Mi madre viva, el más oculto de mis anhelos.

Pero entonces oí su voz.

—Ayer me llegó el mensaje desesperado de Gunnarr: «Debes volver, tu hija ha perdido a su padre y no quiere vivir. No sé si podrás detenerla, pero merece morir sabiendo lo que pasó» —dijo esa voz, idéntica a la que recordaba cuando yo tenía diecisiete años.

—Dana, vas a tener que moverte —se acercó Iago, preocupado—. Date la vuelta, dinos si es ella.

Mi cuerpo obedeció la sencilla orden, me giré y frente a mí vi a una mujer de mi misma edad. La melena morena, cortada a la altura de la barbilla, los ojos grises, el iris idéntico al mío. Los rasgos dulces, sin la más mínima arruga. No había envejecido ni un solo año desde que Nagorno la obligó a suicidarse, y había pasado década y media. Debería tener sesenta, pero mi madre no aparentaba sesenta años, aparentaba los mismos que Lür, que Gunnarr, que Iago, que yo.

—Hija... —comenzó a decir.

Pero la frené:

—Mamá, necesito tu abrazo; no puedo más —le rogué.

Mi madre me abrazó, ni siquiera noté que me apretaba con fuerza el brazo. Mi cuerpo estaba anestesiado; mi cerebro, entumecido. Aquella escena era absurda, irreal. No estaba sucediendo. Y yo estaba perdiendo la cabeza, estaba huyendo de la realidad con fantasías de huérfanas.

—Sunna, cuidado con el brazo, lo tiene roto —le advirtió, con cautela, Gunnarr —. *Stedmor*, es mejor que te sientes y escuches todo lo que tenemos que contarte. No va a ser fácil, pero por una vez no te va a cambiar la vida para mal, creemos —continuó mi hijastro, hablando con tiento, como eligiendo las palabras. Como si caminara sobre cáscaras de huevo.

—¿Por qué fingiste tu muerte? —preguntó la Dana antigua, la que asumió el mando en aquellos momentos.

Mi madre se sentó a mi lado y me tomó la mano con cuidado. Era su tacto, era su olor, era la misma presión, piel con piel, y la misma mirada que cuando yo era una adolescente.

—Es mejor que comience contándote que siempre he estado en contacto con Gunnarr, desde que nos salvamos del naufragio en el siglo XIV, en las costas de Galicia. Pero yo permanecí ocultándome de mi familia de origen desde entonces. Casi siempre me refugiaba en cabañas en el monte, apartada de todo rastro humano porque temíamos que tuvieran localizado a Gunnarr, así que nuestros encuentros eran esporádicos por mi seguridad. Pero pasaron los siglos y me sentí más segura para volver al mundo, porque Gunnarr no hallaba ni rastro de los Hijos de Adán. Ya quedábamos pocos cuando él nos conoció en Bristol, y sospecho que aún serán menos

ahora, por mucho que la estrategia de mi madre siempre fue aparentar ser mucho más poderosos y numerosos de lo que éramos.

—A finales del siglo XX acudí a ella —intervino Gunnarr—. Sunna se había afincado en Santander con la identidad de Sofía Almenada. Su apellido la delata, porque se puede leer «Adán» al revés, pero me fue imposible conseguir que renunciase a su costumbre; llevaba toda la vida haciéndolo. Con el transcurso del tiempo, su oficio de consolar con palabras a los afligidos la había llevado a convertirse en psicóloga, y Nagorno estaba de luto por la pérdida de la única hija que ha tenido, Olbia. Estaba muy descentrado y eso siempre es malo para el mundo. Yo sabía que necesitaba ayuda profesional, pero temía que hablara de más en una consulta y que lo tomaran por un enfermo mental y lo internasen. Sunna se ofreció a aceptarlo como paciente en su consulta. Todos conocéis el resto: se dio cuenta de que Nagorno pretendía matar a la familia de Lyra con el fin de motivarla para comenzar una investigación que aislara nuestros genes, y así poder elegir los embriones con el gen longevo y tener solo hijos longevos, para no volver a pasar por una pérdida como la de la pequeña Olbia.

—Aquel día llamé a Gunnarr, alarmada, pero no creí que llegara a tiempo de frenar a Nagorno, así que telefoneé a Lyra para advertírselo. Nagorno entró en esos momentos en la consulta, me sorprendió en plena llamada y colgó, comprendiendo que yo pretendía impedir su plan. Entonces vio el retrato de Dana montada a caballo en la mesa de mi despacho y me chantajeó: o la vida de mi hija, o ingería unas pastillas y fingía mi suicidio. Yo las tomé, no lo dudé ni por un momento —dijo mi madre, acariciándome la mejilla como cuando era pequeña.

—En cuanto llegué al despacho de Sunna y vi las pastillas, cogí los restos carbonizados de la leña de su chimenea. Le hice tragar trozos

de carbón con agua, mucha agua. Aquello provocó un vómito tras otro y limpió su estómago de los medicamentos. Era un remedio prehistórico que me enseñó el abuelo Lür —continuó Gunnarr, en pie frente a nosotras.

—Cuando me repuse —dijo mi madre—, comprendimos que teníamos que seguir adelante con la narrativa del suicidio, porque era Dana quien estaba en peligro. De hecho, para esas horas, Nagorno ya había trucado el volante del coche del marido de Lyra, y su familia había sufrido el accidente que se los llevó por delante. Sabíamos que no dudaría en matar también a mi hija. —Después mi madre se giró hacia mí—: Pero yo me resistía a causarte tanto dolor, a que pensaras que me había suicidado y te había dejado sola con diecisiete años. Por eso escribí la nota y te dejé un mensaje en clave, al modo en que Gunnarr me había enseñado con los años para que él y yo continuásemos comunicados y pudiésemos encontrarnos. Yo quería que buscaras en los cuadernos de mi consulta y comprendieras que fue por un paciente desequilibrado, no por mí.

—Entonces, ¿no fue por la discusión que tuvimos la noche anterior? —pregunté.

—¿Qué discusión? —preguntó mi madre, sin comprender.

—Esa en la que me marcabas los horarios de llegada a casa, ¿no la recuerdas? Me he machacado durante años, sintiéndome culpable por todo lo que nos dijimos. Creí que te habías suicidado por mi culpa. —Sonaba ridículo pronunciado en voz alta, pero no quería dejarme nada, ya no.

Mi madre negó con la cabeza, como si no tuviera remedio. Los cuatro me miraron con infinita ternura, como si fuera una niña pequeña. Y entonces me di cuenta de que todos tenían más de mil años, y yo no había cumplido ni los treinta.

—Dana, ni la recuerdo —me dijo por fin—. El único motivo por el que fingí mi suicidio fue porque a Nagorno se le ocurrió esa solución y porque te amenazó de muerte. Todo estaba bien entre nosotras, me quedé más años de los debidos en Santander porque la relación que tú y yo teníamos como madre e hija me compensaba el riesgo de estar expuesta: fue lo mejor en siglos. Me había negado a tener hijos por el peligro que suponía, pero jamás me arrepentiré de que nacieras.

—Yo le prometí que cuidaría de ti en la distancia —intervino Gunnarr—, sin que tú te percataras nunca de mi presencia. Moví los hilos en Madrid para que ofrecieran un trabajo de comercial a tu padre que no podía rechazar. Quería alejarte de Santander y del riesgo que suponía que Nagorno y tú vivierais en la misma ciudad. Y cuando viniste a trabajar al MAC, contacté de nuevo con Nagorno para tenerlo controlado y que no se diera cuenta de que eras la hija de Sofía Almenada, la terapeuta a la que él cree que mató. Estaba preparado para intervenir, siempre lo he estado. Cuando mi padre condenó su corazón y Nagorno acudió a mí, aterrado ante la perspectiva de un ataque al corazón y dispuesto a secuestrarte para extorsionar a mi padre, yo me presenté voluntario para secuestrarte; no quería que contratase a unos mercenarios que te habrían torturado y no habrían dudado en ejecutarte.

—No quiero imaginarte en manos de Hana, Kato y Jazz —dijo Iago, y cruzó una mirada con Lür.

—¿De quién? —preguntó mi madre.

—De los tres últimos matones que ha contratado para esta guerra, como él la llama. Pero ya llegaremos a eso —le aclaró Lür.

—No era una opción quedarme de brazos cruzados —intervino Gunnarr—. Le hice creer que tenía mis propios motivos, que

vengarme de mi padre causándole dolor me resarciría de lo que me hizo en Kinsale.

—Así que no secuestraste a Adriana para vengarte de mí —intervino Iago, con la voz demudada también.

—Qué va, no soy tan rencoroso. Bastante tuve con sentirme culpable cuando te destrozaste la vida durante las décadas posteriores a Kinsale con tus vicios autodestructivos. Y no me causó ningún alivio. Entonces desistí de poner en práctica cualquier idea de venganza; no me apaciguaba, y agravaba aún más mi estrés postraumático porque me obsesionaba contigo y tenía todo el trauma mucho más presente. No, secuestré a Adriana para salvar su vida; la estaba protegiendo de Nagorno.

Entonces Gunnarr se sentó sobre la mesa del centro, frente a mi madre y a mí, y nos tomó las manos a ambas.

—Sunna, amor mío, hemos llegado hasta aquí. Tenemos que contárselo todo —le dijo Gunnarr, clavándole su mirada azul.

«¿Amor mío?», pensé. En un primer momento, no alcancé a comprender lo que suponían aquellas dos palabras.

—Dame unas horas, amor. Unas horas para recuperarla. No sé si nos va a odiar cuando sepa la verdad —le rogó mi madre.

—No tenemos unas horas —dijo Gunnarr—. Pueden venir y atacarnos en cualquier momento, a cualquiera de nosotros. Por no hablar de lo que tu hija ha sufrido y que hace dos noches intentó acabar con su vida.

—¿Cómo? —intervino Iago, alarmado.

—Le pedí a Gunnarr que no os lo contara, intenté adentrarme en el mar y él me sacó. Pero no os preocupéis ninguno, no pienso volver a intentarlo, y menos ahora que mi madre está viva. Pero, por favor, Gunnarr, ¿de qué verdad estás hablando? —quise saber, retirando mi mano de su manaza y de la de mi madre.

Ambos cruzaron sus miradas y apretaron los labios, en un gesto simétrico, como intentando retener un secreto por última vez. No me había dado cuenta de lo sincronizados que estaban sus gestos.

—Querida *stedmor*, querida Adriana —arrancó a decir Gunnarr—. Tu madre y yo nos hemos amado desde hace seis siglos, y no hemos podido convivir como merecemos ni he podido hacerla mi esposa, que es mi anhelo desde entonces, para protegerla y que los Hijos de Adán no la detecten. Pero hemos estado juntos desde entonces, de manera interrumpida, cientos de veces. Lo que quiero decirte es que...

—Dana, hija, es posible que Gunnarr sea tu padre —terminó mi madre.

88

ADRIANA

Junio, Cantabria

Las palabras de Gunnarr cayeron como una bomba atómica en el salón. Iago se tapó la boca con la mano, conmocionado, y se dio la vuelta para que yo no viera su rostro. Lür se acercó a calmarlo, preocupado. Yo no acertaba a pronunciar una sola palabra.

El silencio que se gestó en la habitación fue tan espeso, y tenía tantas preguntas y contemplaba tantas implicaciones, que no sabía por dónde empezar.

—¿Cómo que no lo sabéis? —pregunté por fin—. Fui engendrada durante la luna de miel en un lugar indeterminado del mar Adriático, por eso me llamaste Adriana, te quedaste embarazada justo después de casarte con papá.

—No lo sé, hija. Había estado con Gunnarr hasta unas semanas antes, no sé si me casé embarazada de Gunnarr o si quedé embarazada de tu padre durante nuestra luna de miel. Tú naciste nueve meses después de nuestra boda, pero si fueses hija de Gunnarr, el embarazo habría sido más largo, como suelen ser los de los longevos. Salvo el embarazo de la madre de Lyra, por lo que me contó Gunnarr, que pasó por uno normal, así que Lyra era una longeva prematura. Tú podrías serlo, o no; no lo sé.

—Entonces, ¿Adriana puede ser longeva también? —intervino Lür.

—Puede ser, todavía no tiene edad para que se le note. Si lo fuera, dejaría de envejecer ahora y en un par de décadas sería obvio que es como nosotros —dijo mi madre.

—Yo nunca he querido ser longeva —intervine—. Ni siquiera me planteé la posibilidad mientras Iago investigaba sus genes. Y desde luego, nunca me imaginé que era hija y nieta de longevos. Esto... esto es mucho que procesar para un día.

Gunnarr me miró con unos ojos tan culpables que se me rompió el alma.

—Lo siento, *stedmor*. Siento que la noticia te haya defraudado y que no haya sido un padre a la altura de las circunstancias —dijo.

—No, Gunnarr. No es eso —rechacé la idea, ¿cómo podía pensar que me había defraudado?

El pobre Gunnarr contenía la respiración, adiviné por la danza de su inmensa nuez que estaba nervioso, expectante, pese al aplomo que le daban sus dos metros y su envergadura.

—Gunnarr, esta... esta sería la mejor noticia que he escuchado en siglos si no fuera por... —fui capaz de responder, contaminada por la jerga de los longevos.

—¿No estás enfadada? —me interrumpió—. ¿No estás decepcionada conmigo?

—He tenido un padre, al que ahora mismo estoy llorando, y Abel Alameda siempre va a serlo. Pero ojalá tú lo hubieras sido en otro contexto. Ahora que comprendo tus razones y entiendo cada uno de tus actos, lo único que siento es gratitud. Gracias por haberme cuidado en la distancia cuando mi madre no pudo hacerlo, y por haber puesto en riesgo tu vida en tantas ocasiones durante los últimos meses para protegerme. No podría soñar con un padre mejor.

Gunnarr exhaló un suspiro, aliviado.

—Pero Iago es Iago —continué—; lo que tengo con él..., para qué intentar explicártelo, lo has visto. Y si eres mi padre, significa que Iago es mi abuelo, y esa circunstancia es insalvable. Por no hablar de que no tengo ni idea de cómo me siento al respecto ahora mismo. Y a Iago le sucederá igual. ¿Cómo demonios vamos a encajar esto?

Me giré hacia Iago, su mirada me pidió calma. Arrugué la frente, sin comprender. Pero ya lo conocía lo suficiente como para saber que tenía un plan. Iago siempre tenía un plan.

—Vámonos al MAC ahora mismo —resolvió—. Tú, hijo; Dana y yo. Padre, quédate con Sunna. Hasta el concilio no va a poder salir de esta casa; si los Hijos de Adán nos tienen controlados, no pueden percatarse de su presencia.

—¿Al MAC?, ¿para qué vamos al museo, padre? —preguntó Gunnarr sin comprender.

—El laboratorio de Lyra estaba equipado para hacer pruebas de ADN. De hecho, allí realicé la prueba que determinó que era mi hija, y no mi hermana. Los tres nos vamos a tomar muestras con un hisopado bucal; será más rápido que una muestra de sangre. Así salimos cuanto antes de dudas y no habrá ni un resquicio para la incertidumbre. Tenemos que estar como mínimo treinta minutos sin comer ni beber nada, no os metáis nada en la boca desde ya. Comprobaré si Gunnarr es el padre de Adriana y también si yo soy su abuelo; dos pruebas para asegurarnos. Aunque haré la de Gunnarr y Adriana primero porque no pienso vivir ni un minuto más de lo necesario en esta situación tan bizarra.

—¿Te refieres a hacernos una prueba de paternidad? —dije esperanzada. Al menos, no quería pasar ni un minuto sin saber si Gunnarr era mi padre y si Iago y yo podíamos continuar siendo pareja o no—. ¿Cuánto tardarías en tener los resultados?

—Un laboratorio externo puede tardar hasta una semana, y si se les pide un análisis urgente, entre uno y dos días. Pero en realidad, el proceso en sí, una vez que nos tomemos las muestras, será de unas tres horas para romper las células y liberar el ADN, y después purificarlo para separarlo de otras sustancias. Estoy calculando de cabeza. Después la electroforesis para generar el perfil, y con las cadenas de ADN amplificadas, comparo las de Adriana con las de Gunnarr para ver si hay coincidencias genéticas... También las compararé con las mías, pero más tarde, como prueba secundaria para asegurar el primer resultado. Eso me llevará otras dos o tres horas. Después, otras tres horas para interpretar los resultados.

—Unas nueve horas —atajé.

—Si no como ni duermo, sí: entre siete y doce horas. Vamos, Gunnarr, tú conduces, que me tiembla todo —dijo, lanzándole las llaves.

89

NAGORNO

Junio, Londres

Maia, Cormac y yo brindamos por enésima noche con un Pétrus de 1961 en el Alain Ducasse frente a una langosta de Cornualles y un pichón de Bresse. Sé que voy a pagar casi cincuenta mil libras por esta mágnum, pero quiero que mis hijos se sientan cómodos y su lengua se suelte.

Llevamos más de la mitad de nuestra búsqueda de Cazadores por la vieja Europa y hemos localizado a doce de los nuestros. Todos se me han unido sin apenas resistencia, más bien una sumisa obediencia.

En Viena he tenido que adecentar a Cormac. No podía soportar que un mendigo caminara a mi lado. Lo llevé a la Borbone Barber Club, le rasuraron la barba y le peinaron como a un líder digno. Le procuré un buen traje en Knize, mi sastre de confianza en la ciudad desde el XIX. En la ciudad de la música encontramos a Adansohn, el primero en unirse a nosotros. Le di instrucciones claras para el concilio. Se unirán en la víspera.

Los guio por lo más lujoso de cada ciudad, pese a que esta búsqueda me obliga a bajar a los túneles de las estaciones abandonadas de los metros de media Europa y me siento como una rata. Me sobran la podredumbre y la humedad, pero calculo los

beneficios y me compensa este sacrificio y bajada a los intestinos de las urbes.

En Milán buscamos a un Adanelli, pero me sorprende la noticia de que la policía ha encontrado los restos de Adano Visconti. Llamo a mis oficiales, se deshacen en excusas —con lo caros que eran, es su segundo fallo inexcusable—, pero es muy tarde para hacerme con otros nuevos y formarlos. Estamos en las vísperas del concilio.

Preparo a mis oficiales para cualquier eventualidad. Sigo sin saber si el escritor indiscreto era un Hijo de Adán, y si lo es, Maia y Cormac han tenido que enterarse —las redes se han hecho eco en Italia.

Pero pasan los días y ni Maia ni el Cazador cambian su actitud hacia mí.

Por otro lado, creo que Cormac disfruta de esta singular recogida de recursos humanos, y Maia me sondea información de mi familia con la pericia de quien lleva milenios obteniendo datos con una sonrisa y una presencia cautivadora.

Exijo que la búsqueda de Cazadores sea exhaustiva; confío en sus respuestas, pero compruebo. El Pétrus de esta noche también incluye un somnífero potente para Cormac. Es un hombre totalmente analógico y lleva siempre encima una libreta de direcciones. Una agenda diminuta con apellidos y pisos francos en cada ciudad.

Kato me abre, sigiloso, la habitación donde Cormac ronca profundamente. Hurga en el interior de su chaqueta de lana y me tiende el hallazgo esperado. Tomo la manoseada libreta, a la que le estimo décadas de partidas de caza. Descarto algunos datos, únicamente me importa el recuento total de Cazadores.

Y efectivamente, coincide: veinticuatro Cazadores en activo, es decir, vivos en este siglo XXI. Los mismos que hemos estado reclutando.

90

ADRIANA

Junio, Cantabria

Un par de horas después volví a la casona, donde Lür y mi recién recuperada madre me esperaban en vilo.

—Ya nos hemos tomado las muestras. Gunnarr se queda a acompañar a Iago. Por suerte, a estas horas ya no quedaba personal en el MAC y no hemos tenido que responder a preguntas incómodas, como la presencia de Gunnarr allí. Solo estuvo unas horas como aspirante al área de Medievo el día que me secuestró, pero mejor no tener que inventar más explicaciones —les dije cuando volví.

Lür se ofreció a preparar la cena para dejarnos a solas. Yo tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.

—¿Cómo dio contigo Gunnarr?, ¿dónde estabas escondida? Era cerca del Camino de Santiago, ¿verdad?

—Después de que tuviese que fingir mi suicidio, me negué a estar lejos de ti. Yo también quería interponerme si Gunnarr hubiera detectado que Nagorno tenía la intención de acabar contigo. Me moví por toda la costa cantábrica. Me oculté en los Picos de Europa, en Pirineos también. Siempre en sitios apartados de la presencia humana, pero lo bastante cerca como para mantenerme al día. Gunnarr y yo nos comunicábamos por las runas que me grababa en las cortezas de los árboles. Con el tiempo, me quedé siempre cerca

del Camino de Santiago, porque me dejaba ver entre los hosteleros del Camino y Gunnarr podía seguirme la pista más fácilmente. En muchos lugares me han tomado por una ermitaña. Esa ha sido mi vida desde aquel día.

—Pero eso no ha sido vida, mamá —objeté.

—No creas. Gunnarr te seguía la pista y me hacía llegar fotos tuyas de la orla cuando te sacaste la carrera en la Complutense, y otras recuperadas de tus redes sociales o tu currículum. No te imaginas lo orgullosa que estoy de la mujer en la que te has convertido.

—Ven a mi habitación, mamá. Hay algo que quiero enseñarte. Tal vez sea tuyo —le dije.

Mi madre me siguió escaleras arriba, mientras salía de la cocina un delicioso olor a revuelto de setas que Lür nos estaba preparando.

Se sentó en mi butaca de lectura y esperó, paciente, a que buscara en mi mesilla de noche.

Le tendí los dos anillos de Claddagh. Ella los tomó como si fueran un exvoto.

—Eran vuestros, ¿verdad? Gunnarr me los prestó en Roncesvalles. Los recuperó de la iglesia donde guardaba sus capas y los bastones.

—Sí, los llevábamos siempre y, cuando él estuvo casado con Catherine, yo se los guardé. Después, cuando yo me casé con Abel, él los guardó. Por eso los tenía.

Oír el nombre de mi padre en sus labios abrió de nuevo la espita y el dolor volvió a derramarse.

—Gunnarr te habrá contado que han matado a papá.

Le tembló la barbilla.

—Sí —dijo por fin—. Y ha sido mi maldita familia de origen. Siempre quise que los dos estuvierais protegidos de esos salvajes, pero al final, él ha pagado con su vida haberme conocido. Es

demasiado triste. Era un buen hombre. Me enamoró su corazón, pese a que Gunnarr siempre fue Gunnarr. Y lo siento, hija, pero prefiero ser sincera ahora que estamos juntas de nuevo. Al principio me llamó la atención cómo se llamaba: Abel Alameda. Tenía el nombre de uno de los hijos bíblicos de Adán, y su apellido contenía también la marca de mi familia: algunas de sus letras formaban el anagrama de «Adam».

No me había dado cuenta. Toda una vida escribiendo mi nombre y mis apellidos y no me había dado cuenta de que las tres palabras contenían un «Adán» o un «Adam».

—Pensé que era un Hijo de Adán perdido, que él no lo sabía, que era de una generación lejana, pero la prudencia y la curiosidad dieron paso a algo parecido al amor. Su serena compañía me hacía bien.

—Tengo sus cenizas en una urna en mi despacho. Debemos decidir qué hacemos con ellas.

—Creo que deberías tomar tú la decisión, pero estaré contigo; no quiero que pases por el duelo tú sola.

—Casi olvido que eras psicóloga.

Mi madre sonrió, no me soltaba la mano desde que habíamos llegado. Pero yo tenía que hacerle la pregunta más difícil de todas:

—Mamá, tengo que saberlo. En primer lugar, ¿para qué has vuelto? Y por último, y sé sincera, ¿vas a volver a desaparecer?

91

ADRIANA

Junio, Cantabria

Mi madre me hizo un ademán para que me acercase:

—En primer lugar, he vuelto en cuanto Gunnarr me alarmó con lo que hiciste en la playa, para que no se te ocurra volver a intentar suicidarte. En segundo, para presentarme ante el concilio como lo que soy: la primogénita de Madre, la única vida de primera generación, y tú, seas longeva o no, eres segunda generación, tienes más autoridad frente a los Hijos de Adán que Nevill, Mabel y Khotan. Y no quisiera liderarlos, en realidad, aunque tendremos que pensar en las estrategias con las que vamos a presentarnos, pero quiero dejar de vivir escondida, y desde luego, voy a impedir que tu vida sea igual que la mía. Nos merecemos la libertad de vivir sin temer ser ensartadas con una lanza en el corazón.

—¿Y la segunda pregunta? —insistí—, ¿volverás a esconderte en el Camino?

—Primero tenemos que salir vivas del concilio, Dana. Pero es obvio que, si todo sale bien, no puedo volver a Santander, donde mi familia política y mis antiguos pacientes me creen muerta; y, de estar viva, esperarían que aparentase más de sesenta años. Pero no quiero que nadie me robe una vida contigo, ahora que sabes que soy longeva y puedo mostrar ante ti que no envejezco.

Encontraremos la manera, podemos vernos los fines de semana en alguna provincia limítrofe, o puedo empezar de cero con otra identidad, pero tú y yo nos vamos a mantener en contacto.

En ese momento llamó Gunnarr, yo contesté al móvil:

—Adriana, las pruebas se están alargando más de lo esperado. No voy a aburrirte con detalles técnicos de estos aparatos del demonio, pero padre no quiere tomarse un descanso y prefiere quedarse la noche en vela hasta que coteje los resultados. Yo me quedo con él. No os importa, ¿verdad?

—No, sinceramente, Gunnarr, hasta que no sepamos los resultados no creo que ninguno podamos estar en la misma habitación sin sentirnos demasiado incómodos. Tenemos que acabar con esta incertidumbre cuanto antes.

—Estoy contigo, volvemos en cuanto sepamos algo —dijo, y colgó.

Me giré hacia mi madre.

—Entonces bajemos ya a cenar. Lür nos espera y no imaginas lo buen cocinero que es. Aunque, ¿puedo dormir contigo? No pensaba dormir con Iago hasta que tuviésemos la respuesta, pero... es que estás viva, mamá. Cuántas veces nos quedábamos en el sofá viendo una película bajo la manta y se nos pasaba la noche y despertábamos el domingo por la mañana abrazadas, ¿te acuerdas?

—Cada día —contestó risueña—. ¿Me enseñas mi habitación?

Aquella noche devoramos los platos que Lür había cocinado para nosotras. Con el temple que solo podían darle tantos milenios lidiando con todo, él me hizo la velada mucho más fácil e impidió que mi cabeza se fuera de aquel comedor y escapase al laboratorio de Lyra.

De todos modos, en cuanto mi madre me abrazó por la espalda en la cama del dormitorio que le asigné, caí en los brazos del sueño y,

por primera vez en muchos días, dormí de un tirón sin despertarme debido al dolor del brazo.

Debía ser de madrugada cuando Iago me llamó. Respondí a la llamada, somnolienta, sin recordar mucho de lo acontecido el día anterior:

—Ya tenemos los resultados. Mejor que lo hablemos en casa, Dana.

92

ADRIANA

Junio, Cantabria

Al cabo de un rato, Lür, mi madre y yo esperábamos en el salón de casa, sentados, a que Iago y Gunnarr volvieran con el resultado de las pruebas. Lür nos había preparado unas trenzas que sabía que a mí me encantaban, y la casa olía a hojaldre y mantequilla recién horneados; asumí que llevaba horas despierto trabajando en la cocina, o tal vez ni siquiera se había acostado.

Cuando llegaron por fin, escudriñé sus rostros, pero me fue imposible leerlos. Sus ojeras me hablaban de una larga noche bajo los focos del laboratorio de Lyra, y ninguno de los dos sonreía. ¿Qué significaba exactamente que no sonriesen?

Iago no quiso alargar nuestra incertidumbre y comenzó sin preámbulos. Nos tendió varios folios que no entendimos y lo miramos expectantes.

—Hay dos noticias, obviamente, y no pueden ser las dos buenas. Una es necesariamente mala para que la otra sea buena —comenzó.

—Iago, dispara, por Dios —le rogué.

—La buena es que no eres mi nieta, Adriana. La mala, es que no eres hija de Gunnarr, y sé que a los dos os hacía tanta ilusión que va a suponer un jarro de agua fría para ambos.

Un alivio me recorrió el cuerpo y me salió un suspiro tan profundo como el de Lür. Me lancé a los brazos de Iago y le di un beso de los que no se dan frente a tu madre, tu suegro y tu hijastro.

—Qué raro ha sido todo... —le susurré.

—No había ni una coincidencia en nuestro ADN, no somos ni familia lejana, así que ni siquiera Adana es pariente de Lür. Nuestras ramas no se han cruzado nunca —dijo—. Pero tenía que asegurarme. Siento la tardanza.

Me quedé un rato en su pecho, con la oreja pegada hasta que oí el ritmo de su corazón. El mundo volvía a estar al derecho, nuestra realidad no había saltado por los aires. Pero había una parte de mí que estaba desilusionada y, cuando me despegué de Iago, reparé en el rostro de Gunnarr.

—Ante todo, tengo que decir que este era el resultado por el que había rezado a mis dioses, y no otro. No habría soportado ser la causa de vuestra ruptura —nos aclaró—. Pero... te he creído mi hija durante casi treinta años; quería que lo fueras, soñaba con que lo fueras. Y aferrándome a ese anhelo te he tratado siempre. Nunca quise sustituir a Abel Alameda, y merece ese lugar en tu vida. Fue un buen hombre y un buen padre. Pero hoy me siento huérfano de hija, ¿tiene sentido?

—Siempre llamaré «papá» a Abel Alameda, y todavía no he comenzado su duelo. Pienso atravesarlo, pienso pasarlo. Mamá, tú que eres psicóloga, espero que me ayudes y me apoyes con esto; es demasiada carga para mí. Pero, Gunnarr, quisiera poder llamarte Padre, con mayúsculas, como os llamáis entre vosotros. Quiero que lo seas, me has cuidado durante toda mi vida, me has salvado una y otra vez, hemos hecho juntos el Camino del Padre, al menos el inicio, y espero que un día lo terminemos con Iago, con Lür y con mi madre. Has sido el mentor que siempre eché de menos. Quiero que

seas mi Padre, Gunnarr. Quiero que lo sigas siendo. Por favor, por favor, por favor. Sigue siendo mi Padre, no quiero perderte ahora.

—Pero no soy tu padre de sangre, no voy a llevar nunca tu sangre, querida Adriana —objetó, impotente.

—Me da igual lo que digan unas hebras de ADN. Decidámoslo nosotros, no la biología. Pudiste serlo, pudiste ser mi padre, me da igual que fuera la semilla de mi otro padre la que germinó en el vientre de mi madre, y no la tuya. Pudiste serlo. Hagamos una ceremonia padre-hija. Lür, tú has oficiado miles, ¿no hay ninguna que venere la unión entre un padre y su hija?

—Me temo que no, pero nada me impide crearla para vosotros —dijo él—. De hecho, deberíamos celebrarla en el interior de Monte Castillo, frente al panel donde Urko y tú tatuasteis vuestras manos en la roca.

—Tatuémonos una runa en la piel —le propuse—. Una que establezca que somos Padre e Hija.

—Crearé una solo para nosotros. Nada me hará más feliz —dijo Gunnarr—. Abuelo, ¿podrías tatuarnos tú? Antes de que Adriana se alarme, deberías saber que Lür fue chamán de innumerables clanes en el pasado, y uno de sus cometidos era tatuar durante las ceremonias. Después continuó con el oficio durante el Medievo, y cuando yo heredé la habilidad de mi madre como tallista de runas, él tatuaba muchos de mis trabajos en la piel de nuestros vecinos.

—No te preocupes, Adriana. Os pondré crema anestésica y usaré instrumental contemporáneo. Los materiales son ahora más asépticos, pero las técnicas siguen siendo básicamente las mismas: raspado con cuchilla o punción con agujas —me aclaró.

—Me fío de tu sentido común —le dije. Era un alivio que volviera a ser mi suegro, y no mi bisabuelo.

—Gunnarr, Padre... —me giré hacia él—, no sé muy bien cómo llamarte ahora, pero este es el mayor regalo que me podía dar la vida a estas alturas. Eres el mejor padre que se me podía haber ocurrido tener.

Y me lancé sobre él y lo abracé. Él tardó en reaccionar, sorprendido.

Después escuché un gruñido de oso sobre mi cabeza que acabó en sollozo. Jamás había visto llorar a una fuerza de la naturaleza, creo que descargó varias décadas de tensiones acumuladas, y reconozco que no midió sus fuerzas y estuvo a punto de aplastarme la caja torácica.

Pero estábamos felices, ambos.

Nos reímos como críos, luego lloramos y volvimos a reír, abrazados, demasiado embriagada ante la perspectiva de un padre como él, que no muriese nunca, que no envejeciese, que no se debilitase, que siempre estuviese ahí.

—Entonces ya puedo dejar de llamarte *kære stedmor*, y puedo llamarte *kære datter* —me dijo, con su inmensa sonrisa.

93

IAGO

Junio, Cantabria

Padre y yo nos habíamos dibujado las líneas serpenteantes de ocre a lo largo de los brazos, como hacíamos desde mi infancia cuando había ceremonia en la cueva de Monte Castillo.

Pese a nuestras reticencias, habíamos dejado a Sunna sola en la casona de la Arnía; no nos atrevíamos a que saliera al exterior y que se expusiera a la posible vigilancia de los Hijos de Adán, y padre tampoco le había notificado su presencia a Nagorno.

Por un lado, tener en nuestras filas a la primogénita de Adana era una baza de peso para las negociaciones. Por otro, explicarle por teléfono que la madre de Dana, a la que él creía que había asesinado, era en realidad la hija longeva más cercana a Adana, y posible sucesora del clan de los Hijos de Adán, era lanzar una moneda al aire sin tener ni idea de si iba a caer de cara o de cruz. Podía alterar las intenciones de Nagorno y darle la oportunidad de pactar otras estrategias con los líderes de las ramas a nuestras espaldas. No..., conociendo a Nagorno, era mejor que no estuviera enterado.

Los días volaban y el tiempo pasaba veloz en el calendario. Junio avanzaba al galope, mientras un padre y un hijo aprovechaban el tiempo perdido pescando y probando una moto por calas cántabras

escondidas, y una madre y su hija recuperaban la década que les había sido arrebatada poniéndose al día y sin separarse ni un solo momento.

El humor de Dana mejoró y, pese a que sus lesiones la mantenían dolorida y quedaban meses para que recuperase toda la movilidad del brazo, volvió a colocarse la escayola y tomaba los analgésicos sin esperar a rabiar de dolor. Parecía que había dejado de autocastigarse. Su madre hizo de confidente, apoyo y psicóloga.

Por otro lado, Gunnarr y Sunna no escondían sus sentimientos. Tal vez por primera vez en seis siglos se sintieron libres de mostrarlos en público, pese a lo escandaloso que resultó ser mi hijo por las noches. Pero la sonrisa con la que desayunábamos los cinco cada mañana será siempre uno de los mejores recuerdos de mi vida, y como tal lo atesoro.

En unos días teníamos que celebrar el dichoso concilio entre clanes longevos, que Nagorno anunciaba con su pompa habitual. Padre y yo, tras pensarlo mucho, decidimos proponer como lugar de encuentro el interior de la cueva de Monte Castillo.

Al principio me revelé contra la idea: suponía dar al enemigo una información vital para el futuro. Monte Castillo había sido para Lür y para mí nuestro punto de encuentro desde la prehistoria cuando pasábamos demasiado tiempo sin saber el uno del otro, y el solsticio de verano fue siempre la cita ineludible que nunca nos había fallado.

Pero Lür me hizo comprender que si Nagorno se había cambiado de bando y nos quisiera traicionar, habría revelado ese dato sin duda.

Porque Monte Castillo suponía una ventaja frente a cualquier otro emplazamiento.

En primer lugar, debíamos buscar un sitio cerrado, a cubierto. No podíamos celebrar al aire libre un concilio entre clanes prehistóricos.

No sabíamos si los Cazadores iban a acudir armados o no, pero celebrarlo en el exterior no era una opción. Y Lür y yo conocíamos de memoria todos y cada uno de los túneles que horadaban la montaña; los que habían descubierto los arqueólogos y los que todavía se mantenían vírgenes. Y cualquier ventaja táctica nos podía dar la victoria o nos podía salvar la vida.

Así que la ceremonia que iba a convertir a Gunnarr y Dana en Padre e Hija nos iba a servir también para aprovechar y tejer las estrategias de cara al concilio, y a mostrar a mi hijo y mi mujer cada hueco, cada escondrijo, cada galería.

Habíamos accedido con la furgoneta de lunas tintadas que alquiló Gunnarr. Padre y yo hicimos acopio de todas las azagayas y lanzas con las que solíamos abatir jabalíes. Gunnarr visitó una armería en un pequeño pueblo de los valles pasiegos, donde encontró unas hachuelas bastante parecidas a las que le regalé cuando era un adolescente y entrenaba con los troncos de mi hacienda. Llevábamos también cargas de detonación; no era buena idea usarlas dentro de una cueva, porque los derrumbes no se podían controlar con precisión, pero tras muchas deliberaciones, decidimos traerlas también.

Coincidimos en que la mejor estrategia era no mostrarnos armados desde el principio, para dejar una esperanza a llegar a un pacto pacífico. Pero si los Cazadores apuntaban con sus lanzas al corazón de cualquiera de nosotros, íbamos a necesitar tenerlas ocultas aunque a mano.

Por suerte no era día de visitas en Monte Castillo, y pese a que teníamos las llaves de la puerta de entrada oficial, preferimos utilizar uno de nuestros accesos laterales. Cargamos con las armas y Lür, Gunnarr, Dana y yo entramos por un pasadizo largo que nos dejó en la sala principal, la cavidad más amplia de todas.

Padre y yo estuvimos repasando todas las posibles salidas y encontramos el lugar donde podíamos reunirnos una docena de personas. Por nuestro lado, cinco: Lür, Gunnarr, Sunna, Dana y yo. Por el de los Hijos de Adán, cuatro: Nagorno, Marion, Cormac y Niall. Estaba por ver dónde se colocaban los Cazadores y los tres mercenarios de Nagorno.

Cuando escondimos las armas en las oquedades adecuadas, aquellas que podían ocultarlas en sus sombras, pudimos relajarnos y comenzar la ansiada ceremonia entre Dana y Gunnarr.

Recorrimos el panel de las manos, pero en esta ocasión continuamos por el pasillo hasta un espacio mucho menos visitable, más allá del pequeño mamut amarillo que tanto nos había marcado. Y unos metros más, escondido, accedimos a una pequeña oquedad donde cupimos los cuatro.

Padre, más Lür que nunca, comenzó a tatuar a Dana una runa en la cara interna de su muñeca derecha, así lo había decidido ella. Gunnarr le pasó el diseño que mi padre copió en su piel:



Significaba «Hija» en el alfabeto futhark joven, el que usaba Gunbjorna y que Lyra le transmitió a Gunnarr.

Yo sujeté una lámpara de aceite mientras mi padre tatuó también en la muñeca de Gunnarr:



«Padre».

Dibujé en la roca ambas palabras seguidas en tintura ocre:



Una vez terminamos, Lür ejerció de chamán una vez más y recitó, acaso por primera vez en la historia, las palabras que los unieron:

—Ahora vuestra piel y Madre Roca saben de vuestra unión. Sed dignos de ella.

Y los cuatro nos abrazamos, permitiéndonos un momento de exaltación. Porque éramos conscientes, cada uno de nosotros, de que teníamos que celebrar cada pequeño logro que le ganásemos a la vida, pues tal vez estaban a punto de arrebatárnoslo todo.

94

NAGORNO

Junio, Ámsterdam

Padre por fin se decide y llama. Estoy de acuerdo con la localización que proponen. Conozco Monte Castillo mucho mejor de lo que él y Urko creen. Los he acompañado en innumerables ocasiones a sus emocionales reencuentros y me han mostrado los secretos de las galerías que no están abiertas al público.

Ese emplazamiento puede ser una salvación o una ratonera, lo cual favorece, y mucho, mis planes.

Cormac escucha mi propuesta con atención, delibera con la mirada con Maia y finalmente accede. A ella, pues, también le conviene, por el motivo que sea, que el lugar sea Monte Castillo.

La víspera del solsticio vamos a reunir a los veinticuatro Cazadores en Cantabria, además de Niall McAdams que viene desde Nueva York. Maia organiza los vuelos y coordina las llegadas de todos ellos.

Muestro a Cormac en la gran pantalla de la *suite* del hotel Real, en la que me he alojado desde el siglo pasado, las imágenes cenitales de Monte Castillo.

—Tres salidas, tres accesos ocultos. Son los que usan Lür y Urko. Están tapados por troncos y follaje. Aquí —señalo—, aquí y aquí. Ocho cazadores en cada una de las salidas. Por si quisieran escapar, los Cazadores bloquearían el paso. Nosotros accederemos por el

vestíbulo principal. A las doce de la noche no queda personal y Lür dejará la puerta principal abierta para nosotros. Después subiremos por unas escaleras talladas en la roca, dejaremos a nuestra izquierda las excavaciones actuales y encontraremos una pequeña puerta de metal que da acceso a la cueva en sí. Dentro está iluminado, bajaremos otro tramo de escaleras y ellos nos esperarán en la galería principal, una oquedad donde cabemos Maia, Niall y tú, los líderes de los Hijos de Adán, además de mí, el Patriarca, y ellos dos: Lür y Urko.

Les muestro imágenes, aunque no muchas.

Lo que les oculto son las órdenes que doy a mis tres oficiales a espaldas de los Hijos de Adán. No les parecen relevantes los abrigos tres cuartos que mandé confeccionar a la medida de sus perímetros torácicos a la sastrería de Viena. No entienden nada del arte de la estrategia, pero manejan con soltura y una mano las subametralladoras Uzi que les he conseguido de mi proveedor en Israel. Son ligeras, las van a cargar en un hombro gracias a su cinta, y las he adquirido con cargadores de cincuenta cartuchos.

Y son más que suficientes como para no errar en un túnel estrecho.

95

IAGO

Solsticio de Verano, Cantabria

La noche más corta llegó por fin. El día más largo del año nos resultó mucho más largo, si cabe. Los cinco transitábamos como podíamos por las miradas preocupadas y los rostros circunspectos de los demás.

Condujimos hasta Puente Viesgo, acaso por última vez en nuestras vidas.

A las doce en punto ya nos habíamos colocado en las posiciones pactadas en el interior de la cueva de Monte Castillo, mi primer hogar y tal vez mi última morada también.

Encendimos las luces estratégicamente, para crear las sombras que más nos convenían, y esperamos en silencio la llegada de los Hijos de Adán.

La comitiva iba encabezada por Nagorno, vestido, por una vez, de un traje blanco impoluto que nos venía muy bien porque iluminaba su situación como una linterna. No se me escapó lo que significaba y que marcaba la estrategia que iba a seguir durante el concilio.

A pocos pasos bajaba las resbaladizas escaleras Niall McAdams, vestido de blanco como todos los demás. A su derecha distinguí a un individuo delgado y encorvado. Anoté mentalmente que sería ágil de reflejos y un luchador peligroso cuerpo a cuerpo. Maia, Marion

Adamson para mí, los seguía a poca distancia. No llevaba ni vestido ni tacones, por lo que asumí que también venía preparada para luchar si se daba el caso.

En primera instancia, solo nos dejamos ver mi padre y yo.

Él se adelantó, al igual que hizo Niall, se sujetaron los antebrazos y unieron sus frentes, el signo universal de los hombres desarmados que van a negociar.

—Antes de comenzar con los pactos —alzó la voz mi padre, después de coger una antorcha encendida que le cedí—, es justo que conozcáis a la Vieja Familia al completo. No sería honesto que solo Urko y yo nos presentásemos ante vosotros.

Gunnarr salió de entre las sombras. Había elegido un jersey grueso y claro que le subía hasta el cuello, un poco incongruente para la estación en la que estábamos, pero tal vez se lo puso porque hacía destacar su envergadura y realmente intimidaba su tamaño en un espacio tan reducido como era la cueva.

—¡Gunnarr, querido sobrino! ¡Estás vivo! —se le escapó a Nagorno, que por una vez dejó su autodominio a un lado y mostró sorpresa y alegría auténtica.

—Sí, Nagorno. Lo estoy. Pero ya hablaremos tú y yo largo y tendido —respondió Gunnarr con un vozarrón que reverberó en cada una de las oquedades y nos volvió en forma de eco—. Tenemos un par de nuevas adquisiciones en la familia que, sin duda, os van a sorprender.

Con mucha cautela, Dana y Sunna salieron de la mano desde detrás de la columna con el perfil del hombre bisonte.

Observé el rostro de nuestros cuatro enemigos, y todo lo que encontré fue sorpresa. Ninguno de ellos esperaba que estuvieran vivas.

—Es Adriana Alameda Almenada, como veis. No habéis podido acabar con ella pese a todos vuestros intentos —tomó la palabra mi padre—. Y todos conocéis a Sunna. Nagorno, tú la conociste bajo la identidad de Sofía Almenada, tu terapeuta, a la que creíste asesinar.

El rostro de Nagorno mostraba un espanto del que me regocijé durante unos segundos; tal vez fuese la única pequeña victoria de aquella noche.

—Deberías estar muerta y, si no lo estás, deberías haber envejecido. ¿Qué haces aquí? —gritó, con la voz más destemplada de lo que le hubiese gustado.

Para nuestra sorpresa, Sunna soltó la mano de Dana y se adelantó unos pasos hacia ellos, como si no les tuviera miedo.

—Tú creíste matarme hace década y media. Ella es mi hija, y por tanto es una Hija de Adán, pero también es familia de Lür, la esposa de su hijo —gritó con una voz y un temple que no esperaba—. Por eso estamos en este bando. Y no, Nagorno, no creas que te he perdonado. No solo que matases esa identidad, sino lo que nos hiciste a Adriana y a mí: obligarnos a renunciar a esta década y media juntas.

Se paseó frente a ellos, con calma, y después continuó:

—No voy a reclamar el liderazgo de los Hijos de Adán, aunque podría. Incluso mi hija Adriana tiene más derecho que vosotros; es segunda generación y, por tanto, nieta directa de Madre. Mabel, Khotan, Nevill... —dijo, dirigiéndose a ellos—, esa es la última identidad que conocí de vosotros. Quiero que os quede claro: no quiero ser la nueva matriarca.

Acto seguido, se alejó de los Hijos de Adán y volvió a situarse a nuestro lado:

—Me pongo en este lugar porque no quiero saber nada de Exiliados ni de Exilio, reclamo vivir mi vida y que mi hija pueda

hacerlo sin matar o morir. Solo eso. Estamos en el siglo XXI, no es tan difícil. Os habéis enquistado en una ley prehistórica, sois totalmente anacrónicos y estáis a punto de extinguiros. Me escondí hace tiempo, esperando que llegase ese momento, a que os extinguierais los tres últimos que quedáis. Madre ya es cosa del pasado, por fin. Esta es una oportunidad única para todos, pero no tengo claro que tengáis la capacidad de cambiar a estas alturas. Solo quedáis Diplomáticos, Cazadores y Rastreadores. Dejad de fingir que hay más ramas. Vosotros y yo sabemos que no hay nadie más, además de los presentes hoy en este monte.

«¿Rastreadores?», pensé extrañado.

Entonces lo entendí: Manon Adams nunca había sido Escriba, desde siempre había sido la lideresa de los Rastreadores. Por eso decía que tenía control sobre las fronteras, por eso Madre la envió con el Mayflower, como avanzadilla en las colonias. Era una Rastreadora, y ella y Cormac siempre habían trabajado de la mano para localizarnos.

Nagorno aprovechó el silencio que causaron las palabras de Sunna para adelantarse y tomar la palabra:

—Gracias, Sofía, o Sunna. No tengo claro que un carácter tan conciliador como el tuyo esté a la altura de lo que el liderazgo de los Hijos de Adán demanda. Y te agradezco que tú misma lo comprendas y te hagas a un lado, porque —y dio otro paso más, teatral, como él siempre era— vengo a reclamar formalmente que soy el Patriarca, el nuevo líder de los Hijos de Adán. Soy el portador del corazón que anteriormente latía en Adana. Y ahora palpita en este pecho. Y decreto y ordeno a todos los Hijos de Adán, presentes o no, que a partir de ahora se les perdonará la vida a Lür y a su familia.

96

IAGO

Solsticio de Verano, Cantabria

Hay un momento que anticipa todo desastre en el que eres consciente de que todo se tuerce. Las esperanzas caen por la borda y nadie puede salvarlas. Había sido testigo de aquel nefasto momento en tantas ocasiones, a lo largo de mis diez mil años, que no me quedó ni un atisbo de duda de que estaba sucediendo.

Fue la sonrisa torcida de Cormac la que abrió la espita. Todo estaba mal en aquella sonrisa y en lo que significaba.

—Eso no es así, Nagorno —dijo el Cazador, en un tono lo suficientemente alto como para que todos pudiéramos oírlo.

—¿Nagorno? —repitió él, ofendido—, ¿cómo que Nagorno? Para ti soy Padre.

—No tengo padre, no lo recuerdo, pero sí recuerdo todas las órdenes de Madre, incluso las póstumas.

Y dicho esto, se sacó una pequeña daga del traje blanco, inmovilizó desde la espalda a Nagorno y le presionó el cuello con su filo hasta que comenzó a manar un hilo de sangre.

—Te mantendremos con vida hasta que el corazón de Madre encuentre otro recipiente más adecuado, pero desde luego, no vamos a perdonar a Lür ni a sus descendientes. La ley del talión es la que es, y un Exiliado lo es para siempre. Gundekar lo aprendió a

las malas en este mismo mar hace seis siglos. Quiso intercambiar un viaje por la amnistía a vuestra familia, pero Madre fue inflexible.

Sunna intervino, de nuevo con más autoridad de la que esperaba:

—Podemos olvidar la maldita ley del talión, Khotan, y dejar de perseguir a Lür y sus descendientes. Todavía puedo reclamar mi lugar como lideresa de los Hijos de Adán.

—¿Y quién te va a respaldar? No lo hará Maia y no lo hará mi hermano.

Los miré a ambos, no hicieron gesto alguno ni en uno ni en otro sentido.

—Y no tenéis salida —continuó Cormac—. Mis veinticuatro Cazadores bloquean los tres accesos que tan amablemente nos señaló Nagorno. Hoy, por fin, cumpliré con la orden más antigua de todas. Ninguno de vosotros verá el amanecer de mañana.

Entonces, ante mi sorpresa, Gunnarr se adelantó:

—Temía que este concilio fuera una trampa más de un Cazador. Lo esperaba, Khotan; esperaba esto de ti. Y sé que me tengo que inmolar y que a ti te agrada esta opción.

—¿Cómo que inmolar? —se adelantó Dana—. ¿De qué estás hablando, Padre?

Gunnarr se giró y nos miró a los cuatro con infinita tristeza, como despidiéndose.

—Os mentí, Adriana, Padre, Abuelo... El favor pendiente que pacté con Adana era en realidad un intercambio: Lür y sus descendientes por mí. No lo usé en las islas Thousand porque pensé que, con el subterfugio de fingir matarte, Adana aplacaría de momento su sed de sangre. Y os lo he ocultado siempre, pese a que me he preparado para esta eventualidad desde que la Trinity Courtney ardió en el Cantábrico.

Después se dirigió al Cazador:

—Khotan, eso significa que tú cumplirás las órdenes de Madre.

Cormac volvió a sonreír, claramente satisfecho con el giro de la situación. Es probable que estuviera imaginando que sacrificaba a Gunnarr con su propia daga para, una vez muerto él, continuar con su plan de eliminarnos a todos.

—He esperado esto durante siglos —aceptó en voz alta.

—Sí, pero antes de abatirme —le exigió Gunnarr—, asegúrame que serás leal al corazón de Madre y que cumplirás fielmente el pacto al que llegué con ella: mi muerte a cambio de liberarlos a todos del Exilio. También a Sunna. Debes prometerlo. Quedan amnistiados del castigo del Exilio a cambio de mi muerte. Haz entrar a tus Cazadores, quiero que les des la orden antes de abatirme.

—Siempre cumplo la palabra de Madre, no me insultes. Y te acepto la condición de Sunna; Madre nunca la exilió formalmente. Seguiremos ignorándola.

Entonces mi hijo sacó un pequeño objeto del bolsillo de su pantalón y se lo lanzó a sus pies. Desde mi perspectiva pude ver que era un anillo de oro con una concha de cauri engarzada.

—Toma, te pertenece. Ya sabes lo que tienes que hacer, no voy a resistirme. Hazlo rápido, los míos están asimilando lo que significa, pero van a reaccionar y van a tratar de impedirlo. ¡Khotan, ya! —gritó, con una voz atronadora que todavía oigo en mis pesadillas.

97

IAGO

Solsticio de Verano, Cantabria

Gunnarr extendió los brazos, en señal de rendición. Parecía un enorme Jesucristo anacrónico. Yo salté hacia donde estaba, intentando interceptar la daga, pero no llegué a tiempo. Cormac fue rápido y certero. La daga se metió en el corazón de Gunnarr y la sangre comenzó a manar a borbotones, expandiéndose por el jersey y tiñéndolo de rojo.

Gunnarr, o más bien su cuerpo ya sin vida, cayó hacia atrás un instante después, cuan largo era, a la pequeña cavidad donde se había escondido y desde la que había salido. Su cabeza se golpeó con la piedra al caer, pero poco importaba ya: nada podía matar a quien ya estaba muerto.

Nagorno gritó un inútil «¡No!».

Sacó su akinakes escondido en la parte trasera de su cinturón, sujetó a Cormac por sus cuatro pelos y lo degolló allí mismo.

Después tomó el móvil y ordenó: «¡Hacedlo!».

En un segundo oímos ruidos de balas de ametralladoras, y un aluvión de Cazadores, vestidos de blanco y con sus anacrónicas lanzas, bajó por las escaleras de la cueva huyendo de los tres mercenarios de Nagorno, que disparaban unas metralletas semiocultas bajo sus abrigos. Algunos de los Cazadores bajaban

sangrando, alcanzados por las balas, otros cayeron bajo el fuego de la munición y sus cuerpos resbalaron escaleras abajo.

Aunque de repente, el ruido de los disparos cesó. Se habían quedado sin balas. Los matones de Nagorno se miraron, sin saber qué hacer, y cargaron cuerpo a cuerpo contra los Cazadores que quedaban vivos. Pero eran muchos, todavía demasiados, y comenzaron a lanzarnos flechas, ciegos de odio y de adrenalina.

Padre, Dana, Sunna y yo nos refugiamos tras la columna del hombre bisonte, pero estábamos en una posición precaria y nuestras armas, demasiado lejos como para alcanzarlas.

Desde mi posición pude ver cómo Nagorno se giró hacia el Diplomático y hacia Marion. Para mi sorpresa, Marion se colocó a su lado y le tomó la mano al que un día fue mi hermano.

Quedaba Niall, y levantó los brazos.

—No voy a atacar, solo quedo yo como líder. No continúes con esta masacre, Nagorno. Yo no pienso perseguir a tu familia, el obcecado en la venganza era mi hermano.

Nagorno dudó un segundo, pero le perdonó la vida. Y tuvo que refugiarse también con Marion tras un saliente, porque los Cazadores comenzaron a lanzarle proyectiles y una de sus lanzas se clavó en su muslo.

—¡Tienes que detonar las cargas! —me ordenó padre.

—¡No, me niego; sepultaremos a Gunnarr!

Padre me agarró de los hombros y después sujetó mi barbilla para obligarme a mirarlo a los ojos. Yo estaba ido y me costaba fijar la mirada.

—Hijo, Gunnarr ya está muerto, y si morimos aquí, su inmolación habrá sido en vano. Hazlo por él; volveremos para rescatar su cuerpo, te lo prometo. Pero tienes que detonar esas cargas, es la

única manera de frenar a los Cazadores; nos superan en número, somos cuatro y no podremos contra tantos soldados entrenados.

Obedecí como pude. Habíamos dejado cargas en puntos estratégicos para cerrarles la salida en caso de que necesitásemos escapar.

Sunna y Dana se adelantaron y enfilaron hacia un pasadizo que solo nosotros conocíamos, y detoné las cargas cuando vi que estaban a una distancia que no les podría afectar.

Varios derrumbes sepultaron a los Cazadores. Marion, Niall, Nagorno y sus matones se salvaron porque se adelantaron y los dejaron atrás.

Otra de las explosiones provocó el derrumbe que cayó delante del cuerpo ensartado de Gunnarr. Corrí para intentar recuperar su cadáver, pero una cascada interminable de guijarros caía entre sus restos y yo. Me negué a abandonarlo, pero varias piedras grandes cayeron sobre mi pierna. Mi padre tiró fuerte de mí y nos tuvimos que alejar. Parte de la cueva se estaba viniendo abajo.

—¡Volveremos y rescataremos su cuerpo! —me gritó mi padre—. Te lo prometo.

Eché un último vistazo hacia atrás, desolado. Había detonado la cueva donde crecí y que había permanecido intacta durante milenios. Todos los espíritus grabados en las paredes me maldijeron antes de permitirme salir y me juraron que se quedarían con el cuerpo de mi hijo como pago por la ofensa.

98

IAGO

Solsticio de Verano, Cantabria

Cuando llegué al exterior del pasadizo, padre me tuvo que ayudar porque cojeaba demasiado. Caí sobre la maleza, en una noche donde Madre Luna estaba creciente y nos permitía ver lo justo.

Miré a mi alrededor para evaluar la situación y comprobar si todavía estábamos en peligro. Dana y Sunna corrieron a ayudarnos. Al minuto llegó Nagorno también cojeando, con una lanza ya rota clavada en el muslo. Se apoyaba en Marion, que lo dejó a mi lado y se quedó de pie frente a nosotros. Los tres matones de Nagorno también salieron.

Esperamos, expectantes y preparados, pero pasó un largo rato y no apareció nadie más por el túnel. Todos los Cazadores habían muerto por los disparos o sepultados bajo toneladas de roca.

Pero algo estaba mal con Marion. Me miró con una rabia que no supe entender y me espetó:

—¿Factores de Yamanaka, Ely? Estoy rastreando en mis genes y, por ahora, no hay ni uno. Ni en los míos ni en los tuyos.

Por una vez, no entendí nada y tardé unos segundos en reaccionar.

—¿En los míos?

—Sí, en tus genes. Quería tu ADN y te extraje sangre durante los meses que convivimos en Duxbury.

—¿Crees que es el momento, Maia? ¿En serio? —le increpó Sunna —. Acaba de morir Gunnarr, muéstranos un poco de respeto.

Y entonces, tal vez porque la muerte de Gunnarr se había llevado por delante toda mi parte lógica y en aquellos momentos había tomado el mando el instinto y la intuición, uní los puntos y lo comprendí todo.

—Tú eras la verdadera directora de la Corporación Kronon, ¿verdad? Tú informabas a Adana de mis adelantos. Tú te acercaste a mí para traicionarme. Me arrancaste de aquella clínica, sin memoria, porque pensaste que con un cerebro tan frágil sería más sencillo sonsacarme el descubrimiento del gen longevo.

—¿Por qué habrías de ser tú el único que decidiera sobre qué hacer con el gen longevo?

A aquella frase, lanzada con rabia y al vacío de la noche, le siguió un largo silencio. Tuvo el poder de paralizarnos a todos, y mi padre, Dana, Nagorno y Sunna nos rodearon, despertando como yo a la verdad.

—Tú eres la verdadera lideresa de los Rastreadores, siempre lo has sido. Lo de ser Escriba era una tapadera. Has estado compinchada desde el inicio con Khotan, a quien siempre controlaste. Tú has liderado la caza a mi familia desde hace milenios, una y otra vez —le dije.

—Y tú has sido quien me envió el mensaje de Libia con el chantaje y también quien me dejó otro cuando mataron a mi padre. Tú me pediste que traicionara a Iago y que pusiera un *pendrive* en la *Epopeya de Gilgamesh* —intervino Dana—. Mi madre me ha contado que eres sumeria. Iago compartió sus sospechas conmigo y hemos buscado en las hemerotecas a las que tenemos acceso. Rastreamos

las citas más antiguas del poema y de la historia del rey de Uruk y encontramos tu nombre en el relato: Maia. Te autorreferenciaste. Me pediste que dejara el gen longevo dentro de un libro que tú misma escribiste. Eres tú la que quiere el gen longevo, y tú la que ordenó el atentado de Libia y el de mi padre. Y tú jugaste con Cormac y los demás Cazadores, dejando el número equivocado de conchas de cauri para que nos creyeran vivos o muertos según tu conveniencia.

Nagorno se incorporó con dificultad, pese a la flecha que le cruzaba el muslo.

—¿Es eso cierto, Maia? ¿También has jugado conmigo, con mi corazón?

Entonces me di cuenta de que Nagorno se había dejado seducir por la expectativa de haber encontrado a una mujer longeva como él, pero estaba muy equivocado, porque Marion lo miró con un desprecio infinito.

—Lo que tienes es una vieja víscera; deja de darle la importancia que no tiene.

Nagorno se enderezó, no sé ni cómo lo hizo, pero su silueta recortó el cielo desde mi ángulo de visión. Después, se limitó a gritar, una y otra vez:

—¡Hana! ¡Hana! ¡Hana! ¡Hana!

No pudimos detener a aquella bestia. Mi padre se acercó para separarlo de Marion, pero recibió un codazo que lo derribó y lo lanzó a unos metros.

—¡Detenedlo! —ordenó a Kato y a Jazz, pero ellos solo obedecían a Nagorno, y Nagorno solo dio la orden cuando se aseguró de que Marion Adamson ya no se movía ni se iba a levantar nunca más.

—¿Qué haces, animal? —lo increpé—. Nosotros no somos unos asesinos a sangre fría.

Nagorno miró su obra durante un rato con las manos en los bolsillos.

—Ni él lo es; es pura sangre caliente —dijo sin más.

—Te podía hacer sombra en tu liderazgo con los Hijos de Adán, por eso has ordenado que la asesinaran —le dije.

Nagorno me miró como si yo no comprendiera nada, y tal vez en esos momentos todavía no era consciente de que la guerra había, por fin, concluido.

—Creo que solo queda un Hijo de Adán, la verdad —se limitó a contestarme—, y acaba de huir aprovechando el caos y que estamos conmocionados por la muerte de Gunnarr.

99

IAGO

Junio, Cantabria

Por una vez, padre no pudo cumplir su promesa y no conseguimos recuperar el cuerpo de Gunnarr. Las autoridades cercaron Monte Castillo después del derrumbe, aunque todavía les quedaban semanas por excavar hasta desenterrar todos los cuerpos de los veinticuatro Cazadores, el de Cormac y el de mi hijo. Habían encontrado ya algunos cuerpos y los medios teorizaban acerca de un atentado o una célula terrorista, pero nadie reclamó la autoría y acabaron pasando página.

Los cuatro supervivientes del concilio nos encerramos durante días en la casona, tratando de asimilar que Gunnarr ya no estaba entre nosotros. Que no iba a protegernos nunca más y que el último de los vikingos daneses había perecido en una cueva cántabra donde nació su abuelo milenios antes.

Siguiendo las indicaciones de Sunna y de Dana, que no se separaban ni un segundo, encargamos una enorme lápida junto a la de mi otra hija caída, Lyra, en el cementerio de Ciriego.

Después de una ceremonia íntima que ofició su abuelo Lür, procedí a grabar, bajo su nombre, las runas que él habría querido leer:

ᛩᚢᛗᚱᛁᛞᛟ ᚾᛁᛗᛏᛟ ᚺᛁᛊᛟ ᚺᛗᚱᛉᚠᚾᛟ
ᚴᛟᛉᚳᚠᚾᛗᚱᛟ

QUERIDO NIETO, HIJO, HERMANO, COMPAÑERO

Dana, con su brazo todavía escayolado, esperó con paciencia a que yo terminase, y cuando lo hice, le pasé el cincel y le dije:

—Hazlo tú, Dana.

Ella lo tomó y dejó tallado en la roca el final del epitafio que mi hijo se había ganado:

ᚳᚠᛞᚱᛗ

PADRE

Y después alzó la cabeza y le habló al viento, como si la presencia de Gunnarr todavía estuviera entre nosotros y pudiese realmente oír sus palabras:

—Gracias, Gunnarr, por permitirme recorrer contigo el Camino del Padre.

EPÍLOGO

ADRIANA

Junio, Cantabria

No sé si fue un gigante o un ángel quien salió de entre las tumbas. Gunnarr apareció entre las cruces del camposanto y se acercó sonriente hasta nosotros.

—Terminaremos el Camino, *datter*. Pero con mi esposa y tu esposo y con el abuelo Lür —dijo, cuando llegó hasta mí.

Mi madre y yo lo abrazamos; no tenía palabras, así que no las dije. Me limité a sentir los cuerpos de mis padres vivos apretados junto al mío.

—¿Cómo... cómo es posible? —acertó a decir Iago, que se tuvo que sentar sobre la tumba de Lyra—. Cormac te clavó la daga en el corazón, te desangraste frente a nuestros ojos.

—Sabía que me la clavaría en el corazón, por eso se lo pedí a él, conocía su puntería, y me coloqué cerca y con ropa clara para que no pudiera fallar, no fuera a darme en el cuello o hundírmela en el estómago. Desde el momento en que pacté el intercambio con Adana, a lo largo de todos estos siglos, he ordenado fabricar la mejor armadura para sobrevivir. Siempre he llevado una armadura ligera bajo la ropa. En este siglo ha sido más sencillo. Los materiales de los chalecos que uso son ligeros y no puede traspasarlo ni una bala ni un arma blanca. Respecto a la bolsa de sangre, no la llevo

siempre encima, pero me preparé para el concilio. Lo que no comprendéis es que he vivido los últimos seiscientos años planificando la escena que visteis en la cueva. Pero quería asegurarme de que todos los líderes me daban por muerto para que el pacto os mantuviera a salvo.

Después bajó la voz y su rostro se puso serio.

—He traído a alguien. Este será nuestro propio concilio longevo.

De un panteón cercano salió Nagorno, recuperado de la herida, aunque todavía cojeando.

—Mi sobrino y yo queríamos asegurarnos de terminar de una vez por todas esta guerra. Niall McAdams ya no será un problema nunca más. Podemos afirmar oficialmente que no queda ningún Hijo de Adán vivo —declaró, triunfante.

—No, Nagorno —le dijo Gunnarr—. Ya no somos tío y sobrino. Te he traído aquí porque sabía que toda la familia estaría reunida, y también Lyra que, como todos nosotros, ha sufrido las consecuencias de tenerte cerca en su vida.

Nagorno lo miró sin comprender.

—¿De qué estás hablando, sobrino?

—Gunnarr, Nagorno. Mi nombre es Gunnarr y no soy tu sobrino. Te estoy hablando de Kinsale. Te estoy hablando de Catherine y de lady Eleanor. Te estoy hablando de que nos privaste a mi padre y a mí de cuatrocientos años que tú sí disfrutaste. Te estoy hablando de Lyra y su familia. Y te estoy hablando de Sofía Almenada y de los años que le has robado a su hija.

Nagorno nos miró a todos, y todos le apartamos la mirada excepto Lür.

Se acercó a él:

—Padre... —dijo.

—Yo te engendré, es cierto, a un precio altísimo para Urko, pero no mereces ser mi hijo; no has estado a la altura. La familia no es un derecho, es un privilegio, te lo he adelantado durante casi tres mil años, y lo has despreciado una y otra vez. Has dejado demasiados cadáveres a tu paso, demasiados traumas, demasiado dolor. Y ni siquiera te afecta, ni siquiera lo ves. No eres mi hijo, escita. Ahora eres huérfano de padre y de madre. Y ya no tienes hermano ni sobrino. No voy a desearte una larga vida, solo que te cruces con el mínimo de seres humanos posibles por tu camino, sean efímeros o longevos.

Nagorno oyó su sentencia, se tomó unos minutos para asimilarla y después la aceptó.

—¿Esto es un Exilio, Lür? —quiso saber.

—No vamos a exiliarte ni a maldecirte. Nosotros no somos como fueron ellos, pero tú sí que lo eres. Hoy, aquí, te desterramos, y esta vez es para siempre. No volverás a acercarte nunca a ningún miembro de nuestra familia, ni a ninguno de nuestros descendientes.

Nagorno se ajustó la corbata, se alisó la chaqueta y nos miró a todos, uno por uno, por última vez. Se estaba despidiendo, lo había comprendido.

Aquella vez fue la última vez en mi vida que tuve noticias de él. Cumplió con su destierro y el resto de la Vieja Familia pudimos, por fin, disfrutar de una larga vida libres de él.

NOTA DE ADRIANA ALAMEDA ALMENADA

Esta es mi historia, la vida de una mujer que pretendía estudiar el pasado en las piedras y tuvo el privilegio de conocer el verdadero pasado de la humanidad de la mano de sus protagonistas. Soy efímera, como tú, y me alivia saber que, cuando yo ya no esté aquí, algunos longevos seguirán en este mundo, cuidando de los suyos y de su familia.

NOTA DE LA AUTORA

Aquí concluye este proyecto literario y vital que para mí ha durado dieciséis años. Comencé a imaginar esta familia longeva en abril de 2009 y me despedí de ellos en febrero de 2025. Como no podía ser de otra manera, el viaje ha sido largo y longevo, intenso y plagado de retos.

Aquel fue el punto de partida, pero nada habría sucedido si las lectoras y los lectores de *La Vieja Familia* no hubieran mantenido viva la llamada durante estos años, pidiendo a la editorial que publicara por fin la trilogía completa en papel.

Han sido muchos los viajes en busca de las localizaciones, las jornadas de escritura interminables, los libros estudiados y las tramas escaletadas.

Nada ha sido igual desde el día en que los engendré en mi cabeza, y me pregunto si continuarán acompañándome ahora que su historia ha concluido. A ellos les debo el recorrido vital de esta década y media que me ha convertido en escritora, y por eso para mí siempre serán mis hijos literarios más amados.

Espero que el desenlace os haya satisfecho: desde el primer momento lo imaginé tal y como está escrito en estas páginas, con sus calvarios y sus recompensas.

Por mi parte, solo queda terminar esta etapa con agradecimiento a la gente que me lee; a las personas que me recomiendan; a las libreras y libreros que apoyan mis libros; a mi editorial, por tantos momentos inolvidables; a mi agencia, por velar por mis intereses; y

siempre a Iago, Dana, Gunnarr, Lür, Lyra y Sunna por llevarme tan lejos en esta odisea de milenios.

BIBLIOGRAFÍA

Los siguientes libros han sido mis compañeros de viaje durante todo este tiempo. Algunos temas, como la batalla de Kinsale, resultaron esquivos y apenas encontré documentación. Así que me empeñé en visitar Port Charles, en el sur de Irlanda, y recorriendo la forma estrellada de sus muros, comprendí por fin lo que separó a Iago y a Gunnarr durante medio milenio. En cuanto al Camino de Santiago, crecí junto al recorrido entre Navarra y Logroño y, cuando me convertí en escritora, supe que alguna de mis novelas reflejaría la Ruta Jacobea. La elección de los demás escenarios, como Monte Castillo, Tadrart Acacus, el Museo Piertpont Morgan o el Pilgrim Hall obedece a mi fascinación por los lugares que nos muestran nuestro pasado. Este ha sido, una vez más, mi homenaje a nuestros antepasados.

TADRART ACACUS

CREMASCHI, M. y DI LERNIA, S. (1999). «Holocene climatic changes and cultural dynamics in the Libyan Sahara». *African Archaeological Review*, 16(4), 211-238.

CREMASCHI, M., DI LERNIA, S., y GARCEA, E. A. A. (1998). «Some insights on the Aterian in the Libyan Sahara: chronology, environment, and archaeology». *African Archaeological Review*, 15(4), 261-286.

Di Lernia, S. y Zampetti, D. (2008). *La Memoria dell'Arte. Le pitture rupestri dell'Acacus tra passato e futuro*. All'Insegna del Giglio.
Mattingly, D. (2000). «Twelve thousand years of human adaptation in Fezzan (Libyan Sahara)». *The Archaeology of Drylands: Living at the Margin*, 160-179. G. Barker & D. D. Gilbertson (eds.).
Mori, F. (1960). *Arte preistorica del Sahara libico*. De Luca.
Mori, F. (1965). *Tadrart Acacus*, Einaudi.

Museo Pilgrim Hall

Cohn, L. (2011). *The Pilgrims: The History and Legacy of the Founding of Plymouth*, CreateSpace Independent Publishing Platform.
Forner, C. (2002). *The Pilgrims and the Mayflower: The True Story of Plymouth's Early Years*. The History Press.
Mayflower Society. (2004). *Pilgrim Hall Museum: A Brief History and Guide*. Pilgrim Hall Museum.
Nelson, D. W. (2001). *The Pilgrim Hall Museum: Preserving the Legacy of the Pilgrims*. Pilgrim Hall Museum.
Wadsworth, M. (1995). *The Pilgrims of Plymouth*, The Pilgrim Society.

Camino de Santiago

Corpas Mauleón, J. R. (1990). *Camino de Santiago*. Departamento de Industria, Comercio y Turismo del Gobierno de Navarra.
Corpas Mauleón, J. R. (1991). *Tres ensayos jacobeos*. Ayuntamiento de Pamplona.
Corpas Mauleón, J. R. (1992). *Curiosidades del Camino de Santiago*. El País-Aguilar.

EDICIONES EMILIANENSES. (2010). *Camino de Santiago. 819 km.*

GRÉGOIRE, J.-Y., y LABORDE-BALEN, L. (2006). *Camino de Santiago: De Saint-Jean-Pied-de-Port a Santiago de Compostela*. Rando Éditions.

MENCOS, C. (2017). *Guía práctica del Camino Primitivo a pie y en bici*. Editorial Buen Camino.

CAMINO DE SANTIAGO INGLÉS MEDIEVAL

GARCÍA, M. (2012). *El Camino Inglés a Santiago de Compostela*. Xunta de Galicia.

KING, G. G. (1920). *The Way of Saint James*, 3 vols. G. P. Putnam's Sons.

LÓPEZ, F. (2009). *Los caminos de Santiago en la Edad Media*. Editorial Planeta.

RODRÍGUEZ, J. (2006). *La peregrinación jacobea en la Edad Media*. Ediciones Akal.

RUCQUOI, A. (2014). *Mille fois à Compostelle. Pèlerins du Moyen Âge*. Les Belles Lettres.

COMERCIO Y MERCADO NEGRO DE RELIQUIAS MEDIEVALES

DÍAZ, S. (2010). *La historia del tráfico de reliquias medievales y su impacto cultural*. Editorial Planeta.

MARTÍN, A. (2005). *Reliquias y su comercio en la Europa medieval: mercado y fe*. Editorial Crítica.

PÉREZ, M. (2008). *El comercio ilícito de antigüedades y reliquias en la Edad Media*. Ediciones Akal.

RODRÍGUEZ, J. (2003). *El mercado negro de reliquias en la Edad Media: un análisis histórico*. Ediciones Siruela.

Sánchez, L. (2012). *El saqueo de la memoria: tráfico de reliquias y objetos sagrados en la Edad Media*. Editorial Taurus.

Morgan Library & Museum de Nueva York

Adams, F. B. Jr. (2006). *Introducción a la Biblioteca Pierpont Morgan*. Morgan Library & Museum.

Anillo de Claddagh

Benítez, L. (2021). *El anillo de Claddagh: romanticismo irlandés.*

Batalla de Kinsale

Ekin, D. (2014). *The Last Armada: The Story of the Spanish Invasion of Ireland*. Pegasus Books.

Morgan, H. (2004). *The Battle of Kinsale*. Cork University Press.

Ó Siochrú, M. (2002). *God's Executioner: Oliver Cromwell and the Conquest of Ireland*. Faber & Faber.

Silke, J. J. (2000). *The Siege of Kinsale*. Mercier Press.

Simms, K. (2000). *Three Lost Leaders: Hugh O'Neill, Hugh Roe O'Donnell and Red Hugh O'Donnell*. Four Courts Press.

Factores de Yamanaka

Takahashi, K., Tanabe, K., Ohnuki, M., Narita, M., Ichisaka, T., y Yamanaka, S. (2007). «*Induction of pluripotent stem cells from adult human fibroblasts by defined factors*». *Cell*, 131(5), 861-872.

Takahashi, K., y Yamanaka, S. (2006). «*Induction of pluripotent stem cells from mouse embryonic and adult fibroblast cultures by*

defined factors».Cell, 126(4), 663-676.
YAMANAKA, S. (2012). *«Induced pluripotent stem cells: past, present, and future»*. *Cell Stem Cell*, 10(6), 678-84.

CUEVA DEL CASTILLO

GARRIDO PIMENTEL, D., y GARCÍA DÍEZ, M. (2013). *Cuevas prehistóricas de Cantabria. Un Patrimonio para la Humanidad*. Sociedad Regional de Educación, Cultura y Deporte.
GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (1972). «Notas para el estudio cronológico del arte rupestre en la Cueva del Castillo». En: Santander Symposium, 409-422. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander.
MARTÍNEZ BEA, M. (2001-2002). «El aprovechamiento de accidentes naturales en el arte rupestre paleolítico. Un nuevo caso en la Cueva del Castillo (Puente Viesgo, Santander)». *Salduie. Estudios de Prehistoria y Arqueología*, 2, 145-160.
MOURE, A., GONZÁLEZ SAINZ, C., BERNALDO, F., y CABRERA, V. (1996). «Dataciones absolutas de pigmentos en cuevas cantábricas: Altamira, El Castillo, Chimeneas y Las Monedas». *El hombre fósil 80 años después*, 295-314. Universidad de Cantabria.
RIPOLL PERELLÓ, E. (1971-1972). «Una figura de "hombre bisonte" de la cueva del Castillo». *Ampurias*, XXXIII-XXXIV, 93-110.

LA VIEJA FAMILIA

Nombre actual	Nombre de nacimiento	Otros nombres
Iago del Castillo	Urko	Iasón de Halicarnaso / Yennego / Kolbrun / Ely / Walter Zachary / Isaac Castle/ Juan del Águila
Héctor del Castillo	Lür	Héktor de Halicarnaso / Terkinos / Néstor / Víctor Zachary
Jairo del Castillo	Nagorno	Magnus / Hugh O'Neill, conde de Tyrone / Marqués de Mouro
Kyra del Castro	Lyra	Nyra / Tyra / Dyra / Eyra / Byra, Myra / Cyra / Doctora Yra Zelaya
Gunnarr	Gunnarr	Gunnarr el Embaucador / Red Hugh O'Donnell (Aodh Rua Ó Domhnaill), señor de Tyrconnell / Gundekar / Gunas ad-Din Naqqas

La saga de los longevos 3. El Camino del Padre
Eva García Sáenz de Urturi

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño e ilustración de la portada, Agustín Escudero

© Eva María García Sáenz de Urturi, 2014, en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-08-30660-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta